This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

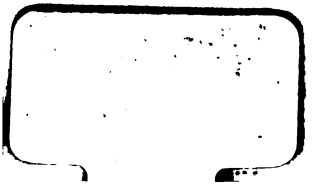
Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

Span 5073.10.8 (1)

HARVARD COLLEGE LIBRARY

THIS VOLUME IS FROM
THE LIBRARY OF
GAMALIEL BRADFORD VI,
1863–1932, BIOGRAPHER AND ESSAYIST,
GIVEN BY HELEN F. BRADFORD
MAY 24, 1942



TEATRO

DE CALDERON

TOMO I. — DRAMAS

2727-32. — CORBEIL, IMPRENTA CRÉTÉ.

TEATRO

DE

CALDERON DE LA BARCA

CON

UN ESTUDIO CRÍTICO-BIOGRÁFICO

Y APUNTES HISTÓRICOS Y BIBLIOGRÁFICOS

SOBRE CADA COMEDIA

POR

GARCIA-RAMON

1

TOMO I. — DRAMAS

PARÍS

LIBRERÍA ESPAÑOLA DE GARNIER HERMANOS

6, CALLE DES SAINTS-PÈRES, 6

1882

48

Span 5073.10.8

HARVARD COLLEGE LIBRARY
FROM THE LIBRARY OF
GAMALIEL BRADFORD VI
MAY 24, 1942

ESTUDIO

CRÍTICO-BIOGRÁFICO

ACERCA DE

D. PEDRO CALDERON DE LA BARCA

Y SU TEATRO

La tarea del crítico que, movido por la admiracion y llevado por la curiosidad, se propone resucitar á un autor compulsando los documentos esparcidos por las múltiples biografías, analizando sus obras, deduciendo de ellas los rasgos principales de su carácter, hasta llegar á lo más personal, á lo más íntimo de su modo de ser, y, tras luenga vigilia y ardorosa paciencia, levantar así á los ojos de un siglo la personalidad moral de un genio, es ardua tarea en extremo, más por demas agradable. Como para los primeros exploradores de una region ignota, para esos admirables aventureros de la ciencia que con sólo la fe en el alma y la resolucion en la mente se lanzan atrevidos á la conquista de una tierra nueva, todo son para el crítico esperanzas perdidas, decepciones en realidad trocadas, esfuerzos vehementes, angustiosas horas de abatimiento, hallazgos venturosos, incontestables triunfos.

Pero, por mucha que sea la osadía humana, hay puntos contra los que se estrella su poderosa voluntad, sin que pueda vencerlos la más firme constancia, el más puro heroísmo; tal es el polo Norte. Y así hay obras impenetrables y cuya exploracion es peligrosa, puesto que sólo errores nos prepara. ¿ Cómo aventurarse en esa grandiosa personificacion de España que se llama el teatro de CALDERON, por ese florido campo de poesía en que la música deliciosa del verso os eleva ora por su atrevido vuelo, ora os sorprende por su oscuridad, os avasalla siempre por su armonía incomparable ? ¿ Cómo mezclarse á ese sinnúmero de personajes, unos por el honor, la religiosidad, el respeto profundo á lo pactado, la ingeniosa galantería y varios, sin embargo, por la forma, por los gustos, por las acciones propias? ¿ Cómo calcular y de-

ducir lo que es de él y lo que es de ellos, en esa sucesion de cuadros que comprende un pueblo y de la choza sube al trono para descender por todas las posiciones sociales, hasta las más ínfimas, hasta las más infames, con tal que sean españolas?

¿Cómo, decimos, aventurarse en ese laberinto, cuando faltan los hilos que nos guien, los fanales que nos alumbren, las inscripciones que nos ilustren?

En efecto, la correspondencia de CALDERON, ese espejo clarísimo en que debió reflejarse con sus naturales colores, no existe ó existe confundida y diseminada entre papeles no encontrados, y esto viene á decir casi perdida. Los documentos dictados por fraternal cariño, las notas y anécdotas piadosamente recogidas y ordenadas por la amistad, se reducen á cantidad tan corta que en modo alguno pueden permitirnos profundizar la humanidad del genio que consideramos, y que, como verdadera divinidad poética, parece envolverse en densas nieblas, á fin de no perder el prestigio de que universalmente goza. Así pues, salvo algunas novedades que en su lugar expondremos, no sabemos hoy más acerca de nuestro CALDERON que lo que de él escribió en el último tercio del siglo XVII, su acreditado biógrafo Don Juan de Vera Tasis y Villarroel, y fuerza será repetirlo, si bien en lenguaje más aligerado de hojarasca, buena para la campiña, pésima para el estilo.

Nació Don Pedro CALDERON DE LA BARCA en Madrid, á 17 de Enero de 1600, teniendo por padres á Don Diego Calderon de la Barca Barreda, noble familia del valle de Carriedo en las montañas de Búrgos, y á Doña Ana María de Henao y Riaño, de los ilustres señores de Mons de Henao, en la Flándes, y de los fieles Riaños, antiguos infanzones asturianos. Recibió el agua del bautismo en la parroquia de San Martin, en 14 de Febrero siguiente, de manos del teniente cura Fabian de San Juan Romero, teniéndole en la pila Doña Ana Calderon y el contador Antolin de Serna, y firmando como testigos, Lúcas del Moral y Juan de Montoya.

Siempre ha hallado el afecto modo de singularizar el nacimiento de un grande hombre; pero, ademas de no ser aquí el caso extraordinario, si bien poco usual, debemos creerlo por venir de boca de la hermana de CALDERON, Doña Dorotea, excelente religiosa en el convento de Santa Clara de Toledo; ello es que, segun la digna señora lo oyó decir á sus padres en diversas ocasiones, nuestro Don Pedro CALDERON lloró por tres veces consecutivas en el vientre de su madre, anunciando así á su venida al mundo los dramáticos destinos que le aguardaban.

Venturosa debió correr la infancia de CALDERON entre las ejemplares virtudes de sus padres y un cariño acendrado que se colige de no haberle enviado á estudiar hasta los nueve años. Entró á esta edad en el colegio de los jesuítas, donde su viva

imaginacion atesoró en breve cuanto allí se enseñaba, y acabó por partir á Salamanca para entregarse á más profundas especulaciones. Nada sabemos de la existencia universitaria de nuestro poeta á no ser que, con su natural facilidad, y su continuada aplicacion alcanzó en pocos años el cabal conocimiento en filosofía y letras, en los derechos civil y canónico, en historia y geografía, detalle que, con la mala fe de los partidarios, olvidaban Nasarre y Moratin en la disertacion que precede su comedia *La Petimetra*, muy pobre cosa por más que se halle escrita *con todo el rigor del arte*, segun altiva confesion de su autor.

Cosa es segura que CALDERON hizo más de una incursion en el terreno dramático ántes de abandonar los famosos claustros salamanquinos, pues afirma Vera Tasis que habia ilustrado ya en aquella época los teatros de España. De creer el encabezamiento de *El mejor amigo el muerto*, impreso en 1657, CALDERON habia escrito la tercera jornada de esta comedia en 1610, es decir, á once años no cumplidos. No admite réplica que á los trece años compuso CALDERON su comedia *El carro del cielo*, perdida y nunca impresa, pero comprendida por él en la lista de sus obras que formó á peticion del duque de Verágua. Mas, no fué el ensayo primero ni el segundo los que habian hecho de CALDERON, á los diez y nueve años, al salir de Salamanca para volverse á la corte, un renombrado poeta cómico que Felipe III conocia y estimaba. Nos hacemos pues á la idea de don Juan Eugenio Hartzembusch cuando atribuye á esta época, — de 1613 á 1622, — las cuatro comedias : *El alcaide de sí mismo. El astrólogo fingido*, *Hombre pobre todo es trazas*, *Amor, honor y poder*, apoyando su conjetura con estas acertadas reflexiones : « La primera porque es entre las de CALDERON la única á mi ver » donde aparecen la inexperiencia y travesura de un ingenio » muy jóven ; la segunda, porque el autor imita en ella conoci- » damente el estilo de Lope, con algun rasgo de Tirso de Mo- » lina ; las dos últimas porque aun no pinta en ellas al caballero » segun le concibió y representó casi invariablemente despues, » y concluye castigando al personaje vicioso con tanta severidad » como Alarcon, á quien parece tambien que trata de acer- » carse. » Eran los tibubeos del mozo que no desperdiciaba las ocasiones que se le ofrecian de brillar.

En 1620 cuando la Justa poética en loor de San Isidro, CALDERON envió un soneto, si algo amanerado, mucho más atrevido y entusiasta de lo que entónces se escribia, y unas octavas de mejor porte aun, descollando la última por el valiente pensamiento que la termina :

« Dichosa, insigne villa, y mas dichosa
Cuanto por mas piadosa te señalas,

Vuele tu fama al viento, licenciosa,
Sirviendo á tu piedad de amor las alas;
Vive; oh! mas que la muerte poderosa,
Pues no solo el arado al cetro igualas,
Pero aun exceden por divinas leyes,
Tus pobres labradores á tus reyes. »

Lope de Vega tributó á CALDERON un elogio muy sencillo y sentido al fin de la relacion de la fiesta dirigida á la insigne villa, y el jóven poeta respondió al augusto anciano con una décima que debió satisfacerlo. Estas son las únicas relaciones que, á conocimiento nuestro, mediaron entre las dos lumbreras de la antigua escena española.

En el año de 1622 escribió CALDERON la fiesta *En esta vida todo es verdad y todo mentira,* que tan arduas discusiones ha provocado en Francia y en España por saber si es una imitacion del *Heraclio* de Corneille, ó este una imitacion de aquella. No es del caso examinar aquí esta cuestion que, á juicio nuestro, está tan resuelta como es posible, pues suma razon tiene M. de Latour, el admirable traductor de CALDERON, en considerarla insoluble con los documentos de que disponemos hoy. El año siguiente esbribió Don Pedro CALDERON la *Vírgen de los Remedios*, otra de sus comedias de la que sólo conocemos el título.

Se notará que, si bien apoyándonos á menudo en conjeturas, tenemos buen número de argumentos positivos para seguir de cerca las producciones de nuestro ingenio; pero, ademas del poeta buscamos en CALDERON al hombre, aun es aquello que más nos interesa en este momento, y por desgracia aquí no hay sino conjeturas y sólo brotan en el terreno de las generalidades. El bueno de Vera Tasis, sea por discrecion, no por cierto digna de alabanza, sea por no creer interesante lo que tanto nos interesaria, da un salto prodigioso en sus apuntes biográficos, que no otra cosa son, dejando en la sombra la primera juventud del poeta. Todo lo que se podia colegir, no ha muchos años, es que, tanto por la posicion de su familia cuanto por su propio merecimiento, CALDERON habia vivido desde su llegada á la corte entre los señores, siendo generalmente querido de todos y particularmente estimado y favorecido de algunos grandes que le conservaron una amistad firme y nunca desmentida hasta la muerte. Viviendo en aquel centro, forzosa y necesariamente vivió su vida, tanto más cuanto las descripciones que luego nos daba de ella, probaban que por ella habia pasado y que avezado estuvo á sus lances, percances y emociones. Pero, faltaban los detalles por completo y la imágen grave y severa que de CALDERON se forja la mente (aun sin conocer sus retratos), por la lectura de sus obras, hacía difícil concebir un CALDERON jóven, ardiente, con las pasiones y las vivezas de la sangre primaveral de la existencia. El romance que sacó á luz nuestro paterno amigo

y primer protector el venerable eclesiástico Don Jorge Díez, director que fué del Colegio Real de Sevilla, nos ha ilustrado sobre este punto, y lo reproducimos en seguida:

Romance de don Pedro Calderon á una dama que deseaba saber su estado, persona y vida.

Curiosísima señora,
Tú, que mi estado preguntas,
Y de *moribus et vita*
Examinarme procuras;
Quienquiera que eres, atiende,
Y en cómico estilo escucha;
Que he de decirte un romance
Para quitarte la duda.
Va de retrato primero;
Luego, si quiere la musa,
Irá de costumbres, bien
Que habré de callar alguna.
Sea lámina el papel,
Matiz la tinta, la pluma
Pincel; quiera Dios que salga
Parecida mi pintura.
Yo soy un hombre de tan
Desconversable estatura,
Que entre los grandes es poca,
Y entre los chicos es mucha.
Montañés soy; algo deudo
Allá, por chismes de Astúrias,
De dos jueces de Castilla,
Lain Calvo y Nuño Rasura.
Hablen mollera y copete:
Mira, qué de cosas juntas
Te he dicho en cuatro palabras
Pues dicen calva y alcurnia!
Preñada tengo la frente
Sin llegar al parto nunca,
Teniendo dolores, todos
Los crecientes de la luna.
En la sien izquierda tengo
Cierta descalabradura;
Que al encaje de unos celos
Vino pegada esta punta.
Las cejas van luego, á quien
Desaliñadas arrugas
De un capote mal doblado,
Suelen tener cejijuntas.
No me hallan los ojos todos,
Si atentos no me los buscan;
Que allá en dos cuencas, si lloran,
Uno es Huécar y otro es Júcar.
Á ellos suben los bigotes
Por el tronco hasta la altura,

Cuervos que los he criado
Y sacármelos procuran.
Pálido tengo el color,
La tez macilenta y mústia,
Desde que me aconteció
El espanto de unas bubas.
En su lugar la nariz,
Ni bien es necia, ni aguda,
Mas tan callada, que ya
Ni con tabaco estornuda.
La boca es de espuerta rota,
Que vierte por las roturas
Cuanto sabe; solo guarda
La herramienta de la gula.
Mis manos son piés de puerco,
Con su vello y con sus uñas,
Qué, á comérmelas tras algo,
El *algo* fuera grosura.
El talle, si gusta el sastre,
Es largo: mas sino gusta
Es corto, que él manda desde
Mi golilla á mi cintura.
De aquí á la liga no hay
Cosa ni estéril, ni oculta,
Sino cuatro faltriqueras
Que no tienen *plus ni ultra*.
La pierna es pierna, y no mas,
Ni jarifa, ni robusta,
Algun tanto cuanto zamba,
Pero no zamba-cañuta.
Solo el pié de mi te alabo,
Salvo que es de mala hechura,
Salvo que es muy ancho, y salvo
Que es largo, y salvo que suda.
Este soy pintiparado,
Sin lisonja hacerme alguna;
Y, si así soy á mi vista,
¡ Ay Dios! ¡ cuál seré á la tuya
Dejemos en este estado
Mi levantada figura,
Y vamos de mis progresos
Á la innumerable chusma;
Que hoy en tu servicio tengo
De cejar hasta la cuna
La memoria de mis años :
¡ Oh no me aflija entre burlas
Nací en Madrid, y nací
Con suerte tan importuna,
Que hasta un *Ventura de Tal*
Conocí; mas no ventura.
Crecí; y mi señora madre,
Religiosamente astuta,
Como habia en otra cosa,
Dió en que habia de ser cura.

El de Troya me ordenó
De la primera tonsura,
De cuyas órdenes, solo
La coronilla me dura.
Bachiller por Salamanca
Tambien me hizo luego, cuya
Bachillería es licencia
Que en mil actos me disculpa;
La codicia de un bolsico
En la literaria justa
De Isidro me hizo poeta;
¿Quién no ha pecado en pecunia?
Con lo cual Bártulo y Baldo
Se me quedaron á escuras,
Pues en vez de decir leyes
Hice coplas en ayunas.
La cómica inclinacion
Me llevó á la farandúla:
Comedias hice; si malas,
Ó buenas, tú te las juzga.
Desde letrado á poeta
Pasé; y viendo cuánto acusan
Á la poesía unos viejos
De impertinencia machucha,
Traté de mudar de estado
Y por mas estrecha y justa
Religion, la de escudero
Me recibió en su clausura.
Aquí discurra el lector,
Si es que hay lector que discurra,
¡Cuáles son para seguidos,
Los pasos de mi fortuna!
Gorron, poeta, escudero
He sido y seré; ¡oh suma
Paciencia de Job! ¿tuviste
Mas calamidades juntas?
Con estas tres profesiones,
¿Quién imagina, quién duda
Que habré sido el *no en mis dias*,
De cualquier suegra futura?
Y así, soltero, hasta hoy
Me quedé y hoy mas que nunca
Por razones de que el Duque
Mi señor, tiene la culpa;
Que, como caballerizo
Me hizo su excelencia augusta,
Huyen todas, por no ser
Caballeriza ninguna.
De este desaire de todas
Me despico con algunas
Que me sufren mis defectos
Porque los suyos les sufra;
Y si bien el dia de hoy
Está, con las grandes lluvias,

El tiempo tan apurado,
Que hasta amor pasa penuria.
Mas como ajustarse al tiempo
Dice un sabio que es cordura,
Siendo cóngrua de mi amor
Tres damas, con dos se ajusta.
Dos damas tengo no mas;
Que en la compañía mas zurda
Por fuerza ha de haber quien haga
Primera dama y segunda.
Y como al fin, por el *troppo*
Variar, bella es natura,
De las dos con que me hallo
Una es morena, otra rubia.
Una es dama de alta guisa,
Con su poco de aventura;
De baja guisa es la otra;
Que una es clara y otra culta.
Una es fea, y otra, y todo;
Que en esto solo se aúnan,
Porque yo mas quiero dos
Fealdades, que una hermosura.
Á entrambas las quiero bien;
Que aunque allá Platon murmura
Que el que quiere á un tiempo á dos,
No quiere bien á ninguna,
Miente Platon; porque ¿ qué es
Querer bien á una criatura,
Sino querer su salud,
Sus galas y sus holguras ?
Pues si yo quiero que tengan
Mucha salud, fiestas muchas,
Y muchas galas, aunque...

El romance se pára aquí, desgraciadamente, pues falta la otra hoja del manuscrito cuya letra es del siglo XVII. Leida esta composicion, no cuesta trabajo convencerse de que CALDERON fué jóven, es decir, que no siempre tuvo la austera gravedad, tradicional en él, y tambien se comprende que, aun teniendo ya el cráneo tonsurado, marchase á Milan á servir á Felipe IV, sea por huir el escándalo de alguna aventura amorosa terminada á cuchilladas, como *la punta que pegada llegó al encaje de unos celos*, sea, y es lo que más probable nos parece, por seguir la general corriente, como Quevedo, Cervántes y otros la habian seguido.

Tanto en Milan como en Flándes pasó CALDERON diez años — 1625 á 1635 — y si no consiguió grandes ventajas en la bélica carrera, por más que valerosa y gallardamente cumpliese su deber, el teatro continuó favorecido por la musa ausente de su hijo predilecto, ó de su fecundo padre. En efecto, en este intervalo de diez años envió á España catorce comedias, entre ellas

a gunas de sus producciones capitales, como *Casa con dos puertas mala es de guardar*, *la Dama duende* (1629), *Mejor está que estaba* (1631), *La Banda y la Flor* (1632), *La Devocion de la Cruz* y *La Vida es sueño* (1633) y el *Médico de su Honra* (1635) — el lector verá las tres en este primer tomo, — y en el mismo favorecido año de 35 *Bien vengas mal* y la *Gran Cenobia*. Atribuíase tambien á este año el *Príncipe Constante*, pero la memoria del predicador Fray Hortensio Palavicino dirigida al rey sobre la persecucion de que fué objeto el cómico Villégas, aun dentro de la iglesia de las Trinitarias Descalzas, por haber herido mala y traidoramente á un hermano de nuestro poeta, parece probar lo contrário y exponer que CALDERON se hallaba en Madrid en la primavera de 1629. En efecto, el poeta fué el primero en perseguir al comediante que le hiriera á su hermano, y el *Príncipe Constante*, representado algunos dias despues, contenia unos versos, — acotados luego, — en los que el gracioso se burlaba de los ampulosos panegíricos del famoso orador sagrado. Este documento, sacado á luz por el marqués de Molins, nos place por probar que nuestro autor vino á lo ménos entónces á la corte, pues era increíble que permaneciese por diez años consecutivos fuera de España, léjos del teatro de sus triunfos.

Sea lo que fuere, es el caso que en 1635, Felipe IV, que siempre habia demostrado gran aprecio á CALDERON y lo queria para poeta de su corte, le llamó de Italia y le concedió en 1636, en pago de sus servicios, el hábito de Santiago. Puede decirse que la venida de CALDERON á España fué para recoger la herencia del Fénix de los Ingenios, poco despues libre por su muerte. Por más que Lope fuese grande, por más que de temer fuera su ida como un eclipse total y tal vez largo del teatro español, las aprensiones fueron infundadas; la gente se fijó de pronto en CALDERON que habia encubierto hasta entónces la sombra del gran Lope y de pronto se reveló como el digno sucesor del monarca de la escena. Pocos países pueden presentar un ejemplo más notable en su historia literaria.

Hasta el año de 1640, CALDERON dió á la escena otras catorce comedias entre las que no dejaremos de mencionar *Á secreto agravio secreta venganza* y el *Mágico prodigioso*. El mismo año las órdenes militares pasaron á Cataluña y Felipe IV excusó de la partida á CALDERON mandándole escribir la comedia *Certámen de amor y celos*, que es de las no conocidas. Era muy pundonoroso el poeta para permanecer en Madrid cuando los otros iban á combatir, y no queriendo desobedecer al rey ni á su honor de soldado, decidió cumplir primero lo mandado, escribiendo la comedia, que se representó en los estanques del Buen Retiro el dia de Santa Isabel y partiendo luego para Cataluña, donde compuso seis comedias más. Como si la ausencia se prolongase demasiado y le fuese útil á CALDERON y agradable al monarca el

verle, sea por inspiracion ajena ó por propio movimiento, el marqués de la Hinojosa le envió desde el campo de Tarragona á Madrid en el año siguiente, para dar cuenta á Su Majestad del estado de su ejército y del canje de prisioneros que pedian los catalanes, como consta en el aviso de 5 de Noviembre de 1641 del cronista del Reino de Aragon, don José Pellicer y Tovar.

Grande y difícil de llenar es la nueva laguna que hallamos aquí hasta encontrar á CALDERON en Alba, con su protector el Duque de igual nombre, pues comprende siete años; siete años durante los cuales se representaron sólo tres comedias de nuestro autor. En primer lugar, no se llega á adivinar cómo, en 1649, vemos á CALDERON en Alba en vez de verlo en Madrid. La conjetura de Patricio de la Escosura que, ántes de volver á la corte en la que reinaba un nuevo favorito, don Pedro juzgó prudente esperar los acontecimientos en sitio seguro, parece acertada; pero, tambien pudo ceder CALDERON á un simple deseo de paz y sosiego, despues de la vida agitada que acababa de llevar. En cuanto á lo escaso de su produccion, creemos que várias de las comedias dadas en 1651 y se elevan á la portentosa suma de veintisiete, debieron ser escritas ántes, y aun algunas, como con su acostumbrada pericia piensa Hartzembusch, obra de la juventud del poeta.

Mucho ha sorprendido á los biógrafos que Felipe IV llamase á CALDERON á la corte por medio de un decreto real; unos se han preguntado si estaba desterrado en Alba, — y es hacer una injuria gratuita al monarca que hasta entónces no habia hecho y no hizo en lo sucesivo más que mercedes á CALDERON; han preguntado otros si sería por celos y para que no se pudiese suponer que nuestro autor tomaba parte en las composiciones del poeta coronado, — lo que es otra injuria y no menor al soberano que, siendo una medianía como autor cómico, tuvo el gran juicio de reconocer y proteger el genio calderoniano. Parécenos que es todo esto dar mucha importancia á cosas que no la tienen y pensamos que, llamando el rey á CALDERON á Madrid para que trazara y describiera los arcos triunfales bajo los cuales debia pasar doña María de Austria á su entrada en la capital, lo hizo por decreto real no sólo por ser cosa de pública importancia, sino por dar así una prueba del caso que de CALDERON hacía. Vemos pues en este acto un motivo de elogio y no de censura acerca de Felipe IV, y preferimos esta hipótesis á las que son desfavorables á este rey.

Don Pedro CALDERON compuso, pues, la *Noticia del recibimiento y entrada de la reina nuestra Señora doña María Ana de Austria en la muy noble y leal coronada villa de Madrid*, que se publicó en 1650 con el nombre de don Lorenzo Ramírez de Prado, prueba de deferencia á este sujeto, sin duda, pero prueba tambien de la indiferencia de CALDERON por este trabajo, indiferencia muy lógica, pues la verdadera y magnífica descripcion de las fiestas se

halla en la comedia *Guárdate del agua mansa*, que debió representarse cuando las fiestas estaban aun recientes, en Noviembre del mismo año.

El de 1651 es capital en la existencia de CALDERON. Capital por la produccion de las comedias citadas, entre las que figuran el *Alcalde de Zalamea*, el *Pintor de su deshonra*, *Tambien hay duelo en las damas*, *La Niña de Gomez Arias y Amar despues de la muerte*. Capital sobre todo porque el poeta, despues de obtener licencia del consejo de las órdenes, se consagró al servicio divino, y, en 9 de Octubre cantó su primera misa, como hace fe una carta particular de la época, no ha mucho descubierta.

Esta resolucion de CALDERON puede sólo sorprender cuando se desatiende su obra que, en este punto, es explícita. Como jóven y soldado, sería CALDERON ligero, pendenciero y enamorado, como él mismo se pinta en el romance ya leido, pero de seguro no olvidado; empero, aun en aquel momento, tenía seguramente la religiosidad, la elevacion de alma, los pensamientos graves que, con el desencanto de la edad, debian predisponerlo á la vida claustral. La tonsura que su señora madre le mandara hacer aun mozo, ¿ no era como una influencia imposible de eludir? Ademas, se era entónces soldado ó sacerdote, á veces, las dos cosas, y CALDERON no hizo más que seguir el ejemplo de Lope de Vega. En cuanto á la idea de que, haciéndose viejo, el poeta quiso acogerse á la vida eclesiástica por un sentimiento meramente práctico de bienestar, por mucho que este sentimiento sea humano, lo que conocemos del alma del poeta nos hace suponer que no podia obedecer á tan ínfimos cálculos y refutamos semejante suposicion con la mayor energía.

En 1653 Felipe IV concedió á CALDERON la capellanía de los Reyes Nuevos de Toledo y, aunque durante su ausencia escribió veintuna fiestas reales, Felipe le mandó llamar en 1663 para darle la capellanía de honor de la capilla de palacio. Si, como se puede apreciar por esta produccion incesante, no menguó el estado eclesiástico la musa calderoniana, es seguro que cobró algunas dudas acerca de si hacía bien ó mal en versificar comedias, por más que no fuesen sino autos sacramentales ó fiestas para palacio, dudas que nunca asaltaron á Lope de Vega ni aun siendo familiar del santo Oficio y nos prueban que el clero comenzaba á dividirse en dos campos, uno favorable, contrário el otro al teatro. La carta en que CALDERON expresa esta inquietud de su alma, y aunque no fechada puede atribuirse con certeza al año de 1652, es muy bella para que tengamos valor de privaros de su lectura.

PAPEL DE DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA AL PATRIARCA.

Ilustrísimo Señor:

Mándame vueseñoría ilustrísima que, porque no pierda tiempo, me dé por

advertido de que este año, en consecuencia de los pasados, haya de escribir las fiestas del Santísimo Sacramento; y aunque para mí, dejando siempre en su primera estimacion lo piadoso del asumpto, no puede haber felicidad mayor que obedecer á vueseñoría ilustrísima; con todo eso me asisten hoy razones, que no sin dolor me obligan á suplicarle, con cuanto debido rendimiento puedo, sea servido de hacerme merced de añadir á las honras que de su liberalidad confieso recibidas, la de tenerme esta vez por excusado. Y porque no parezca que sin grande disculpa pueden hallarse en mí aun menores señas de repugnancia á sus preceptos, suplico tambien á sus ocupaciones me permitan el breve espacio que tarde en motivar las causas que me mueven, con el seguro de que el ser de reputacion afiancen la excusa de lo uno y el embarazo de lo otro. Yo, señor, juzgué siempre, dejándome llevar de humanas y divinas letras, que el hacer versos era una gala del alma ó agilidad del entendimiento, que ni alzaba ni bajaba los sujetos, dejándole á cada uno en el predicamento que le hallaba; sin presumir que pudiera nunca obstar ni deslucir la mediana sangre en que Dios fué servido que naciese, ni los atentos procederes en que siempre he procurado conservarla; y aunque es verdad que, ocioso cortesano, la traté con el cariño de habilidad hallada acaso, no dejé de desdeñarla el dia que tomé el no merecido estado en que hoy me veo; pues para volver á ella fué necesario que el señor Don Luis de Haro me lo mandase de parte de Su Majestad en el festivo parabien de la cobrada salud de la Reina nuestra señora (que Dios guarde); y no con menor fuerza de razones convenció mis excusas, que con decirme en formales palabras: *¿ Quién le ha dicho á vuestra merced que el mayor prelado no se holgara de tener una habilidad, y mas de ingenio, que tal vez fuese pequeño alivio á los cuidados de Su Majestad?* Con esta autoridad, honestados á luz de servicio los decoros de mi nuevo estado, sin haber tomado la pluma para otra cosa que no sea fiesta de Su Majestad ó fiesta del Santísimo, obedecí entónces á cuanto en esta buena fe se me ha mandado; hasta que habiendo puesto los ojos en una pretension que cabe en los límites de mi esfera, no desguarnecida de servicios propios y heredados; despues de publicada la merced, me la ha retirado la objecion de no sé quién, que juzga incompatibles el sacerdocio y la poesía; y aunque á mí me basta á saber que no lo sean el que Su Majestad lo admita, y sus mayores ministros me lo manden, pues incompatibilidad fuera constarles á ellos y no ser decente, siendo así que la censura ha de encontrar primero con su mandato que con mi obediencia; con todo eso, miéntras la duda se mantenga tolerada y no vencida, no deja de padecer mi reputacion considerable nota, de que solo puede, hasta la resolucion, ponerme en salvo el que, si erré engañado, con dejarlo, no erraré advertido; que nadie está obligado á enmendar defecto que no conoce, hasta que haya piedad que se le advierta. Diráme vueseñoría que las fiestas del Córpus no hacen consecuencias para otras; y responderé yo que si á mí me pusieran la objecion en los asumptos de cuanto hasta hoy he escrito, con mejorar los asumptos desvaneciera la objecion; pero quien me capitula, no me capitula, ni puede, lo que escribo, sino el que lo escribo: y lo digno de un objeto no enmienda lo indigno de un ejercicio; y miéntras no me dieren por digno el ejercicio, no me pueden dar por digno ningun objeto suyo; fuera, señor, de que darme al partido de que en particular es bueno, es darme al partido de que en comun es malo. Declárese si lo es ó no; que siendo bueno, aquí estoy para servir y obedecer toda mi vida; y no lo siendo, ni á Su Majestad ni á vueseñoría ilustrísima le puede parecer mal que, conocido el yerro, trate de enmendarle; y aun el mismo misterio se dará por mas bien servido; pues lo que se califica indecoro de un altar, mal puede quedar festividad de otro. Y en fin, señor, dejándome á ser primero ejemplar

del mundo en que se pudo desmerecer obedeciendo, redarguamos á dos palabras el discurso; que no es justo que por mí se haga estorbo á mayores importancias. Ó este es malo, ó es bueno : si es bueno, no me obste; y si es malo, no se me mande.

Dios guarde á vuecseñoría ilustrísima.

Poco despues de su venida á Madrid en 1663, entró CALDERON como congregante en la Congregacion de Presbíteros naturales de la corte, de la que fué elegido capellan mayor tres años despues. Y desde entónces hasta el 1680 escribió quince comedias, siendo la última la de *Hado y divisa* que se representó á 3 de Marzo en celebridad del casamiento de Cárlos III con doña María Luisa de Borbon. Hácia esta época dió nuestro poeta una caída que, á sus años, le fué fatal y de la que no volvió por completo. El último y precioso documento escrito de la mano de CALDERON (salvo el auto sacramental de que habla Solís), fué la carta al duque de Veragua, enviándole la lista de sus comedias. Tambien es forzoso reproducirla aquí y comenzaremos por la del duque, que pueden estudiar los nobles y los potentados del dia.

CARTA DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR DUQUE DE VERAGUA, ESCRITA Á DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA,

SIENDO VIREY Y CAPITAN GENERAL DEL REINO DE VALENCIA.

« Habiendo deseado recoger todas las comedias de Vmd., mas para crédito de mi buena eleccion, que para vanidad de mi inteligencia, he hallado tan confundidos sus títulos y tan menoscabados su número, que me he resuelto á recurrir á Vmd., para que pasando de oráculo de los ingenios en comun oráculo de su ingenio, en particular me declare estas dudas; pues no puede haberla en que será mas digno empleo de su númen el desagraviarse de los descuidos propios ó de las equivocaciones ajenas, que el haber por tan dilatado curso de años sido objeto de los aplausos ajenos con los cuidados propios, cuanto va de ser Vmd. quien se califique, á ser los demas los que le veneren. Y así, pues debo á mi fortuna la natural inclinacion que siempre le he profesado, suplico á Vmd. tenga á bien expresar con toda individuacion cuáles son todas sus comedias, enviándome una nómina de sus títulos, para que pueda yo con esta regla irlas buscando, con la seguridad de que no me defraudará la diligencia la incertidumbre de conseguirlas de otro; y para este fin incluyo á Vmd. la memoria de todas las que hasta ahora tengo en cinco partes, que corren con el nombre de suyas, pidiéndole me diga si hay mas; y tambien dónde hallaré de la otra memoria, que tambien incluyo, en que he apuntado las que por ahora he echado ménos. Y este primer punto asentado, pasemos á otro, y permítame Vmd. que empiece riñéndole, pues cuanto ha granjeado del mundo en aplausos, parece se lo retribuye en desprecios; y por rígida que sea la filosofía, no hallo yo que toquen sus desengaños en ingratitudes.

» ¿ Qué cosa es, que siendo Vmd. la gloria de nuestra nacion, logre con tanta flojedad este timbre, que no se acuerde de la obligacion en que le impone, para no dejar aventurado el lustre que á todos los españoles nos resulta en sus obras, en la contingencia de su desperdicio ? Y especialmente en los autos, donde despues de haber tenido sudando tanto número de años la paciencia

de los doctos y la curiosidad de los discretos, imprime un tomo, ofreciendo los demas, para recrecer la sinrazon de no haberlo hecho. No, Señor Don Pedro, Vmd. está demasiadamente bien consigo, ó demasiadamente mal con los otros; y cualquiera de estos extremos es muy contra la verdadera templanza; y así protesto á Vmd. en nombre de todos (ya que la casualidad de mi intento me constituye voz prorumpida de la expectacion) que esto es injuriar muchos deseos y muchas estimaciones : por lo cual vuelvo á suplicar á Vmd. prosiga la impresion de sus autos (no digo bien que la prosiga : que la fenezca, digo), dando á la estampa á un tiempo todos los que ha hecho; y si para ello le faltan á Vmd. los medios que corresponden, dígame cuáles quiere que yo le ofrezca, y se pondrán donde fueren menester las cantidades que fueren necesarias : siendo bien infeliz muestra del siglo, que á quien lo merece todo, se llegue á recelar le pueda faltar nada. Y lo que de esta insinuacion me ha de dar Vmd. en agradecimientos, démelo en puntualidades, que me serán la verdadera satisfaccion; y en el interin que se logra, hágame Vmd. gusto de enviarme, tambien con las comedias, una memoria aparte de los títulos de todos sus autos, y trate Vmd. de no negárseme á uno ni á otro, engañando su modestia con su atencion. Guarde Dios á Vmd. muy largos años. Real de Valencia y junio 18 de 1680. — Su mas aficionado servidor de Vmd.

» El Almirante Duque. »

RESPUESTA DE DON PEDRO CALDERON.

« Excelentísimo Señor : Bien ha sido menester, Excelentísimo Señor, la suma dicha de tenerme V. E. en su memoria, para consuelo de las penalidades en que me halla, á causa de una leve caida, á quien han hecho grave achaques y años, pues ha resultado de ella el haberme impedido de todo un lado : con que, por no escribir á V. E. de ajena letra, lo he dilatado hasta que algo convalecido, me permite tomar la pluma. Pero no por eso he perdido tiempo en obedecer á V. E.; pues lo retardado me ha servido de hacer acuerdo en órden al cumplimiento de lo que me manda y me riñe; bien que con mas aprecio de lo que me riñe, que de lo que me manda. Y cuando una y otra razon no me sirva de disculpa, discúlpeme el que tomar plazo para responder á V. E. ha sido por no hallarme con razones que signifiquen la estimacion, respeto y veneracion en que me ponen las no merecidas honras que V. E. me hace. Y aun no pára en eso la disculpa, sino en que, despues de haberlas meditado, me hallo tan sin ellas como ántes; y así, remitiéndome á que la benignidad de V. E. me salga por fiadora (pues sola su grandeza puede ser desempeño de mi reconocimiento), paso á la obligacion en que me pone su mandato.

» Yo, Señor, estoy tan ofendido de los muchos agravios que me han hecho libreros y impresores (pues no contentos con sacar sin voluntad mia á luz mis mal limados yerros, me achacan los ajenos, como si para yerros no bastasen los mios; y aun esos mal trasladados, mal corregidos, defectuosos y no cabales), tanto que puedo asegurar á V. E. que aunque por sus títulos conozco mis comedias, por su contexto las desconozco; pues algunas que acaso han llegado á mi noticia, concediendo el que fuéron mias, niego el que lo sean, segun lo desemejadas que las han puesto los hurtados traslados de algunos ladroncillos que viven de venderlas, porque hay otros que viven de comprarlas; sin que sea posible restaurar este daño, por el poco aprecio que hacen de este género de hurto los que, informados de su justicia, juzgan que la poesía mas es defecto del que la ejercita, que delito del que la desluce. Esta desestimacion y poco caso que los señores jueces privativos de impren-

tas y librerías tal vez han hecho de mi queja, me han puesto en tal aborrecimiento, que no hallo mas remedio que ponerme de su parte, haciendo yo tambien desprecio de mí mismo. En este sentir pensaba mantenerme, cuando la no esperada dicha de tenerme V. E. en su memoria me alienta de manera, que con su patrocinio proseguiré la impresion de los autos, que son lo que sólo he procurado recoger, porque no corran la deshecha fortuna de las comedias, temeroso de ser materia tan sagrada, que un yerro ó de pluma ó de la imprenta, puede poner un sentido á riesgo de censura; y así remito á V. E. la memoria de los que tengo en mi poder, con la de las comedias, que así esparcidas en varios libros, como no ofendidas hasta ahora, se conservan ignoradas, para que V. E. disponga de uno y otro, en cuyo nombre proseguiré la impresion de los autos, luego que me halle convalecido, de que daré parte á V. E., reservando la liberalidad que me ofrece para cuando necesite valerme de ella. Cuya vida Nuestro Señor guarde con las felicidades y puestos que merece, y este humilde capellan suyo le desea. Madrid y julio 24 de 1680. — Excelentísimo Señor. — B. L. M. de V. E. su humilde capellan, Don Pedro Calderon de la Barca. »

MEMORIA DE COMEDIAS DE DON PEDRO CALDERON, ENVIADA AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR DUQUE DE VERAGUA.

TOMO PRIMERO.

La vida es sueño.
Casa con dos puertas.
El purgatorio de San Patricio.
La gran Cenobia.
La devocion de la Cruz.
La puente de Mantible.
Saber del mal y del bien.
Lances de amor y fortuna.
La dama duende.
Peor está que estaba.
El sitio de Breda.
El Príncipe constante.

TOMO II.

El mayor encanto amor.
Argénis y Poliarco.
El galan fantasma.
Júdas Macabeo.
El médico de su honra.
La Vírgen del Sagrario.
El mayor mónstruo del mundo.
El hombre pobre todo es trazas.
Á secreto agravio, secreta venganza.
El astrólogo fingido.
Amor, honor y poder.
Los tres mayores prodigios.

TOMO III.

En esta vida todo es verdad y todo mentira.
El maestro de danzar.
Mañanas de Abril y Mayo.
Los hijos de la fortuna.
Afectos de odio y amor.
La hija del aire, primera y segunda parte.
Ni amor se libra de amor.
El laurel de Apolo.
La púrpura de la rosa.
La fiera, el rayo y la piedra.
Tambien hay duelo en las damas.

TOMO IV.

El postrer duelo de España.
Eco y Narciso.
El mónstruo de los jardines.
El encanto sin encanto.
La niña de Gómez Arias.
El grand príncipe de Fez.
El Faetonte.
La aurora en Copacabana.
El conde Lucanor.
Apolo y Climene.
El golfo de las Sirenas.
Fineza contra fineza.

Fieras afemina amor (1).
La estatua de Prometeo.
El Tuzaní de la Alpujarra.
Amado y aborrecido.
El jardin de Falerina.
Darlo todo, y no dar nada.
De un castigo tres venganzas.
¿ Cuál es mayor perfeccion, hermosura ó discrecion ?
Luis Pérez el gallego.
Mujer, llora y vencerás.
Basta callar.
La Vírgen de los Remedios.
Auristela y Lisidante.
Mejor está que estaba.
Mañana será otro dia.
La Virgen de la Almudena, primera y segunda parte.
El mágico prodigioso.
San Francisco de Borja.
Los dos amantes del cielo.
Amigo, amante y leal.
El secreto á voces.
Hado y divisa de Leonido y de Marfisa.
Las armas de la hermosura.
Duelos de amor y lealtad.
El segundo Scipion.
El castillo de Lindabridis.
Don Quijote de la Mancha.
La Celestina.
No hay cosa como callar.
El José de las mujeres.
El triunfo de la Cruz.
Los empeños de un acaso.
Primero soy yo.
El agua mansa.
Agradecer y no amar.
Para vencer á amor, querer vencerle.
No siempre lo peor es cierto.
Gustos y disgustos son no mas que imaginacion.
Dicha y desdicha del nombre.
Manos blancas no ofenden.
El escondido y la tapada.
Cada uno para sí.
La desdicha de la voz.
Antes que todo es mi dama.
Los tres afectos de amor.
El pintor de su deshonra.
No hay burlas con el amor.
Dar tiempo al tiempo.
¡ Fuego de Dios en el querer bien !
La cisma de Inglaterra.
El acaso y el error.
Celos, aun del aire, matan.
Andrómeda y Perseo.
El alcade de Zalamea.
La banda y la flor.
Con quien vengo, vengo.
El alcalde de sí mismo.
El carro del cielo.
De una causa dos efectos.
Bien vengas mal, si vienes solo.
Certámen de amor y celos.
Los cabellos de Absalon.

Compuso pues CALDERON ciento onze comedias, sin contar, naturalmente, los Autos Sacramentales, de los que nada diremos no formando parte de esta edicion.

Don Pedro CALDERON murió en Madrid á 25 de Mayo de 1681, el domingo de Pascua de Pentecostes, con la mayor serenidad, en brazos de su amigo D. Juan Mateo Lozano que habia nombrado su testamentario cinco dias ántes en el testamento dado ante el escribano de número Juan de Búrgos. Murió en el principal de la casa nº 4 (antiguo) de la calle de Platerías, y dejó sus bienes á la Congregacion de Presbíteros naturales de Madrid, con la condicion de servir la renta de ellos á su hermana Doña Dorotea, que murió al año siguiente. El otro hermano de CALDERON, Don José, habia sucumbido peleando en el puente de Camarasa, en 1645, como teniente de maestre de campo general.

Las honras de CALDERON fueron en extremo sencillas pues así

(1) No coleccionadas ó inéditas hasta entónces.

lo habia dejado dispuesto, pero no pudo impedir su modestia el verdadero fausto de ellas que fué el inmenso gentío que le acompañó hasta la última morada, en la capilla de San José (iglesia de San Salvador), de la que era patrono Don Diego Ladron de Guevara, otro amigo y testamentario suyo. En Lisboa, Milan, Nápoles y Roma se cantaron las glorias de CALDERON, siendo inútil decir que, más que en otra parte, en Madrid y reinos de España. Dice Vera Tasis de nuestro autor que fué siempre su casa abrigo general de los desvalidos, de prudente condicion y profunda humildad, elevada modestia, atenta cortesía, gran rectitud de carácter y una verdadera caridad, pues segun decia su otro amigo Don Gaspar Agustin de Lara :

« Á todos dió igualmente con agrado,
Y á ninguno le dió con alboroto
Que ha de correr la dádiva tan lenta
Que apénas á quien llega no lo sienta. »

Ahora bien, los retratos de CALDERON no desmienten estas calidades morales, sino muy al contrário las confirman.

El dia 2 de Junio siguiente, la Congregacion de Presbíteros celebró unas exequias brillantes al poeta, en las que predicó el famoso maestro Guerra y á las que asistió la nobleza toda. En fin, no creyendo haber pagado suficientemente su deuda de cariño y gratitud, la Congregacion elevó á CALDERON unos mármoles en 1682, poniendo en ellos un retrato al óleo firmado por Don Francisco Zorrilla, y una inscripcion latina que, por no ser el latin lengua de todos, no reproducimos tal cual, prefiriendo poner aquí la traduccion revisada y elegante de la Academia Greco-Latina :

D. O. M.

Don Pedro Calderon de la Barca,
natural de Madrid, célebre en todo el mundo,
Caballero del hábito de Santiago,
Capellan de la de Reyes nuevos de Toledo,
y de honor de SS. MM. Don Felipe IV y Don Cárlos II.
Fué rio de delicias muy amado de las musas.
Despreció al morir
las obras que escribiera con extraordinario aplauso.
Á la venerable Congregacion de Sacerdotes naturales de esta corte
instituyó heredera, con esta condicion :
Que sepultase sin pompa al que no apetecia otra gloria que la eterna.
La Congregacion no obstante, en muestras de gratitud
á tan liberal bienhechor,
le dió sepultura bajo este mármol.
Vivió ochenta años.
Año del Señor M. D. C. LXXXII.
No en real aplauso ni en talento fies.

Debajo de esta lápida principal se colocó otra circular, ochavada, con la siguiente memoria.

LA VENERABLE CONGREGACION DE SACERDOTES NATURALES DE ESTA VILLA PUSO AQUÍ ESTA INSCRIPCION CON PERMISO DE DON DIEGO LADRON DE GUEVARA, CABALLERO DEL ÓRDEN DE CALATRAVA, PATRON DE ESTA CAPILLA. 1682.

Todos los años, á 26 de Mayo, la Congregacion debia celebrar un aniversario perpétuo. No duró mucho tiempo este piadoso tributo. En efecto, la visita eclesiástica, que ya habia desaprobado los gastos y el epitafio hecho á CALDERON, al hombre que por sus brillantes virtudes habia adquirido el título de *Venerable* y que se pensó en beatificar, suprimió las honras en 1690, manifestando la violenta oposicion que inspiraba entónces el teatro, pues en nada pudo basarse para tamaño desacierto más que en ser Don Pedro CALDERON autor de comedias, es decir, la gloria de España y del mundo.

No debian parar en esto las que llamarse podrian *Desazones de los huesos de Don Pedro Calderon*, pues en 1840, amenazando ruina la iglesia de San Salvador, de la que ya se habia intentado robar el retrato del ilustre poeta, que nunca en Madrid han faltado *aficionados al arte*, tres patricios que merecen nombrarse, Don Joaquin Marracci y Soto, Don Antonio de Iza Zamácola y Don Francisco Pérez, pensaron en trasladar los despojos de Calderon á sitio más seguro y así se hizo á 12 de Junio, siendo depositados en la capilla de la Sacramental de San Nicolás.

Otra vez debia pasear las calles madrileñas el modesto ataúd. El 7 de Febrero del año de 41 un decreto ordenó la ejecucion de la ley dada en 1837 ordenando que el convento de San Francisco el Grande se convirtiese en PANTEON NACIONAL, y este decreto, olvidado y no cumplido, fué puesto en vigor, en 1869, por el nuevo gobierno de España.

En 20 de Junio, los restos de CALDERON fueron trasladados pues al Panteon Nacional, á la par de muchos otros, entre numeroso gentío, seguido de la Congregacion de los Presbíteros que no olvida que le contó entre sus lumbreras.

Tal es, contada con la mayor extension y sin hacer aventuradas conjeturas que á nada de provechoso nos llevarian, la vida y muerte del príncipe de los dramáticos españoles, elogiado no sólo por propios, y no es virtud muy usual en España, sino que tambien por los extraños, italianos, ingleses, alemanes y franceses, tan dados á colocar á sus genios por encima de todos los otros, lo que no señalo como defecto sino como muy grandísimo mérito. No por esto faltan tampoco en Francia los Clavijos y Nasarres de los Calderones franceses.

Tantas veces y por tan ilustres plumas ha sido juzgado el teatro de Don Pedro CALDERON DE LA BARCA que no quedan

acentos para cantarlo dignamente, ni hay opiniones que verter que no se hallen ya expresadas, ni apreciaciones más sensatas que las expuestas por el paciente sabio y entusiasta español Don Juan Eugenio Hartzembusch; y así, con la mayor humildad lo confesamos, estando hecha la tarea y hecha con toda la latitud y esmero posible, no haremos aquí un estudio en el que la erudicion abunde, ni en el que brillen las ideas nuevas, ni en el que descuellen las elogiosas inspiraciones; ateniéndonos á nuestros escasos méritos, y sin querer pasar por lo que no somos que en mala hora se engalanó el pavo de márras con las plumas ajenas, diremos solamente como hemos leido á Calderon; y como la admiracion que siempre le hemos tenido y le tenemos no es de encargo, sino muy sincera, nuestras líneas tendrán por lo ménos el mérito de la franqueza, que es la virtud de Aragon.

Á los ocho años, tierna edad en que el que escribe comenzó á estudiar latin, estando un dia en un caramanchon revolviendo libracos y papeles viejos, llenos de ratoniles argumentos, que su señor abuelo tenía allí como cosa de inestimable valía y á la que estaba prohibido llevar la mano, sacó un cuaderno manuscrito que le gustó por la hermosura de la letra, que lo era española antigua, firme y robusta como castellana vieja. Este manuscrito, obra caligráfica de un tio del que rebuscaba, muerto á la sazon, llevaba el título de *La Vida es sueño*. Con sumo miedo y grandes remordimientos ocultamos el papel entre carne y camisilla, y encerrados en un cuartito, bajo pretexto de preparar los temas para la clase del dia siguiente, comenzamos á leer. No comprendimos una palabra, pero quedamos encantados, tanto que, las décimas de Segismundo, leidas y releidas se nos grabaron en la mente y meses estuvimos repitiéndolas, con la monotonía del organillo callejero, á toda visita de la casa paterna, ya como prueba de memoria, ya como muestra de diccion.

El lector perdonará esta página de autobiografía á quién tal vez no tenga nunca otra, pues confirma que, desde los ocho años, está en relaciones con Calderon. Con los años vino el conocimiento más detallado y la más explicable admiracion. Así queda para nosotros fuera de duda que lo primero, lo que más sorprende en la obra calderoniana es la hermosura de la poesía, música inimitable que, á mí, niño que sólo conocía en cuestion de versos aquellos de : « *Libre España, feliz é independiente* » y que nada ó casi nada comprendia de lo que leia, me cautivó y me dejó bajo la influencia durable de su armonía. Los años no han modificado esta impresion y hoy, como entónces, en ciertos pasajes oscuros y alambicados pero sonoros, sentimos igual placer y cautiverio, por más que sigamos sin entenderlos.

Lo que sí entendemos y entendimos siempre, fueron las lecciones que en las obras del poeta bebimos y que, (al César lo que es del César), fomentaba nuestro padre con ejemplo diario de las

más sólidas virtudes públicas y domésticas; á los quince años, (y hoy á los treinta el autor no ha cambiado, á no ser en la natural templanza que los años han traido á la viveza de los primeros sentimientos), su honor se habia desarrollado hasta rayar en lo absurdo; su altivez serena, su franqueza grave, la profunda consideracion á la palabra dada, la propension acentuada á la galantería, el respeto á la mujer, el carácter poco sufrido y las manos harto ligeras, la fe en la religion de sus mayores, el patrio amor, parecido por lo quisquilloso á un mal autor y por lo inflamable al éter, hacian de él un español castizo y un galan de CALDERON. Está seguro de no haber faltado nunca á lo que debe á la honradez de su nombre y á su dignidad de español. El teatro de CALDERON sorprende pues en segundo punto por las dos columnas en que se basa: el HONOR y la GALANTERÍA. Y, entre paréntesis, este hecho puede probar á los que aun mezclan en mal batida tortilla el teatro y la moral, que moralidad hay en la obra calderoniana.

En fin, ya de mayor edad, cursados en historia y habiendo analizado de ex profeso la que va desde Cárlos I á Cárlos II, las comedias de nuestro autor nos han seducido por sus graciosos, sublimes ó trágicos efectos escénicos, por la prodigiosa facilidad del enredo á cuyo traves expone con verdad que salta á la vista aun de los ménos peritos, los habitos y costumbres de todas las clases sociales de su tiempo. Panorama nacional en que el observador halla fiel y escrupulosamente fijada como una imágen fotográfica, toda la España del siglo XVII, si bien algo hermoseada y elevada (como ántes lo habia sido y como el ideal poético lo requería). Tales son pues, á nuestro juicio y basándonos en la propia experiencia, los tres puntos capitales que bastan, cada uno de por sí, á hacer una obra inmortal.

De tan largas relaciones ha resultado para nosotros un respeto tan humilde, un cariño tan acendrado que parecerá ridículo á muchos en este tiempo que nada tiene que envidiar á los pasados, exceptuando una cosa: el entusiasmo. El autor no se extenderá aquí en lo que siente por CALDERON, no por miedo de que en las barbas se le rian sino por ser inútil; pero, sí confesará ingenuamente que no encuentra defectos á su poeta y le cuesta trabajo decir que los tenía, recurriendo á lo que otros han dicho. No somos críticos ahora, sino admiradores entusiastas, y la admiracion nos ciega.

Pero, ¿eran los defectos de CALDERON defectos suyos? Dejando aparte los errores materiales cometidos por los *editores bandoleros* que le robaban sus libros, los defectos reales, ¿no son más defectos de su tiempo que defectos suyos, y en este concepto no era de su deber reproducirlos? Puede dudarse que, de vivir CALDERON un siglo despues ¿habria expurgado su obra del follaje que á veces la sombrea en demasía y habria practicado grandes aberturas al sol vivificador de su verso, al caudaloso

cauce de su sana filosofía? ¿Puede ponerse en duda que su diálogo habria sido lo que es el de Moratin y debe ser el de la comedia perfecta? ¿Es posible admitir por un instante que los anacronismos históricos y las caprichosas alteraciones geográficas del autor sean porque ignoraba la historia y la geografía? No, pues le hemos visto poseer entrambos conocimientos al partirse de Salamanca. ¿No dan ganas de decir con el padre Guerra y Ribera que estos *defectillos los puso* (CALDERON) *para mayor hermosura y juzgar por habilidades los deslices?*

La oscuridad de su lenguaje, que es oscuridad para nosotros, ¿lo era acaso en su tiempo y no es cosa constante que todo el mundo le entendia y con la facilidad que ha de entenderse en el teatro? Y en cuanto á las unidades... ¿no sería puerilidad hablar hoy de unidades, de las unidades que están muertas y enterradas, las de lugar y tiempo, pues la de accion es por todos observada? Es cosa clara, pues, que los defectos que vienen á quedar á CALDERON, son ó una reproduccion de su época, ó una muestra de la crasa ignorancia de sus editores primeros.

Verdad es que en esto, si los amigos y deudos de CALDERON pueden tacharse de tibieza en haber reunido, compulsado é impreso las obras por los manuscritos originales, cuando aun era tiempo, el primer culpable es el mismo poeta; ya hemos visto en la carta al duque de Veragua qué poco caso hacía de sus *yerros dramáticos*. Hé aquí otra prueba de la indiferencia con que miraba la impresion de sus obras:

«Mándame Vmd., señor y amigo mio, que para sobrellevar la soledad á que le han reducido sus desengaños, le remita los libros inclusos en la memoria de su carta, en cuya última línea especialmente pone los libros de comedias, en que andan algunas mias esparcidas. Yo, con el deseo de obedecer en todo, á pesar del dejo con que ya miro esta materia, y desimaginado (por el poco afecto que he puesto en andar en sus alcances) de lo que habia de encontrar en ella, acudí á buscarlos; y no sólo hallé en sus impresiones que ya no eran mias las que lo fueron, pero muchas que no lo fueron, impresas como mias, no contentándose los hurtos de la prensa con añadir sus yerros á los mios, sino con achacarme los ajenos; pues sobre estar, como ántes dije, las ya no mias llenas de erratas, y, por el ahorro del papel, aun no cabales (pues donde acaba el pliego acaba la jornada, y donde acaba el cuaderno acaba la comedia), hallé, ya adocenadas y ya sueltas, todas estas que no son mias. (*Sigue la lista.*)

».... Un amigo mio me dijo: Pues no tiene remedio lo pasado, enmendad lo por venir. ¿Cómo? le pregunté. Y él me respondió: Imprimiendo vos vuestras comedias, atajaréis la sinrazon de que otro las imprima. Si veis (le dije) que ya no las busco para enviarlas, sino para consumirlas, ¿cómo me aconsejáis el aumentarlas? Á que replicó: Ni el recogerlas es posible, ni el

que no crezcan fácil. Sabed que hay persona que, de las últimas que aun no han corrido esa fortuna, tiene para imprimir un libro; y es tan atento, que por no daros pesar se ha valido de mí, para que solicite vuestra permision. No me habléis en ella (le dije), porque no he de darla. Pues tened entendido (prosiguió) que no es sola la persona por quien os pido quien las tiene, y que de no imprimirlas él en Madrid, donde con mi asistencia salgan ménos erradas, será sin duda el que otros la envíen á Zaragoza ó á Sevilla, de donde vendrán, sin poder vos remediarlo, como las demas, mal corregidas. Viendo yo que el que empezaba en ruego, acababa en amenaza, y amenaza tán factible, dándome no sé si al partido ó al despecho : Haced vos lo que quisiéredes (le dije); pero con condicion, si se imprimiere, que ha de ser la de *Lucanor* alguna de ellas. Aquí entra la citada prueba, de que aun las mias no lo son, pues hallará el que tuviere curiosidad de cotejarla con la que anda en la *Parte quince*, que á pocos versos mios, prosigue con los de otro; si buenos ó malos, remítome al cotejo. Tomóme la palabra, y á pocos dias me trujo el libro impreso. »

(Prólogo á la *Cuarta Parte* de comedias de CALDERON, impresa en Madrid, año de 1672.)

¿ Cómo apreciar á CALDERON de un modo equitable y justo? Es imposible y en este caso, más vale no pararse en las manchas de ese sol de la escena castellana, pues sería tan ridículo como ir buscando las bellezas en una obra de todo punto nula y empalagosa, como la *Petimetra* de Moratin (Don Nicolás).

En cuanto á detenernos á apreciar y determinar el mérito de cada comedia en particular, el propósito de hacerlo al frente de cada una de ellas, nos dispensa de hacerlo aquí, así como de recargar este ya largo estudio con detalles bibliográficos que con más gusto y provecho se leerán por separado.

Para reasumirnos, diremos sólo que el teatro de CALDERON es grande como la obra de un poeta de genio: grande por la novedad de los asuntos y de la trama que en nada se parece al teatro griego y romano; grande en fin por ser el fiel retablo de una época, y á pesar de la humanidad de sus personajes, constituir la más perfecta y grandiosa personificacion de España.

GARCIA RAMON.

París, á 8 de Marzo de 1881.

APUNTES SOBRE

LA VIDA ES SUEÑO

Hay opiniones hechas, juicios tradicionales que la generalidad acepta como palabra evangélica y repite sin tomarse la molestia de examinar si la opinion es buena, si la tradicion es fundada. Tal es el caso de la *Vida es sueño*. Todos los críticos, — ménos Ticknor, — han declarado este drama la obra maestra de Calderon, y desde siglos se viene confirmando el fallo aun por aquellos que nunca leyeron al poeta y hablan de oídas, por darse lustre de entendidos en literatura, dama de gran virtud que todos se precian sin embargo de poseer. No seremos nosotros los que nos opongamos aquí á la corriente y el que haya leido la introduccion sabe qué razones nos asisten; ademas, porque no vemos inconveniente, como Tícknor parece haberlo visto, en formar en las falanjes de la tradicion, cuando esta señora tiene por generala en jefe á la justicia.

La *Vida es sueño*, obra de rara filosofía, está sacada de una idea vulgar, y como siempre, el genio ha convertido lo vulgar en sublime. « No nos acordamos si es en Boccacio á en las *Mil y una noche*, — dice don Alberto Lista en sus *Ensayos literarios y críticos* (Sevilla, 1844), — donde hemos leido el cuento de un príncipe que por entretenimiento hizo que embriagasen á un mendigo; que cuando despertase se le hiciese creer que era monarca durante un dia; y que vuelto á embriagar, se le restituyese á su primer miseria. En esta conseja trivial descubrió el genio de Calderon bastante campo para representar las dos situaciones más importantes de la vida humana: á saber, la ilusion y el escarmiento. En la primera Segismundo no es más que el hombre fisiológico. Tiene poder y quiere emplearlo en la venganza: insulta á su padre, se enamora sucesivamente de dos mujeres que ve, resiste al consejo, arroja al mar desde un balcon uno de los

consejeros, y quiere dar muerte al otro; no hay razon, no hay honor, no hay respeto que le atajen; sólo la adulacion, sólo lo que lisonjea sus pasiones le es bueno y agradable.

» Segismundo vuelve á dormir, y vuelve á despertar en su prision con la cadena al pié y el carcelero al lado. Aquí empieza una nueva existencia, la existencia del hombre moral, ilustrado por el escarmiento y la razon. Desconfía de los bienes de la vida, que le buscan de nuevo; gózalos, pero con timidez: reprime sus pasiones, que quieren sublevarse otra vez, y hace buen uso de la felicidad, porque sabe que ha de perderla, y que ha de despertar en otra region, con respecto á la cual, la vida actual no es más que un sueño.

» Tal es el magnífico plan que desenvolvió CALDERON con todo el genio de un gran poeta, y con toda la profundidad de un gran filósofo. ¿Qué son despues de esto algunos defectos de expresion, hijos del mal gusto de su siglo, y muy fáciles de corregir, como efectivamente lo ha hecho el imitador frances? (Boissy) ¿Quién se pára en ellos cuando se ve descrita con tanta perfeccion la historia del hombre? »

Lista ha dicho muy bien lo que nosotros habríamos dicho peor; por eso lo hemos citado. Añadamos empero que olvida otra idea madre que forma la doble corriente moral del drama y es que, el que ha encerrado á Segismundo en la caverna sombría es su propio padre para contrarestar el sino, pues habia leido en el maravilloso libro de los cielos donde las letras son estrellas, que aquel hijo le destronaria con el tiempo.

La belleza principal de la *Vida es sueño* estriba en el carácter de Segismundo, carácter singular y de una originalidad osada, centro al que convergen todas las escenas, y del que parte la animacion, lo terrible y lo cómico del drama. Por más que no se considere á CALDERON como pintor de caractéres, tiene varios en sus obras que son de primera fuerza, pero ninguno iguala á Segismundo por lo nuevo como ninguno llega al *Alcalde de Zalamea* por la intensidad de verdad que le gobierna, y toda la literatura dramática española no tiene otro que oponerle, ni aun relativamente. Y de aquí el vivísimo interes que despierta y la huella profunda que deja en el ánimo despues de leido.

En cuanto al estilo (y lo diremos de una vez para no repetirnos más), tiene los defectos de todo el de CALDERON; pero, como la obra era un sueño como su título, como estaba y no podia estar basada más que en la ficcion, el estilo de este drama es, sin duda alguna, el más elevado y poético que escribió nuestro

autor. Hay oscuridades, hay amaneramiento, hay pésimo gu. en el detestable y tan gustado entónces jugar del vocablo; pero, hay tambien esas sacudidas sublimes, esos vuelos rápidos hácia lo divino, esa elevacion del pensamiento que se cierne por largo tiempo, y sin decaer, en la serenidad gloriosa de lo bello.

La *Vida es sueño* fué escrita por CALDERON en 1635, el año de la muerte de Lope de Vega (á quien se atribuyó) y representada en el salon real de Palacio á sus Majestades. Se imprimió el año siguiente en la rarísima coleccion de *Comedias famosas de varios autores*, impresa en Zaragoza, en el Hospital Real y General de Nuestra Señora de Gracia.

24
010
54

LA VIDA ES SUEÑO

PERSONAS

BASILIO, rey de Polonia.
SEGISMUNDO, príncipe.
ASTOLFO, duque de Moscovia.
CLOTALDO, viejo.
CLARIN, gracioso.
ESTRELLA, infanta.
ROSAURA, dama.
SOLDADOS. — GUARDAS. — MÚSICOS. — ACOMPAÑAMIENTO. — CRIADOS. — DAMAS.

La escena es en la corte de Polonia, en una fortaleza poco distante y en el campo.

JORNADA PRIMERA

A un lado monte fragoso y al otro una torre cuya planta baja sirve de prision á Segismundo. La puerta, que da frente al espectador, está entreabierta. La accion principia al anochecer.

ESCENA PRIMERA.

ROSAURA, CLARIN.

(*Rosaura vestida de hombre aparece en lo alto de las peñas, y baja á lo llano; tras ella viene Clarin.*)

ROSAURA.

Hipogrifo violento
Que corriste parejas con el viento,
¿ Dónde rayo sin llama,
Pájaro sin matiz, pez sin escama,
Y bruto sin instinto
Natural, al confuso laberinto
Destas desnudas peñas
Te desbocas, arrastras y despeñas?
Quédate en este monte,

Donde tengan los brutos su Faetonte;
Que yo, sin mas camino
Que el que me dan las leyes del destino,
Ciega y desesperada
Bajaré la aspereza enmarañada
Deste monte eminente,
Que arruga al sol el ceño de su frente.
Mal, Polonia, recibes
Á un extranjero, pues con sangre escribes
Su entrada en tus arenas,
Y apénas llega, cuando llega á penas.
Bien mi suerte lo dice;
¿Mas dónde halló piedad un infelice?

CLARIN

Dí dos, y no me dejes
En la posada á mí cuando te quejes;
Que si dos hemos sido
Los que de nuestra patria hemos salido
Á probar aventuras,
Dos los que entre desdichas y locuras
Aquí habemos llegado,
Y dos los que del monte hemos rodado,
¿No es razon que yo sienta
Meterme en el pesar, y no en la cuenta?

ROSAURA.

No te quiero dar parte
En mis quejas, Clarin, por no quitarte,
Llorando tu desvelo,
El derecho que tienes tú al consuelo.
Que tanto gusto habia
En quejarse, un filósofo decia
Que, á trueco de quejarse,
Habian las desdichas de buscarse

CLARIN.

El filósofo era
Un borracho barbon: ¡oh! ¡quién le diera
Mas de mil bofetadas!
Quejárase despues de muy bien dadas.
¿Mas qué haremos, señora,
Á pié, solos, perdidos y á esta hora
En un desierto monte,
Cuando se parte el sol á otro horizonte?

ROSAURA.

¡Quién ha visto sucesos tan extraños!
Mas si la vista no padece engaños
Que hace la fantasía,
Á la medrosa luz que aun tiene el dia,
Me parece que veo
Un edificio.

CLARIN.

Ó miente mi deseo,
Ó termino las señas.

ROSAURA.

Rústico nace entre desnudas peñas
Un palacio tan breve,
Que al sol apénas á mirar se atreve:
Con tan rudo artificio
La arquitectura está de su edificio,
Que parece, á las plantas
De tantas rocas y de peñas tantas
Que al sol tocan la lumbre,
Peñasco que ha rodado de la cumbre.

CLARIN.

Vámonos acercando;
Que este es mucho mirar, señora, cuando
Es mejor que la gente
Que habita en ella, generosamente
Nos admita.

ROSAURA.

La puerta
(Mejor diré funesta boca) abierta
Está, y desde su centro
Nace la noche, pues la engendra dentro.

(*Suenan dentro cadenas.*)

CLARIN.

¡Qué es lo que escucho, cielo!

ROSAURA.

Inmóbil bulto soy de fuego y hielo.

CLARIN.

¿Cadenita hay que suena?
Mátenme, si no es galeote en pena:
Bien mi temor lo dice.

ESCENA II.

SEGISMUNDO, *en la torre.* — ROSAURA, CLARIN.

SEGISMUNDO. (*dentro.*)

¡Ay mísero de mí! ¡Ay infelice!

ROSAURA.

¡Qué triste voz escucho!
Con nuevas penas y tormentos lucho.

CLARIN.

Yo con nuevos temores.

ROSAURA.

Clarin.....

CLARIN.

Señora.....

ROSAURA.

Huyamos los rigores
Desta encantada torre.

CLARIN

Yo aun no tengo
Ánimo para huir, cuando á eso vengo.

ROSAURA.

¿No es breve luz aquella
Caduca exhalacion, pálida estrella,
Que en trémulos desmayos,
Pulsando ardores y latiendo rayos,
Hace mas tenebrosa
La oscura habitacion con luz dudosa?
Sí, pues á sus reflejos
Puedo determinar (aunque de léjos)
Una prision oscura,
Que es de un vivo cadáver sepultura;
Y porque mas me asombre,
En el traje de fiera yace un hombre
De prisiones cargado,
Y solo de una luz acompañado.
Pues huir no podemos,
Desde aquí sus desdichas escuchemos:
Sepamos lo que dice.

(*Ábrense las hojas de la puerta, y descúbrese Segismundo con una cadena y vestido de pieles. Hay luz en la torre.*

SEGISMUNDO.

¡Ay mísero de mí! ¡Ay infelice!

Apurar, cielos, pretendo,
Ya que me tratais así,
Qué delito cometi
Contra vosotros naciendo:
Aunque si nací, ya entiendo
Qué delito he cometido:
Bastante causa ha tenido
Vuestra justicia y rigor,
Pues el delito mayor
Del hombre es haber nacido.
Solo quisiera saber
Para apurar mis desvelos
(Dejando á una parte, cielos,
El delito del nacer),
¿Qué mas os pude ofender,
Para castigarme mas?
¿No nacieron los demas?
Pues si los demas nacieron,
¿Qué privilegios tuvieron
Que yo no gocé jamas?
Nace el ave, y con las galas
Que la dan belleza suma,
Apénas es flor de pluma,
Ó ramillete con alas,
Cuando las etéreas salas,
Corta con velocidad,
Negándose á la piedad
Del nido que deja en calma;
¿Y teniendo yo mas alma,
Tengo ménos libertad?
Nace el bruto, y con la piel
Que dibujan manchas bellas,
Apénas signo es de estrellas
(Gracias al docto pincel),
Cuando atrevido y cruel,
La humana [1] necesidad
Le enseña á tener crueldad,
Mónstruo de su laberinto:
¿Y yo con mejor instinto
Tengo ménos libertad?

1. Natural.

Nace el pez, que no respira,
Aborto de ovas y lamas,
Y apénas bajel de escamas
Sobre las ondas se mira,
Cuando á todas partes gira,
Midiendo la inmensidad
De tanta capacidad
Como le da el centro frio:
¿Y yo con mas albedrío
Tengo ménos libertad?
Nace el arroyo, culebra
Que entre flores se desata,
Y apénas, sierpe de plata,
Entre las flores se quiebra,
Cuando músico celebra
De las flores la piedad,
Que le da la majestad
Del campo abierto á su huida:
¿Y teniendo yo mas vida
Tengo ménos libertad?
En llegando á esta pasion,
Un volcan, un Etna hecho
Quisiera arrancar del pecho
Pedazos del corazon:
¿Qué ley, justicia ó razon
Negar á los hombres sabe
Privilegio tan süave,
Excepcion tan principal,
Que Dios le ha dado á un cristal,
Á un pez, á un bruto y á un ave?

ROSAURA.

Temor y piedad en mí
Sus razones han causado.

SEGISMUNDO.

¿Quién mis voces ha escuchado?
¿Es Clotaldo?

CLARIN. (*Ap. á su amo.*)

Dí que sí.

ROSAURA.

No es sino un triste (¡ay de mí!)
Que en estas bóvedas frias
Oyó tus melancolías.

SEGISMUNDO.

Pues muerte aquí te daré,
Porque no sepas que sé (*Ásela.*)
Que sabes flaquezas mias.
Solo porque me has oido,
Entre mis membrudos brazos
Te tengo de hacer pedazos.

CLARIN.

Yo soy sordo, y no he podido
Escucharte.

ROSAURA.

Si has nacido
Humano, baste el postrarme
Á tus piés para librarme.

SEGISMUNDO.

Tu voz pudo enternecerme,
Tu presencia suspenderme
Y tu respeto turbarme.
¿Quién eres? que aunque yo aquí
Tan poco del mundo sé,
Que cuna y sepulcro fué
Esta torre para mí:
Y aunque desde que nací
(Si esto es nacer) solo advierto
Este rústico desierto,
Donde miserable vivo,
Siendo un esqueleto vivo,
Siendo un animado muerto:
Y aunque nunca ví ni hablé,
Sino á un hombre solamente
Que aquí mis desdichas siente,
Por quien las noticias sé
De cielo y tierra, y aunqué
Aquí, porque mas te asombres
Y mónstruo humano me nombres,
Entre asombros y quimeras,
Soy un hombre de las fieras,
Y una fiera de los hombres:
Y aunque en desdichas tan graves
La política he estudiado,
De los brutos enseñado,
Advertido de las aves,

Y de los astros süaves,
Los círculos he medido;
Tú solo, tú has suspendido
La pasion á mis enojos,
La suspension á mis ojos,
La admiracion á mi oido.
Con cada vez que te veo
Nueva admiracion me das,
Y cuando te miro mas,
Aun mas mirarte deseo.
Ojos hidrópicos creo
Que mis ojos deben ser;
Pues cuando es muerte el beber,
Beben mas, y desta suerte,
Viendo que el ver me da muerte,
Estoy muriendo por ver.
Pero véate yo y muera;
Que no sé, rendido ya,
Si el verte muerte me da,
El no verte qué me diera.
Fuera, mas que muerte fiera,
Ira, rabia y dolor fuerte;
Fuera muerte: desta suerte
Su rigor he ponderado,
Pues dar vida á un desdichado
Es dar á un dichoso muerte.

ROSAURA.

Con asombro de mirarte,
Con admiracion de oirte,
Ni sé qué pueda decirte,
Ni qué pueda preguntarte:
Solo diré que á esta parte
Hoy el cielo me ha guiado
Para haberme consolado,
Si consuelo puede ser
Del que es desdichado, ver
Otro que es mas desdichado.
Cuentan de un sabio, que un dia
Tan pobre y mísero estaba,
Que solo se sustentaba
De unas yerbas que cogia.
¿Habrá otro (entre sí decia

Mas pobre y triste que yo?
Y cuando el rostro volvió,
Halló la respuesta, viendo
Que iba otro sabio cogiendo
Las hojas que él arrojó.
Quejoso de la fortuna
Yo en este mundo vivia,
Y cuando entre mí decia:
¿Habrá otra persona alguna
De suerte mas importuna?
Piadoso me has respondido;
Pues volviendo en mi sentido,
Hallo que las penas mias,
Para hacerlas tú alegrías
Las hubieras recogido.
Y por si acaso mis penas
Pueden en algo aliviarte,
Óyelas atento, y toma
Las que dellas me sobraren.
Yo soy.....

ESCENA III.

CLOTALDO, SOLDADOS. — SEGISMUNDO, ROSAURA, CLARIN.

CLOTALDO. (*Dentro.*)
Guardas desta torre,
Que, dormidas ó cobardes,
Disteis paso á dos personas
Que han quebrantado la cárcel...

ROSAURA.
Nueva confusion padezco.

SEGISMUNDO.
Este es Clotaldo, mi alcaide.
¿Aun no acaban mis desdichas?

CLOTALDO. (*Dentro.*)
Acudid y vigilantes,
Sin que puedan defenderse,
Ó prendedles, ó matadles.

VOCES DENTRO.
¡Traicion!

CLARIN.

Guardas desta torre,
Que entrar aquí nos dejasteis,
Pues que nos dais á escoger,
El prendernos es mas fácil.

(*Salen Clotaldo y los soldados: él con una pistola, y todos con los rostros cubiertos.*)

CLOTALDO. (*Ap. á los soldados al salir.*)

Todos os cubrid los rostros;
Que es diligencia importante
Miéntras estamos aquí
Que no nos conozca nadie.

CLARIN.

¿Enmascaraditos hay?

CLOTALDO.

O vosotros que ignorantes,
De aqueste vedado sitio
Coto y término pasasteis
Contra el decreto del Rey,
Que manda que no ose nadie
Examinar el prodigio
Que entre esos peñascos yace,
Rendid las armas y vidas,
O aquesta pistola, áspid
De metal, escupirá
El veneno penetrante
De dos balas, cuyo fuego
Será escándalo del aire.

SEGISMUNDO.

Primero, tirano dueño,
Que los ofendas ni agravies,
Será mi vida despojo
Destos lazos miserables;
Pues en ellos, vive Dios,
Tengo de despedazarme
Con las manos, con los dientes,
Entre aquestas peñas, ántes
Que su desdicha consienta
Y que llore sus ultrajes.

CLOTALDO.

Si sabes que tus desdichas
Segismundo, son tan grandes,

Que ántes de nacer moriste
Por ley del cielo; si sabes
Que aquestas prisiones son
De tus furias arrogantes
Un freno que las detenga,
Y una rueda que las pare;
¿Por qué blasonas? La puerta (*Á los soldados.*)
Cerrad de esa estrecha cárcel;
Escondedle en ella.

SEGISMUNDO.

¡Ah, cielos,
Qué bien haceis en quitarme
La libertad! porque fuera
Contra vosotros gigante,
Que para quebrar al sol
Esos vidrios y cristales,
Sobre cimientos de piedra
Pusiera montes de jaspe.

CLOTALDO.

Quizá, porque no los pongas,
Hoy padeces tantos males.

(*Llévanse algunos soldados á Segismundo, y enciérranle en su prision.*)

ESCENA IV.

ROSAURA, CLOTALDO, CLARIN, SOLDADOS.

ROSAURA.

Ya que vi que la soberbia
Te ofendió tanto, ignorante
Fuera en no pedirte humilde
Vida que á tus plantas yace.
Muévate en mí la piedad;
Que será rigor notable,
Que no hallen favor en ti
Ni soberbias ni humildades.

CLARIN.

Y si humildad ni soberbia
No te obligan, personajes
Que han movido y removido
Mil autos sacramentales,

Yo, ni humilde ni soberbio,
Sino entre las dos mitades
Entreverado, te pido
Que nos remedies y ampares.

CLOTALDO.

¡Hola!

SOLDADOS.

Señor...

CLOTALDO.

Á los dos
Quitad las armas, y atadles
Los ojos, porque no vean
Cómo ni de dónde salen.

ROSAURA.

Mi espada es esta, que á ti
Solamente ha de entregarse,
Porque al fin, de todos eres
El principal, y no sabe
Rendirse á ménos valor.

CLARIN.

La mia es tal, que puede darse
Al mas rüin: tomadla vos.
(*Á un soldado.*)

ROSAURA.

Y si he de morir, dejarte
Quiero, en fe desta piedad,
Prenda que pudo estimarse
Por el dueño que algun dia
Se la ciñó: que la guardes
Te encargo, porque aunque ya
No sé qué secreto alcance,
Sé que esta dorada espada
Encierra misterios grandes,
Pues solo fiado en ella
Vengo á Polonia á vengarme
De un agravio.

CLOTALDO. (*Ap.*)

¡Santos cielos!
¡Qué es esto! ya son mas graves
Mis penas y confusiones,
Mis ansias y mis pesares.

¿ Quién te la dió ?

ROSAURA.

Una mujer.

CLOTALDO.

¿ Cómo se llama?

ROSAURA.

Que calle
Su nombre es fuerza.

CLOTALDO.

¿De qué
Infieres ahora, ó sabes,
Que hay secreto en esta espada

ROSAURA.

Quien me la dió, dijo : « Parte
Á Polonia, y solicita
Con ingenio, estudio ó arte,
Que te vean esa espada
Los nobles y principales,
Que yo sé que alguno dellos
Te favorezca y ampare ; »
Que por si acaso era muerto,
No quiso entónces nombrarle.

CLOTALDO. (*Ap.*)

¡ Válgame el cielo, qué escucho!
Aun no sé determinarme
Si tales sucesos son
Ilusiones ó verdades.
Esta es la espada que yo
Dejé á la hermosa Violante,
Por señas que el que ceñida
La trajera, habia de hallarme
Amoroso como hijo,
Y piadoso como padre.
¿Pues qué he de hacer (¡ ay de mí !)
En confusion semejante,
Si quien la trae por favor,
Para su muerte la trae,
Pues que sentenciado á muerte
Llega á mis piés? ¡ Qué notable
Confusion ! ¡ Qué triste hado !
¡ Qué suerte tan inconstante !
Este es mi hijo, y las señas

Dicen bien con las señales
Del corazon, que por verlo
Llama al pecho, y en él bate
Las alas, y no pudiendo
Romper los candados, hace
Lo que aquel que está encerrado,
Y oyendo ruido en la calle
Se asoma por la ventana:
Él así, como no sabe
Lo que pasa, y oye el ruido,
Va á los ojos á asomarse,
Que son ventanas del pecho
Por donde en lágrimas sale.
¿Qué he de hacer? (¡Valedme, cielos!)
¿Qué he de hacer? Porque llevarle
Al Rey, es llevarle (¡ay triste!)
Á morir. Pues ocultarle
Al Rey, no puedo, conforme
Á la ley del homenaje.
De una parte el amor propio,
Y la lealtad de otra parte
Me rinden. Pero ¿qué dudo?
La lealtad del Rey ¿no es ántes
Que la vida y que el honor?
Pues ella viva y él falte.
Fuera de que si ahora atiendo
Á que dijo que á vengarse
Viene de un agravio, hombre
Que está agraviado, es infame. —
No es mi hijo, no es mi hijo,
Ni tiene mi noble sangre.
Pero si ya ha sucedido
Un peligro, de quien nadie
Se libró, porque el honor
Es de materia tan frágil,
Que con una accion se quiebra,
O se mancha con un aire,
¿Qué mas puede hacer, qué mas,
El que es noble, de su parte,
Que á costa de tantos riesgos
Haber venido á buscarle?
Mi hijo es, mi sangre tiene,

Pues tiene valor tan grande;
Y así, entre una y otra duda,
El medio mas importante
Es irme al Rey, y decirle
Que es mi hijo, y que le mate.
Quizá la misma piedad
De mi honor podrá obligarle;
Y si le merezco vivo,
Yo le ayudaré á vengarse
De su agravio; mas si el Rey,
En sus rigores constante,
Le da muerte, morirá,
Sin saber que soy su padre. —
Venid conmigo, extranjeros,
(*Á Rosaura y Clarin.*)
No temais, no, de que os falte
Compañía en las desdichas,
Pues en duda semejante
De vivir ó de morir,
No sé cuáles son mas grandes.
(*Vanse.*)

ESCENA V.

Salon del Palacio Real en la corte [1].

ASTOLFO Y SOLDADOS *que salen por un lado, y por el otro* LA INFANTA ESTRELLA Y DAMAS. *Música militar dentro y salvas.*

ASTOLFO.

Bien al ver los excelentes
Rayos, que fuéron cometas,
Mezclan salvas diferentes
Las cajas y las trompetas,
Los pájaros y las fuentes:
Siendo con música igual,
Y con maravilla suma,
Á tu vista celestial
Unos, clarines de pluma,
Y otras, aves de metal;

1. Siendo el drama pura invencion, Calderon descuidó poner nombre á esta corte.

Y así os saludan, señora,
Como á su reina las balas,
Los pájaros como Aurora,
Las trompetas como á Palas
Y las flores como á Flora;
Porque sois, burlando el dia
Que ya la noche destierra,
Aurora en el alegría,
Flora en paz, Palas en guerra,
Y reina en el alma mia.

ESTRELLA.

Si la voz se ha de medir
Con las acciones humanas,
Mal habeis hecho en decir
Finezas tan cortesanas,
Donde os pueda desmentir
Todo ese marcial trofeo
Con quien ya atrevida lucho;
Pues no dicen, segun creo,
Las lisonjas que os escucho,
Con los rigores que veo.
Y advertid que es baja accion,
Que solo á una fiera toca,
Madre de engaño y traicion,
El halagar con la boca
Y matar con la intencion.

ASTOLFO.

Muy mal informada estáis,
Estrella, pues que la fe
De mis finezas dudais,
Y os suplico que me oigais
La causa, á ver si la sé.
Falleció Eustorgio tercero,
Rey de Polonia, y quedó
Basilio por heredero,
Y dos hijas, de quien yo
Y vos nacimos. — No quiero
Cansar con lo que tiene
Lugar aquí. — Clorilene,
Vuestra madre y mi señora,
Que en mejor imperio ahora
Dosel de luceros tiene,

Fué la mayor, de quien vos
Sois hija; fué la segunda,
Madre y tia de los dos,
La gallarda Recisunda,
Que guarde mil años Dios;
Casó en Moscovia, de quien
Nací yo. Volver ahora
Al otro principio es bien.
Basilio, que ya, señora,
Se rinde al comun desden
Del tiempo, mas inclinado
Á los estudios que dado
Á mujeres, enviudó
Sin hijos, y vos y yo
Aspiramos á este Estado.
Vos alegais que habeis sido
Hija de hermana mayor;
Yo, que varon he nacido,
Y aunque de hermana menor,
Os debo ser preferido.
Vuestra intencion y la mia
Á nuestro tio contamos:
Él respondió que queria
Componernos, y aplazamos
Este puesto y este dia.
Con esta intencion salí
De Moscovia y de su tierra;
Con esta llegué hasta aquí,
En vez de haceros yo guerra,
Á que me la hagais á mí.
¡Oh¡ quiera Amor, sabio dios,
Que el vulgo, astrólogo cierto,
Hoy lo sea con los dos,
Y que pare este concierto
En que seais Reina vos,
Pero Reina en mi albedrío,
Dándôs, para mas honor,
Su corona nuestro tio,
Sus triunfos vuestro valor
Y su imperio el amor mio.

ESTRELLA.

Á tan cortes bizarría

Ménos mi pecho no muestra,
Pues la imperial monarquía
Para solo hacerla vuestra
Me holgara que fuera mia;
Aunque no está satisfecho
Mi amor de que sois ingrato,
Si en cuanto decís, sospecho
Que os desmiente ese retrato
Que está pendiente del pecho.

ASTOLFO.

Satisfaceros intento
Con él..... Mas lugar no da
Tanto sonoro instrumento,
(*Tocan cajas.*)
Que avisa que sale ya
El Rey con su parlamento.

ESCENA VI.

EL REY BASILIO, ACOMPAÑAMIENTO. — ASTOLFO, ESTRELLA, DAMAS, SOLDADOS.

ESTRELLA.

Sabio Táles...

ASTOLFO.

Docto Euclídes.....

ESTRELLA.

Que entre signos....

ASTOLFO.

Que entre estrellas.....

ESTRELLA.

Hoy gobiernas.....

ASTOLFO.

Hoy resides.....

ESTRELLA.

Y sus caminos.....

ASTOLFO.

Sus huellas.....

ESTRELLA.

Describes.....

ASTOLFO.

Tasas y mides....

ESTRELLA.

Deja que en humildes lazos.....

ASTOLFO.

Deja que en tiernos abrazos.....

ESTRELLA.

Hiedra dese tronco sea.

ASTOLFO.

Hendido á tus piés me vea.

BASILIO.

Sobrinos, dadme los brazos,
Y creed, pues que leales
Á mi precepto amoroso
Venis con afectos tales,
Que á nadie deje quejoso
Y los dos quedeis iguales:
Y así, cuando me confieso
Rendido al prolijo peso,
Solo os pido en la ocasion
Silencio, que admiracion
Ha de pedirla el suceso.
Ya sabeis (estadme atentos,
Amados sobrinos mios
Corte ilustre de Polonia,
Vasallos, deudos y amigos),
Ya sabeis que yo en el mundo
Por mi ciencia he merecido
El sobrenombre de docto,
Pues, contra el tiempo y olvido,
Los pinceles de Timantes,
Los mármoles de Lisipo,
En el ámbito del orbe
Me aclaman el gran Basilio.
Ya sabeis que son las ciencias
Que mas curso y mas estimo,
Matemáticas sutiles,
Por quien al tiempo le quito,
Por quien á la fama rompo
La jurisdiccion y oficio
De enseñar mas cada dia;
Pues cuando en mis tablas miro
Presentes las novedades
De los venideros siglos,

Le gano al tiempo las gracias
De contar lo que yo he dicho
Esos círculos de nieve,
Esos doseles de vidrio
Que el sol ilumina á rayos,
Que parte la luna á giros;
Esos orbes de diamantes,
Esos globos cristalinos
Que las estrellas adornan
Y que campean los signos,
Son el estudio mayor
De mis años, son los libros
Donde en papel de diamante
En cuadernos de zafiro,
Escribe con líneas de oro,
En caractéres distintos,
El cielo nuestros sucesos,
Ya adversos ó ya benignos.
Estos leo tan veloz,
Que con mi espíritu sigo
Sus rápidos movimientos
Por rumbos y por caminos.
¡Pluguiera al cielo, primero
Que mi ingenio hubiera sido
De sus márgenes comento,
Y de sus hojas registro,
Hubiera sido mi vida
El primero desperdicio
De sus iras, y que en ellas
Mi tragedia hubiera sido,
Porque de los infelices
Aun el mérito es cuchillo,
Que á quien le daña el saber,
Homicida es de sí mismo!
Dígalo yo, aunque mejor
Lo dirán sucesos mios,
Para cuya admiracion
Otra vez silencio os pido.
En Clorilene, mi esposa,
Tuve un infelice hijo,
En cuyo parto los cielos
Se agotaron de prodigios.

Antes que á la luz hermosa
Le diese el sepulcro vivo
De un vientre (porque el nacer
Y el morir son parecidos)
Su madre infinitas veces,
Entre ideas y delirios
Del sueño, vió que rompia
Sus entranas atrevido
Un mónstruo en forma de hombre,
Y entre su sangre teñido,
La daba muerte, naciendo
Víbora humana del siglo.
Llegó de su parto el dia,
Y los presagios cumplidos
(Porque tarde ó nunca son
Mentirosos los impíos),
Nació en horóscopo tal,
Que el sol, en su sangre tinto,
Entraba sañudamente
Con la luna en desafío;
Y siendo valla la tierra,
Los dos faroles divinos
Á luz entera luchaban,
Ya que no á brazo partido.
El mayor, el mas horrendo
Eclipse que ha padecido
El sol, despues que con sangre
Lloró la muerte de Cristo,
Este fué, porque anegado
El orbe en incendios vivos,
Presumió que padecia
El último parasismo:
Los cielos se oscurecieron,
Temblaron los edificios,
Llovieron piedras las nubes,
Corrieron sangre los rios.
En aqueste pues del sol
Ya frenesí, ó ya delirio,
Nació Segismundo dando
De su condicion indicios
Pues dió la muerte á su madre,
Con cuya fiereza dijo:

Hombre soy, pues que ya empiezo
Á pagar mal beneficios.
Yo, acudiendo á mis estudios,
En ellos y en todo miro
Que Segismundo sería
El hombre mas atrevido,
El príncipe mas cruel
Y el monarca mas impío,
Por quien su reino vendria
Á ser parcial y diviso,
Escuela de las traiciones
Y academia de los vicios;
Y él, de su furor llevado,
Entre asombros y delitos,
Habia de poner en mí
Las plantas, y yo rendido
Á sus piés me habia de ver,
(¡Con qué vergüenza lo digo!)
Siendo alfombra de sus plantas
Las canas del rostro mio.
¿Quién no da crédito al daño,
Y mas al daño que ha visto
En su estudio, donde hace
El amor propio su oficio?
Pues dando crédito yo
Á los hados, que divinos
Me pronosticaban daños
En fatales vaticinios,
Determiné de encerrar
La fiera que habia nacido,
Por ver si el sabio tenia
En las estrellas dominio.
Publicóse que el infante
Nació muerto, y prevenido
Hice labrar una torre
Entre las peñas y riscos
De esos montes, donde apénas
La luz ha hallado camino,
Por defenderle la entrada
Sus rústicos obeliscos.
Las graves penas y leyes,
Que con públicos edictos

Declararon que ninguno
Entrase á un vedado sitio
Del monte, se ocasionaron
De las causas que os he dicho.
Allí Segismundo vive
Mísero, pobre y cautivo,
Adonde solo Clotaldo
Le ha hablado, tratado y visto.
Este le ha enseñado ciencias;
Este en la ley le ha instruido
Católica, siendo solo
De sus miserias testigo.
Aquí hay tres cosas: la una
Que yo, Polonia, os estimo
Tanto, que os quiero librar
De la opresion y servicio
De un rey tirano, porque
No fuera señor benigno
El que á su patria y su imperio
Pusiera en tanto peligro.
La otra es considerar
Que si á mi sangre le quito
El derecho que le dieron
Humano fuero y divino,
No es cristiana caridad;
Pues ninguna ley ha dicho
Que por reservar yo á otro
De tirano y de atrevido,
Pueda yo serlo, supuesto
Que si es tirano mi hijo,
Porque él delitos no haga,
Vengo yo á hacer los delitos.
Es la última y tercera
El ver cuánto yerro ha sido
Dar crédito fácilmente
A los sucesos previstos
Pues aunque su inclinacion
Le dicte sus precipicios,
Quizá no le vencerán,
Porque el hado mas esquivo,
La inclinacion mas violenta,
El planeta mas impío,

Solo el albedrío inclinan,
No fuerzan el albedrío.
Y así, entre una y otra causa
Vacilante y discursivo,
Previne un remedio tal,
Que os suspenda los sentidos.
Yo he de ponerle mañana,
Sin que él sepa que es mi hijo
Y Rey vuestro, á Segismundo
(Que aqueste su nombre ha sido)
En mi dosel, en mi silla,
Y en fin, en el lugar mio,
Donde os gobierne y os mande,
Y donde todos rendidos
La obediencia le jureis;
Pues con aquesto consigo
Tres cosas, con que respondo
Á las otras tres que he dicho.
Es la primera que siendo
Prudente, cuerdo y benigno,
Desmintiendo en todo al hado
Que dél tantas cosas dijo,
Gozaréis el natural
Príncipe vuestro, que ha sido
Cortesano de unos montes
Y de sus fieras vecino.
Es la segunda, que si él
Soberbio, osado, atrevido
Y cruel, con rienda suelta
Corre el campo de sus vicios,
Habré yo piadoso entónces
Con mi obligacion cumplido;
Y luego en desposeerle
Haré como Rey invicto,
Siendo el volverle á la cárcel
No crueldad, sino castigo.
Es la tercera, que siendo
El príncipe como os digo,
Por lo que os amo, vasallos,
Os daré reyes mas dignos
De la corona y el cetro;
Pues serán mis dos sobrinos,

Que junto en uno el derecho
De los dos, y convenidos
Con la fe del matrimonio,
Tendrán lo que han merecido.
Esto como rey os mando,
Esto como padre os pido,
Esto como sabio os ruego,
Esto como anciano os digo;
Y si el Séneca español,
Que era humilde esclavo, dijo,
De su república, un rey,
Como esclavo os lo suplico.

ASTOLFO.

Sí á mi el responder me toca,
Como el que en efecto ha sido
Aquí el mas interesado,
En nombre de todos digo
Que Segismundo parezca,
Pues le basta ser tu hijo.

TODOS.

Dános al príncipe nuestro,
Que ya por rey le pedimos.

BASILIO.

Vasallos, esa fineza
Os agradezco y estimo.
Acompañad á sus cuartos
Á los dos atlantes mios,
Que mañana le veréis.

TODOS.

¡ Viva el grande rey Basilio!

(*Éntranse todos acompañando á Estrella y á Astolfo; quédase el Rey.*)

ESCENA VII.

CLOTALDO, ROSAURA, CLARIN, BASILIO.

CLOTALDO.

¿ Podréte hablar ? (*Al Rey.*)

BASILIO.

¡ Oh Clotaldo!
Tú seas muy bien venido.

CLOTALDO.

Aunque viniendo á tus plantas
Era fuerza haberlo sido,
Esta vez rompe, señor,
El hado triste y esquivo
El privilegio á la ley
Y á la costumbre el estilo.

BASILIO.

¿ Qué tienes ?

CLOTALDO.

Una desdicha,
Señor, que me ha sucedido,
Cuando pudiera tenerla
Por el mayor regocijo.

BASILIO.

Prosigue.

CLOTALDO.

Este bello jóven,
Osado ó inadvertido,
Entró en la torre, señor,
Adonde al Príncipe ha visto,
Y es...

BASILIO.

No os aflijais, Clotaldo
Si otro dia hubiera sido,
Confieso que lo sintiera ;
Pero ya el secreto he dicho,
Y no importa que él lo sepa,
Supuesto que yo lo digo.
Vedme despues, porque tengo
Muchas cosas que advertiros
Y muchas que hagais por mí ;
Que habeis de ser, os aviso,
Instrumento del mayor
Suceso que el mundo ha visto :
Y á esos presos, porque al fin
No presumais que castigo
Descuidos vuestros, perdono. (*Vase.*)

CLOTALDO.

¡ Vivas, gran señor, mil siglos !

ESCENA VIII.

CLOTALDO, ROSAURA, CLARIN.

CLOTALDO.

(*Ap.* Mejoró el cielo la suerte:
Ya no diré que es mi hijo,
Pues que lo puedo excusar.)
Extranjeros peregrinos,
Libres estais.

ROSAURA,

Tus piés beso
Mil veces.

CLARIN.

Y yo los viso,
Que una letra mas ó ménos
No reparan dos amigos.

ROSAURA.

La vida, señor, me has dado;
Y pues á tu cuenta vivo,
Eternamente seré
Esclavo tuyo.

CLOTALDO.

No ha sido
Vida la que yo te he dado,
Porque un hombre bien nacido,
Si está agraviado, no vive;
Y supuesto que has venido
Á vengarte de un agravio,
Segun tú propio me has dicho,
No te he dado vida yo,
Porque tú no la has traido,
Que vida infame no es vida.
(*Ap.* Bien con aquesto le animo.)

ROSAURA.

Confieso que no la tengo,
Aunque de ti la recibo;
Pero yo con la venganza
Dejaré mi honor tan limpio,
Que pueda mi vida luego,
Atropellando peligros,
Parecer dádiva tuya.

CLOTALDO.

Toma el acero bruñido
Que trajiste ; que yo sé
Que él baste, en sangre teñido
De tu enemigo, á vengarte ;
Porque acero que fué mio
(Digo este instante, este rato
Que en mi poder le he tenido),
Sabrá vengarte.

ROSAURA.

En tu nombre
Segunda vez me le ciño,
Y en él juro mi venganza,
Aunque fuese mi enemigo
Mas poderoso.

CLOTALDO.

¿ Eslo mucho ?

ROSAURA.

Tanto, que no te lo digo,
No porque de tu prudencia
Mayores cosas no fio,
Sino porque no se vuelva
Contra mí el favor que admiro
En tu piedad.

CLOTALDO.

Ántes fuera
Ganarme á mí con decirlo ;
Pues fuera cerrarme el paso
De ayudar á tu enemigo.
(*Ap.* ¡ Oh si supiera quién es !)

ROSAURA.

Porque no pienses que estimo
Tan poco esa confianza,
Sabe que el contrario ha sido
No ménos que Astolfo, duque
De Moscovia.

CLOTALDO.

(*Ap.* Mal resisto
El dolor, porque es mas grave,
Que fué imaginado, visto.
Apuremos mas el caso.)
Si moscovita has nacido,

El que es natural señor,
Mal agraviarte ha podido:
Vuélvete á tu patria pues,
Y deja el ardiente brio
Que te despeña.

ROSAURA.

Yo sé,
Que aunque mi príncipe ha sido,
Pudo agraviarme.

CLOTALDO.

No pudo,
Aunque pusiera atrevido
La mano en tu rostro. (*Ap.* ¡Ay cielos!)

ROSAURA.

Mayor fué el agravio mio.

CLOTALDO.

Dilo ya, pues que no puedes
Decir mas que yo imagino.

ROSAURA.

Sí dijera; mas no sé
Con qué respeto te miro,
Con qué afecto te venero,
Con qué estimacion te asisto,
Que no me atrevo á decirte
Que es este exterior vestido
Enigma, pues no es de quien
Parece: juzga advertido,
Si no soy lo que parezco,
Y Astolfo á casarse vino
Con Estrella, si podrá
Agraviarme. Harto te he dicho.

(*Vanse Rosaura y Clarin.*)

CLOTALDO.

¡Escucha, aguarda, detente!
¿Qué confuso laberinto
Es este, donde no puede
Hallar la razon el hilo?
Mi honor es el agraviado,
Poderoso el enemigo,
Yo vasallo, ella mujer:
Descubra el cielo camino;
Aunque no sé si podrá,

Cuando en tan confuso abismo
Es todo el cielo un presagio,
Y es todo el mundo un prodigio.

JORNADA SEGUNDA.

ESCENA PRIMERA.

BASILIO, CLOTALDO.

CLOTALDO.

Todo, como lo mandaste,
Queda efectuado.

BASILIO.

Cuenta,
Clotaldo, cómo pasó.

CLOTALDO.

Fué, señor, desta manera.
Con la apacible bebida,
Que de confecciones llena
Hacer mandaste, mezclando
La virtud de algunas yerbas,
Cuyo tirano poder
Y cuya secreta fuerza
Así al humano discurso
Priva, roba y enajena,
Que deja vivo cadáver
Á un hombre, y cuya violencia,
Adormecido, le quita
Los sentidos y potencias...
— No tenemos que argüir,
Que aquesto posible sea,
Pues tantas veces, señor,
Nos ha dicho la experiencia,
Y es cierto, que de secretos
Naturales está llena
La medicina, y no hay

Animal, planta ni piedra,
Que no tenga calidad
Determinada, y si llega
Á examinar mil venenos
La humana malicia nuestra,
Que dén la muerte, ¿ qué mucho
Que, templada su violencia,
Pues hay venenos que maten,
Haya venenos que aduerman ?
Dejando aparte el dudar,
Si es posible que suceda,
Pues que ya queda probado
Con razones y evidencias[1]...
— Con la bebida, en efecto,
Que el opio, la adormidera
Y el beleño compusieron,
Bajé á la cárcel estrecha
De Segismundo ; con él
Hablé un rato de las letras
Humanas, que le ha enseñado
La muda naturaleza
De los montes y los cielos,
En cuya divina escuela
La retórica aprendió
De las aves y las fieras.
Para levantarle mas
El espíritu á la empresa
Que solicitas, tomé
Por asunto la presteza
De un águila caudalosa,
Que despreciando la esfera
Del viento, pasaba á ser
En las regiones supremas
Del fuego rayo de pluma,
Ó desasido cometa.
Encarecí el vuelo altivo,
Diciendo : « Al fin eres reina

1. Se ha dicho que faltaba aquí algo pues la frase queda truncada ; pero mas nos parece que Clotaldo, cayendo en la inutilidad de sus digresiones, se apresura á entrar en el asunto, parándolas de ex profeso.

De las aves, y así, á todas
Es justo que las prefieras ».
Él no hubo menester mas ;
Que en tocando esta materia,
De la majestad, discurre
Con ambicion y soberbia ;
Porque en efecto la sangre
Le incita, mueve y alienta
Á cosas grandes, y dijo :
« ¡ Que en la república inquieta
De las aves tambien haya
Quien les jure la obediencia !
En llegando á este discurso,
Mis desdichas me consuelan ;
Pues por lo ménos, si estoy
Sujeto, lo estoy por fuerza ;
Porque voluntariamente
Á otro hombre no me rindiera. »
Viéndole ya enfurecido
Con esto, que ha sido el tema
De su dolor, le brindé
Con la pócima, y apénas
Pasó desde el vaso al pecho
El licor, cuando las fuerzas
Rindió al sueño, discurriendo
Por los miembros y las venas
Un sudor frio, de modo,
Que á no saber yo que era
Muerte fingida, dudara
De su vida. Enesto llegan
Las gentes de quien tú fias
El valor desta experiencia,
Y poniéndole en un coche,
Hasta tu cuarto le llevan,
Donde prevenida estaba
La majestad y grandeza
Que es digna de su persona.
Allí en tu cama le acuestan,
Donde al tiempo que el letargo
Haya perdido la fuerza,
Como á ti mismo, señor,
Le sirvan, que así lo ordenas.

Y si haberte obedecido
Te obliga á que yo merezca
Galardon, solo te pido
(Perdona mi inadvertencia)
Que me digas, ¿qué es tu intento,
Trayendo desta manera
Á Segismundo á palacio?

BASILIO.

Clotaldo, muy justa es esa
Duda que tienes, y quiero
Solo á ti satisfacerla.
Á Segismundo mi hijo
El influjo de su estrella
(Bien lo sabes) amenaza
Mil desdichas y tragedias:
Quiero examinar si el cielo,
Que no es posible que mienta,
Y mas habiéndonos dado
De su rigor tantas muestras,
En su cruel condicion
Ó se mitiga, ó se templa
Por lo ménos, y vencido
Con valor y con prudencia
Se desdice: porque el hombre
Predomina en las estrellas.
Esto quiero examinar,
Trayéndole donde sepa
Que es mi hijo, y donde haga
De su talento la prueba.
Si magnánimo la vence,
Reinará; pero si muestra
El ser cruel y tirano,
Le volveré á su cadena.
Ahora preguntarás,
¿Que para aquesta experiencia,
Qué importó haberle traido
Dormido desta manera?
Y quiero satisfacerte,
Dándote á todo respuesta.
Si él supiera que es mi hijo
Hoy, y mañana se viera
Segunda vez reducido

Á su prision y miseria,
Cierto es de su condicion
Que desesperara en ella;
Porque sabiendo quién es,
¿Qué consuelo habrá que tenga?
Y así he querido dejar
Abierta al daño la puerta
Del decir que fué soñado
Cuanto vió. Con esto llegan
Á examinarse dos cosas:
Su condicion, la primera;
Pues él despierto procede
En cuanto imagina y piensa:
Y el consuelo la segunda;
Pues aunque ahora se vea
Obedecido, y despues
Á sus prisiones se vuelva,
Podrá entender que soñó,
Y hará bien cuando lo entienda
Porque en el mundo, Clotaldo,
Todos los que viven sueñan.

CLOTALDO.

Razones no me faltaran
Para probar que no aciertas;
Mas ya no tiene remedio;
Y segun dicen las señas,
Parece que ha despertado,
Y hácia nosotros se acerca.

BASILIO.

Yo me quiero retirar:
Tú, como ayo suyo, llega,
Y de tantas confusiones
Como su discurso cercan,
Le saca con la verdad.

CLOTALDO.

¿En fin, que me das licencia
Para que lo diga?

BASILIO.

Sí;
Que podrá ser, con saberla,
Que conocido el peligro
Mas fácilmente se venza. (*Vase.*)

ESCENA II.

CLARIN. — CLOTALDO.

CLARIN. (*Ap.*)
A costa de cuatro palos,
Que el llegar aquí me cuesta,
De un alabardero rubio
Que barbó de su librea,
Tengo de ver cuanto pasa;
Que no hay ventana mas cierta,
Que aquella que, sin rogar
un ministro de boletas,
Un hombre se trae consigo;
Pues para todas las fiestas,
Despojado y despejado
Se asoma á su desvergüenza.

CLOTALDO.
(*Ap.* Este es Clarin, el criado
De aquella (¡ay cielos!), de aquella
Que, tratante de desdichas,
Pasó á Polonia mi afrenta.)
Clarin, ¿qué hay de nuevo?

CLARIN.
Hay,
Señor, que tu gran clemencia,
Dispuesta á vengar agravios
De Rosaura, la aconseja
Que tome su propio traje.

CLOTALDO.
Y es bien, porque no parezca
Liviandad.

CLARIN.
Hay que mudando
Su nombre, y tomando cuerda
Nombre de sobrina tuya,
Hoy tanto honor se acrecienta,
Que dama en palacio ya
De la singular Estrella
Vive.

CLOTALDO.
Es bien que de una vez

Tome su honor por mi cuenta.

CLARIN.

Hay que ella está esperando
Que ocasion y tiempo venga
En que vuelvas por su honor.

CLOTALDO.

Prevencion segura es esa;
Que al fin el tiempo ha de ser
Quien haga esas diligencias.

CLARIN.

Hay que ella está regalada,
Servida como una reina,
En fe de sobrina tuya.
Y hay que viniendo con ella,
Estoy yo muriendo de hambre
Y nadie de mí se acuerda,
Sin mirar que soy Clarin,
Y que si el tal Clarin suena,
Podrá decir cuanto pasa
Al Rey, á Astolfo y á Estrella;
Porque Clarin y criado
Son dos cosas que se llevan
Con el secreto muy mal;
Y podrá ser, si me deja
El silencio de su mano,
Se cante por mí esta letra:
Clarin que rompe el albor,
No suena mejor.

CLOTALDO.

Tu queja está bien fundada;
Yo satisfaré tu queja,
Y en tanto sírveme á mí.

CLARIN.

Pues ya Segismundo llega.

ESCENA III.

Músicos, *cantando, y* criados, *dando de vestir á* SEGISMUNDO, *que sale como asombrado.* — CLOTALDO, CLARIN.

SEGISMUNDO.

¡Válgame el cielo, qué veo!
¡Válgame el cielo, qué miro!

Con poco espanto lo admiro,
Con mucha duda lo creo.
¿Yo en palacios suntuosos?
¿Yo entre telas y brocados?
¿Yo cercado de criados
Tan lucidos y briosos?
¿Yo despertar de dormir
En lecho tan excelente?
¿Yo en medio de tanta gente
Que me sirva de vestir?
Decir que sueño es engaño:
Bien sé que despierto estoy.
¿Yo Segismundo no soy?
Dadme, cielos, desengaño.
Decidme, ¿qué pudo ser
Esto que á mi fantasía
Sucedió miéntras dormia,
Que aquí me he llegado á ver?
Pero sea lo que fuere,
¿Quién me mete en discurrir?
Dejarme quiero servir,
Y venga lo que viniere.

CRIADO 1.°

(*Ap. al criado* 2.° *y á Clarin.*)

¡Qué melancólico está!

CRIADO 2.°

¿Pues á quién le sucediera
Esto, que no lo estuviera?

CLARIN.

A mí.

CRIADO 2.°

Llega á hablarle ya.

CRIADO 1.° (*Á Segismundo.*

¿Volverán á cantar?

SEGISMUNDO.

No,
No quiero que canten mas.

CRIADO 2.°

Como tan suspenso estás,
Quise divertirte.

SEGISMUNDO.

Yo

No tengo de divertir
Con sus voces mis pesares;
Las músicas militares
Solo he gustado de oir.

CLOTALDO.

Vuestra Alteza, gran señor,
Me dé su mano á besar,
Que el primero os ha de dar
Esta obediencia mi honor.

SEGISMUNDO. (*Ap.*)

Clotaldo es: ¿pues como así,
Quien en prision me maltrata,
Con tal respeto me trata?
¿Qué es lo que pasa por mí?

CLOTALDO.

Con la grande confusion
Que el nuevo estado te da,
Mil dudas padecerá
El discurso y la razon;
Pero ya librarte quiero
De todas (si puede ser),
Porque has, señor, de saber
Que eres príncipe heredero
De Polonia. Si has estado
Retirado y escondido,
Por obedecer ha sido
Á la inclemencia del hado,
Que mil tragedias consiente
Á este imperio, cuando en él
El soberano laurel
Corone tu augusta frente.
Mas fiando á tu atencion
Que vencerás las estrellas,
Porque es posible vencellas
Un magnánimo varon,
Á palacio te han traido
De la torre en que vivias,
Miéntras al sueño tenias
El espíritu rendido.
Tu padre, el Rey mi señor,
Vendrá á verte, y dél sabrás,
Segismundo, lo demas.

SEGISMUNDO.

Pues vil, infame, traidor,
¿Qué tengo mas que saber,
Despues de saber quien soy,
Para mostrar desde hoy
Mi soberbia y mi poder?
¿Cómo á tu patria le has hecho
Tal traicion, que me ocultaste
Á mí, pues que me negaste,
Contra razon y derecho,
Este estado?

CLOTALDO.

¡Ay de mí triste!

SEGISMUNDO.

Traidor fuiste con la ley,
Lisonjero con el Rey,
Y cruel conmigo fuiste;
Y así el Rey, la ley y yo,
Entre desdichas tan fieras,
Te condenan á que mueras
A mis manos.

CRIADO 2.°

Señor.....

SEGISMUNDO.

No
Me estorbe nadie, que es vana
Diligencia; ¡ y vive Dios!
Si os poneis delante vos,
Que os eche por la ventana.

CRIADO 2.°

Huye, Clotaldo.

CLOTALDO.

¡Ay de ti,
Qué soberbia vas mostrando,
Sin saber que estás soñando! (*Vase.*)

CRIADO 2.°

Advierte.....

SEGISMUNDO.

Aparta de aquí.

CRIADO 2.°

Que á su Rey obedeció.

SEGISMUNDO.

En lo que no es justa ley
No ha de obedecer al Rey,
Y su príncipe era yo.

CRIADO 2.°

El no debió examinar
Si era bien hecho ó mal hecho.

SEGISMUNDO.

Que estáis mal con vos sospecho,
Pues me dais que replicar.

CLARIN.

Dice el Príncipe muy bien,
Y vos hicisteis muy mal.

CRIADO 2.°

¿Quién os dió licencia igual?

CLARIN.

Yo me la he tomado.

SEGISMUNDO.

¿Quién
Eres tú, dí?

CLARIN.

Entremetido,
Y deste oficio soy jefe,
Porque soy el mequetrefe
Mayor que se ha conocido.

SEGISMUNDO.

Tú solo en tan nuevos mundos
Me has agradado.

CLARIN.

Señor,
Soy un grande agradador
De todos los Segismundos.

ESCENA IV.

ASTOLFO. — SEGISMUNDO, CLARIN, CRIADOS, MUSICOS.

ASTOLFO.

¡Feliz mil veces el dia,
Ó Príncipe, que os mostrais,
Sol de Polonia, y llenais

De resplandor y alegría
Todos esos horizontes
Con tan divino arrebol;
Pues que salis como el sol
De los senos de los montes!
Salid, pues, y aunque tan tarde
Se corona vuestra frente
Del laurel resplandeciente,
Tarde muera.

SEGISMUNDO.

Dios os guarde.

ASTOLFO.

El no haberme conocido
Solo por disculpa os doy
De no honrarme mas. Yo soy
Astolfo, duque he nacido
De Moscovia, y primo vuestro
Haya igualdad en los dos.

SEGISMUNDO.

Si digo que os guarde Dios,
¿Bastante agrado no os muestro
Pero ya que haciendo alarde
De quien sois, desto os quejais,
Otra vez que me veais
Le diré á Dios que no os guarde.

CRIADO 2.º (*Á Astolfo.*

Vuestra Alteza considere
Que como en montes nacido
Con todos ha procedido.

(*Á Segismundo*).

Astolfo, señor, prefiere....

SEGISMUNDO.

Cansóme como llegó
Grave á hablarme, y lo primero
Que hizo, se puso el sombrero.

CRIADO 2.º

Es grande.

SEGISMUNDO.

Mayor soy yo.

CRIADO 2.º

Con todo eso, entre los dos
Que haya mas respeto es bien

Que entre los demas.

SEGISMUNDO.

¿Y quién
Os mete conmigo á vos?

ESCENA V.

ESTRELLA. — DICHOS.

ESTRELLA.

Vuestra Alteza, señor, sea
Muchas veces bien venido
Al dosel que agradecido
Le recibe y le desea,
Adonde, á pesar de engaños,
Viva augusto y eminente,
Donde su vida se cuente
Por siglos, y no por años.

SEGISMUNDO. (*Á Clarin.*)

Dime tú ahora, ¿quién es
Esta beldad soberana?
¿Quién es esta diosa humana,
Á cuyos divinos piés
Postra el cielo su arrebol?
¿Quién es esta mujer bella?

CLARIN.

Es, señor, tu prima Estrella.

SEGISMUNDO.

Mejor dijeras el sol.
Aunque el parabien es bien (*A Estrella.*)
Darme del bien que conquisto,
De solo haberos hoy visto
Os admito el parabien:
Y así, de llegarme á ver
Con el bien que no merezco,
El parabien agradezco,
Estrella, que amanecer
Podeis, y dar alegría
Al mas luciente farol.
¿Qué dejais que hacer al sol,
Si os levantais con el dia?
Dadme á besar vuestra mano,

En cuya copa de nieve
El aura candores bebe.

ESTRELLA.

Sed mas galan cortesano.

ASTOLFO. (*Ap.*)

Soy perdido.

CRIADO 2.°

(*Ap.* El pesar sé
De Astolfo, y le estorbaré.)
Advierte, señor, que no
Es justo atreverse así,
Y estando Astolfo....

SEGISMUNDO.

¿No digo
Que vos no os metais conmigo?

CRIADO 2.°

Digo lo que es justo.

SEGISMUNDO.

Á mí
Todo eso me causa enfado.
Nada me parece justo
En siendo contra mi gusto.

CRIADO 2.°

Pues yo, señor, he escuchado
De ti que en lo justo es bien
Obedecer y servir.

SEGISMUNDO.

Tambien oiste decir
Que por un balcon, á quien
Me canse, sabré arrojar.

CRIADO 2.°

Con los hombres como yo
No puede hacerse eso.

SEGISMUNDO.

¿No?
¡Por Dios! que lo he de probar.

(*Cógele en los brazos y éntrase, y todos tras él, volviendo á salir inmediatamente.*)

ASTOLFO.

¿Qué es esto que llego á ver?

ESTRELLA.

Idle todos á estorbar. (*Vase.*)

SEGISMUNDO. (*Volviendo.*)

Cayó del balcon al mar :
¡Vive Dios! que pudo ser[1].

ASTOLFO.

Pues medid con mas espacio
Vuestras acciones severas,
Que lo que hay de hombres á fieras,
Hay desde un monte á palacio.

SEGISMUNDO.

Pues en dando tan severo
En hablar con entereza,
Quizá no hallareis cabeza
En que se os tenga el sombrero.

(*Vase Astolfo.*)

ESCENA VI.

BASILIO. — SEGISMUNDO, CLARIN, CRIADOS.

BASILIO.

Qué ha sido esto?

SEGISMUNDO.

Nada ha sido.
Un hombre, que me ha cansado,
Deste balcon he arrojado.

CLARIN. (*Á Segismundo.*)

Que es el Rey está advertido.

BASILIO.

¿Tan presto una vida cuesta
Tu venida al primer dia?

SEGISMUNDO.

Díjome que no podia
Hacerse, y gané la apuesta.

1. No teniendo puertos Polonia, no era posible poner la accion en una ciudad marítima; pero esto se explica fácilmente segun D. Juan Eugenio Hartzenbusch atendiendo á que mar se llamaba en tiempo de Calderon al de *Onígola*, que es un estanque; *Mar* se llamó despues al estanque grande de los jardines de la Granja. *Cayó del balcon al mar*, querrá, segun esto, decir : « cayó á un estanque de los jardines de palacio, cayó al estanque que está debajo del balcon. »

BASILIO.

Pésame mucho que cuando,
Príncipe, á verte he venido,
Pensando hallarte advertido,
De hados y estrellas triunfando,
Con tanto rigor te vea,
Y que la primera accion
Que has hecho en esta ocasion,
Un grave homicidio sea.
¿Con qué amor llegar podré
Á darte ahora mis brazos,
Si de sus soberbios lazos,
Qué están enseñados sé
Á dar muerte? ¿Quién llegó
Á ver desnudo el puñal
Qué dió una herida mortal,
Que no temiese? ¿Quién vió
Sangriento el lugar, adonde
Á otro hombre le dieron muerte,
Que no sienta? que el mas fuerte
Á su natural responde.
Yo así, que en tus brazos miro
Desta muerte el instrumento,
Y miro el lugar sangriento,
De tus brazos me retiro;
Y aunque en amorosos lazos
Ceñir tu cuello pensé,
Sin ellos me volveré,
Que tengo miedo á tus brazos.

SEGISMUNDO.

Sin ellos me podré estar
Como me he estado hasta aquí;
Que un padre que contra mí
Tanto rigor sabe usar,
Que su condicion ingrata
De su lado me desvía,
Como á una fiera me cria,
Y como á un mónstruo me trata
Y mi muerte solicita,
De poca importancia fué
Que los brazos no me dé,
Cuando el ser de hombre me quita.

BASILIO.

Al cielo y á Dios pluguiera
Que á dártele no llegara;
Pues ni tu voz escuchara,
Ni tu atrevimiento viera.

SEGISMUNDO.

Si no me le hubieras dado,
No me quejara de ti;
Pero una vez dado, sí
Por habérmele quitado;
Pues aunque el dar la accion es
Mas noble y mas singular,
Es mayor bajeza el dar,
Para quitarlo despues.

BASILIO.

¡Bien me agradeces el verte,
De un humilde y pobre preso,
Príncipe ya!

SEGISMUNDO.

Pues en eso
¿Qué tengo que agradecerte?
Tirano de mi albedrío,
Si viejo y caduco estás,
¿Muriéndote, qué me das?
¿Dasme mas de lo que es mio?
Mi padre eres y mi rey;
Luego toda esta grandeza
Me da la naturaleza
Por derecho de su ley.
Luego aunque esté en tal estado,
Obligado no te quedo,
Y perdirte cuentas puedo
Del tiempo que me has quitado
Libertad, vida y honor.
Y así agradécome á mí
Que yo no cobre de ti,
Pues eres tú mi deudor.

BASILIO.

Bárbaro eres y atrevido:
Cumplió su palabra el cielo;
Y así para él mismo apelo,
Soberbio y desvanecido.

Y aunque sepas ya quién eres,
Y desengañado estés,
Y aunque en un lugar te ves
Donde á todos te prefieres,
Mira bien lo que te advierto,
Que seas humilde y blando,
Porque quizá estás soñando,
Aunque ves que estás despierto. (*Vase.*

SEGISMUNDO.

¿Que quizá soñando estoy,
Aunque despierto me veo?
No sueño, pues toco y creo
Lo que he sido y lo que soy.
Y aunque ahora te arrepientas,
Poco remedio tendrás;
Sé quien soy, y no podrás,
Aunque suspires y sientas,
Quitarme el haber nacido
Desta corona heredero;
Y si me viste primero
Á las prisiones rendido,
Fué porque ignoré quién era;
Pero ya informado estoy
De quien soy, y sé que soy
Un compuesto de hombre y fiera.

ESCENA VII.

ROSAURA *en traje de mujer.* — SEGISMUNDO, CLARIN, CRIADOS.

ROSAURA. (*Ap.*)

Siguiendo á Estrella vengo,
Y gran temor de hallar á Astolfo tengo;
Que Clotaldo desea
Que no sepa quién soy, y no me vea,
Porque dice que importa al honor mio,
Y de Clotaldo fio
Su efecto, pues le debo agradecida
Aquí el amparo de mi honor y vida.

CLARIN. (*Á Segismundo.*)

¿Qué es lo que te ha agradado

Mas de cuanto aquí has visto y admirado?

SEGISMUNDO.

Nada me ha suspendido;
Que todo lo tenia prevenido;
Mas si admirarme hubiera
Algo en el mundo, la hermosura fuera
De la mujer. Leia
Una vez yo en los libros que tenia,
Que lo que á Dios mayor estudio debe,
Era el hombre, por ser un mundo breve;
Mas ya que lo es recelo
La mujer, pues ha sido un breve cielo;
Y mas beldad encierra
Que el hombre, cuanto va de cielo á tierra;
Y mas si es la que miro.

ROSAURA. (*Ap.*)

El Príncipe está aquí; yo me retiro.

SEGISMUNDO.

Oye, mujer, detente;
No juntes el ocaso y el oriente,
Huyendo al primer paso;
Que juntos el oriente y el ocaso,
La luz y sombra fria,
Serás sin duda síncopa del dia.
¿Pero qué es lo que veo?

ROSAURA.

Lo mismo que estoy viendo, dudo y creo.

SEGISMUNDO. (*Ap.*)

Yo he visto esta belleza
Otra vez.

ROSAURA. (*Ap.*)

Yo esta pompa, esta grandeza
He visto reducida
Á una estrecha prision.

SEGISMUNDO.

(*Ap.* Ya hallé mi vida.)
Mujer, que aqueste nombre
Es el mejor requiebro para el hombre,
¿Quién eres? que sin verte
Adoracion me debes, y de suerte
Por la fe te conquisto,
Que me persuado á que otra vez te he visto.

¿Quién eres, mujer bella?

ROSAURA.

Disimular me importa. Soy de Estrella
Una infelice dama.

SEGISMUNDO.

No digas tal; di el sol, á cuya llama
Aquella estrella vive,
Pues de tus rayos resplandor recibe;
Yo vi en reino de olores
Que presidia entre escuadron de flores
La deidad de la rosa,
Y era su emperatriz por mas hermosa;
Yo vi entre piedras finas
De la docta academia de sus minas
Preferir el diamante,
Y ser su emperador por mas brillante;
Yo en esas cortes bellas
De la inquieta república de estrellas,
Ví en el lugar primero
Por rey de las estrellas al lucero;
Yo en esferas perfetas,
Llamando el sol á córtes los planetas,
Le vi que presidia,
Como mayor oráculo del dia.
¿Pues cómo si entre flores, entre estrellas,
Piedras, signos, planetas, las mas bellas
Prefieren, tú has servido
La de ménos beldad, habiendo sido
Por mas bella y hermosa,
Sol, lucero, diamante, estrella y rosa?

ESCENA VIII.

CLOTALDO, *que se queda al paño.* — SEGISMUNDO, ROSAURA, CLARIN, CRIADOS.

CLOTALDO. (*Ap.*)

A Segismundo reducir deseo,
Porque en fin le he criado: ¡mas qué veo!

ROSAURA.

Tu favor reverencio:

Respóndate retórico el silencio :
Cuando tan torpe la razon se halla,
Mejor habla, señor, quien mejor calla.

SEGISMUNDO.

No has de ausentarte, espera.
¿Cómo quieres dejar de esa manera
A oscuras mi sentido?

ROSAURA.

Esta licencia á vuestra Alteza pido.

SEGISMUNDO.

Irte con tal violencia
No es pedirla, es tomarte la licencia.

ROSAURA.

Pues si tú no la das, tomarla espero.

SEGISMUNDO.

Harás que de cortés pase á grosero,
Porque la resistencia
Es veneno cruel de mi paciencia.

ROSAURA.

Pues cuando ese veneno,
De furia, de rigor y saña lleno,
La paciencia venciera,
Mi respeto no osara, ni pudiera.

SEGISMUNDO.

Solo por ver si puedo,
Harás que pierda á tu hermosura el miedo,
Que soy muy inclinado
A vencer lo imposible : hoy he arrojado
De ese balcon á un hombre, que decia
Que hacerse no podia ;
Y así por ver si puedo, cosa es llana
Que arrojaré tu honor por la ventana.

CLOTALDO. (*Ap.*)

Mucho se va empeñando.
¿Qué he de hacer, cielos, cuando
Tras un loco deseo
Mi honor segunda vez á riesgo veo?

ROSAURA.

No en vano prevenia
A este reino infeliz tu tiranía

Escándalos tan fuertes
De delitos, traiciones, iras, muertes.
¿Mas qué ha de hacer un hombre,
Que no tiene de humano mas que el nombre,
Atrevido, inhumano,
Cruel, soberbio, bárbaro y tirano,
Nacido entre la fieras?

SEGISMUNDO.

Porque tú ese baldon no me dijeras,
Tan cortés me mostraba,
Pensando que con eso te obligaba;
Mas si lo soy hablando deste modo,
Has de decirlo, vive Dios, por todo. —
Hola, dejadnos solos, y esa puerta
Se cierre, y no entre nadie.
(*Vanse Clarín y los criados.*)

ROSAURA.

Yo soy muerta. —
Advierte....

SEGISMUNDO.

Soy tirano,
Y ya pretendes reducirme en vano.

CLOTALDO.

(*Ap.*¡Oh qué lance tan fuerte!
Saldré á estorbarlo, aunque me dé la muerte.
Señor, atiende, mira. (*Llega.*)

SEGISMUNDO.

Segunda vez me has provocado á ira,
Viejo caduco y loco.
¿Mi enojo y mi rigor tienes en poco?
¿Cómo hasta aquí has llegado?

CLOTALDO.

De los acentos desta voz llamado,
A decirte que seas
Mas apacible, si reinar deseas;
Y no, por verte ya de todos dueño,
Seas cruel, porque quizá es un sueño.

SEGISMUNDO.

A rabia me provocas,
Cuando la luz del desengaño tocas.
Veré, dándote la muerte,

Si es sueño ó si es verdad.

(*Al ir á sacar la daga se la detiene Clotaldo, y se pone de rodillas.*)

CLOTALDO.

Yo desta suerte
Librar mi vida espero.

SEGISMUNDO.

Quita la osada mano del acero.

CLOTALDO.

Hasta que gente venga,
Que tu rigor y cólera detenga,
No he de soltarte.

ROSAURA.

¡Ay cielo!

SEGISMUNDO.

Suelta, digo,
Caduco, loco, bárbaro, enemigo,
O será desta suerte,- (*Luchan.*)
Dándote ahora entre mis brazos muerte.

ROSAURA.

Acudid todos presto,
Que matan á Clotaldo. (*Vase.*)

(*Sale Astolfo á tiempo que cae Clotaldo á sus piés, y él se pone en medio.*)

ESCENA IX.

ASTOLFO. — SEGISMUNDO, CLOTALDO.

ASTOLFO.

¿Pues qué es esto,
Príncipe generoso?
¿Así se mancha acero tan brioso
En una sangre helada?
Vuelva á la vaina tan lucida espada.

SEGISMUNDO.

En viéndola teñida
En esa infame sangre.

ASTOLFO.

Ya su vida
Tomó á mis piés sagrado,

Y de algo ha de servirle haber llegado.

SEGISMUNDO.

Sírvate de morir; pues desta suerte
Tambien sabré vengarme con tu muerte
De aquel pasado enojo.

ASTOLFO.

Yo defiendo
Mi vida; así la majestad no ofendo.
(*Saca Astolfo la espada, y riñen.*)

CLOTALDO.

No le ofendas, señor.

ESCENA X.

BASILIO, ESTRELLA Y ACOMPAÑAMIENTO. — SEGISMUNDO, ASTOLFO, CLOTALDO.

BASILIO.

¿Pues aquí espadas?

ESTRELLA. (*Ap.*)

¡Astolfo es, ay de mí, penas airadas!

BASILIO.

¿Pues qué es lo que ha pasado?

ASTOLFO.

Nada, señor, habiendo tú llegado.
(*Envainan.*)

SEGISMUNDO.

Mucho, señor, aunque hayas tú venido:
Yo á ese viejo matar he pretendido.

BASILIO.

¿Respeto no tenias
A estas canas?

CLOTALDO.

Señor, ved que son mias:
Que no importa veréis.

SEGISMUNDO.

Acciones vanas,
Querer que tenga yo respeto á canas;
Pues aun esas podria (*Al Rey.*)
Ser que viese á mis plantas algun dia,
Porque aun no estoy vengado

Del modo injusto con que me has criado.
(*Vase.*)

BASILIO.

Pues ántes que lo veas,
Volverás á dormir adonde creas
Que cuanto te ha pasado,
Como fué bien del mundo, fué soñado.
(*Vanse el Rey, Clotaldo y el acompañamiento.*)

ESCENA XI.

ESTRELLA, ASTOLFO.

ASTOLFO.

¡Qué pocas veces el hado,
Que dice desdichas, miente,
Pues es tan cierto en los males,
Cuanto dudoso en los bienes!
¡Qué buen astrólogo fuera,
Si siempre casos crueles
Anunciara; pues no hay duda
Que ellos fueran verdad siempre!
Conocerse esta experiencia
En mí y Segismundo puede,
Estrella, pues en los dos
Hace muestras diferentes.
En él previno rigores,
Soberbias, desdichas, muertes,
Y en todo dijo verdad,
Porque todo, al fin, sucede;
Pero en mí, que al ver, señora,
Esos rayos excelentes,
De quien el sol fué una sombra
Y el cielo un amago breve,
Que me previno venturas,
Trofeos, aplausos, bienes,
Dijo mal, y dijo bien;
Pues solo es justo que acierte
Cuando amaga con favores
Y ejecuta con desdenes.

ESTRELLA.

No dudo que esas finezas

Son verdades evidentes;
Mas serán por otra dama,
Cuyo retrato pendiente
Al cuello trajisteis cuando
Llegásteis, Astolfo, á verme;
Y siendo así, esos requiebros
Ella sola los merece.
Acudid á que ella os pague,
Que no son buenos papeles
En el consejo de amor
Las finezas ni las fees
Que se hicieron en servicio
De otras damas y otros reyes.

ESCENA XII.

ROSAURA, *que se queda al paño.* — ESTRELLA, ASTOLFO.

ROSAURA. (*Ap.*)
¡Gracias á Dios que llegaron
Ya mis desdichas crueles
Al término suyo, pues
Quien esto ve nada teme!

ASTOLFO.
Yo haré que el retrato salga
Del pecho, para que entre
La imágen de tu hermosura.
Donde entra Estrella no tiene
Lugar la sombra, ni estrella
Donde el sol; voy á traerle. —
(*Ap.* Perdona, Rosaura hermosa,
Este agravio, porque ausentes,
No se guardan mas fe que esta
Los hombres y las mujeres.) (*Vase.*)

(*Adelántase Rosaura.*)

ROSAURA. (*Ap.*)
Nada he podido escuchar,
Temerosa que me viese.

ESTRELLA.
¡Astrea!

ROSAURA.
Señora mia.

ESTRELLA.

Heme holgado que tú fueses
La que llegaste hasta aquí;
Porque de ti solamente
Fiara un secreto.

ROSAURA.

Honras,
Señora, á quien te obedece.

ESTRELLA.

En el poco tiempo, Astrea,
Que ha que te conozco, tienes
De mi voluntad las llaves;
Por esto, y por ser quien eres,
Me atrevo á fiar de ti
Lo que aun de mí muchas veces
Recaté.

ROSAURA.

Tu esclava soy.

ESTRELLA.

Pues para decirlo en breve,
Mi primo Astolfo (bastara
Que mi primo te dijese,
Porque hay cosas que se dicen
Con pensarlas solamente),
Ha de casarse conmigo,
Si es que la fortuna quiere
Que con una dicha sola
Tantas desdichas descuente.
Pesóme que el primer dia
Echado al cuello trajese
El retrato de una dama:
Habléle en él [1] cortesmente,
Es galan, y quiere bien,
Fué por él, y ha de traerle
Aquí; embarázame mucho
Que él á mi á dármele llegue:
Quédate aquí, y cuando venga,
Le dirás que te le entregue
A ti. No te digo mas;
Discreta y hermosa eres:
Bien sabrás lo que es amor. (*Vase.*)

1. Es decir le *hable de él.*

ESCENA XIII.

ROSAURA.

¡Ojalá no lo supiese!
¡Válgame el cielo! ¿quién fuera
Tan atenta y tan prudente,
Que supiera aconsejarse
Hoy en ocasion tan fuerte?
¿Habrá persona en el mundo,
A quien el cielo inclemente
Con mas desdichas combata,
Y con mas pesares cerque?
¿Qué haré en tantas confusiones,
Donde imposible parece
Que halle razon que me alivie,
Ni alivio que me consuele?
Desde la primer desdicha,
No hay suceso ni accidente
Que otra desdicha no sea;
Que unas á otras suceden,
Herederas de sí mismas.
A la imitacion del Fénix,
Unas de las otras nacen,
Viviendo de lo que mueren,
Y siempre de sus cenizas
Está el sepulcro caliente.
Que eran cobardes, decia
Un sabio, por parecerle
Que nunca andaba una sola;
Yo digo, que son valientes,
Pues siempre van adelante,
Y nunca la espalda vuelven:
Quien las llevare consigo,
A todo podrá atreverse,
Pues en ninguna ocasion
No haya miedo que le dejen.
Dígalo yo, pues en tantas
Como á mi vida suceden,
Nunca me he hallado sin ellas,
Ni se han cansado hasta verme,
Herida de la fortuna,

En los brazos de la muerte.
¡ Ay de mí ! ¿ qué debo hacer
Hoy en la ocasion presente ?
Si digo quien soy, Clotaldo,
A quien mi vida le debe
Este amparo y este honor,
Conmigo ofenderse puede ;
Pues me dice que callando
Honor y remedio espere.
Si no he de decir quien soy
A Astolfo, y él llega a verme,
¿ Cómo he de disimular ?
Pues aunque fingirlo intenten
La voz, la lengua y los ojos,
¿ Les dirá el alma que mienten ?
¿ Qué haré ? ¿ Mas para que estudio
Lo que haré, si es evidente,
Que por mas que lo prevenga,
Que lo estudie y que lo piense,
En llegando la ocasion,
Ha de hacer lo que quisiere
El dolor ? porque ninguno
Imperio en sus penas tiene.
Y pues á determinar
Lo que ha de hacer no se atreve
El alma, llegue el dolor
Hoy á su término, llegue
La pena á su extremo, y salga
De dudas y pareceres
De una vez ; pero hasta entónces
Valedme, cielos, valedme.

ESCENA XIV.

ASTOLFO, *que trae el retrato.* — ROSAURA.

ASTOLFO.

Este es, señora, el retrato ;
Mas ¡ ay Dios !

ROSAURA.

¿ Qué se suspende
Vuestra Alteza ? ¿ qué se admira

ASTOLFO.

De oirte, Rosaura, y verte.

ROSAURA.

¿ Yo Rosaura ? Hase engañado
Vuestra Alteza, si me tiene
Por otra dama; que yo
Soy Astrea, y no merece
Mi humildad tan grande dicha
Que esa turbacion le cueste.

ASTOLFO.

Basta, Rosaura, el engaño,
Porque el alma nunca miente,
Y aunque como á Astrea te mire,
Como á Rosaura te quiere.

ROSAURA.

No he entendido á vuestra Alteza,
Y así no sé responderle :
Solo lo que yo diré,
Es que Estrella (que lo puede
Ser de Vénus) me mandó
Que en esta parte le espere,
Y de la suya le diga
Que aquel retrato me entregue,
Que está muy puesto en razon,
Y yo misma se lo lleve.
Estrella lo quiere así,
Porque aun las cosas mas leves
Como sean en mi daño,
Es Estrella quien las quiere.

ASTOLFO.

Aunque mas esfuerzos hagas,
¡ Oh qué mal, Rosaura, puedes
Disimular ! Dí á los ojos,
Que su música concierten
Con la voz; porque es forzoso
Que desdiga y que disuene
Tan destemplado instrumento,
Que ajustar y medir quiere
La falsedad de quien dice,
Con la verdad de quien siente.

ROSAURA.

Ya digo que solo espero

El retrato.

ASTOLFO.

Pues que quieres
Llevar al fin el engaño,
Con él quiero responderte.
Dirásle, Astrea, á la Infanta
Que yo la estimo de suerte,
Que, pidiéndome un retrato,
Poca fineza parece
Enviárselle, y así,
Porque le estime y le precie
Le envío el original;
Y tú llevársele puedes,
Pues ya le llevas contigo,
Como á ti misma te lleves.

ROSAURA.

Cuando un hombre se dispone,
Restado, altivo y valiente,
A salir con una empresa,
Aunque por trato le entreguen
Lo que valga mas, sin ella
Necio y desairado vuelve.
Yo vengo por un retrato,
Y aunque un original lleve,
Que vale mas, volveré
Desairada: y así, déme
Vuestra Alteza ese retrato,
Que sin él no he de volverme.

ASTOLFO.

¿Pues cómo, si no he darle,
Le has de llevar?

ROSAURA.

Desta suerte.
Suéltale, ingrato.

(*Trata de quitársele.*)

ASTOLFO.

Es en vano.

ROSAURA.

¡Vive Dios, que no ha de verse
En manos de otra mujer!

ASTOLFO.

Terrible estás.

ROSAURA.

Y tú aleve.

ASTOLFO.

Ya basta, Rosaura mia.

ROSAURA.

¿ Yo tuya? Villano, mientes.

(*Están asidos ambos del retrato.*)

ESCENA XV.

ESTRELLA. — ROSAURA, ASTOLFO.

ESTRELLA.

Astrea, Astolfo, ¿ qué es esto?

ASTOLFO. (*Ap.*)

Aquesta es Estrella.

ROSAURA.

(*Ap.* Déme
Para cobrar mi retrato,
Ingenio el amor.) Si quieres (*A Estrella.*)
Saber lo que es, yo, señora,
Te lo diré.

ASTOLFO. (*Ap. á Rosaura.*)

¿ Qué pretendes?

ROSAURA.

Mandásteme que esperase
Aquí á Astolfo, y le pidiese
Un retrato de tu parte.
Quedé sola, y como vienen
De unos discursos á otros
Las noticias fácilmente,
Viéndote hablar de retratos,
Con su memoria acordéme
De que tenia uno mio
En la manga. Quise verle,
Porque una persona sola
Con locuras se divierte;
Cayóseme de la mano
Al suelo: Astolfo, que viene
A entregarte el de otra dama,
Le levantó, y tan rebelde
Está en dar el que le pides,

Que en vez de dar uno, quiere
Llevar otro ; pues el mio
Aun no es posible volverme,
Con ruegos y persuasiones :
Colérica é impaciente
Yo, se le quise quitar.
Aquel que en la mano tiene,
Es mio, tú lo verás
Con ver si se me parece.

ESTRELLA.

Soltad, Astolfo, el retrato.

(*Quitasele de a mano.*)

ASTOLFO.

Señora.....

ESTRELLA.

No son crueles
A la verdad los matices.

ROSAURA.

¿ No es mio ?

ESTRELLA.

¿ Qué duda tiene?

ROSAURA.

Ahora dí que te dé el otro.

ESTRELLA.

Toma tu retrato, y vete.

ROSAURA. (*Ap.*)

Yo he cobrado mi retrato,
Venga ahora lo que viniere. *Vase.*

ESCENA XVI.

ESTRELLA, ASTOLFO.

ESTRELLA.

Dadme ahora el retrato vos
Que os pedí ; que aunque no piense
Veros ni hablaros jamas,
No quiero, no, que se quede
En vuestro poder, siquiera
Porque yo tan neciamente
Le he pedido.

ASTOLFO.

(*Ap.* ¿ Cómo puedo
Salir de lance tan fuerte ?)
Aunque quiera, hermosa Estrella,
Servirte y obedecerte,
No podré darte el retrato
Que me pides, porque...

ESTRELLA.

Eres
Villano y grosero amante.
No quiero que me le entregues;
Porque yo tampoco quiero,
Con tomarle, que me acuerdes
Que te le he pedido yo. (*Vase.*)

ASTOLFO.

Oye, escucha, mira, advierte. —
¡ Válgate Dios por Rosaura !
Dónde, cómo, ó de qué suerte
Hoy á Polonia has venido
A perderme y á perderte ? (*Vase.*)

ESCENA XVII.

Prision del Príncipe en la torre.

SEGISMUNDO, *como al principio, con pieles y cadena, echado en el suelo* ; CLOTALDO, DOS CRIADOS Y CLARIN.

CLOTALDO.

Aquí le habeis de dejar,
Pues hoy su soberbia acaba
Donde empezó.

UN CRIADO.

Como estaba,
La cadena vuelvo á atar.

CLARIN.

No acabes de dispertar,
Segismundo, para verte
Perder, trocada la suerte,
Siendo tu gloria fingida
Una sombra de la vida,
Y una llama de la muerte.

CLOTALDO.

A quien sabe discurrir,
Así es bien que se prevenga
Una estancia, donde tenga
Harto lugar de argüir. —
Este es al que habeis de asir,
(*A los criados.*)
Y en este cuarto encerrar.
(*Señalando la pieza inmediata.*)

CLARIN.

¿ Por qué á mi ?

CLOTALDO.

Porque ha de estar
Guardado en prision tan grave,
Clarin que secretos sabe,
Donde no pueda sonar.

CLARIN.

¿ Yo, por dicha, solicito
Dar muerte á mi padre ? No.
¿ Arrojé del balcon yo
Al Icaro de poquito ?
¿ Yo sueño ó duermo ? ¿ A qué fin
Me encierran ?

CLOTALDO.

Eres Clarin.

CLARIN.

Pues ya digo que seré
Corneta, y que callaré,
Que es instrumento ruin.
(*Llévanle, y queda solo Clotaldo.*)

ESCENA XVIII.

BASILIO, *rebozado.* — CLOTALDO, SEGISMUNDO, *adormecido.*

BASILIO.

Clotaldo.

CLOTALDO.

¡ Señor ! ¿ así
Viene vuestra Majestad ?

BASILIO.

La necia curiosidad

De ver lo que pasa aquí
A Segismundo (¡ ay de mí !),
Deste modo me ha traido.

CLOTALDO.

Mírale allí reducido
A su miserable estado.

BASILIO.

¡ Ay Príncipe desdichado
Y en triste punto nacido !
Llega á dispertarle, ya
Que fuerza y vigor perdió
Con el opio que bebió.

CLOTALDO.

Inquieto, señor, está,
Y hablando.

BASILIO.

¿ Qué soñará
Ahora ? Escuchemos, pues.

SEGISMUNDO. (*Entre sueños.*)

Piadoso príncipe es
El que castiga tiranos :
Clotaldo muera á mis manos.
Mi padre bese mis piés.

CLOTALDO.

Con la muerte me amenaza.

BASILIO.

A mí con rigor y afrenta.

CLOTALDO.

Quitarme la vida intenta.

BASILIO.

Rendirme á sus plantas traza.

SEGISMUNDO. (*Entre sueños.*)

Salga á la anchurosa plaza
Del gran teatro del mundo
Este valor sin segundo :
Porque mi venganza cuadre,
Vean triunfar de su padre
Al príncipe Segismundo. (*Despierta.*)
¡ Mas ay de mí ! ¿ dónde estoy ?

BASILIO.

Pues á mí no me ha de ver :
(*A Clotaldo.*)

Ya sabes lo que has de hacer.
Desde allí á escucharle voy. (*Retírase.*)

SEGISMUNDO.

¿ Soy yo por ventura ? ¿ soy
El que preso y aherrojado
Llego á verme en tal estado ?
¿ No sois mi sepulcro vos,
Torre ? Sí. ¡ Válgame Dios,
Qué de cosas he soñado !

CLOTALDO. (*Ap.*)

A mí me toca llegar,
A hacer la deshecha ahora. —
¿ Es ya de dispertar hora ?

SEGISMUNDO.

Sí, hora es ya de dispertar.

CLOTALDO.

¿ Todo el dia te has de estar
Durmiendo ? ¿ Desde que yo
Al águila que voló
Con tardo vuelo seguí,
Y te quedaste tú aquí,
Nunca has dispertado ?

SEGISMUNDO.

No,
Ni aun agora he dispertado ;
Que segun, Clotaldo, entiendo,
Todavía estoy durmiendo :
Y no estoy muy engañado ;
Porque si ha sido soñado
Lo que vi palpable y cierto,
Lo que veo será incierto ;
Y no es mucho que rendido,
Pues veo estando dormido,
Que sueñe estando despierto.

CLOTALDO.

Lo que soñaste me dí.

SEGISMUNDO.

Supuesto que sueño fué,
No diré lo que soñé,
Lo que vi, Clotaldo, sí.
Yo dispertí, yo me vi
(¡ Qué crueldad tan lisonjera !)

En un lecho, que pudiera
Con matices y colores
Ser el catre de las flores
Que tejió la primavera.
Aquí mil nobles rendidos
A mis piés nombre me dieron
De su príncipe, y sirvieron
Galas, joyas y vestidos
La calma de mis sentidos
Tú trocaste en alegría,
Diciendo la dicha mia,
Que, aunque estoy desta manera,
Príncipe en Polonia era.

CLOTALDO.

Buenas albricias tendria.

SEGISMUNDO.

No muy buenas: por traidor,
Con pecho atrevido y fuerte
Dos veces te daba muerte.

CLOTALDO.

¿Para mí tanto rigor?

SEGISMUNDO.

De todos era señor,
Y de todos me vengaba;
Solo á una mujer amaba....
Que fué verdad, creo yo,
En que todo se acabó,
Y esto solo no se acaba. (*Vase el Rey.*)

CLOTALDO.

(*Ap.* Enternecido se ha ido
El Rey de haberle escuchado.)
Como habíamos hablado
De aquella águila, dormido,
Tu sueño imperios han sido;
Mas en sueños fuera bien
Honrar entónces á quien
Te crió en tantos empeños,
Segismundo, que aun en sueños
No se pierde el hacer bien. (*Vase.*)

ESCENA XIX.

SEGISMUNDO.

Es verdad ; pues reprimamos
Esta fiera condicion,
Esta furia, esta ambicion
Por si alguna vez soñamos :
Y sí haremos, pues estamos
En mundo tan singular,
Que el vivir solo es soñar ;
Y la experiencia me enseña
Que el hombre que vive, sueña
Lo que es, hasta dispertar.
Sueña el rey que es rey, y vive
Con este engaño mandando,
Disponiendo y gobernando ;
Y este aplauso, que recibe
Prestado, en el viento escribe ;
Y en cenizas le convierte
La muerte (¡ desdicha fuerte !) :
¿ Que hay quien intente reinar,
Viendo que ha de dispertar
En el sueño de la muerte ?
Sueña el rico en su riqueza,
Que mas cuidados le ofrece ;
Sueña el pobre que padece
Su miseria y su pobreza ;
Sueña el que á medrar empieza,
Sueña el que afana y pretende,
Sueña el que agravia y ofende,
Y en el mundo, en conclusion,
Todos sueñan lo que son,
Aunque ninguno lo entiende.
Yo sueño que estoy aquí
Destas prisiones cargado,
Y soñé que en otro estado
Mas lisonjero me vi.
¿ Qué es la vida ? Un frenesí :
Qué es la vida ? Una ilusion,
Una sombra, una ficcion,

Y el mayor bien es pequeño ;
Que toda la vida es sueño,
Y los sueños sueño son.

JORNADA TERCERA

ESCENA PRIMERA.

CLARIN.

En una encantada torre,
Por lo que sé, vivo preso :
¿ Qué me harán por lo que ignoro,
Si por lo que sé me han muerto ?
¡ Que un hombre con tanta hambre
Viniese á morir viviendo !
Lástima tengo de mí ;
Todos dirán : « bien lo creo » ;
Y bien se puede creer,
Pues para mí este silencio
No conforma con el nombre
Clarin, y callar no puedo.
Quien me hace compañía
Aquí, si á decirlo acierto,
Son arañas y ratones :
¡ Miren qué dulces jilgueros !
De los sueños desta noche
La triste cabeza tengo
Llena de mil chirimías,
De trompetas y embelecos,
De procesiones, de cruces,
De disciplinantes ; y estos
Unos suben, otros bajan,
Unos se desmayan viendo
La sangre que llevan otros :
Mas yo, la verdad diciendo,
De no comer me desmayo ;
Que en una prision me veo,

Donde ya todos los dias
En el filósofo leo
Nicomédes, y las noches
En el concilio Niceno.
Si llaman santo al callar,
Como en calendario nuevo,
San secreto es para mí,
Pues le ayuno y no le huelgo;
Aunque está bien merecido
El castigo que padezco,
Pues callé, siendo criado,
Que es el mayor sacrilegio.
(*Ruido de cajas y clarines, y voces dentro.*)

ESCENA II.

SOLDADOS. — CLARIN.

SOLDADO 1.° (*Dentro.*)
Esta es la torre en que está.
Echad la puerta en el suelo:
Entrad todos.

CLARIN.
¡Vive Dios!
Que á mí me buscan, es cierto,
Pues que dicen que aquí estoy.
¿Qué me querrán?

SOLDADO 1.° (*Dentro.*)
Entrad dentro.
(*Salen varios soldados.*)

SOLDADO 2.°
Aquí está.

CLARIN.
No está.

TODOS LOS SOLDADOS.
Señor...

CLARIN. (*Ap.*)
¿Si vienen borrachos estos?

SOLDADO 1.°
Tú nuestro príncipe eres;
Ni admitimos ni queremos
Sino al señor natural,

Y no á príncipe extranjero.
A todos nos da los piés.

LOS SOLDADOS.

¡ Viva el gran Príncipe nuestro !

CLARIN. (*Ap.*)

Vive Dios, que va de véras.
¿ Si es costumbre en este reino
Prender uno cada dia
Y hacerle príncipe, y luego
Volverle á la torre ? Sí,
Pues cada dia lo veo:
Fuerza es hacer mi papel.

SOLDADOS.

Danos tus plantas.

CLARIN.

No puedo,
Porque las he menester
Para mí, y fuera defecto
Ser príncipe desplantado.

SOLDADO 2.°

Todos á tu padre mesmo
Le dijimos que á ti solo
Por príncipe conocemos,
No al de Moscovia.

CLARIN.

¿ A mi padre
Le perdisteis el respeto?
Sois unos tales por cuales.

SOLDADO 1.°

Fué lealtad de nuestro pecho.

CLARIN.

Si fué lealtad, yo os perdono.

SOLDADO 2.°

Sal á restaurar tu imperio.
¡ Viva Segismundo !

TODOS.

¡ Viva !

CLARIN. (*Ap.*)

¿ Segismundo dicen ? Bueno:
Segismundos llaman todos
Los príncipes contrahechos.

ESCENA III.

SEGISMUNDO. — CLARIN, SOLDADOS.

SEGISMUNDO.

¿ Quién nombra aquí á Segismundo ?

CLARIN. (*Ap.*)

¡ Mas que soy príncipe huero !

SOLDADO 1.°

¿ Quién es Segismundo ?

SEGISMUNDO.

Yo.

SOLDADO 2.° (*A Clarin.*)

¿ Pues cómo, atrevido y necio,
Tú te hacias Segismundo ?

CLARIN.

¿ Yo Segismundo? Eso niego.
Vosotros fuisteis los que
Me segismundeasteis : luego
Vuestra ha sido solamente
Necedad y atrevimiento.

SOLDADO 1.°

Gran príncipe Segismundo,
(Que las señas que traemos
Tuyas son, aunque por fe
Te aclamamos señor nuestro),
Tu padre el gran rey Basilio,
Temeroso que los cielos
Cumplan un hado, que dice
Que ha de verse á tus piés puesto,
Vencido de ti, pretende
Quitarte accion y derecho
Y dársele á Astolfo, duque
De Moscovia. Para esto
Juntó su corte, y el vulgo,
Penetrando ya y sabiendo
Que tiene rey natural,
No quiere que un extranjero
Venga á mandarle. Y así,
Haciendo noble desprecio
De la inclemencia del hado,

Te ha buscado donde preso
Vives, para que asistido
De sus armas, y saliendo
Desta torre á restaurar
Tu imperial corona y cetro,
Se la quites á un tirano.
Sal, pues; que en ese desierto,
Ejército numeroso
De bandidos y plebeyos
Te aclama: la libertad
Te espera; oye sus acentos.

Voces dentro.

¡ Viva Segismundo, viva !

SEGISMUNDO.

¿ Otra vez (¡ qué es esto, cielos !)
Quereis que sueñe grandezas,
Que ha de deshacer el tiempo ?
¿ Otra vez quereis que vea
Entre sombras y bosquejos
La majestad y la pompa
Desvanecida del viento ?
¿ Otra vez quereis que toque
El desengaño, ó el riesgo
A que el humano poder
Nace humilde y vive atento ?
Pues no ha de ser, no ha de ser
Mirarme otra vez sujeto
A mi fortuna; y pues sé
Que toda esta vida es sueño,
Idos, sombras, que fingís
Hoy á mis sentidos muertos
Cuerpo y voz, siendo verdad
Que ni teneis voz ni cuerpo;
Que no quiero majestades
Fingidas, pompas no quiero
Fantásticas, ilusiones
Que al soplo ménos lijero
Del aura han de deshacerse,
Bien como el florido almendro,
Que por madrugar sus flores,
Sin aviso y sin consejo,
Al primer soplo se apagan,

Marchitando y desluciendo
De sus rosados capillos
Belleza, luz y ornamento.
Ya os conozco, ya os conozco,
Y sé que os pasa lo mesmo
Con cualquiera que se duerme:
Para mí no hay fingimientos;
Que, desengañado ya,
Sé bien que *la vida es sueño.*

SOLDADO 2.°

Si piensas que te engañamos,
Vuelve á esos montes soberbios
Los ojos, para que veas
La gente que aguarda en ellos
Para obedecerte.

SEGISMUNDO.

Ya
Otra vez vi aquesto mesmo
Tan clara y distintamente
Como ahora lo estoy viendo,
Y fué sueño.

SOLDADO 2.°

Cosas grandes
Siempre, gran señor, trajeron
Anuncios; y esto sería,
Si lo soñaste primero.

SEGISMUNDO.

Dices bien, anuncio fué;
Y caso que fuese cierto,
Pues que la vida es tan corta,
Soñemos, alma, soñemos
Otra vez; pero ha de ser
Con atencion y consejo
De que hemos de dispertar
Deste gusto al mejor tiempo;
Que llevándolo sabido,
Será el desengaño ménos;
Que es hacer burla del daño
Adelantarle el consejo.
Y con esta prevencion
De que cuando fuese cierto,
Es todo el poder prestado

Y ha de volverse á su dueño,
Atrevámonos á todo. —
Vasallos, yo os agradezco
La lealtad ; en mí llevais
Quien os libre osado y diestro
De extranjera esclavitud.
Tocad al arma, que presto
Veréis mi inmenso valor.
Contra mi padre pretendo
Tomar armas, y sacar
Verdaderos á los cielos.
Puesto he de verle á mis plantas.,...
(*Ap.* Mas si ántes desto despierto,
¿ No será bien no decirlo,
Supuesto que no he de hacerlo ?)

TODOS.

¡ Viva Segismundo, viva !

ESCENA IV.

CLOTALDO. — SEGISMUNDO, CLARIN, SOLDADOS

CLOTALDO.

¿ Qué alboroto es este, cielos ?

SEGISMUNDO.

Clotaldo.

CLOTALDO.

Señor... (*Ap.* En mí
Su rigor prueba.)

CLARIN. (*Ap.*)

Yo apuesto,
Que le despeña del monte. (*Vase.*)

CLOTALDO.

A tus reales plantas llego,
Ya sé que á morir.

SEGISMUNDO.

Levanta,
Levanta, padre, del suelo ;
Que tú has de ser norte y guia
De quien fie mis aciertos ;
Que ya sé que mi crianza
A tu mucha lealtad debo.

Dáme los brazos.

CLOTALDO.

¿Qué dices?

SEGISMUNDO.

Que estoy soñando, y que quiero
Obrar bien, pues no se pierde
El hacer bien, aun en sueños

CLOTALDO.

Pues señor, si el obrar bien
Es ya tu blason, es cierto
Que no te ofenda el que yo
Hoy solicite lo mesmo.
¡A tu padre has de hacer guerra!
Yo aconsejarte no puedo
Contra mi rey, ni valerte.
A tus plantas estoy puesto,
Dáme la muerte.

SEGISMUNDO.

¡Villano,
Traidor, ingrato! (*Ap.* Mas ¡cielos!
El reportarme conviene,
Que aun no sé si estoy despierto.)
Clotaldo, vuestro valor
Os envidio y agradezco.
Idos á servir al Rey,
Que en el campo nos veremos. —
Vosotros tocad al arma.

CLOTALDO.

Mil veces tus plantas beso. (*Vase.*)

SEGISMUNDO.

A reinar, fortuna, vamos;
No me despiertes, si duermo,
Y sí es verdad, no me aduermas.
Mas sea verdad ó sueño,
Obrar bien es lo que importa;
Si fuere verdad, por serlo;
Si no, por ganar amigos
Para cuando despertemos.
(*Vanse, tocando cajas.*)

ESCENA V.

Salon del Palaccio Real.

BASILIO Y ASTOLFO.

BASILIO.

¿ Quién, Astolfo, podrá parar prudente
La furià de un caballo desbocado ?
¿ Quién detener de un rio la corriente
Que corre al mar soberbio y despeñado ?
¿ Quién un peñasco suspender valiente
De la cima de un monte desgajado ?
Pues todo fácil de parar se mira,
Mas que de un vulgo la soberbia ira.
Dígalo en bandos el rumor partido
Pues se oye resonar en lo profundo
De los montes el eco repetido,
Unos ¡ *Astolfo !* y otros ¡ *Segismundo !*
El dosel de la jura, reducido
A segunda intencion, á horror segundo,
Teatro funesto es, donde importuna
Representa tragedias la fortuna.

ASTOLFO.

Señor, suspéndase hoy tanta alegría ;
Cese el aplauso y gusto lisonjero,
Que tu mano feliz me prometia ;
Que si Polonia (á quien mandar espero)
Hoy se resiste á la obediencia mia,
Es porque la merezca yo primero.
Dadme un caballo, y de arrogancia lleno,
Rayo descienda el que blasona trueno.

(*Vase.*)

BASILIO.

Poco reparo tiene lo infalible,
Y mucho riesgo lo previsto tiene :
Si ha de ser, la defensa es imposible,
Que quien la excusa mas, mas la previene.
¡ Dura ley ! ¡ fuerte caso ! ¡ horror terrible !
Quien piensa huir el riesgo, al riesgo viene :
Con lo que yo guardaba me he perdido ;
Yo mismo, yo mi patria he destruido.

ESCENA VI.

ESTRELLA. — BASILIO.

ESTRELLA.

Si tu presencia, gran señor, no trata
De enfrenar el tumulto sucedido,
Que de uno en otro bando se dilata
Por las calles y plazas dividido,
Verás tu reino en ondas de escarlata
Nadar, entre la púrpura teñido
De su sangre, que ya con triste modo,
Todo es desdichas y tragedias todo.
Tanta es la ruina de tu imperio, tanta
La fuerza del rigor duro, sangriento,
Que visto admira, y escuchado espanta.
El sol se turba y se embaraza el viento;
Cada piedra un pirámide levanta,
Y cada flor construye un monumento,
Cada edificio es un sepulcro altivo,
Cada soldado un esqueleto vivo.

ESCENA VII.

CLOTALDO. — BASILIO, ESTRELLA.

CLOTALDO.

¡ Gracias á Dios que vivo á tus piés llego !

BASILIO.

Clotaldo, ¿ pues qué hay de Segismundo ?

CLOTALDO.

Que el vulgo, monstruo despeñado y ciego,
La torre penetró, y de lo profundo
Della sacó su príncipe, que luego
Que vió segunda vez su honor segundo,
Valiente se mostró, diciendo fiero,
Que ha de sacar al cielo verdadero.

BASILIO.

Dadme un caballo, porque yo en persona
Vencer valiente un hijo ingrato quiero;
Y en la defensa ya de mi corona

Lo que la ciencia erró, venza el acero. (*Vase.*)

ESTRELLA.

Pues yo al lado del Sol seré Belona:
Poner mi nombre junto al suyo espero;
Que he de volar sobre tendidas alas
A competir con la deidad de Pálas.
(*Vase, y tocan al arma.*)

ESCENA VIII.

ROSAURA, *que detiene á* CLOTALDO.

ROSAURA.

Aunque el valor que se encierra
En tu pecho, desde allí
Da voces, óyeme á mí,
Que yo sé que todo es guerra.
Bien sabes que yo llegué
Pobre, humilde y desdichada
A Polonia, y amparada
De tu valor, en ti hallé
Piedad; mandásteme (¡ay cielos!)
Que disfrazada viviese
En palacio, y pretendiese,
Disimulando mis celos,
Guardarme de Astolfo. En fin
El me vió, y tanto atropella
Mi honor, que viéndome, á Estrella
De noche habla en un jardin:
Deste la llave he tomado,
Y te podré dar lugar
De que en él puedas entrar
A dar fin á mi cuidado.
Así altivo, osado y fuerte,
Volver por mi honor podrás,
Pues que ya resuelto estás
A vengarme con su muerte.

CLOTALDO.

Verdad es que me incliné,
Desde el punto que te vi,
A hacer, Rosaura, por ti
(Testigo tu llanto fué)

Cuanto mi vida pudiese.
Lo primero que intenté,
Quitarte aquel traje fué;
Porque, si acaso, te viese
Astolfo en tu propio traje,
Sin juzgar á liviandad
La loca temeridad
Que hace del honor ultraje.
En este tiempo trazaba
Cómo cobrar se pudiese
Tu honor perdido, aunque fuese
(Tanto tu honor me arrastraba)
Dando muerte á Astolfo. ¡ Mira
Qué caduco desvarío !
Si bien, no siendo rey mio,
Ni me asombra, ni me admira.
Darle pensé muerte ; cuando
Segismundo pretendió
Dármela á mi, y él llegó,
Su peligro atropellando,
A hacer en defensa mia
Muestras de su voluntad,
Que fuéron temeridad,
Pasando de valentía.
¿ Pues cómo yo ahora (advierte),
Teniendo alma agradecida,
A quien me ha dado la vida
Le tengo de dar la muerte ?
Y así, entre los dos partido
El efecto y el cuidado,
Viendo que á ti te la he dado,
Y que dél la he recibido,
No sé á qué parte acudir,
No sé á qué parte ayudar,
Si á ti me obligué con dar,
Dél lo estoy con recibir;
Y así, en la accion que se ofrece,
Nada á mi amor satisface,
Porque soy persona que hace,
Y persona que padece.

ROSAURA

No tengo que prevenir

CLOTALDO.

¿ Quién te alienta ?

ROSAURA.

Mi fama.

CLOTALDO.

Mira que á Astolfo has de ver...

ROSAURA.

Todo mi honor lo atropella.

CLOTALDO.

Tu rey, y esposo de Estrella.

ROSAURA.

¡ Vive Dios que no ha de ser !

CLOTALDO.

Es locura.

ROSAURA.

Ya lo veo.

CLOTALDO.

Pues véncela.

ROSAURA.

No podré.

CLOTALDO.

Pues perderás...

ROSAURA.

Ya lo sé.

CLOTALDO.

Vida y honor.

ROSAURA.

Bien lo creo.

CLOTALDO.

¿ Qué intentas ?

ROSAURA.

Mi muerte.

CLOTALDO.

Mira

Que eso es despecho.

ROSAURA.

Es honor.

CLOTALDO.

Es desatino.

ROSAURA.

Es valor.

CLOTALDO.

Es frenesí.

ROSAURA.

Es rabia, es ira.

CLOTALDO.

En fin, ¿ que no se da medio
A tu ciega pasion ?

ROSAURA

No.

CLOTALDO.

¿ Quién ha de ayudarte ?

ROSAURA.

Yo.

CLOTALDO.

¿ No hay remedio ?

ROSAURA.

No hay remedio.

CLOTALDO.

Piensa bien si hay otros modos...

ROSAURA.

Perderme de otra manera. (*Vase.*)

CLOTALDO.

Pues si has de perderte, espera,
Hija, y perdámonos todos. (*Vase.*)

ESCENA IX.

Campo.

SEGISMUNDO, *vestido de pieles*; SOLDADOS, *marchando*; CLARIN.

(*Tocan cajas.*)

SEGISMUNDO.

Si este dia me viera
Roma en los triunfos de su edad primera,
¡ Oh, cuánto se alegrara
Viendo lograr una ocasion tan rara,
De tener una fiera
Que sus grandes ejércitos rigiera,
A cuyo altivo aliento
Fuera poca conquista el firmamento!
Pero el vuelo abátamos,
Espíritu; no así desvanezcamos

Aqueste aplauso incierto,
Si ha de pesarme cuando esté despierto,
De haberlo conseguido
Para haberlo perdido;
Pues miéntras ménos fuere,
Ménos se sentirá si se perdiere.

(*Tocan un clarin.*)

CLARIN.

En un veloz caballo
(Perdóname, que fuerza es el pintallo
En viniéndome á cuento),
En quien un mapa se dibuja atento,
Pues el cuerpo es la tierra,
El fuego el alma que en el pecho encierra,
La espuma el mar, y el aire es el suspiro,
En cuya confusion un cáos admiro;
Pues en el alma, espuma, cuerpo, aliento,
Mónstruo es de fuego, tierra, mar y viento;
De color remendado,
Rucio, y á su propósito rodado,
Del que bate la espuela;
Que en vez de correr vuela;
A tu presencia llega
Airosa una mujer.

SEGISMUNDO.

Su luz me ciega.

CLARIN.

¡ Vive Dios, que es Rosaura !

(*Retírase.*)

SEGISMUNDO.

El cielo á mi presencia la restaura.

ESCENA X.

ROSAURA, *con vaquero, espada y daga.*
SEGISMUNDO, SOLDADOS.

ROSAURA.

Generoso Segismundo,
Cuya majestad heroica
Sale al dia de sus hechos
De la noche de sus sombras;
Y como el mayor planeta,

Que en los brazos de la aurora
Se restituye luciente
A las plantas y á las rosas,
Y sobre montes y mares,
Cuando coronado asoma,
Luz esparce, rayos brilla,
Cumbres baña, espumas borda;
Así amanezcas al mundo,
Luciente sol de Polonia,
Que á una mujer infelice,
Que hoy á tus plantas se arroja,
Ampares por ser mujer
Y desdichada: dos cosas,
Que para obligarle á un hombre,
Que de valiente blasona,
Cualquiera de las dos basta,
Cualquiera de las dos sobra.
Tres veces son las que ya
Me admiras, tres las que ignoras
Quién soy, pues las tres me viste
En diverso traje y forma.
La primera me creiste
Varon en la rigurosa
Prision, donde fué tu vida
De mis desdichas lisonja.
La segunda me admiraste
Mujer, cuando fué la pompa
De tu majestad un sueño,
Una fantasma, una sombra.
La tercera es hoy, que siendo
Mónstruo de una especie y otra,
Entre galas de mujer
Armas de varon me adornan.
Y porque compadecido
Mejor mi amparo dispongas,
Es bien que de mis sucesos
Trágicas fortunas oigas.
De noble madre nací
En la corte de Moscovia,
Que, segun fué desdichada,
Debió de ser muy hermosa.
En esta puso los ojos

Un traidor, que no le nombra
Mi voz por no conocerle,
De cuyo valor me informa
El mio; pues siendo objeto
De su idea, siento ahora
No haber nacido gentil,
Para persuadirme loca
A que fué algun dios de aquellos,
Que en metamorfósis llora
Lluvia de oro, cisne y toro
En Dánae, Leda y Europa.
Cuando pensé que alargaba,
Citando aleves historias,
El discurso, hallo que en él
Te he dicho en razones pocas
Que mi madre, persuadida
A finezas amorosas,
Fué, como ninguna, bella,
Y fué infeliz como todas.
Aquella necia disculpa
De fe y palabra de esposa
La alcanzó tanto, que aun hoy
El pensamiento la llora;
Habiendo sido un tirano
Tan Enéas de su Troya,
Que la dejó hasta la espada.
Enváinese aquí su hoja,
Que yo la desnudaré
Antes que acabe la historia.
Deste pues mal dado nudo
Que ni ata ni aprisiona,
O matrimonio ó delito,
Si bien todo es una cosa,
Nací yo tan parecida,
Que fuí un retrato, una copia,
Ya que en la hermosura no,
En la dicha y en las obras;
Y así, no habré menester
Decir que poco dichosa
Heredera de fortunas,
Corrí con ella una propia.
Lo mas que podré decirte

De mí, es el dueño que roba
Los trofeos de mi honor,
Los despojos de mi honra.
Astolfo... ¡ Ay de mí! al nombrarle
Se encoleriza y se enoja
El corazon, propio efecto
De que enemigo le nombra. —
Astolfo fué el dueño ingrato,
Que olvidado de las glorias
(Porque en un pasado amor
Se olvida hasta la memoria),
Vino á Polonia, llamado
De su conquista famosa,
A casarse con Estrella,
Que fué de mi ocaso antorcha.
¿Quién crêrá, que habiendo sido
Una estrella quien conforma
Dos amantes, sea una Estrella
La que los divida ahora?
Yo ofendida, yo burlada,
Quedé triste, quedé loca,
Quedé muerta, quedé yo,
Que es decir, que quedó toda
La confusion del infierno
Cifrada en mi Babilonia;
Y declarándome muda
(Porque hay penas y congojas
Que las dicen los afectos
Mucho mejor que la boca),
Dije mis penas callando,
Hasta que una vez á solas,
Violante mi madre (¡ ay cielos!)
Rompió la prision, y en tropa
Del pecho salieron juntas,
Tropezando unas con otras.
No me embaracé en decirlas;
Que en sabiendo una persona
Que, á quien sus flaquezas cuenta,
Ha sido cómplice en otras,
Parece que ya le hace
La salva y le desahoga;
Que á veces el mal ejemplo

Sirve de algo. En fin, piadosa
Oyó mis quejas, y quiso
Consolarme con las propias:
Juez que ha sido delincuente,
¡Qué fácilmente perdona!
Escarmentando en sí misma,
Y por negar á la ociosa
Libertad, al tiempo fácil,
El remedio de su honra,
No le tuvo en mis desdichas;
Por mejor consejo toma
Que le siga, y que le obligue,
Con finezas prodigiosas,
A la deuda de mi honor;
Y para que á ménos costa
Fuese, quiso mi fortuna
Que en traje de hombre me ponga
Descuelga una antigua espada
Que es esta que ciño: ahora
Es tiempo que se desnude,
Como prometí, la hoja,
Pues confiada en sus señas,
Me dijo: « Parte á Polonia,
Y procura que te vean
Ese acero que te adorna,
Los mas nobles; que en alguno
Podrá ser que hallen piadosa
Acogida tus fortunas,
Y consuelo tus congojas. »
Llegué á Polonia en efecto:
Pasemos, pues que no importa
El decirlo, y ya se sabe,
Que un bruto que se desboca
Me llevó á tu cueva, adonde
Tú de mirarme te asombras.
Pasemos que allí Clotaldo
De mi parte se apasiona,
Que pide mi vida al Rey,
Que el Rey mi vida le otorga,
Que informado de quién soy,
Me persuade á que me ponga
Mi propio traje, y que sirva

A Estrella, donde ingeniosa
Estorbé el amor de Astolfo
Y el ser Estrella su esposa.
Pasemos que aquí me viste
Otra vez confuso, y otra
Con el traje de mujer,
Confundiste entrambas formas;
Y vamos á que Clotaldo,
Persuadido á que le importa
Que se casen y que reinen
Astolfo y Estrella hermosa,
Contra mi honor me aconseja
Que la pretension deponga.
Yo, viendo que tú, ¡oh valiente
Segismundo! á quien hoy toca
La venganza, pues el cielo
Quiere que la cárcel rompas
De esa rústica prision,
Donde ha sido tu persona
Al sentimiento una fiera,
Al sufrimiento una roca,
Las armas contra tu patria
Y contra tu padre tomas,
Vengo á ayudarte, mezclando
Entre las galas costosas
De Diana, los arneses
De Pálas, vistiendo ahora
Ya la tela y ya el acero,
Que entrambos juntos me adornan.
Ea pues, fuerte caudillo,
A los dos juntos importa
Impedir y deshacer
Estas concertadas bodas:
A mí, porque no se case
El que mi esposo se nombra,
Y á ti porque, estando juntos
Sus dos estados, no pongan
Con mas poder y mas fuerza
En duda nuestra victoria.
Mujer vengo á persuadirte
Al remedio de mi honra,
Y varon vengo á alentarte

A que cobres tu corona.
Mujer vengo á enternecerte
Cuando á tus plantas me ponga,
Y varon vengo á servirte
Con mi acero y mi persona.
Y así piensa, que si hoy
Como mujer me enamoras,
Como varon te daré
La muerte en defensa honrosa
De mi honor; porque he de ser,
En su conquista amorosa,
Mujer para darte quejas,
Varon para ganar honras.

SEGISMUNDO. (*Ap.*)
Cielos, si es verdad que sueño,
Supendedme la memoria.
Que no es posible que quepan
En un sueño tantas cosas.
¡Válgame Dios, quién supiera,
O saber salir de todas,
O no pensar en ninguna!
¿Quién vió penas tan dudosas?
Si soñé aquella grandeza
En que me vi, ¿cómo ahora
Esta mujer me refiere
Unas señas tan notorias?
Luego fué verdad, no sueño;
Y si fué verdad (que es otra
Confusion, y no menor),
¿Cómo mi vida le nombra
Sueño? Pues ¿tan parecidas
A los sueños son las glorias,
Que las verdaderas son
Tenidas por mentirosas,
Y las fingidas por ciertas?
¿Tan poco hay de unas á otras,
Que hay cuestion sobre saber
Si lo que se ve y se goza,
Es mentira ó es verdad?
¿Tan semejante es la copia
Al original, que hay duda
En saber si es ella propia?

Pues si es así, y ha de verse
Desvanecida entre sombras
La grandeza y el poder,
La majestad y la pompa,
Sepamos aprovechar
Este rato que nos toca,
Pues solo se goza en ella
Lo que entre sueños se goza.
Rosaura está en mi poder,
Su hermosura el alma adora,
Gocemos, pues, la ocasion;
El amor las leyes rompa
Del valor y la confianza
Con que á mis plantas se postra.
Esto es sueño; y pues lo es,
Soñemos dichas ahora,
Que despues serán pesares.
Mas ¡con mis razones propias
Vuelvo á convencerme á mí!
Si es sueño, si es vanagloria,
¿Quién por vanagloria humana
Pierde una divina gloria?
¿Qué pasado bien no es sueño?
¿Quién tuvo dichas heróicas
Que entre sí no diga, cuando
Las revuelve en su memoria:
Sin duda que fué soñado
Cuanto vi? Pues si esto toca
Mi desengaño, si sé
Que es el gusto llama hermosa,
Que la convierte en cenizas
Cualquiera viento que sopla,
Acudamos á lo eterno,
Que es la fama vividora
Donde ni duermen las dichas,
Ni las grandezas reposan.
Rosaura está sin honor;
Mas á un príncipe le toca
El dar honor, que quitarle.
¡Vive Dios! que de su honra
He de ser conquistador,
Antes que de mi corona.

Huyamos de la ocasion,
Que es muy fuerte. — Al arma,
(*A un soldado.*)
Que hoy he de dar la batalla,
Antes que la oscura sombra
Sepulte los rayos de oro
Entre verdinegras ondas.

ROSAURA.

¡Señor! ¿pues así te ausentas?
¿Pues ni una palabra sola
No te debe mi cuidado,
Ni merece mi congoja?
¿Cómo es posible, Señor,
Que ni me mires ni oigas?
¿Aun no me vuelves el rostro?

SEGISMUNDO.

Rosaura, al honor le importa,
Por ser piadoso contigo,
Ser cruel contigo ahora.
No te responde mi voz,
Porque mi honor te responda;
No te hablo, porque quiero
Que te hablen por mí mis obras,
Ni te miro, porque es fuerza,
En pena tan rigurosa,
Que no mire tu hermosura
Quien ha de mirar tu honra.
(*Vase, y los soldados con él.*)

ROSAURA.

¿Qué enigmas, cielos, son estos?
Despues de tanto pesar,
¡Aun me queda que dudar
Con equívocas respuestas!

ESCENA XI.

CLARIN. — ROSAURA.

CLARIN.

¿Señora, es hora de verte?

ROSAURA.

¡Ay Clarin! ¿dónde has estado?

CLARIN.

En una torre encerrado
Brujuleando mi muerte,
Si me da, ó si no me da;
Y á figura que me diera,
Pasante quínola fuera
Mi vida: que estuve ya
Para dar un estallido.

ROSAURA.

¿Por qué?

CLARIN.

Porque sé el secreto
De quien eres, y en efeto,
Clotaldo... ¿Pero qué ruido
Es este? (*Suenan cajas.*)

ROSAURA.

¿Qué puede ser?

CLARIN.

Que del palacio sitiado
Sale un escuadron armado
A resistir y vencer
El del fiero Segismundo.

ROSAURA.

¿Pues cómo cobarde estoy,
Y ya á su lado no soy
Un escándalo del mundo,
Cuando ya tanta crueldad
Cierra sin órden ni ley? (*Vase.*)

ESCENA XII.

CLARIN. — SOLDADOS, *dentro*.

Voces de unos.

¡Viva nuestro invicto Rey!

Voces de otros.

¡Viva nuestra libertad!

CLARIN.

¡La libertad y el Rey vivan!
Vivan muy enhorabuena,
Que á mí nada me da pena
Como en cuenta me reciban

Que yo, apartado este dia
En tan grande confusion,
Haga el papel de Neron,
Que de nada se dolia.
Si bien me quiero doler
De algo, y ha de ser de mí:
Escondido, desde aquí
Toda la fiesta he de ver.
El sitio es oculto y fuerte,
Entre estas peñas. — Pues ya
La muerte no me hallará,
Dos higas para la muerte.
(*Escóndese; tocan cajas, y suena ruido de armas.*)

ESCENA XIII.

BASILIO, CLOTALDO Y ASTOLFO, *huyendo.* — CLARIN, *oculto.*

BASILIO.

¡Hay mas infelice rey!
¡Hay padre mas perseguido!

CLOTALDO.

Ya tu ejército vencido
Baja sin tino ni ley.

ASTOLFO.

Los traidores vencedores
Quedan.

BASILIO.

En batallas tales
Los que vencen son leales,
Los vencidos los traidores.
Huyamos, Clotaldo, pues,
Del cruel, del inhumano
Rigor de un hijo tirano.
(*Disparan dentro y cae Clarin herido de donde está.*)

CLARIN.

¡Válgame el cielo!

ASTOLFO.

¿Quién es
Este infelice soldado,
Que á nuestros piés ha caido

En sangre todo teñido?

CLARIN.

Soy un hombre desdichado,
Que por quererme guardar
De la muerte, la busqué.
Huyendo della, encontré
Con ella, pues no hay lugar,
Para la muerte, secreto:
De donde claro se arguye,
Que quien mas sulefecto huye,
Es quien se llega á su efeto.
Por eso tornad, tornad
A la lid sangrienta luego;
Que entre las armas y el fuego
Hay mayor seguridad
Que en el monte mas guardado,
Pues no hay seguro camino
A la fuerza del destino
Y á la inclemencia del hado;
Y así, unque á libraros vais
De la muerte con huir,
Mirad que vais á morir,
Si está de Dios que murais. (*Cae dentro.*)

BASILIO.

¡Mirad que vais á morir,
Si está de Dios que murais!
¡Qué bien (¡ay cielos!) persuade
Nuestro error, nuestra ignorancia
A mayor conocimiento
Este cadáver que habla
Por la boca de una herida,
Siendo el humor que desata
Sangrienta lengua que enseña
Que son diligencias vanas
Del hombre, cuantas dispone
Contra mayor fuerza y causa!
Pues yo, por librar de muertes
Y sediciones mi patria,
Vine á entregarla á los mismos
De quien pretendí librarla.

CLOTALDO.

Aunque el hado, señor, sabe

Todos los caminos, y halla
A quien busca entre lo espeso
De las peñas, no es cristiana
Determinacion decir
Que no hay reparo á su saña.
Sí hay, que el prudente varon
Victoria del hado alcanza;
Y si no estás reservado
De la pena y la desgracia,
Haz por donde te reserves.

ASTOLFO.

Clotaldo, Señor, te habla
Como prudente varon
Que madura edad alcanza,
Yo como jóven valiente.
Entre las espesas matas
De ese monte está un caballo,
Veloz aborto del aura;
Huye en él, que yo entre tanto
Te guardaré las espaldas.

BASILIO.

Si está de Dios que yo muera,
O si la muerte me aguarda
Aquí, hoy la quiero buscar,
Esperando cara á cara. (*Tocan al arma.*)

ESCENA XIV.

SEGISMUNDO, ESTRELLA, ROSAURA, SOLDADOS, ACOMPAÑAMIENTO. — BASILIO, ASTOLFO, CLOTALDO.

UN SOLDADO.

En lo intrincado del monte,
Entre sus espesas ramas,
El Rey se esconde.

SEGISMUNDO.

¡Seguidle!
No quede en sus cumbres planta
Que no examine el cuidado,
Tronco á tronco, y rama á rama.

CLOTALDO.

¡Huye, señor!

BASILIO.

¿Para qué?

ASTOLFO.

¿Qué intentas?

BASILIO.

Astolfo, aparta.

CLOTALDO.

¿Qué quieres?

BASILIO.

Hacer, Clotaldo,
Un remedio que me falta.
Si á mí buscándome vas, (*A Segismundo.*)
Ya estoy, Príncipe, á tus plantas:
(*Arrodillándose.*)
Sea dellas blanca alfombra
Esta nieve de mis canas.
Pisa mi cerviz, y huella
Mi corona; postra, arrastra
Mi decoro y mi respeto;
Toma de mi honor venganza,
Sírvete de mí cautivo;
Y tras prevenciones tantas,
Cumpla el hado su homenaje,
Cumpla el cielo su palabra.

SEGISMUNDO.

Corte ilustre de Polonia,
Que de admiraciones tantas
Sois testigos, atended,
Que vuestro Príncipe os habla.
Lo que está determinado
Del cielo, y en azul tabla
Dios con el dedo escribió,
De quien son cifras y estampas
Tantos papeles azules
Que adornan letras doradas,
Nunca engaña, nunca miente;
Porque quien miente y engaña
Es quien, para usar mal dellas,
Las penetra y las alcanza.
Mi padre, que está presente,
Por excusarse á la saña
De mi condicion, me hizo

Un bruto, una fiera humana:
De suerte, que cuando yo
Por mi nobleza gallarda,
Por mi sangre generosa,
Por mi condicion bizarra
Hubiera nacido dócil
Y humilde, solo bastara
Tal género de vivir,
Tal linaje de crianza,
A hacer fieras mis costumbres:
¡Qué buen modo de estorbarlas!
Si á cualquier hombre dijesen:
«Alguna fiera inhumana
Te dará muerte:» ¿escogiera
Buen remedio en despertalla
Cuando estuviera durmiendo?
Si dijeran: «Esta espada
Que traes ceñida, ha de ser
Quien te dé la muerte;» vana
Diligencia de evitarlo
Fuera entónces desnudarla
Y ponérsela á los pechos.
Si dijesen: «Golfos de agua
Han de ser tu sepultura,
En monumentos de plata;»
Mal hiciera en darse al mar,
Cuando soberbio levanta
Rizados montes de nieve,
De cristal crespas montañas.
Lo mismo le ha sucedido
Que á quien, porque le amenaza,
Una fiera, la despierta;
Que á quien, temiendo una espada,
La desnuda; y que á quien mueve
Las ondas de una borrasca:
Y cuando fuera (escuchadme)
Dormida fiera mi saña,
Templada espada mi furia,
Mi rigor quieta bonanza,
La fortuna no se vence
Con injusticia y venganza,
Porque ántes se incita mas;

Y así, quien vencer aguarda
A su fortuna, ha de ser
Con cordura y con templanza.
Nó ántes de venir el daño
Se reserva ni se guarda
Quien le previene; que aunque
Puede humilde (cosa es clara)
Reservarse dél, no es
Sino despues que se halla
En la ocasion, porque aquesta
No hay camino de estorbarla.
Sirva de ejemplo este raro
Espectáculo, esta extraña,
Admiracion, este horror,
Este prodigio; pues nada
Es mas, que llegar á ver
Con prevenciones tan varias,
Rendido á mis piés á un padre,
Y atropellado á un monarca.
Sentencia del cielo fué;
Por mas que quiso estorbarla
El, no pudo; ¿y podré yo
Que soy menor en las canas,
En el valor y en la ciencia,
Vencerla? — Señor, levanta, *(Al Rey.)*
Dame tu mano; que ya
Que el cielo te desengaña
De que has errado en el modo
De vencerla, humilde aguarda
Mi cuello á que tú te vengues:
Rendido estoy á tus plantas.

BASILIO.

Hijo, que tan noble accion
Otra vez en mis entrañas
Te engendra, príncipe eres
A ti el laurel y la palma
Se te deben; tú venciste;
Corónente tus hazañas.

TODOS.

¡Viva Segismundo, viva!

SEGISMUNDO.

Pues que ya vencer aguarda

Mi valor grandes victorias,
Hoy ha de ser la mas alta
Vencerme á mí. — Astolfo dé
La mano luego á Rosaura,
Pues sabe que de su honor
Es deuda y yo he de cobrarla.

ASTOLFO.

Aunque es verdad que la debo
Obligaciones, repara
Que ella no sabe quién es;
Y es bajeza y es infamia
Casarme yo con mujer.....

CLOTALDO.

No prosigas, tente, aguarda;
Porque Rosaura es tan noble
Como tú, Astolfo, y mi espada
Lo defenderá en el campo;
Que es mi hija, y esto basta.

ASTOLFO.

¿Qué dices?

CLOTALDO.

Que yo hasta verla
Casada, noble y honrada,
No la quise descubrir.
La historia desto es muy larga;
Pero en fin, es hija mia.

ASTOLFO.

Pues siendo así, mi palabra
Cumpliré.

SEGISMUNDO.

Pues porque Estrella
No quede desconsolada,
Viendo que príncipe pierde
De tanto valor y fama,
De mi propia mano yo
Con esposo he de casarla
Que en méritos y fortuna,
Si no le excede, le iguala.
Dame la mano.

ESTRELLA.

Yo gano
En merecer dicha tanta.

SEGISMUNDO.

A Clotaldo, que leal
Sirvió á mi padre, le aguardan
Mis brazos, con las mercedes
Que él pidiere que le haga.

UN SOLDADO.

Si así á quien no te ha servido
Honras, ¿á mí que fuí causa
Del alboroto del reino,
Y de la torre en que estabas
Te saqué, qué me darás?

SEGISMUNDO.

La torre; y porque no salgas
Della nunca, hasta morir
Has de estar allí con guardas;
Que el traidor no es menester
Siendo la traicion pasada.

BASILIO.

Tu ingenio á todos admira.

ASTOLFO.

¡Qué condicion tan mudada!

ROSAURA.

¡Qué discreto y qué prudente!

SEGISMUNDO.

¿Qué os admira? ¿qué os espanta,
Si fué mi maestro un sueño,
Y estoy temiendo en mis ansias
Que he de dispertar y hallarme
Otra vez en mi cerrada
Prision? Y cuando no sea,
El soñarlo solo basta:
Pues así llegué á saber
Que toda la dicha humana
En fin pasa como un sueño,
Y quiero hoy aprovecharla
El tiempo que me durare:
Pidiendo de nuestras faltas
Perdon, pues de pechos nobles
Es tan propio el perdonarlas.

FIN DE LA VIDA ES SUEÑO.

APUNTES SOBRE

LA DEVOCION DE LA CRUZ

« Esta obra, — ha dicho Schlegel al frente de su hermosa traduccion alemana, — es una de las que hacen de CALDERON el grande y divino maestro del arte dramático cristiano. » Es reasumir en una frase elocuente todo un estudio crítico y una verdad notoria, pues la *Devocion de la cruz* no es mas que la manifestacion escénica de la doctrina cristiana que, el arrepentimiento del postrer instante basta á rescatar todas las faltas de una vida borrascosa y criminal.

Eusebio, abandonado al pié de una cruz en pleno y solitario campo, es recogido por un pastor, á cuyo lado crece, llevando impresa en el pecho la imágen de la redencion. La juventud suelta, los acasos secundados por las pasiones, llevan á Eusebio hasta el crímen á traves de incidentes patéticos ó violentos, y por una devocion especial á la cruz, bien explicable en él pues á sus pies nació y en su seno la conserva, siempre que entre su puñal y su victima se levanta una cruz, Eusebio retrocede y perdona. Herido al fin y herido de muerte, cae pidiendo no morir sin confesion, y Dios verifica el milagro de que el criminal reviva, se confiese y perdonado baje al sepulcro, pues tuvo afecto y devocion á la cruz.

Tal es el argumento. Los críticos extranjeros se han extrañado de que hubiese un autor capaz de abordar semejante asunto en las tablas, cuando ya era arriesgado en el libro, y un público que lo escuchase y lo aplaudiese. Es empero muy natural. En primer punto, la devocion á la cruz (no el respeto *exterior*, como dice Ticknor, á lo que tiene forma de cruz, sino el respeto al madero en el que murió el Señor), es tan usual en España, tan arraigada se halla en las costumbres, que no en el siglo XVII sino hoy, no causaria sorpresa alguna. Los ejemplos de bandole-

ros, y bandoleros mucho ménos nobles, se podrian hallar á centenares en la historia de la criminalidad hispana, y pues al paso y á la mano se nos viene, consignemos aquí que, si bien es innegable que CALDERON imitó bastante en este drama *El esclavo del demonio* de Mira de Mescua, estamos convencidos de que su idea primera vino de algun cuento oido allá cuando en Salamanca estudiaba, de una leyenda creida por el pueblo á puño cerrado, repetida y comentada, que el poeta no echó en olvido.

En segundo punto, para los que no admiten esa doctrina, y muchos hay en España, aun entre los muy católicos, el drama es un drama, en toda la extension de la palabra, y no un sermon como pudiera creerse; un drama patético, altamente conmovedor, bien conducido, de una humanidad latente, y por mas que solo escuche con los oídos, el mas indiferente se siente dominado, halla la devocion de Eusebio muy natural y comunicativa y todo lo acepta y todo le parece verdad. Este resultado es obra del genio. Siendo pues la devocion de la cruz cosa española, estando en el aire por decirlo así, llenando las carreteras y andurriales, aun no há mucho, y para otros, siendo esta devocion, en el drama, un recurso dramático nuevo y de primer órden, la extrañeza no puede ménos de destruirse al calor de estos argumentos. « Con movimiento dramático y buenos versos, haréis tragar al público lo que queráis », decia en una funcion de tarde del San Fernando de Sevilla, el poeta Ayala. Es otra explicacion.

El lector mas despreocupado, el ateo mas empedernido, verá si lée nuestro autor, cuán cierto es lo que decimos.

Impresa en 1634, con el título de la *Cruz en la sepultura* y atribuida como de costumbre á Lope de Vega, la *Devocion de la Cruz* es considerada por algunos, — sin que sepamos por qué, — como obra de la juventud del poeta, cuando aun cursaba en Salamanca. Hemos dicho y repetimos que no sabemos por qué. El estilo no puede hacerlo suponer y lo hemos estudiado á propósito con particular atencion; no existe indicio alguno de otro género que dé mas apoyo á esa hipótesis; por el contrario, nos parece muy lógico que CALDERON, si hubiese escrito el drama entónces, no habria esperado hasta el año de 1633 para hacerlo representar — la aprobacion es de esta época; — y por mas que el poeta debió tener desde jóven gran fe y alma dada á las concepciones elevadas, no creemos que fuese á los diez y ocho ó diez y nueve años cuando pudiese escribir una obra de tanto aliento y de tan profunda filosofía.

¿ Debe creerse que, siendo los personajes italianos y pasando

la accion en Italia, CALDERON compuso su drama durante sus campañas en ese país, como propone M. de Latour? No estamos léjos de ser de su opinion, y, siendo forzoso tener alguna, nos parece prudente fijarnos en esta, pues el grandioso misticismo de que aquí nos da pruebas nuestro poeta, no es el de un jóven de diez y nueve primaveras, y la obra maestra de emocion y vida que admiran no solo los cristianos sino los protestantes, no solo los españoles y los alemanes sino los franceses, no puede ser y no es, seguramente, la produccion de un principiante.

LA DEVOCION DE LA CRUZ

PERSONAS

EUSEBIO.
CURCIO, viejo,
LISARDO.
OCTAVIO.
ALBERTO, sacerdote.
CELIO. } Bandoleros.
RICARDO. }
CHILINDRINA. }
GIL, villano gracioso.
BRAS. } Villanos.
TIRSO. }
TORIBIO, villano.
JULIA, dama.
ARMINDA, criada.
MENGA, villana graciosa.
BANDOLEROS, VILLANOS.
SOLDADOS.

La accion es en Sena y en sus contornos.

JORNADA PRIMERA

Arboleda inmediata á un camino que se dirige á Sena.

ESCENA PRIMERA.

MENGA, GIL.

MENGA. (*Dentro.*)
¡ Verá por dó va la burra !
GIL. (*Dentro.*)
Jo, dimuño; jo, mohina.
MENGA.
Ya verá por dó camina :
Arre acá.
GIL.
¡ El diabro te aburra !
¿No hay quien una cola tenga,
Pudiendo tenella mil? (*Salen.*)

MENGA.

¡Buena hacienda has hecho, Gil!

GIL.

¡Buena hacienda has hecho, Menga,
Pues tú la culpa tuviste!
Que como ibas caballera,
Que en el hoyo se metiera
Al oído la dijiste,
Por hacerme regañar.

MENGA.

Por verme caer á mí,
Se lo dijiste, eso sí.

GIL.

¿Cómo la hemos de sacar?

MENGA.

¿Pues en el lodo la dejas?

GIL.

No puede mi fuerza sola.

MENGA.

Yo tiraré de la cola,
Tira tú de las orejas.

GIL.

Mejor remedio sería
Hacer el que aprovechó
A un coche, que se atascó
En la corte esotro dia.
Este coche, Dios delante,
Que arrastrado de dos potros,
Parecia entre los otros
Pobre coche vergonzante;
Y por maldicion muy cierta
De sus padres (¡hado esquivo!)
Iba de estribo en estribo,
Ya que no de puerta en puerta;
En un arroyo atascado,
Con ruegos el caballero,
Con azotes el cochero,
Ya por fuerza, ya por grado,
Ya por gusto, ya por miedo,
Que saliese procuraban:
Por recio que lo mandaban,
Mi coche quedo que quedo.

Viendo que no importan nada
Cuantos remedios hicieron,
Delante el coche pusieron
Un harnero de cebada.
Los caballos, por comer,
De tal manera tiraron,
Que tosieron y arrancaron;
Y esto podemos hacer.

MENGA.

¡Que nunca valen dos cuartos
Tus cuentos!

GIL.

Menga, yo siento
Ver un animal hambriento,
Donde hay animales hartos.

MENGA.

Voy al camino á mirar
Si pasa de nuestra aldea
Gente, cualquiera que sea,
Porque te venga á ayudar,
Pues te das tan pocas mañas.

GIL.

¿Vuelves, Menga, á tu porfía?

MENGA.

¡Ay burra del alma mia! (*Vase.*)

ESCENA II.

GIL.

¡Ay burra de mis entrañas!
Tú fuiste la mas honrada
Burra de toda la aldea;
Que no ha habido quien te vea
Nunca mal acompañada.
No eres nada callejera:
De mijor gana te estabas
En tu pesebre, que andabas
Cuando te llevaban fuera.
Pues¿ altanera y liviana?
Bien me atrevo á jurar yo
Que ningun burro la vió

Asomada á la ventana.
Yo sé que no merecia
Su lengua desdicha tal;
Pues jamas para habrar mal
Dijo: Aquesta boca es mia.
Pues como á ella la sobre
De lo que comiendo está,
Luego al punto se lo da
A alguna borrica pobre. (*Ruido dentro.*)
Mas ¿ qué ruido es este? Allí
De dos caballos se apean
Dos hombres, y hácia mí vienen,
Despues que atados los dejan.
¡ Descoloridos, y al campo
De mañana! Cosa es cierta
Que comen barro, ó están
Opilados. Mas¿ si fueran
Bandoleros? ¡ Aquí es ello!
Pero lo que fuere sea,
Aquí me escondo: que andan,
Que corren, que salen, que entran.
(*Escóndese.*)

ESCENA III.

EUSEBIO, LISARDO. GIL, *escondido.*

LISARDO.

No pasemos adelante,
Porque esta estancia encubierta
Y apartada del camino,
Es para mi intento buena.
Sacad, Eusebio, la espada;
Que yo, de aquesta manera,
A los hombres como vos
Saco á reñir.

EUSEBIO.

Aunque tenga
Bastante causa en haber
Llegado al campo, quisiera
Saber lo que á vos os mueve.
Decid, Lisardo, la queja

Que de mí tenéis.

LISARDO.

Son tantas,
Que falta voz á la lengua,
Razones á la razon,
Y al sufrimiento paciencia.
Quisiera, Eusebio, callarlas,
Y aun olvidarlas quisiera;
Porque cuando se repiten,
Hacen de nuevo la ofensa.
¿Conocéis estos papeles?

EUSEBIO.

Arrojadlos en la tierra,
Y los alzaré.

LISARDO.

Tomad.
¿Qué, os suspendéis? ¿Qué os altera?

EUSEBIO.

¡Mal haya el hombre, mal haya
Mil veces aquel que entrega
Sus secretos á un papel!
Porque es disparada piedra
Que se sabe quién la tira,
Y no se sabe á quién llega.

LISARDO.

¿Habéislos ya conocido?

EUSEBIO.

Todos están de mi letra,
Que no la puedo negar.

LISARDO.

Pues yo soy Lisardo, en Sena,
Hijo de Lisardo Curcio.
Bien excusadas grandezas
De mi padre consumieron
En breve tiempo la hacienda
Que los suyos le dejaron;
Que no sabe cuánto yerra
Quien, por excesivos gastos,
Pobres á sus hijos deja.
Pero la necesidad,
Aunque ultraje la nobleza,
No excusa de obligaciones

A los que nacen con ellas.
Julia pues (¡saben los cielos,
Cuánto el nombrarla me pesa!)
O no supo conservarlas,
O no llegó á conocerlas.
Pero al fin, Julia es mi hermana;
¡Pluguiera á Dios no lo fuera!
Y advertid que no se sirven
Las mujeres de sus prendas
Con amorosos papeles,
Con razones lisonjeras,
Con ilícitos recados,
Ni con infames terceras.
No os culpo en el todo á vos
Que yo confieso que hiciera
Lo mismo, á darme una dama
Para servirla licencia.
Pero cúlpôs en la parte
De ser mi amigo, y en esta
Con mas culpa os comprehende
La culpa que tuvo ella.
Si mi hermana os agradó
Para mujer (que no era
Posible, ni yo lo creo
Que os atrevierais á verla
Con otro fin, ni aun con este;
Pues ¡vive Dios! que quisiera
Antes, que con vos casada,
Mirarla á mis manos muerta):
En fin, si vos la elegisteis
Para mujer, justo fuera
Descubrir vuestros deseos
A mi padre, ántes que á ella.
Este era término justo,
Y entónces mi padre viera
Si le estaba bien el darla,
Que pienso que no os la diera;
Porque un caballero pobre,
Cuando en cosas como estas
No puede medir iguales
La calidad y la hacienda,
Por no deslucir su sangre

Con una hija doncella,
Hace sagrado un convento;
Que es delito la pobreza.
Aqueste á Julia mi hermana
Con tanta prisa la espera,
Que mañana ha de ser monja,
Por voluntad ó por fuerza.
Y porque no será bien
Que una religiosa tenga
Prendas de tan loco amor,
Y de voluntad tan necia,
A vuestras manos las vuelvo,
Con resolucion tan ciega,
Que no solo he de quitarlas,
Mas tambien la causa dellas.
Sacad la espada, y aquí
El uno de los dos muera:
Vos, porque no la sirváis,
O yo, porque no lo vea.

EUSEBIO.

Tened, Lisardo, la espada,
Y pues yo he tenido flema
Para oir desprecios mios,
Escuchadme la respuesta.
Y aunque el discurso sea largo
De mi suceso, y parezca
Que, estando solos los dos,
Es demasiada paciencia;
Pues que ya es fuerza reñir
Y morir el uno es fuerza,
Por si los cielos permiten
Que yo el infelice sea,
Oid prodigios que admiran
Y maravillas que elevan;
Que no es bien que con mi muerte
Eterno silencio tengan.
Yo no sé quién fué mi padre:
Pero sé que la primera
Cuna fué el pié de una Cruz,
Y el primer lecho una piedra.
Raro fué mi nacimiento,
Segun los pastores cuentan,

Que desta suerte me hallaron
En la falda de esas sierras.
Tres dias, dicen, que oyeron
Mi llanto, y que á la aspereza
Donde estaba, no llegaron
Por el temor de las fieras,
Sin que alguna me ofendiese;
Pero ¿quién duda que era
Por respeto de la Cruz,
Que tenia en mi defensa?
Hallóme un pastor, que acaso
Buscó una perdida oveja
En la aspereza del monte,
Y trayéndome á la aldea
De Eusebio, que no sin causa
Estaba entónces en ella,
Le contó mi prodigioso
Nacimiento, y la clemencia
Del cielo asistió á la suya.
Mandó en fin que me trajeran
A su casa, y como á hijo
Me dió la crianza en ella.
Eusebio soy de la Cruz,
Por su nombre, y por aquella
Que fué mi primera guia,
Y fué mi guarda primera.
Tomé por gusto las armas,
Por pasatiempo las letras;
Murió Eusebio, y yo quedé
Heredero de su hacienda.
Si fué prodigioso el parto,
No lo fué ménos la estrella,
Que enemiga me amenaza,
Y piadosa me reserva.
Tierno infante era en los brazos
Del ama, cuando mi fiera
Condicion, bárbara en todo,
Dió de sus rigores muestra;
Pues con solas las encías,
No sin diabólica fuerza,
Partí el pecho de quien tuve
El dulce alimento; y ella,

Del dolor desesperada,
Y de la cólera ciega,
En un pozo me arrojó,
Sin que ninguno supiera
De mí. Oyéndome reir,
Bajaron á él, y cuentan
Que estaba sobre las aguas,
Y que con las manos tiernas
Tenia una Cruz formada
Y sobre los labios puesta.
Un dia que se abrasaba
La casa, y la llama fiera
Cerraba el paso á la huida,
Y á la salida la puerta,
Entre las llamas estuve
Libre, sin que me ofendieran
Y advertí despues, dudando
Que haya en el fuego clemencia,
Que era dia de la Cruz.
Tres lustros contaba apénas,
Cuando por el mar fuí á Roma,
Y en una brava tormenta,
Desesperada mi nave
Chocó en una oculta peña:
En pedazos dividida,
Por los costados abierta;
Abrazado de un madero
Salí venturoso á tierra,
Y este madero tenia
Forma de Cruz. Por las sierras
De esos montes caminaba
Con otro hombre, y en la senda
Que dos caminos partia,
Una Cruz estaba puesta.
En tanto que me quedé
Haciendo oracion en ella,
Se adelantó el compañero;
Y despues dándome priesa
Para alcanzarle, le hallé
Muerto á las manos sangrientas
De bandoleros. Un dia,
Riñendo en una pendencia,

De una estocada caí,
Sin que hiciese resistencia,
En la tierra; y cuando todos
Pensaron hallarla ajena
De remedio, solo hallaron
Señal de la punta fiera
En una Cruz que traia
Al cuello, que en mi defensa
Recibió el golpe. Cazando
Una vez por la aspereza
Deste monte, se cubrió
El cielo de nubes negras,
Y publicando con truenos
Al mundo espantosa guerra,
Lanzas arrojaba en agua,
Balas disparaba en piedras.
Todos hicieron las hojas
Contra las nubes defensa,
Siendo ya tiendas de campo
Las mas ocultas malezas;
Y un rayo, que fué en el viento
Caliginoso cometa,
Volvió en ceniza á los dos
Que de mí estaban mas cerca.
Ciego, turbado y confuso
Vuelvo á mirar lo que era,
Y hallé á mi lado una Cruz,
Que yo pienso que es la mesma
Que asistió á mi nacimiento,
Y la que yo tengo impresa
En los pechos; pues los cielos
Me han señalado con ella,
Para públicos efectos
De alguna causa secreta.
Pero aunque no sé quién soy,
Tal espíritu me alienta,
Tal inclinacion me anima,
Y tal ánimo me fuerza,
Que por mí me da valor
Para que á Julia merezca;
Porque no es mas la heredada,
Que la adquirida nobleza.

Este soy, y aunque conozco
La razon, y aunque pudiera
Dar satisfaccion bastante
A vuestro agravio, me ciega
Tanto la pasion de veros
Hablando de esa manera,
Que ni os quiero dar disculpa,
Ni os quiero admitir la queja;
Y pues queréis estorbar
Que yo su marido sea;
Aunque su casa la guarde,
Aunque un convento la tenga,
De mí no ha de estar segura;
Y la que no ha sido buena
Para mujer, lo será
Para dama: así desea,
Desesperado mi amor
Y ofendida mi paciencia,
Castigar vuestro desprecio,
Y satisfacer mi afrenta.

LISARDO.

Eusebio, donde el acero
Ha de hablar, calle la lengua.

Sacan las espadas, y riñen; Lisardo cae en el suelo, y procurando levantarse, torna á caer.)

¡Herido estoy!

EUSEBIO.

¿Y no muerto?

LISARDO.

No, que en los brazos me queda
Aliento para... ¡Ay de mí!
Faltó á mis plantas la tierra.

EUSEBIO.

Y falte á tu voz la vida.

LISARDO.

No me permitas que muera
Sin confesion.

EUSEBIO.

¡Muere, infame!

LISARDO.

No me mates, por aquella
Cruz en que Cristo murió.

EUSEBIO.

Aquesa voz te defienda
De la muerte. Alza del suelo;
Que cuando por ella ruegas,
Falta rigor á la ira,
Y falta á los brazos fuerza.
Alza del suelo.

LISARDO.

No puedo;
Porque ya en mi sangre envuelta
Voy despreciando la vida,
Y el alma pienso que espera
A salir, porque entre tantas
No sabe cuál es la puerta.

EUSEBIO.

Pues fíate de mis brazos,
Y anímate; que aquí cerca
De unos penitentes monjes
Hay una ermita pequeña,
Donde podrás confesarte
Si vivo á sus puertas llegas.

LISARDO.

Pues yo te doy mi palabra,
Por esa piedad que muestras,
Que si yo merezco verme
En la divina presencia
De Dios, pediré que tú
Sin confesarte no mueras.

(*Llévale Eusebio en brazos.*)

GIL.

¡Han visto lo que le debe!
La caridad está buena;
Pero yo se la perdono.
¡Matarle y llevarle á cuestas!

ESCENA IV.

BRAS, TIRSO, MENGA, TORIBIO, GIL.

TORIBIO.

¿Aquí dices que quedaba?

MENGA.

Aquí se quedó con ella.

TIRSO.

Mírale allí embelesado.

MENGA.

Gil, ¿qué mirabas?

GIL.

¡Ay Menga!

TIRSO.

¿Qué te ha sucedido?

GIL.

¡Ay Tirso!

TORIBIO.

¿Qué viste? Danos respuesta.

GIL.

¡Ay Toribio!

BRAS.

Dí, ¿qué tienes,
Gil, ó de qué te lamentas?

GIL.

¡Ay Bras, ay amigos mios!
No lo sé mas que una bestia.
Matóle y cargó con él,
Sin duda á salar le lleva.

MENGA.

¿Quién le mató?

GIL.

¿Qué sé yo?

TIRSO.

¿Quién murió?

GIL.

No sé quién era.

TORIBIO.

¿Quién cargó?

GIL.

¿Que sé yo quién?

BRAS.

¿Y quién le llevó?

GIL.

Quien quiera.
Pero porque lo sepáis,
Venid todos.

TIRSO.

¿Dó nos llevas?

GIL.

No lo sé, pero venid,
Que los dos van aquí cerca. (*Vanse.*)

ESCENA V.

Sala en casa de Curcio, en Sena.

JULIA, ARMINDA.

JULIA.

Déjame, Arminda, llorar
Una libertad perdida,
Pues donde acaba la vida,
Tambien acaba el pesar.
¿Nunca has visto de una fuente
Bajar un arroyo manso,
Siendo apacible descanso
El valle de su corriente;
Y cuando le juzgan falto
De fuerza las flores bellas,
Pasa por encima dellas
Rompiendo por lo mas alto?
Pues mis penas, mis enojos
La misma experiencia han hecho;
Detuviéronse en el pecho,
Y salieron por los ojos.
Deja que llore el rigor
De un padre.

ARMINDA.

Señora, advierte...

JULIA.

¿Que mas venturosa suerte
Hay, que morir de dolor?
Pena que deja vencida
La vida, ser gloria ordena;
Que no es muy grande la pena
Que no acaba con la vida.

ARMINDA.

¿Qué novedad obligó

Tu llanto?

JULIA.

¡Ay, Arminda mia!
Cuantos papeles tenia
De Eusebio, Lisardo halló
En mi escritorio.

ARMINDA.

¿Pues él
Supo que estaban allí?

JULIA.

Como aqueso contra mí
Hará mi estrella cruel.
Yo (¡ay de mí!) cuando le via
El cuidado con que andaba,
Pensé que lo sospechaba,
Pero no que lo sabía.
Llegó á mí descolorido,
Y entre apacible y airado,
Me dijo que habia jugado,
Arminda, y que habia perdido:
Que una joya le prestase
Para volver á jugar.
Por presto que la iba á dar,
No aguardó á que la sacase:
Tomó él la llave y abrió
Con una cólera inquieta,
Y en la primera naveta
Los papeles encontró.
Miróme y volvió á cerrar.
Y sin decir nada (¡ay Dios!)
Buscó á mi padre, y los dos
(¿Quién duda es para tratar
Mi muerte?) gran rato hablaron
Cerrados en su aposento;
Salieron, y hácia el convento
Los dos sus pasos guiaron,
Segun Octavio me dijo.
Y si lo que está tratado
Ya mi padre ha efectuado,
Con justa causa me aflijo;
Porque si de aquesta suerte,
Que olvide á Eusebio desea,

Ántes que monja me vea,
Yo misma me daré muerte.

ESCENA VI.

EUSEBIO. — DICHAS.

EUSEBIO.

(*Ap.* Ninguno tan atrevido,
Si no tan desesperado,
Viene á tomar por sagrado
La casa del ofendido.
Ántes que sepa la muerte
De Lisardo Julia bella,
Hablar quisiera con ella,
Porque á mi tirana suerte
Algun remedio consigo
Si, ignorado mi rigor,
Puede obligarla el amor
Á que se vaya conmigo;
Y cuando llegue á saber
De Lisardo el hado injusto
Hará de la fuerza gusto
Mirándose en mi poder.)
Hermosa Julia.

JULIA.

Qué es esto?
Tú en esta casa?

EUSEBIO.

El rigor
De mi desdicha, y tu amor
En tal peligro me ha puesto.

JULIA.

Pues ¿cómo has entrado aquí,
Y emprendes tan loco extremo?

EUSEBIO.

Como la muerte no temo.

JULIA.

¿Qué es lo que intentas así?

EUSEBIO.

Hoy obligarte deseo,
Julia, porque agradecida

Dés á mi amor nueva vida,
Nueva gloria á mi deseo.
Yo he sabido cuánto ofende
Á tu padre mi cuidado:
Que á su noticia ha llegado
Nuestro amor, y que pretende
Que tú recibas mañana
El estado que desea,
Para que mi dicha sea,
Como mi esperanza, vana.
Si ha sido gusto, si ha sido
Amor el que me has mostrado,
Si es verdad que me has amado,
Si es cierto que me has querido,
Vente conmigo; pues ves
Que no tiene resistencia
De tu padre la obediencia,
Deja tu casa; y despues
Que habrá mil remedios piensa;
Pues ya en mi poder, es justo
Que haga de la fuerza gusto,
Y obligacion de la ofensa.
Villas tengo en que guardarte,
Gente con que defenderte,
Hacienda para ofrecerte
Y un alma para adorarte.
Si darme vida deseas,
Si es verdadero tu amor,
Atrévete, ó el dolor
Hará que mi muerte veas.

JULIA.

Oye, Eusebio.

ARMINDA.

Mi señor
Viene, señora.

JULIA.

¡Ay de mí!

EUSEBIO.

¿Pudiera hallar contra mí
La fortuna mas rigor?

JULIA.

¿Podrá salir?

ARMINDA.

No es posible
Que se vaya; porque ya
Llamando á la puerta está.

JULIA.

¡Grave mal!

EUSEBIO.

¡Pena terrible!
¿Qué haré?

JULIA.

Esconderte es forzoso.

EUSEBIO.

¿Dónde?

JULIA.

En aquese aposento.

ARMINDA.

Presto, que sus pasos siento.

(*Escóndese Eusebio.*)

ESCENA VII.

CURCIO. — JULIA, ARMINDA; EUSEBIO, *escondido.*

CURCIO.

Hija, si por el dichoso
Estado que tú codicias,
Y que ya seguro tienes,
No das á mis parabienes
La vida y alma en albricias,
Del deseo que he tenido
No agradeces el cuidado.
Todo queda efectuado,
Y todo tan prevenido,
Que solo falta ponerte
La mas bizarra y hermosa,
Para ser de Cristo esposa:
Mira ¡qué dichosa suerte!
Hoy aventajas á todas
Cuantas se ven envidiar,
Pues te verán celebrar
Aquestas divinas bodas.
¿Qué dices?

JULIA. (*Ap.*)
¿Qué puedo hacer?
EUSEBIO. (*Ap.*)
Yo me doy la muerte aquí,
Si ella le dice que sí.
JULIA.
(*Ap.* No sé cómo responder.)
Bien, señor, la autoridad
De padre, que es preferida,
Imperio tiene en la vida;
Pero no en la libertad.
¿Pues que supiera ántes yo
Tu intento, no fuera bien?
¿Y que tú, señor, tambien
Supieras mi gusto?
CURCIO.
No,
Que sola mi voluntad
En lo justo, ó en lo injusto,
Has de tener tú por gusto.
JULIA.
Solo tiene libertad
Un hijo para escoger
Estado; que el hado impío
No fuerza el libre albedrío.
Déjame pensar y ver
De espacio eso; y no te espante
Ver que término te pida;
Que el estado de una vida
No se toma en un instante.
CURCIO.
Basta que yo lo he mirado,
Y yo por ti he dado el sí.
JULIA.
Pues si tú vives por mí,
Toma tambien por mí estado.
CURCIO.
¡Calla, infame! ¡calla, loca!
Que haré de aquese cabello
Un lazo para tu cuello,
Ó sacaré de tu boca
Con mis manos la atrevida

Lengua, que de oir me ofendo.

JULIA.

La libertad te defiendo,
Señor, pero no la vida.
Acaba su curso triste,
Y acabará tu pesar;
Que mal te puedo negar
La vida que tú me diste:
La libertad que me dió
El cielo, es la que te niego.

CURCIO.

En este punto á crêr llego
Lo que el alma sospechó,
Que no fué buena tu madre,
Y manchó mi honor alguno;
Pues hoy tu error importuno
Ofende el honor de un padre,
Á quien el sol no igualó,
En resplandor y belleza,
Sangre, honor, lustre y nobleza.

JULIA.

Eso no he entendido yo,
Por eso no he respondido.

CURCIO.

Arminda, salte allá fuera. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

CURCIO, JULIA.

CURCIO.

Y ya que mi pena fiera
Tantos años he tenido
Secreta, de mis enojos
La ciega pasion obliga
Á que la lengua te diga
Lo que te han dicho los ojos.
La señoría de Sena,
Por dar á mi sangre fama,
En su nombre me envió
Á dar la obediencia al papa
Urbano Tercio. Tu madre,

Que con opinion de santa
Fué en Sena comun ejemplo
De las matronas romanas,
Y aun de las nuestras (no sé
Cómo mi lengua la agravia;
Mas ¡ ay infelice ! tanto
La satisfaccion engaña),
En Sena quedó, y yo estuve
En Roma con la embajada
Ocho meses; porque entónces
Por concierto se trataba
Que esta señoría fuese
Del pontífice : Dios haga
Lo que á su estado convenga,
Que aquí importa poco ó nada.
Volví á Sena, y hallé en ella...
Aquí el aliento me falta,
Aquí la lengua enmudece,
Y aquí el ánimo desmaya.
Hallé (¡ ay injusto temor !)
Á tu madre tan preñada,
Que para el infeliz parto
Cumplia las nueve faltas.
Ya me habia prevenido
Por sus mentirosas cartas
Esta desdicha, diciendo
Que, cuando me fuí, quedaba
Con sospecha ; y yo la tuve
De mi deshonra tan clara,
Que discurriendo mi agravio,
Imaginé mi desgracia.
No digo que verdad sea ;
Mas quien tiene sangre hidalga,
No ha de aguardar á creer,
Que el imaginar le basta.
¿Qué importa que un noble sea
Desdichado (¡ oh ley tirana
De honor ! ¡ oh bárbaro fuero
Del mundo !) si la ignorancia
Le disculpa ? Mienten, mienten
Las leyes ; porque no alcanza
Los misterios al efecto

Quien no previene la causa.
¿Qué ley culpa á un inocente?
¿Qué opinion á un libre agravia?
Miente otra vez; que no es
Deshonra, sino desgracia.
¡Bueno es que en leyes de honor
Le comprenda tanta infamia
Al Mercurio que le roba,
Como al Árgos que le guarda!
¿Qué deja el mundo, qué deja,
Si así al inocente infama,
De deshonra, para aquel
Que lo sabe y que lo calla?
Yo entre tantos pensamientos,
Yo entre confusiones tantas,
Ni vi regalo en la mesa,
Ni hice descanso en la cama.
Tan desabrido conmigo
Estuve, que me trataba
Como ajeno el corazon,
Y como á tirano el alma.
Y aunque á veces discurria
En su abono, y aunque hallaba
Verosímil la disculpa,
Pudo en mí tanto la instancia
Del temer que me ofendia,
Que con saber que fué casta,
Tomé de mis pensamientos,
No de sus culpas, venganza.
Y porque con mas secreto
Fuese, previne una caza
Fingida, porque á un celoso
Ficciones solo le agradan.
Al monte fuí, y cuando todos
Entretenidos estaban
En su alegre regocijo,
Con amorosas palabras,
(¡Qué bien las dice quien miente!
¡Qué bien las cree quien ama!)
Llevé á Rosmira, tu madre,
Por una senda apartada
Del camino, y divertida

Llegó á una secreta estancia
Deste monte, á cuyo albergue
El sol ignoró la entrada,
Porque se la defendian
Rústicamente enlazadas,
Por no decir que amorosas,
Árboles, hojas y ramas.
Aquí pues, adonde apénas
Huella imprimió mortal planta,
Solos los dos...

ESCENA IX.

ARMINDA. — Dichos.

ARMINDA.

Si el valor,
Que el noble pecho acompaña,
Señor, y si la experiencia
Que te han dado honrosas canas,
En la desdicha presente
No te niega ó no te falta,
Exámen será el valor
De tu ánimo.

CURCIO.

¿Qué causa
Te obliga á que así interrumpas
Mi razon?

ARMINDA.

Señor...

CURCIO.

Acaba
Que mas la duda me ofende.

JULIA.

¿Por qué te suspendes? Habla.

ARMINDA.

No quisiera ser la voz
De mi pena y tu desgracia.

CURCIO.

No temas decirla tú,
Pues yo no temo escucharla.

ARMINDA.

Á Lisardo, mi señor...

EUSEBIO.

Esto solo me faltaba.

ARMINDA.

Bañado en su sangre traen,
En una silla por andas,
Cuatro rústicos pastores,
Muerto (¡ ay Dios !) á puñaladas ;
Mas ya á tu presencia llega :
No le veas.

CURCIO.

¡ Cielos ! ¿ Tantas
Penas para un desdichado ?
¡ Ay de mí !

ESCENA X.

GIL, MENGA, TIRSO, BRAS y TORIBIO, *que traen á* LISARDO *muerto en una silla.* — Dichos.

JULIA.

Pues ¿ qué inhumana
Fuerza ensangrentó la ira
En su pecho ? Qué tirana
Mano se bañó en mi sangre,
Contra su inocencia airada ?
¡ Ay de mí !

ARMINDA.

Mira, señora...

BRAS.

No llegues á verle.

CURCIO.

Aparta.

TIRSO.

Detente, señor.

CURCIO.

Amigos,
No puede sufrirlo el alma.
Dejadme ver ese cadáver frio,
Depósito infeliz de heladas venas,
Ruina del tiempo, estrago del impío

Hado, teatro funesto de mis penas,
¿Qué tirano rigor (¡ay hijo mio!)
Trágico monumento en las arenas
Construyó, porque hiciese en quejas vanas
Mortaja triste de mis blancas canas?
¡Ay amigos! decid: ¿quién fué homicida
De un hijo, en cuya vida yo animaba?

MENGA.

Gil lo dirá, que, al verle dar la herida,
Oculto entre unos árboles estaba.

CURCIO.

Dí, amigo, dí, ¿quién me quitó esta vida?

GIL.

Yo solo sé que Eusebio se llamaba
Cuando con él reñia.

CURCIO.

¿Hay mas deshonra?
Eusebio me ha quitado vida y honra. (*Á Julia.*)
Disculpa agora tú de sus crueles
Deseos la ambicion; dí que concibe
Casto amor, pues, á falta de papeles,
Lascivos gustos con tu sangre escribe.

JULIA.

Señor...

CURCIO.

No me respondas como sueles:
A tomar hoy estado te apercibe,
Ó apercibe tambien á tu hermosura,
Con Lisardo temprana sepultura.
Los dos á un tiempo el sentimiento esquivo
En este dia sepultar concierta,
El muerto al mundo, en mi memoria vivo,
Tú, viva al mundo, en mi memoria muerta.
Y en tanto que el entierro os apercibo,
Porque no huyas cerraré esta puerta.
Queda con él, porque de aquesta suerte,
Lecciones al morir te dé su muerte. (*Vánse.*)

ESCENA XI.

JULIA; LISARDO, *muerto*; EUSEBIO.

JULIA.

Mil veces procuro hablarte,
Tirano Eusebio, y mil veces
El alma duda, el aliento
Falta, y la lengua enmudece.
No sé, no sé cómo pueda
Hablar; porque á un tiempo vienen
Envueltas iras piadosas
Entre piedades crueles.
Quisiera cerrar los ojos
Á aquesta sangre inocente,
Que está pidiendo venganza,
Desperdiciando claveles:
Y quisiera hallar disculpa
En las lágrimas que viertes;
Que al fin heridas y ojos
Son bocas que nunca mienten.
Y en una mano el amor,
Y en otra el rigor presente,
Á un mismo tiempo quisiera
Castigarte y defenderte,
Y entre ciegas confusiones
De pensamientos tan fuertes,
La clemencia me combate,
Y el sentimiento me vence.
¿Desta suerte solicitas
Obligarme? ¿Desta suerte,
Eusebio, en vez de finezas,
Con crueldades me pretendes?
Cuando de mi boda el dia
Resuelta esperaba, ¡quieres
Que en vez de apacibles bodas,
Tristes obsequias celebre!
Cuando por tu gusto era
Á mi padre inobediente,
¡Lutos funestos me das
En vez de galas alegres!

Cuando, arriesgando mi vida,
Hice posible el quererte,
¡ En vez de tálamo (¡ ay cielos !)
Un sepulcro me previenes !
Y cuando mi mano ofrezco,
Despreciando inconvenientes
De honor, ¡ la tuya bañada
En mi sangre me la ofreces !
¿ Qué gusto tendré en tus brazos,
Si para llegar á verme
Dando vida á nuestro amor,
Voy tropezando en la muerte ?
¿ Qué dirá el mundo de mí,
Sabiendo que tengo siempre,
Si no presente el agravio,
Quien le cometió presente ?
Pues cuando quiere el olvido
Sepultarle, solo el verte
Entre mis brazos, será
Memoria con que me acuerde.
Yo entónces, yo, aunque te adore,
Los amorosos placeres
Trocaré en iras, pidiendo
Venganzas ; pues ¿ cómo quieres
Que viva sujeta un alma
Á efectos tan diferentes,
Que esté esperando el castigo,
Y deseando que no llegue ?
Basta, por lo que te quise,
Perdonarte, sin que esperes
Verme en tu vida, ni hablarme.
Esa ventana, que tiene
Salida al jardin, podrá,
Darte paso ; por ahí puedes
Escaparte ; huye el peligro,
Porque, si mi padre viene,
No te halle aquí. Vete, Eusebio,
Y mira que no te acuerdes
De mí ; que hoy me pierdes tú,
Porque quisiste perderme.
Vete, y vive tan dichoso,
Que tengas felicemente

Bienes, sin que á los pesares
Pagues pension de los bienes.
Que yo haré para mi vida
Una celda prision breve,
Si no sepulcro, pues ya
Mi padre enterrarme quiere.
Allí lloraré desdichas
De un hado tan inclemente,
De una fortuna tan fiera,
De una inclinacion tan fuerte,
De un planeta tan opuesto,
De una estrella tan rebelde,
De un amor tan desdichado,
De una mano tan aleve,
Que me ha quitado la vida,
Y no me ha dado la muerte,
Porque entre tantos pesares,
Siempre viva, y muera siempre.

EUSEBIO.

Si acaso mas que tus voces
Son ya tus manos crueles
Para tomar la venganza,
Rendido á tus piés me tienes.
Preso me trae mi delito,
Tu amor es la cárcel fuerte,
Las cadenas son mis yerros,
Prisiones que el alma teme,
Verdugo es mi pensamiento;
Si son tus ojos los jueces,
Y ellos me dan la sentencia,
Por fuerza será de muerte.
Mas dirá entónces la fama
En su pregon: « Este muere
Porque quiso, » pues que solo
Es mi delito quererte.
No pienso darte disculpa;
No parezca que la tiene
Tan grande error; solo quiero
Que me mates y te vengues.
Toma esta daga, y con ella
Rompe un pecho que te ofende,
Saca un alma que te adora,

Y tu misma sangre vierte.
Y si no quieres matarme,
Para que á vengarse llegue
Tu padre, diré que estoy
En tu aposento.

JULIA.

¡ Detente !
Y por última razon,
Que he de hablarte eternamente,
Has de hacer lo que te digo.

EUSEBIO.

Yo lo concedo.

JULIA.

Pues vete
Adonde guardes tu vida.
Hacienda tienes, y gente
Que te podrá defender.

EUSEBIO.

Mejor será que yo quede
Sin ella; porque si vivo,
Será imposible que deje
De adorarte, y no has de estar,
Aunque un convento te encierre,
Segura.

JULIA.

Guárdate tú,
Que yo sabré defenderme.

EUSEBIO.

¿ Volveré yo á verte ?

JULIA.

No.

EUSEBIO.

¿ No hay remedio ?

JULIA.

No le esperes.

EUSEBIO.

¿ Que al fin me aborreces ya ?

JULIA.

Haré por aborrecerte.

EUSEBIO.

Olvidarásme ?

JULIA.

No sé.

EUSEBIO.

¿ Veréte yo ?

JULIA.

Eternamente.

EUSEBIO.

Pues ¿ aquel pasado amor...?

JULIA.

Pues ¿ esta sangre presente... ?
La puerta abren : vete, Eusebio,

EUSEBIO.

Iré por obedecerte.
¡ Que no he de volverte á ver !

JULIA.

¡ Que no has de volver á verme !
(*Suena ruido, vanse cada uno por una parte , y entran el cuerpo algunos criados.*)

JORNADA SEGUNDA.

Monte.

ESCENA PRIMERA.

RICARDO, CELIO, EUSEBIO, *en traje de bandoleros, con arcabuces.* (*Suena un tiro dentro.*)

RICARDO.

Pasó el plomo violento
Su pecho.

CELIO.

Y hace el golpe mas sangriento,
Que con su sangre la tragedia imprima
En tierna flor.

EUSEBIO.

Ponle una cruz encima,
Y perdónele Dios.

RICARDO.

Las devociones

Nunca faltan del todo á los ladrones.

(*Vanse Ricardo y Celio.*)

EUSEBIO.

Y pues mis hados fieros
Me traen á capitan de bandoleros,
Llegarán mis delitos
Á ser, como mis penas, infinitos.
Como si diera muerte
Á Lisardo á traicion, de aquesta suerte
Mi patria me persigue,
Porque su furia y mi despecho obligue
A que guarde una vida,
Siendo de tantas bárbaro homicida.
Mi hacienda me han quitado,
Mis villas confiscado,
Y á tanto rigor llegan,
Que el sustento me niegan.
No toque pasajero
El término del monte, si primero
No rinde hacienda y vida.

ESCENA II.

RICARDO, BANDOLEROS; ALBERTO, *preso.* — EUSEBIO.

RICARDO.

Llegando á ver la boca de la herida,
Escucha, capitan, el mas extraño
Suceso.

EUSEBIO.

Ya deseo el desengaño.

RICARDO.

Hallé el plomo deshecho
En este libro que tenia en el pecho,
Sin haber penetrado,
Y al caminante solo desmayado:
Vesle aquí sano y bueno.

EUSEBIO.

De espanto estoy y admiraciones lleno.
¿Quién eres, venerable
Caduco, á quien los cielos, admirable
Han hecho con prodigio milagroso?

ALBERTO.

Yo soy, ó capitan, el mas dichoso
De cuantos hombres hay; que he merecido
Ser sacerdote indigno, y he leido
En Bolonia sagrada teología
Cuarenta y cuatro años con desvelo.
Dióme Su Santidad, por este celo,
De Trento el obispado,
Premiando mis estudios; y admirado
Yo de ver que tenia
Cuenta de tantas almas,
Y que apénas la daba de la mia,
Los laureles dejé, dejé las palmas
Y huyendo sus engaños,
Vengo á buscar seguros desengaños
En estas soledades,
Donde viven desnudas las verdades.
Paso á Roma á que el Papa me conceda
Licencia, capitan, para que pueda
Fundar un órden santo de eremitas;
Mas tu saña atrevida
Quita el hilo á mi suerte y á la vida.

EUSEBIO.

¿Qué libro es este, dí?

ALBERTO.

Este es el fruto,
Que rinde á mis estudios el tributo
De tantos años.

EUSEBIO.

¿Qué es lo que contiene?

ALBERTO.

Él trata del orígen verdadero
De aquel divino y celestial madero
En que animoso y fuerte,
Muriendo, triunfó Cristo de la muerte.
El libro, en fin, se llama
« Milagros de la Cruz ».

EUSEBIO.

¡Qué bien la llama
De aquel plomo inclemente,
Mas que la cera, se mostró obediente!
¡Pluguiera á Dios, mi mano

Antes, que blanco su papel hiciera
De aquel golpe tirano,
Entre su fuego ardiera!
Lleva ropa y dinero
Y la vida; solo este libro quiero.
Y vosotros salidle acompañando
Hasta dejarle libre.

ALBERTO.

Iré rogando
Al Señor te dé luz para que veas
El error en que vives.

EUSEBIO.

Si deseas
Mi bien, pídele á Dios que no permita
Muera sin confesion.

ALBERTO.

Yo te prometo
Seré ministro en tan piadoso efeto,
Y te doy mi palabra
(Tanto en mi pecho tu clemencia labra)
Que si me llamas en cualquiera parte,
Dejaré mi desierto
Por ir á confesarte:
Un sacerdote soy, mi nombre Alberto.

EUSEBIO.

¿Tal palabra me das?

ALBERTO.

Y la confieso
Con la mano.

EUSEBIO.

Otra vez tus plantas beso.

(*Vase Alberto con Ricardo y los bandoleros.*)

ESCENA III.

CHILINDRINA. — EUSEBIO.

CHILINDRINA.

Hasta venir á hablarte,
El monte atravesé de parte á parte.

EUSEBIO.

¿Qué hay, amigo?

CHILINDRINA.

Dos nuevas harto malas.

EUSEBIO.

A mi temor el sentimiento igualas.
¿ Qué son ?

CHILINDRINA.

Es la primera,
(Decirla no quisiera)
Que al padre de Lisardo
Han dado...

EUSEBIO.

Acaba, que el efecto aguardo.

CHILINDRINA.

Comision de prenderte ó de matarte.

EUSEBIO.

Esotra nueva temo
Mas, porque en un confuso extremo,
Al corazon parece que camina
Toda el alma, adivina
De algun futuro daño.
¿ Qué ha sucedido ?

CHILINDRINA.

Á Julia...

EUSEBIO.

No me engaño
En prevenir tristezas,
Si para ver mi mal, por Julia empiezas.
¿ Julia no me dijiste ?
Pues eso basta para verme triste.
¡ Mal haya amen la rigurosa estrella
Que me obligó á querella !
En fin, Julia... prosigue.

CHILINDRINA.

En un convento,
Seglar está.

EUSEBIO.

¡ Ya falta el sufrimiento !
¡ Que el cielo me castigue
Con tan grandes venganzas,
De perdidos deseos,
De muertas esperanzas,
Que de los mismos cielos,

Por quien me deja, vengo á tener celos!
Mas ya tan atrevido,
Que viviendo matando,
Me sustento robando,
No puedo ser peor de lo que he sido.
Despéñese el intento,
Pues ya se ha despeñado el pensamiento.
Llama á Celio y Ricardo. (*Ap.* Amando muero!)

CHILINDRINA.

Voy por ellos. (*Vase.*)

EUSEBIO.

Vé, y díles que aquí espero.
Asaltaré el convento que la guarda.
Ningun grave castigo me acobarda;
Que por verme señor de su hesmosura,
Tirano amor me fuerza
Á acometer la fuerza,
Á romper la clausura,
Y á violar el sagrado;
Que ya del todo estoy desesperado.
Pues si no me pusiera
Amor en tales puntos,
Solamente lo hiciera,
Por cometer tantos delitos juntos.

ESCENA IV.

GIL, MENGA. — EUSEBIO.

MENGA.

¿Mas qué encontramos con él,
Segun mezquina nací?

GIL.

Menga, yo¿ no voy aquí?
No temas ese cruel
Capitan de buñuleros,
Ni el hallarlo te alborote;
Que honda llevo yo y garrote.

MENGA.

Temo, Gil, sus hechos fieros;
Si no, á Silvia á mirar ponte,
Cuando aquí la acometió;

Que doncella al monte entró,
Y dueña salió del monte,
Que no es peligro pequeño.

GIL.

Conmigo fuera cruel,
Que tambien entro doncel,
Y pudiera salir dueño.

(*Reparan en Eusebio.*)

MENGA. (*A Eusebio.*)

¡ Ah señor ! que va perdido,
Que anda Eusebio por aquí.

GIL.

No eche, señor, por ahí.

EUSEBIO. (*Ap.*)

Estos no me han conocido,
Y quiero disimular.

GIL.

¿ Quiere que aquese ladron
Le mate ?

EUSEBIO.

(*Ap.* Villanos son.)
¿ Con qué podré yo pagar
Este aviso ?

GIL.

Con huir
De ese bellaco.

MENGA.

Si os coge,
Señor, aunque no le enoje
Ni vuestro hacer ni decir,
Luego os matará ; y creed
Que con poner tras la ofensa
Una cruz encima, piensa
Que os hace mucha merced.

ESCENA V.

RICARDO, CELIO. — DICHOS.

RICARDO.

¿ Dónde le dejaste ?

CELIO.

Aquí.

GIL. (*Á Eusebio.*)
Es un ladron, no le esperes.
RICARDO.
Eusebio, ¿ qué es lo que quieres?
GIL.
¿ Eusebio le llamó?
MENGA.
Sí.
EUSEBIO.
Yo soy Eusebio; ¿ qué os mueve
Contra mí? ¿ No hay quien responda?
MENGA.
Gil, ¿ tienes garrote y honda?
GIL.
Tengo el diablo que te lleve.
CELIO.
Por los apacibles llanos
Que hace del monte la falda,
A quien guarda el mar la espalda,
Vi un escuadron de villanos
Que armado contra ti viene,
Y pienso que se avecina;
Que así Curcio determina
La venganza que previene.
Mira qué piensas hacer:
Junta tu gente, y partamos.
EUSEBIO.
Mejor es que agora huyamos,
Que esta noche hay mas que hacer.
Venid conmigo los dos,
De quien justamente fio
La opinion y el honor mio.
RICARDO.
Muy bien puedes, que por Dios,
Que he de morir á tu lado.
EUSEBIO.
Villanos, vida tenéis,
Solo porque le llevéis
Á mi enemigo un recado.
Decid á Curcio que yo
Con tanta gente atrevida
Solo defiendo la vida,

Pero que le busco no.
Y que no tiene ocasion
De buscarme desta suerte,
Pues no di á Lisardo muerte
Con engaño ó con traicion.
Cuerpo á cuerpo le maté,
Sin ventaja conocida,
Y ántes de acabar la vida,
En mis brazos le llevé
Adonde se confesó,
Digna accion para estimarse;
Mas que si quiere vengarse,
Que he de defenderme yo. —
Y agora, porque no vean (*Á los bandoleros.*)
Aquestos por donde vamos,
Atadlos entre estos ramos:
Vendados sus ojos sean,
Porque no avisen.

RICARDO.

Aquí
Hay cordel.

CELIO.

Pues llega presto.

GIL.

De San Sebastian me han puesto.

MENGA.

De San Sebastian á mí [1].
Mas ate cuanto quisiere,
Señor, como no me mate.

GIL.

Oye, señor, no me ate,
Y puto sea yo si huyere.
Jura tú, Menga, tambien
Este mismo juramento.

CELIO.

Ya están atados.

EUSEBIO.

Mi intento
Se va ejecutando bien.
La noche amenaza oscura

1. Las antiguas ediciones dicen *de San Sebastiana*, lo que es mas racional. Seguimos sin embargo á Escosura.

Tendiendo su negro velo.
Julia, aunque te guarde el cielo,
He de gozar tu hermosura. (*Vanse.*)

ESCENA VI.

GIL, MENGA, *atados.*

GIL.

¿ Quién habrá que ahora nos vea,
Menga, aunque caro nos cueste,
Que no diga que es aqueste
Peralvillo de la aldea ?

MENGA.

Vete llegando hácia aquí,
Gil, que yo no puedo andar.

GIL.

Menga, venme á desatar,
Y te desataré á ti
Luego al punto.

MENGA.

Ven primero
Tú, que ya estás importuno.

GIL.

¿ Es decir, que vendrá alguno ?
Pondré que falta un arriero
Las tres ánades cantando,
Un caminante pidiendo,
Un estudiante comiendo,
Una santera rezando,
Hoy en aqueste camino,
Lo que á ninguno faltó ;
Mas la culpa tengo yo.

Una voz. (*Dentro.*)

Hácia esta parte imagino
Que oigo voces ; llegad presto.

GIL.

Señor, en buena hora acuda
A desatar una duda,
En que há rato que estoy puesto.

MENGA.

Sí acaso buscáis, señor,

Por el monte algun cordel,
Yo os puedo servir con él.

GIL.

Este es mas gordo y mijor.

MENGA.

Yo, por ser mujer, espero
Remedio en las ansias mias.

GIL.

No repare en cortesías,
Desáteme á mí primero.

ESCENA VII.

CURCIO, OCTAVIO, BRAS, TIRSO, SOLDADOS. — GIL, MENGA

TIRSO.

Hácia aquesta parte suena
La voz.

GIL.

¡ Que te quemas !

TIRSO.

Gil,
¿ Qué es esto?

GIL.

El diablo es sutil ;
Desata, Tirso, y mi pena
Te diré despues.

CURCIO.

¿ Qué es esto?

MENGA.

Venga en buen hora, señor,
Á castigar un traidor.

CURCIO.

¿Quién desta suerte os ha puesto?

GIL.

¿ Quién ? Eusebio, que en efeto
Dice... Pero ¿ qué sé yo
Lo que dice ? Él mos dejó
Aquí en semejante aprieto.

TIRSO.

No llores pues, que no ha estado

Hoy muy poco liberal
Contigo.

BRAS.

No lo ha hecho mal,
Pues á Menga te ha dejado.

GIL.

¡Ay Tirso! no lloro yo
Porque piadoso no fué.

TIRSO.

Pues ¿ por qué lloras?

GIL.

¿ Por qué ?
Porque á Menga me dejó.
La de Anton llevó, y al cabo
De seis, que no parecia,
Halló á su mujer un dia;
Hicimos un baile bravo
De hallazgo, y gastó cien reales.

BRAS.

¿ Bartolo no se casó
Con Catalina, y parió
Á seis meses no cabales?
Y andaba con gran placer
Diciendo : ¡ Si tú lo vieses!
Lo que otra hace en nueve meses,
Hace en cinco mi mujer.

TIRSO.

Ello, no hay honra segura.

CURCIO.

¿ Que esto llegue á escuchar yo
Deste tirano? ¿ quién vió
Tan notable desventura?

MENGA.

Cómo destruirle piensa;
Que hasta las mismas mujeres
Tomaremos, si tú quieres,
Las armas para su ofensa.

GIL.

Que aquí acude es lo mas cierto;
Y toda esta procesion
De cruces que miras, son,
Señor, por hombres que ha muerto.

OCTAVIO.

Es aquí lo mas secreto
De todo el monte.

CURCIO. (*Ap.*)

Y aquí
Fué¡ cielos! donde yo vi
Aquel milagroso efeto
De inocencia y castidad,
Cuya beldad atrevido
Tantas veces he ofendido
Con dudas, siendo verdad
Un milagro tan patente.

OCTAVIO.

Señor: ¿ qué nueva pasion
Causa tu imaginacion?

CURCIO.

Rigores que el alma siente
Son, Octavio; y mis enojos,
Para publicar mi mengua,
Como los niego á la lengua
Me van saliendo á los ojos.
Haz, Octavio, que me deje
Solo esa gente que sigo,
Porque aquí de mí y conmigo
Hoy á los cielos me queje.

OCTAVIO.

Ea, soldados, despejad.

BRAS.

¿Qué decís?

TIRSO.

¿ Qué pretendéis?

GIL.

Despiojad, ¿ no lo entendéis?
Que nos vamos á espulgar.

(*Vanse todos, ménos Curcio.*)

ESCENA VIII.

CURCIO.

¿ A quién no habrá sucedido,
Tal vez lleno de pesares,

Descansar consigo á solas,
Por no descubrirse á nadie?
Yo, á quien tantos pensamientos
Á un tiempo afligen, que hacen
Con lágrimas y suspiros
Competencia al mar y al aire,
Compañero de mí mismo
En las mudas soledades,
Con la pension de mis bienes
Quiero divertir mis males.
Ni las aves, ni las fuentes
Sean testigos bastantes;
Que al fin las fuentes murmuran,
Y tienen lengua las aves.
No quiero mas compañía
Que aquestos rústicos sauces;
Pues quien escucha y no aprende,
Será fuerza que no hable.
Teatro este monte fué
Del suceso mas notable,
Que entre prodigios de celos
Cuentan las antigüedades,
De una inocente verdad.
Pero ¿quién podrá librarse
De sospechas, en quien son
Mentirosas las verdades?
Muerte de amor son los celos,
Que no perdonan á nadie,
Ni por humilde le dejan,
Ni le respetan por grave.
Aquí pues, donde yo digo,
Rosmira y yo... De acordarme,
No es mucho que el alma tiemble,
No es mucho que la voz falte;
Que no hay flor que no me asombre,
No hay hoja que no me espante,
No hay piedra que no me admire,
Tronco que no me acobarde,
Peñasco que no me oprima,
Monte que no me amenace;
Porque todos son testigos,
De una hazaña tan infame.

Saqué al fin la espada, y ella,
Sin temerme y sin turbarse,
Porque en riesgos de amor nunca
El inocente es cobarde:
« Esposo, dijo, detente;
» No digo que no me mates,
» Si es tu gusto, porque yo
» ¿ Cómo he de poder negarte
» La misma vida que es tuya?
» Solo te pido que ántes
» Me digas por lo que muero,
» Y déjame que te abrace. »
Yo la dije: « En tus entrañas,
» Como la víbora, traes
» Á quien te ha de dar la muerte.
» Indicio ha sido bastante
» El parto infame que esperas.
» Mas no le verás, que ántes
» Dándote muerte, seré
» Verdugo tuyo y de un ángel. »
« Si acaso, me dijo entónces,
» Si acaso, esposo, llegaste
» Á creer flaquezas mias,
» Justo será que me mates.
» Mas á esta Cruz abrazada,
» Á esta que estaba delante,
» Prosiguió, doy por testigo
» De que no supe agraviarte
» Ni ofenderte; que ella sola
» Será justo que me ampare. »
Bien quisiera entónces yo,
Arrepentido, arrojarme
Á sus piés, porque se via
Su inocencia en su semblante.
El que una traicion intenta,
Ántes mire lo que hace;
Porque una vez declarado,
Aunque procure enmendarse,
Por decir que tuvo causa,
Lo ha de llevar adelante.
Yo pues, no porque dudaba
Ser la disculpa bastante,

Sino porque mi delito
Mas amparado quedase,
El brazo levanté airado,
Tirando por varias partes
Mil heridas; pero solo
Las ejecuté en el aire.
Por muerta alpié de la Cruz
Quedó, y queriendo escaparme,
Á casa llegué, y halléla
Con mas belleza que sale
El alba, cuando en sus brazos
Nos presenta el sol infante.
Ella en sus brazos tenia
Á Julia, divina imágen
De hermosura y discrecion:
(¿Qué gloria pudo igualarse
Á la mia?) que su parto
Habia sido aquella tarde
Al mismo pié de la Cruz;
Y por divinas señales,
Con que al mundo descubria
Dios un milagro tan grande,
La niña que habia parido,
Dichosa con señas tales,
Tenia en el pecho una Cruz
Labrada de fuego y sangre.
Pero ¡ay! que tanta ventura
Temblaba el que se quedase
Otra criatura en el monte;
Que ella, entre penas tan graves,
Sintió haber parido dos;
Y yo entónces... ✕

ESCENA IX.

OCTAVIO. — CURCIO.

OCTAVIO.

Por el valle
Atraviesa un escuadron
De bandoleros; y ántes
Que cierre la noche triste,

Será bien, señor, que bajes
Á buscarlos, no oscurezca;
Porque ellos el monte saben,
Y nosotros no.

CURCIO.

Pues junta
La gente vaya adelante;
Que no hay gloria para mí,
Hasta llegar á vengarme. (*Vanse.*)

ESCENA X.

Vista exterior de un convento.

EUSEBIO, RICARDO, CELIO, *con una escala.*

RICARDO.

Llega con silencio, y pon
Á esa parte las escalas.

EUSEBIO.

Ícaro seré sin alas,
Sin fuego seré Faeton:
Escalar al sol intento,
Y si me quiere ayudar
La luz, tengo de pasar
Mas allá del firmamento.
Amor ser tirano enseña.
En subiendo yo, quitad
Esa escala, y esperad
Hasta que os haga una seña.
Quien sabiendo se despeña,
Suba hoy y baje ofendido,
En cenizas convertido;
Que la pena del bajar,
No será parte á quitar
La gloria de haber subido.

RICARDO.

¿Qué esperas?

CELIO.

Pues ¿qué rigor
Tu altivo orgullo embaraza?

EUSEBIO.

¿No veis como me amenaza

Un vivo fuego?

RICARDO.

Señor,
Fantasmas son del temor.

EUSEBIO.

¿Yo temor?

CELIO.

Sube.

EUSEBIO.

Ya llego.
Aunque á tantos rayos ciego,
Por las llamas he de entrar;
Que no lo podrá estorbar
De todo el infierno el fuego. (*Sube y entra.*)

CELIO.

Ya entró.

RICARDO.

Alguna fantasía
De su mismo horror fundada,
En la idea acreditada,
Ó alguna ilusion sería.

CELIO.

Quita le escala.

RICARDO.

Hasta el dia
Aquí le hemos de esperar.

CELIO.

Atrevimiento fué entrar,
Aunque yo de mejor gana
Me fuera con mi villana;
Mas despues habrá lugar. (*Vanse.*)

ESCENA XI.

Celda de Julia.

EUSEBIO; JULIA, *en el lecho.*

EUSEBIO.

Por todo el convento he andado,
Sin ser de nadie sentido,
Y por cuanto he discurrido,
De mi destino guiado,

A mil celdas he llegado
De religiosas, que abiertas
Tienen las estrechas puertas,
Y en ninguna á Julia vi.
¿ Dónde me leváis así,
Esperanzas siempre inciertas ?
¡ Qué horror ! ¡ qué silencio mudo !
¡ Qué oscuridad tan funesta !
Luz hay aquí ; celda es esta,
Y en ella Julia. ¡ Qué dudo !
(*Corre una cortina, y ve á Julia durmiendo.*)
¿ Tan poco el valor ayudo,
Que ahora en hablarla tardo ?
¿ Qué es lo que espero ? ¿ qué aguardo ?
Mas con impulso dudoso,
Si me animo temeroso,
Animoso me acobardo.
Mas belleza la humildad
Deste traje la asegura ;
Que en la mujer la hermosura,
Es la misma honestidad.
Su peregrina beldad,
De mi torpe amor objeto,
Hace en mí mayor efeto ;
Que á un tiempo á mi amor incito,
Con la hermosura apetito,
Con la honestidad respeto.
¡ Julia ! ¡ ah Julia !

JULIA.

¿ Quién me nombra ?
Mas ¡ cielos ! ¿ qué es lo que veo ?
¿ Eres sombra del deseo,
Ó del pensamiento sombra ?

EUSEBIO.

¿ Tanto el mirarme te asombra ?

JULIA.

¿ Pues quién habrá que no intente
Huir de tí ?

EUSEBIO.

Julia, detente.

JULIA.

¿ Qué quieres, forma fingida,

De la idea repetida,
Solo á la vista aparente?
¿ Eres, para pena mia,
Voz de la imaginacion?
Retrato de la ilusion?
Cuerpo de la fantasía?
Fantasma en la noche fria ?

EUSEBIO.

Julia, escucha, Eusebio soy,
Que vivo á tus piés estoy ;
Que si el pensamiento fuera,
Siempre contigo estuviera.

JULIA.

Desengañándome voy
Con oirte, y considero
Que mi recato ofendido
Mas te quisiera fingido,
Eusebio, que verdadero.
Donde yo llorando muero,
Donde yo vivo penando,
¿ Qué quieres ? ¡ estoy temblando !
¿ Qué buscas? ¡ estoy muriendo !
¿ Qué emprendes ? ¡ estoy temiendo !
¿ Qué intentas ? ¡ estoy dudando !
¿ Cómo has llegado hasta aquí ?

EUSEBIO.

Todo es extremos amor,
Y mi pena y tu rigor
Hoy han de triunfar de mí.
Hasta verte aquí, sufrí
Con esperanza segura ;
Pero viendo tu hermosura
Perdida, he atropellado
El respeto del sagrado,
Y la ley de la clausura.
De lo cierto ó de lo injusto
Los dos la culpa tenemos,
Y en mí vienen dos extremos,
Que son la fuerza y el gusto.
No puede darle disgusto
Al cielo mi pretension;
Ántes de esta ejecucion,

Casada eres en secreto,
Y no cabe en un sugeto
Matrimonio y religion.

JULIA.

No niego el lazo amoroso,
Que hizo con felicidades
Unir á dos voluntades,
Que fué su efecto forzoso;
Que te llamé amado esposo,
Y que todo eso fué así,
Confieso; pero ya aquí,
Con voto de religiosa,
A Cristo de ser su esposa
Mano y palabra le di.
Ya soy suya, ¿qué me quieres?
Vete, porque el mundo asombres,
Donde mates á los hombres,
Donde fuerces las mujeres.
Vete, Eusebio; ya no esperes
Fruto de tu loco amor;
Para que te cause horror,
Que estoy en sagrado piensa.

EUSEBIO.

Cuanto es mayor tu defensa,
Es mi apetito mayor.
Ya las paredes salté
Del convento, ya te vi;
No es amor quien vive en mí,
Causa mas oculta fué.
Cumple mi gusto, ó diré
Que tú misma me has llamado,
Que me has tenido encerrado
En tu celda muchos dias:
Y pues las desdichas mias
Me tienen desesperado,
Daré voces; sepan...

JULIA.

Tente,
Eusebio, mira... (¡ ay de mí !)
Pasos siento por aquí,
Al coro atraviesa gente.
¡ Cielos, no sé lo que intente !

Cierra, esa celda, y en ella
Estarás, pues atropella
Un temor á otro temor.

EUSEBIO.

¡Qué poderoso es mi amor!

JULIA.

¡Qué rigorosa es mi estrella! (*Vanse.*)

ESCENA XII.

Vista exterior del convento.

RICARDO, CELIO.

RICARDO.

Ya son las tres, mucho tarda.

CELIO.

El que goza su ventura,
Ricardo, en la noche oscura,
Nunca el claro sol aguarda.
Yo apuesto que le parece
Que nunca el sol madrugó
Tanto, y que hoy apresuró
Su curso.

RICARDO.

Siempre amanece
Mas temprano á quien desea;
Pero al que goza, mas tarde.

CELIO.

No creas que al sol aguarde
Que en el oriente se vea.

RICARDO.

Dos horas son ya.

CELIO.

No creo
Que Eusebio lo diga.

RICARDO.

Es justo;
Porque al fin son de su gusto
Las horas de tu deseo.

CELIO.

¿No sabes lo que he llegado

Hoy, Ricardo, á sospechar?
Que Julia le envió á llamar.

RICARDO.

Pues si no fuera llamado,
¿Quién á escalar se atreviera
Un convento?

CELIO.

¿No has sentido,
Ricardo, á esta parte ruido?

RICARDO.

Sí.

CELIO.

Pues llega la escalera.

ESCENA XIII.

JULIA, EUSEBIO, *á una ventana.* — RICARDO, CELIO.

EUSEBIO.

Déjame, mujer.

JULIA.

Pues cuando
Vencida de tus deseos,
Movida de tus suspiros,
Obligada de tus ruegos,
De tu llanto agradecida,
Dos veces á Dios ofendo,
Como á Dios, y como á esposo,
¡Mis brazos dejas, haciendo
Sin esperanzas desdenes,
Y sin posesion desprecios!
¿Dónde vas?

EUSEBIO.

Mujer, ¿qué intentas?
Déjame, que voy huyendo
De tus brazos, porque he visto
No sé qué deidad en ellos.
Llamas arrojan tus ojos,
Tus suspiros son de fuego,
Un volcan cada razon,
Un rayo cada cabello,
Cada palabra es mi muerte,

Cada regalo un infierno:
Tantos temores me causa
La Cruz que he visto en tu pecho.
Señal prodigiosa ha sido,
Y no permitan los cielos
Que, aunque tanto los ofenda,
Pierda á la Cruz el respeto.
Pues si la hago testigo
De las culpas que cometo,
¿Con qué vergüenza despues
Llamarla en mi ayuda puedo?
Quédate en tu religion,
Julia: yo no te desprecio,
Que mas agora te adoro.

JULIA.

Escucha, detente, Eusebio.

EUSEBIO.

Esta es la escala.

JULIA.

Detente,
O llévame allá.

EUSEBIO.

No puedo, (*Baja.*)
Pues que, sin gozar la gloria
Que tanto esperé, te dejo.
¡Válgame el Cielo! caí. (*Cae.*)

RICARDO.

¿Qué ha sido?

EUSEBIO.

¿No veis el viento
Poblado de ardientes rayos?
¿No miráis sangriento el cielo
Que todo sobre mí viene?
¿Dónde estar seguro puedo,
Si airado el cielo se muestra?
Divina Cruz, yo os prometo,
Y os hago solemne voto
Con cuantas cláusulas puedo,
De en cualquier parte que os vea,
Las rodillas por el suelo,
Rezar un Ave María.

(*Levántase, y vanse los tres, dejando la escala puesta.*)

ESCENA XIV.

JULIA. *En la ventaua.*)

Turbada y confusa quedo.
¿Aquestas fueron ingrato,
Las firmezas? ¿Estos fueron
Los extremos de tu amor?
¿O son de mi amor extremos?
Hasta vencerme á tu gusto,
Con amenazas, con ruegos,
Aquí amante, allí tirano,
Porfiaste; pero luego
Que de tu gusto y mi pena
Pudiste llamarte dueño,
Antes de vencer, huiste.
¿Quién, sino tú, venció huyendo?
¡Muerta soy, cielos piadosos!
¿Por qué introdujo venenos
Naturaleza, si habia,
Para dar muerte, desprecios?
Ellos me quitan la vida;
Pues que con nuevo tormento
Lo que me desprecia busco.
¿Quién vió tan dudoso efecto
De amor? Cuando me rogaba
Con mil lágrimas Eusebio,
Le dejaba; pero agora,
Porque él me deja, le ruego.
Tales somos las mujeres,
Que contra nuestros deseos,
Aun no queremos dar gusto
Con lo mismo que queremos.
Ninguno nos quiera bien,
Si pretende alcanzar premio;
Que queridas despreciamos,
Y aborrecidas queremos.
No siento que no me quiera,
Solo que me deje siento.
Por aquí cayo, tras él
Me arrojaré. ¿Mas qué es esto?

¿ Esta no es escala ? Sí.
¡ Qué terrible pensamiento !
Detente, imaginacion,
No me depeñes ; que creo
Que si llego á consentir,
A hacer el delito llego.
¿ No saltó Eusebio por mí
Las paredes del convento ?
¿ No me holgué de verle yo
En tantos peligros puesto
Por mi causa ? ¿ Pues qué dudo ?
¿ Qué me acobardo ? ¿ qué temo ?
Lo mismo haré yo en salir,
Que él en entrar : si es lo mesmo,
Tambien se holgará de verme
Por su causa en tales riesgos.
Ya por haber consentido,
La misma culpa merezco ;
Pues si es tan grande el pecado,
¿ Por qué el gusto ha de ser ménos ?
Si consentí, y me dejó
Dios de su mano , ¿ no puedo
De una culpa, que es tan grande,
Tener perdon ? ¿ Pues qué espero ? (*Baja por la escala.*)
Al mundo, al honor, á Dios
Hallo perdido el respeto,
Cuando á ceguedad tan grande
Vendados los ojos vuelvo.
Demonio soy, que he caido
Despeñado deste cielo,
Pues sin tener esperanza
De subir, no me arrepiento.
Ya estoy fuera de sagrado,
Y de la noche el silencio
Con su oscuridad me tiene
Cubierta de horror y miedo.
Tan deslumbrada camino,
Que en las tinieblas tropiezo,
Y aun no caigo en mi pecado.
¿ Dónde voy ? ¿ qué hago ? ¿ qué intento ?
Con la muda confusion
De tantos horrores, temo

Que se me altera la sangre,
Que se me eriza el cabello.
Turbada la fantasía,
En el aire forma cuerpos,
Y sentencias contra mí
Pronuncia la voz del eco.
El delito, que ántes era
Quien me animaba soberbio,
Es quien me acobarda agora.
Apénas las plantas puedo
Mover, que el mismo temor
Grillos á mis piés ha puesto.
Sobre mis hombros parece
Que carga un prolijo peso
Que me oprime, y toda yo
Estoy cubierta de hielo.
No quiero pasar de aquí,
Quiero volverme al convento,
Donde de aqueste pecado
Alcance perdon; pues creo
De la clemencia divina,
Que no hay luces en el cielo,
Que no hay en el mar arenas,
No hay átomos en el viento,
Que, sumados todos juntos,
No sean número pequeño
De los pecados, que sabe
Dios perdonar. Pasos siento.
A esta parte me retiro
En tanto que pasan, luego
Subiré sin que me vean. (*Retírase.*)

ESCENA XV.

RICARDO, CELIO. — JULIA, *retirada donde no los ve.*

RICARDO.

Con el espanto de Eusebio
Aquí se quedó la escala,
Y agora por ella vuelvo,
No aclare el dia, y la vean
A esta pared.

(*Quitan la escala, y vanse*; *Julia llega donde estaba la escala*.)

JULIA.

Ya se fueron:
Agora podré subir,
Sin que me sientan. ¿Qué es esto?
¿No es aquesta la pared
De la escala? Pero creo
Que hácia estotra parte está.
Ni aquí tampoco está. ¡Cielos!
¿Cómo he de subir sin ella?
Mas ya mi desdicha entiendo;
Desta suerte me negáis
La entrada vuestra; pues creo
Que, cuando quiero subir
Arrepentida, no puedo.
Pues si ya me habéis negado
Vuestra clemencia, mis hechos
De mujer desesperada
Darán asombros al cielo,
Darán espantos al mundo,
Admiracion á los tiempos,
Horror al mismo pecado,
Y terror al mismo infierno.

JORNADA TERCERA

Monte.

ESCENA PRIMERA.

GIL, *con muchas cruces y una muy grande al pecho.*

GIL.

Por leña á este monte voy,
Que Menga me lo ha mandado,
Y para ir seguro, he hallado
Una brava invencion hoy.
De la Cruz, dicen, que es

Devoto Eusebio ; y así
He salido armado aquí
De la cabeza á los piés.
Dicho y hecho : ¡ él es par diez !
No encuentro, lleno de miedo,
Dónde estar seguro puedo ;
Sin alma quedo. Esta vez
No me ha visto ; yo quisiera
Esconderme hácia este lado,
Miéntras pasa ; yo he tomado
Por guarda una cambronera
Para esconderme. ¡ No es nada !
Tanta pua es la mas chica :
¡ Pléguete Cristo ! mas pica
Que perder una trocada,
Mas que sentir un desprecio
De una dama Fierabras,
Que á todos admite, y mas
Que tener celos de un necio.

ESCENA II.

EUSEBIO. — GIL, *escondido.*

EUSEBIO.

No sé adónde podré ir :
Larga vida un triste tiene,
Que nunca la muerte viene
A quien le cansa el vivir.
Julia, yo me vi en tus brazos
Cuando tan dichoso era,
Que de tus brazos pudiera
Hacer amor nuevos lazos.
Sin gozar al fin dejé
La gloria que no tenia ;
Mas no fué la causa mia,
Causa mas secreta fué ;
Pues teniendo mi albedrío,
Superior efecto ha hecho
Que yo respete en tu pecho
La Cruz que tengo en el mio.
Y pues con ella los dos,

¡ Ay Julia ! habemos nacido,
Secreto misterio ha sido
Que lo entiende solo Dios.

GIL. (*Ap.*)

Mucho pica, ya no puedo
Mas sufrillo.

EUSEBIO

Entre estos ramos
Hay gente. ¿ Quién va ?

GIL. (*Ap.*)

Aquí echamos
A perder todo el enredo.

EUSEBIO. (*Ap.*)

Un hombre á un árbol atado.
Y una Cruz al cuello tiene :
Cumplir mi voto conviene
En el suelo arrodillado.

GIL.

¿ A quién, Eusebio. enderezas
La oracion, ú de qué tratas ?
Si me adoras, ¿ qué me atas ?
Si me atas, ¿ qué me rezas?

EUSEBIO.

¿ Quién es ?

GIL.

¿ A Gil no conoces?
Desde que con el recado,
Aquí me dejaste atado,
No han aprovechado voces
Para que álguien (¡ qué rigor !)
Me llegase á desatar.

EUSEBIO.

Pues no es aqueste el lugar
Donde te dejé.

GIL.

Señor,
Es verdad : mas yo que vi
Que nadie llegaba, he andado,
De árbol en árbol atado.
Hasta haber llegado aquí.
Aquesta la causa fué
De suceso tan extraño.

EUSEBIO.

(*Ap.* Este es simple, y de mi daño
Cualquier suceso sabré.)
Gil, yo te tengo aficion
Desde que otra vez hablamos,
Y así quiero que seamos
Amigos.

GIL.

Tiene razon;
Y quisiera, pues nos vemos
Tan amigos, no ir allá,
Sino andarme por acá,
Pues aquí todos seremos
Buñoleros, que diz que es
Holgada vida, y no andar
Todo el año á trabajar.

EUSEBIO.

Quédate conmigo pues.

ESCENA III.

RICARDO, BANDOLEROS; JULIA, *vestida de hombre, y cubierto el rostro.* — EUSEBIO, Gil.

RICARDO.

En lo bajo del camino
Que esta montaña atraviesa,
Ahora hicimos una presa
Que segun es, imagino
Que te dé gusto.

EUSEBIO.

Está bien,
Luego della tratarémos.
Un nuevo soldado.

RICARDO.

¿Quién?

GIL.

Gil: ¿no me ve?

EUSEBIO.

Este villano,
Aunque le veis inocente,
Conoce notablemente
Desta tierra monte y llano,

Y en él será nuestra guía:
Fuera desto al campo irá,
Del enemigo, y será
En él mi perdida espía.
Arcabuz le podéis dar.
Y un vestido.

CELIO.

Ya está aquí.

GIL. (*Ap.*)

Tengan lástima de mí,
Que me quedo á embandolear.

EUSEBIO.

¿Quién es ese gentil hombre
Que el rostro encubre?

RICARDO.

No ha sido
Posible que haya querido
Decir la patria ni el nombre;
Porque al capitan no mas
Dice que lo ha de decir.

EUSEBIO.

Bien te puedes descubrir,
Pues ya en mi presencia estás.

JULIA.

¿Sois el capitan?

EUSEBIO.

Sí.

JULIA. (*Ap.*)

¡Ay Dios!

EUSEBIO.

Díme quién eres, y á qué
Viniste.

JULIA.

Yo lo diré,
Estando solos los dos.

EUSEBIO.

Retiraos todos un poco. (*Vanse.*)

ESCENA IV.

JULIA, EUSEBIO.

EUSEBIO.

Ya estás á solas conmigo;

Solo árboles y flores
Pueden ser mudos testigos
De tus voces ; quita el velo
Con que cubierto has traido
El rostro, y díme : ¿ quién eres?
¿ Dónde vas ? ¿ qué has pretendido ?
Habla.

JULIA.

Porque de una vez (*Saca la espada.*)
Sepas á lo que he venido,
Y quién soy, saca la espada :
Pues desta manera digo,
Que soy quien viene á matarte.

EUSEBIO.

Con la defensa resisto
Tu osadía y mi temor ;
Porque mayor habia sido
De la accion, que de la voz.

JULIA.

Riñe, cobarde, conmigo,
Y verás que con tu muerte
Vida y confusion te quito.

EUSEBIO.

Yo por defenderme, mas
Que por ofenderte, riño,
Que ya tu vida me importa;
Pues si en este desafío
Te mato, no sé por qué ;
Y si me matas, lo mismo.
Descúbrete agora pues,
Si te agrada.

JULIA.

Bien has dicho,
Porque en venganzas de honor,
Sino es que conste el castigo
Al que fué ofensor, no queda
Satisfecho el ofendido. (*Descúbrese.*)
¿ Conócesme ? ¿ qué te espantas ?
¿ Qué me miras ?

EUSEBIO.

Que rendido
A la verdad y á la duda

En confusos desvaríos,
Me espanto de lo que veo,
Me asombro de lo que miro.

JULIA.

Ya me has visto.

EUSEBIO.

Sí, y de verte
Mi confusion ha crecido
Tanto, que si ántes de agora
Alterados mis sentidos
Desearon verte, ya
Desengañados, lo mismo
Que dieran ántes por verte,
Dieran por no haberte visto.
¿ Tú, Julia, en aqueste monte ?
¿ Tú con profano vestido,
Dos veces violento en ti ?
¿ Cómo sola aquí has venido ?
¿ Qué es esto ?

JULIA.

Desprecios tuyos
Son, y desengaños mios.
Y porque veas que es flecha
Disparada, ardiente tiro,
Veloz rayo, una mujer
Que corre tras su apetito,
No solo me han dado gusto
Los pecados cometidos
Hasta agora, mas tambien
Me le dan, si los repito.
Salí del convento, fui
Al monte, y porque me dijo
Un pastor, que mal guiada
Iba por aquel camino,
Neciamente temerosa,
Por evitar mi peligro,
Le aseguré y le di muerte,
Siendo instrumento un cuchillo
Que él en su cinta traia.
Con este, que fué ministro
De la muerte, á un caminante
Que cortesmente previno

En las ancas de un caballo,
A tanto cansancio alivio,
A la vista de una aldea,
Porque entrar en ella quiso,
Le pagué en un despoblado
Con la muerte el beneficio.
Tres dias fueron y noches
Los que aquel desierto me hizo
Mesa de silvestres plantas,
Lecho de peñascos frios.
Llegué á una pobre cabaña,
A cuyo techo pajizo,
Juzgué pabellon dorado
En la paz de mis sentidos.
Liberal huéspeda fué
Una serrana conmigo,
Compitiendo en los deseos
Con el pastor su marido.
A la hambre y al cansancio
Dejé en su albergue rendidos
Con buena mesa, aunque pobre,
Manjar, aunque humilde, limpio.
Pero al despedirme dellos,
Habiendo ántes prevenido
Que al buscarme no pudiesen
Decir: « nosotros la vimos, »
Al cortés pastor, que al monte
Salió á enseñarme el camino,
Maté, y entré donde luego
Hago en su mujer lo mismo.
Mas considerando entónces
Que en el propio traje mio
Mi pesquisidor llevaba,
Mudármele determino.
Al fin, pues, por varios casos,
Con las armas y el vestido
De un cazador, cuyo sueño,
No imágen, trasunto vivo
Fué de la muerte, llegué
Aquí, venciendo peligros,
Despreciando inconvenientes,
Y atropellando designios.

EUSEBIO.

Con tanto asombro te escucho
Con tanto temor te miro,
Que eres al oído encanto,
Si á la vista basilisco.
Julia, yo no te desprecio;
Pero temo los peligros
Con que el cielo me amenaza,
Y por eso me retiro.
Vuélvete tú á tu convento;
Que yo temeroso vivo
De esa Cruz tanto, que huyo
De ti. — Mas ¿ qué es este ruido?

ESCENA V.

RICARDO, BANDOLEROS. — DICHOS.

RICARDO.

Preven, señor, la defensa;
Que apartados del camino,
Al monte Curcio y su gente
En busca tuya han salido.
De todas esas aldeas
Tanto el número ha crecido,
Que han venido contra ti
Viejos, mujeres y niños,
Diciendo que han de vengar
En tu sangre, la de un hijo
Muerto á tus manos, y juran
De llevarte por castigo,
O por venganzas de tantos,
Preso á Sena, muerto ó vivo.

EUSEBIO.

Julia, despues hablarémos.
Cubre el rostro, y ven conmigo;
Que no es bien que en poder quedes
De tu padre y mi enemigo. —
Soldados, este es el dia
De mostrar aliento y brio.
Porque ninguno desmaye,
Considere que atrevidos

Vienen á darnos la muerte,
O prendernos, que es lo mismo:
Y si no, en pública cárcel,
De desdichas perseguidos,
Y sin honra nos verémos:
Pues si esto hemos conocido,
¿Por la vida y por la honra,
Quién temió el mayor peligro?
No piensen que los tememos,
Salgamos á recibirlos;
Que siempre está la fortuna
De parte del atrevido.

RICARDO.

No hay que salir; que ya llegan
A nosotros.

EUSEBIO.

Prevenís,
Y ninguno sea cobarde;
Que, vive el cielo, si miro
Huir alguno ó retirarse,
Que he de ensangrentar los filos
De aqueste acero en su pecho,
Primero que en mi enemigo.

ESCENA VI.

CURCIO Y GENTE, *dentro*. — DICHOS.

CURCIO. (*Dentro.*)

En lo encubierto del monte
Al traidor Eusebio he visto,
Y para inútil defensa
Hace murallas sus riscos.

Voces. (*Dentro.*)

Ya entre las espesas ramas
Desde aquí los descubrimos.

JULIA.

¡A ellos! (*Vase.*)

EUSEBIO.

Esperad, villanos;
Que, vive Dios, que teñidos
Con vuestra sangre los campos,

Han de ser undosos rios.

RICARDO.

De los cobardes villanos
Es el número excesivo.

CURCIO. (*Dentro.*)

¿ Adónde, Eusebio, te escondes ?

EUSEBIO.

No escondo, que ya te sigo.
(*Vanse todos, y disparan arcabuces dentro.*)

ESCENA VII.

Otro lado del monte, en cuyo fondo habrá una Cruz.

JULIA.

Del monte que yo he buscado,
Apénas las yerbas piso,
Cuando horribles voces oigo,
Marciales campañas miro.
De la pólvora los ecos,
Y del acero los filos,
Unos ofenden la vista,
Y otros turban el oído.
¿ Mas qué es aquello que veo ?
Desbaratado y vencido
Todo el escuadron de Eusebio
Le deja ya el enemigo.
Quiero volver á juntar
Toda la gente que ha habido
De Eusebio, y volver á darle
Favor ; que sí los animo,
Seré en su defensa asombro
Del mundo, seré cuchillo
De la parca, estrago fiero
De sus vidas, vengativo
Espanto de los futuros,
Y admiracion destos siglos. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

GIL, *de bandolero; despues* MENGA, BRAS, TIRSO Y VILLANOS.

GIL.

Por estar seguro, apénas
Fuí bandolero novicio,
Cuando, por ser bandolero,
Me veo en tanto peligro.
Cuando yo era labrador,
Eran ellos los vencidos;
Y hoy, porque soy de la carda,
Va sucediendo lo mismo.
Sin ser avariento traigo
La desventura conmigo;
Pues tan desgraciado soy,
Que mil veces imagino
Que, á ser yo judío, fueran
Desgraciados los judíos.
(*Salen Menga, Bras, Tirso y otros villanos.*)

MENGA.

¡A ellos, que van huyendo!

BRAS.

No ha de quedar uno vivo
Tan solamente.

MENGA.

Hácia aquí
Uno dellos se ha escondido.

BRAS.

Muera este ladron.

GIL.

Mirad
Que yo soy.

MENGA.

Ya nos ha dicho
El traje que es bandolero.

GIL.

El traje les ha mentido,
Como muy grande bellaco.

MENGA.

Dale tú.

BRAS.

Pégale, digo.

GIL.

Bien dado estoy y pegado.
Advertid...

TIRSO.

No hay que advertirnos,
Bandolero sois.

GIL.

Mirad
Que soy Gil, votado á Cristo.

MENGA.

¿ Pues no hablaras ántes, Gil ?

TIRSO.

Pues, Gil, ¿ no lo hubieras dicho ?

GIL.

¿ Que mas ántes, si el *yo soy*
Os dije desde el principio ?

MENGA.

¿ Qué haces aquí ?

GIL.

¿ No lo veis ?
Ofendo á Dios en el quinto :
Mato solo mas, que juntos
Un médico y un estío.

MENGA.

¿ Qué traje es este ?

GIL.

Es el diablo.
Maté á uno, y su vestido
Me puse.

MENGA.

¿ Pues cómo, dí,
No está de sangre teñido,
Si le mataste ?

GIL.

Eso es fácil ;
Murió de miedo, esta ha sido
La causa.

MENGA.

Ven con nosotros,

Que victoriosos seguimos
Los bandoleros, que agora
Cobardes nos han huido.

GIL.

No mas vestido, aunque vaya
Titiritando de frio. (*Vanse.*)

ESCENA IX.

EUSEBIO, CURCIO, *peleando.*

CURCIO.

Ya estamos solos los dos.
Gracias al cielo que quiso
Dar la venganza á mi mano
Hoy, sin haber remitido
A las ajenas mi agravio,
Ni tu muerte á ajenos filos.

EUSEBIO.

No ha sido en esta ocasion
Airado el cielo conmigo,
Curcio, en haberte encontrado;
Porque si tu pecho vino
Ofendido, volverá
Castigado y ofendido.
Aunque no sé qué respeto
Has puesto en mí, que he temido
Mas tu enojo que tu acero:
Y aunque pudieran tus brios
Darme temor, solo temo,
Cuando aquesas canas miro,
Que me hacen cobarde.

CURCIO.

Eusebio,
Yo confieso que has podido
Templar en mí de la ira,
Con que agraviado te miro,
Gran parte; pero no quiero
Que pienses inadvertido
Que te dan temor mis canas,
Cuando puede el valor mio.
Vuelve á reñir, que una estrella

O algun favorable signo,
No es bastante á que yo pierda
La venganza que consigo.
Vuelve á reñir.

EUSEBIO.

¿ Yo temor ?
Neciamente has presumido
Que es temor lo que es respeto ;
Aunque, si verdad te digo,
La victoria que deseo
Es, á tus plantas rendido,
Pedirte perdon ; y á ellas
Pongo la espada que ha sido
Temor de tantos.

CURCIO.

Eusebio,
No has de pensar que me animo
A matarte con ventaja.
Esta es mi espada. (*Ap.* Así quito
La ocasion de darle muerte.)
Ven á los brazos conmigo.
(*Abrázanse los dos, y luchan.*)

EUSEBIO.

No sé qué efecto has hecho
En mí, que el corazon dentro del pecho,
A pesar de venganzas y de enojos,
En lágrimas se asoma por los ojos,
Y en confusion tan fuerte,
Quisiera, por vengarte, darme muerte.
Véngate en mí ; rendida
A tus plantas, señor, está mi vida.

CURCIO.

El acero de un noble, aunque ofendido,
No se mancha en la sangre de un rendido ;
Que quita grande parte de la gloria,
El que con sangre borra la victoria.
Voces. (*Dentro.*)
Hácia aquí están.

CURCIO.

Mi gente victoriosa
Viene á buscarme, cuando temerosa
La tuya vuelve huyendo.

Darte vida pretendo;
Escóndete, que en vano
Defenderé el enojo vengativo
De un escuadron villano,
Y solo tú, imposible es quedar vivo.

EUSEBIO.

Yo, Curcio, nunca huyo
De otro poder, aunque he temido el tuyo;
Que si mi mano aquesta espada cobra,
Verás, cuanto valor en ti me falta,
Que en tu gente me sobra.

ESCENA X.

OCTAVIO, GIL, BRAS *y los demas* VILLANOS. — DICHOS.

OCTAVIO.

Desde el mas hondo valle á la mas alta
Cumbre de aqueste monte, no ha quedado
Alguno vivo; solo se ha escapado
Eusebio, porque huyendo aquesta tarde...

EUSEBIO.

Mientes, que Eusebio nunca fué cobarde.

TODOS.

Aquí está Eusebio? ¡Muera!

EUSEBIO.

¡Llegad, villanos!

CURCIO.

¡Tente, Octavio, espera!

OCTAVIO.

¿Pues tú, señor, que habias
De animarnos, agora desconfías?

BRAS.

¿Un hombre amparas que en tu sangre y honra,
Introdujo el acero y la deshonra?

GIL.

¿Un hombre, que atrevido
Toda aquesta montaña ha destruido?
A quien en el aldea no ha dejado,
Melon doncella, que él no haya catado,
Y á quien tantos ha muerto,
¿Cómo así le defiendes?

OCTAVIO.

¿ Qué es, señor, lo que dices ? ¿ Qué pretendes ?

CURCIO.

Esperad, escuchad (¡ triste suceso !) :
¿ Cuánto es mejor que á Sena vaya preso ?
Date á prision, Eusebio ; que prometo,
Y como noble juro, de ampararte,
Siendo abogado tuyo, aunque soy parte.

EUSEBIO.

Como á Curcio no mas, yo me rindiera ;
Mas como á juez no puedo ;
Porque aquel es respeto, y este es miedo.

OCTAVIO.

¡ Muera Eusebio !

CURCIO.

Advertid...

OCTAVIO.

Pues qué, ¿ tú quieres
Defenderle ? ¿ A la patria traidor eres ?

CURCIO.

¿ Yo traidor ? Pues me agravian desta suerte,
Perdona, Eusebio, porque yo el primero
Tengo de ser en darte triste muerte.

EUSEBIO.

Quítate de delante,
Señor, porque tu vista no me espante ;
Que viéndote, no dudo
Que te tenga tu gente por escudo.

(*Vanse todos peleando con él.*)

CURCIO.

Apretándole van. ¡ Oh quién pudiera
Darte agora la vida,
Eusebio, aunque la suya misma diera !
En el monte se ha entrado,
Por mil partes herido :
Retirándose baja despeñado
Al valle. Voy volando,
Que aquella sangre fria,
Que con tímida voz me está llamando,
Algo tiene de mia ;
Que sangre, que no fuera
Propia, n me llamara, ni la oyera. (*Vase.*)

ESCENA XI.

EUSEBIO, *que baja despeñado.*

Cuando, de la vida incierto,
Me despeña la mas alta
Cumbre, veo que me falta
Tierra donde caiga muerto:
Pero si mi culpa advierto,
Al alma reconocida,
No el ver la vida perdida
La atormenta, sino el ver
Cómo ha de satisfacer
Tantas culpas una vida.
Ya me vuelve á perseguir
Este escuadron vengativo;
Pues no puedo quedar vivo,
He de matar ó morir:
Aunque mejor será ir
Donde al cielo perdon pida;
Pero mis pasos impida
La Cruz, porque desta suerte
Ellos me dén breve muerte,
Y ella me dé eterna vida.
Arbol, donde el cielo quiso
Dar el fruto verdadero
Contra el bocado primero,
Flor del nuevo paraíso,
Arco de luz, cuyo aviso
En piélago mas profundo
La paz publicó del mundo,
Planta hermosa, fértil vid,
Arpa del nuevo David,
Tabla del Moises segundo:
Pecador soy, tus favores
Pido por justicia yo;
Pues Dios en ti padeció
Solo por los pecadores.
A mí me debes tus lôres;
Que por mí solo muriera
Dios, si mas mundo no hubiera:

Luego eres tú, Cruz, por mí,
Que Dios no muriera en ti,
Si yo pecador no fuera.
Mi natural devocion
Siempre os pidió con fe tanta,
No permitieseis, Cruz santa,
Muriese sin confesion.
No seré el primer ladron
Que en vos se confiese á Dios.
Y pues que ya somos dos,
Y yo no lo he de negar,
Tampoco me ha de faltar
Redencion que se obró en vos.
Lisardo, cuando en mis brazos
Pude ofendido matarte,
Lugar di de confesarte,
Antes que en tan breves plazos
Se desatasen los lazos
Mortales. Y agora advierto
En aquel viejo, aunque muerto:
Piedad de los dos aguardo.
¡Mira que muero, Lisardo;
Mira que te llamo, Alberto!

ESCENA XII.

CURCIO. — EUSEBIO.

CURCIO.

Hácia aquesta parte está.

EUSEBIO.

Si es que venís á matarme
Muy poco haréis en quitarme,
Vida que no tengo ya.

CURCIO.

¡Qué bronce no ablandará
Tanta sangre derramada!
Eusebio, rinde la espada.

EUSEBIO.

¿A quién?

CURCIO.

A Curcio.

EUSEBIO.

Esta es

(*Dásela.*)

Y yo tambien á tus piés,
De aquella ofensa pasada
Te pido perdon. No puedo
Hablar mas, porque una herida
Quita el aliento á la vida,
Cubriendo de horror y miedo
Al alma.

CURCIO.

Confuso quedo.
¿ Será en ella de provecho
Remedio humano ?

EUSEBIO.

Sospecho
Que la mejor medicina
Para el alma es la divina.

CURCIO.

¿ Dónde es la herida ?

EUSEBIO.

En el pecho.

CURCIO.

Déjame poner en ella
La mano, á ver si resiste
El aliento. ; Ay de mí triste !
(*Registra la herida, y ve la Cruz.*)
¿ Qué señal divina y bella
Es esta, que al conocella
Toda el alma se turbó ?

EUSEBIO.

Son las armas que me dió
Esta Cruz, á cuyo pié
Nací ; porque mas no sé
De mi nacimiento yo.
Mi padre, á quien no señalo,
Aun la cuna me negó ;
Que sin duda imaginó
Que habia de ser tan malo.
Aquí nací.

CURCIO.

Y aquí igualo

El dolor con el contento,
Con el gusto el sentimiento,
Efectos de un hado impío
Y agradable. ¡ Ay, hijo mio !
Pena y gloria en verte siento.
Tú eres, Eusebio, mi hijo,
Si tantas señas advierto,
Que para llorarte muerto,
Ya justamente me aflijo.
De tus razones colijo
Lo que el alma adivinó.
Tu madre aquí te dejó
En el lugar que te he hallado;
Donde cometí el pecado,
El cielo me castigó.
Ya aqueste lugar previene
Informacion de mi error;
¿ Pero cuál seña mayor
Que aquesta Cruz, que conviene
Con otra que Julia tiene?
Que no sin misterio el cielo
Os señaló, porque al suelo
Fuérais prodigio los dos.

EUSEBIO.

No puedo hablar, padre, ¡ adios !
Porque ya de un mortal velo
Se cubre el cuerpo, y la muerte
Niega, pasando veloz,
Para responderte voz,
Vida para conocerte,
Y alma para obedecerte.
Ya llega el golpe mas fuerte,
Ya llega el trance mas cierto.
¡ Alberto !

CURCIO.

¡ Que llore muerto
A quien aborrecí vivo !

EUSEBIO.

¡ Ven, Alberto !

CURCIO.

¡ Oh trance esquivo !
¡ Guerra injusta !

EUSEBIO.

¡ Alberto ! Alberto !

(*Muere.*)

CURCIO.

Ya al golpe mas violento
Rindió el último aliento:
Paguen mis blancas canas
Tanto dolor. (*Tírase de los cabellos.*)

ESCENA XIII.

BRAS, *y luego* OCTAVIO. — CURCIO; EUSEBIO, *muerto.*

BRAS.

Ya son tus quejas vanas.
¿ Cuándo puso inconstante la fortuna
En tu valor extremos ?

CURCIO.

En ninguna
Llegó el rigor á tanto.
Abrasen mis enojos
Este monte con llanto,
Puesto que es fuego el llanto de mis ojos.
¡ Oh triste estrella ! ¡ oh rigurosa suerte !
¡ Oh atrevido dolor !

(*Sale Octavio.*)

OCTAVIO.

Hoy, Curcio, advierte
La fortuna en los males de tu estado,
Çuántos puede sufrir un desdichado.
El cielo sabe cuánto hablarte siento.

CURCIO.

¿ Qué ha sido ?

OCTAVIO.

Julia falta del convento.

CURCIO.

El mismo pensamiento, dí, ¿ pudiera
Con el discurso hallar pena tan fiera,
Que es mi desdicha airada,
Sucedida, aun mayor que imaginada ?
Este cadáver frio,
Este que ves, Octavio, es hijo mio.

Mira si basta en confusion tan fuerte
Cualquiera pena destas á una muerte.
Dadme paciencia, cielos,
O quitadme la vida,
Agora perseguida
De tormentos tan fieros.

ESCENA XIV.

GIL, TIRSO, VILLANOS. — DICHOS.

GIL.

¡ Señor !

CURCIO.

¿ Hay mas dolor ?

GIL.

Los bandoleros,
Que huyeron castigados,
En busca tuya vuelven, animados
De un demonio de un hombre,
Que encubre dellos mismos rostro y nombre.

CURCIO.

Agora que mis penas fueron tales,
Que son lisonjas los mayores males.
El cuerpo se retire lastimoso
De Eusebio, en tanto que un sepulcro honroso
A sus cenizas da mi desventura.

TIRSO.

¿ Pues cómo piensas darle sepultura
Hoy en lugar sagrado,
Cuando sabes que ha muerto excomulgado ?

BRAS.

Quien desta suerte ha muerto,
Digno sepulcro sea este desierto.

CURCIO.

¡ Oh villana venganza !
¿ Tanto poder en tí la ofensa alcanza,
Que pasas desta suerte,
Los últimos umbrales de la muerte ?
(*Vase llorando.*)

BRAS.

Sea en penas tan graves,

Su sepulcro las fieras y las aves.

OTRO.

Del monte despeñado
Caiga, por mas rigor, despedazado.

TIRSO.

Mejor es darle agora
Rústica sepultura entre estos ramos.
(*Colocan entre las ramas el cuerpo de Eusebio.*)
Pues ya la noche baja,
Envuelta en esa lóbrega mortaja;
Aquí en el monte, Gil, con él te queda,
Porque sola tu voz avisar pueda,
Si algunas gentes vienen
De las que huyeron. (*Vanse.*)

GIL.

¡ Linda flema tienen !
A Eusebio han enterrado
Allí, y á mí aquí solo me han dejado.
Señor Eusebio, acuérdese, le digo,
Que un tiempo fuí su amigo.
¿ Mas qué es esto ? ó me engaña mi deseo,
O mil personas á esta parte veo.

ESCENA XV.

ALBERTO. — GIL, EUSEBIO, *muerto*.

ALBERTO.

Viniendo agora de Roma,
Con la muda suspension
De la noche, en este monte
Perdido otra vez estoy.
Aquesta es la parte adonde
La vida Eusebio me dió,
Y de sus soldados temo
Que en grande peligro estoy.

EUSEBIO.

¡ Alberto !

ALBERTO.

¿ Qué aliento es este
De una temerosa voz,
Que repitiendo mi nombre

En mis oídos sonó?

EUSEBIO.

¡Alberto!

ALBERTO.

Otra vez pronuncia
Mi nombre, y me pareció
Que es á esta parte; yo quiero
Ir llegando.

GIL.

¡Santo Dios!
Eusebio es, y ya es mi miedo
De los miedos el mayor.

EUSEBIO.

¡Alberto!

ALBERTO.

Mas cerca suena.
Voz, que discurres veloz
El viento, y mi nombre dices,
¿Quién eres?

EUSEBIO.

Eusebio soy;
Llega, Alberto, hácia esta parte,
Adonde enterrado estoy;
Llega, y levanta estos ramos.
No temas.

ALBERTO.

No temo yo.

GIL.

Yo sí. (*Alberto le descubre.*)

ALBERTO.

Ya estás descubierto.
Díme de parte de Dios,
¿Qué me quieres?

EUSEBIO.

De su parte,
Mi fe, Alberto, te llamó,
Para que, ántes de morir,
Me oyeses de confesion.
Rato há que hubiera muerto;
Pero libre se quedó
Del espíritu el cadáver;
Que de la muerte el feroz

Golpe le privó del uso,
Pero no le dividió. (*Levántase.*)
Ven adonde mis pecados
Confiese, Alberto, que son
Mas que del mar las arenas
Y los átomos del sol.
¡ Tanto con el cielo puede
De la Cruz la devocion !

ALBERTO.

Pues yo cuantas penitencias
Hice hasta agora, te doy,
Para que en tu culpa sirvan
De alguna satisfaccion.

(*Vanse Eusebio y Alberto.*)

GIL.

¡ Por Dios, que va por su pié !
Y para verlo mejor,
El sol descubre sus rayos,
A decirlo á todos voy.

ESCENA XVI.

JULIA, *algunos* BANDOLEROS ; *despues* CURCIO Y VILLANOS. GIL.

JULIA.

Agora, que descuidados
La victoria los dejó
Entre los brazos del sueño,
Nos dan bastante ocasion.

UNO.

Si has de salirles al paso,
Por esta parte es mejor ;
Que ellos vienen por aquí.

(*Salen Curcio y villanos.*)

CURCIO.

Sin duda que inmortal soy
En los males que me matan,
Pues no me mata el dolor.

GIL.

A todas partes hay gente ;
Sepan todos de mi voz,

El mas admirable caso
Que jamas el mundo vió.
De donde enterrado estaba
Eusebio, se levantó,
Llamando á un clérigo á voces.
Mas ¿ para qué os cuento yo
Lo que todos podéis ver?
Mirad con la devocion
Que está puesto de rodillas.

CURCIO.

¡ Mi hijo es ! ¡ Divino Dios !
¿ Qué maravillas son estas?

JULIA.

¿ Quién vió prodigio mayor?

CURCIO.

Así como el santo anciano
Hizo de la absolucion
La forma, segunda vez
Muerto á sus plantas cayó.

ESCENA XVII.

ALBERTO. — DICHOS.

ALBERTO.

Entre sus grandezas tantas,
Sepa el mundo la mayor
Maravilla de las suyas,
Porque la ensalce mi voz.
Despues de haber muerto Eusebio,
El cielo depositó
Su espíritu en su cadáver,
Hasta que se confesó;
Que tanto con Dios alcanza
De la Cruz la devocion.

CURCIO.

¡ Ay hijo del alma mia !
No fué desdichado, no,
Quien en su trágica muerte
Tantas glorias mereció.
Así Julia conociera
Sus culpas.

JULIA.

¡ Válgame Dios !
¿ Qué es lo que estoy escuchando ?
¿ Qué prodigio es este ? ¿ Yo
Soy la que á Eusebio pretende,
Y hermana de Eusebio soy ?
Pues sepa Curcio, mi padre,
Sepa el mundo y todos hoy
Mis graves culpas : yo misma,
Asombrada á tanto horror,
Daré voces : sepan todos
Cuantos hoy viven que yo
Soy Julia, en número infame
De las malas la peor.
Mas ya que ha sido comun
Mi pecado, desde hoy
Lo será mi penitencia ;
Pidiendo humilde perdon
Al mundo del mal ejemplo,
De la mala vida á Dios.

CURCIO.

¡ Oh asombro de las maldades !
Con mis propias manos yo
Te mataré, porque sea
Tu vida y tu muerte atroz.

JULIA.

Valedme vos, Cruz divina ;
Que yo mi palabra os doy,
De hacer, volviendo al convento
Penitencia de mi error.

(*Al querer herirla Curcio, se abraza de la Cruz que estaba en el sepulcro de Eusebio, y vuela.*)

ALBERTO.

¡ Gran milagro !

CURCIO.

Y con el fin
De tan grande admiracion,
La *Devocion de la Cruz*
Felice acaba su autor.

FIN DE LA DEVOCION DE LA CRUZ

much myst. intensity in this wonderful play as to raise it far above melod. Dramat. it is immense, espec. the climaxes of I & II. If one could set it! Dec. 06

APUNTES SOBRE

EL MÉDICO DE SU HONRA

¡Ni una sospecha debe pesar sobre la mujer de César! Esta frase altanera debia servir de epígrafe á la obra que va á seguir, y con razon es la mas estimada fuera de España. En la introduccion á la traduccion francesa de este drama, M. Antonio de Latour, ese español de corazon, respondiendo á la singular idea emitida por Ochoa de que Don Gutierre es una pálida figura comparada al Otello de Shakespeare, dice con una elegancia y un calor que vamos á tratar de conservar:

« No son los celos própiamente dichos lo que Calderon ha querido pintar aquí, sino el sentimiento del honor llevado al exceso, hasta el crímen, hasta el asesinato. Gutierre Alfonso Solis no es precisamente un marido celoso; es un caballero que no permite que otro nombre, á mas del suyo, sea pronunciado en su casa, que no sufre que el pensamiento de su esposa haya podido fijarse en otro, ni aun ántes de que fuera su mujer. Por naturaleza, los celos son violentos y amargos; toman todas las formas de la violencia, desde la mas apasionada adoracion hasta el mas irreparable ultraje. El honor mete ménos ruido; Gutierre no se arrebata, sabe contenerse; examina con frialdad y á solas. No es ya un amante sino un juez; y cuando ha dado su sentencia, hé aquí las palabras breves y terribles que la expresan: « El amor te adora, el honor te aborrece; y » así el uno te mata y el otro te avisa. Dos horas tienes de » vida: cristiana eres, salva el alma, que la vida es imposible. » Y esta sentencia de una muerte inevitable, no la oye la pobre mujer siquiera de boca de su marido; la encuentra á su lado, en una esquela venida sin saber cómo y cual sentencia de los Dios, de la que tiene la dureza inflexible, el impenetrable misterio. Nada presenta aquí los pasos tumultuosos de los celos; el

marido, que no está ultrajado, pero que sospecha que podria serlo, busca un remedio, no para su amor desairado, sino para su amenazado honor. Toma una máscara impenetrable á los ojos de todos, pues lo que mas importa no es que la culpable sea catisgada, no habiendo culpable; es que el honor del marido no pueda ser ni puesto en tela de juicio. La sentencia será ejecutada en conformidad á su fallo, y nadie deberá sospechar la mano que ha herido, ¿qué digo? que ha habido una mano que ha herido. ¿Qué me habláis de celos, pasion baja y vulgar? Se trata del honor, que no es una pasion, mas una religion, y una religion implacable. Cuando el honor está enfermo, hay que curarlo á toda costa. Ahí está todo el drama y el título del drama lo decia por sí solo con incomparable energía. »

Es una contestacion magistral.

No conocemos, en ningun teatro, y ni aun en el mismo CALDERON, un drama mas poderosamente conmovedor, ni de un interés mas creciente que comienza tan luego Don Gutierre aparece en escena, y se prosigue con creciente impulso hasta el fin; una criatura delicada y que tiene una graciosa pluma de poetisa entre los dedos mas finos y aristocráticos que ha visto Cuba en ninguna de sus hijas, nos confesaba que, á la lectura de este drama *brutal*, habia estado dos horas consecutivas con un doloroso ataque de nervios. El calificativo es exacto: el drama es brutal. Pero ¡cuánta hermosura, cuánta emocion en esa brutalidad! Y cuánta majestad, pues Don Pedro el Cruel ha sido presentado aquí como no lo ha sido mas, y su grandeza acrece la severidad de la accion.

Hartzembuch halla el drama atroz y la accion de Don Gutierre imperdonable, y lo es á nuestro modo de ver; pero ademas de ser representacion de una anecdota cantada y sabida por todos en Sevilla, está en el carácter de la época en que se escribió, « siglo de festines incesantes y de atropellos perpetuos, época de galantería y de mortandad, en que todo poder, desde el real al doméstico, abusaba de sus facultades, ó usaba sin piedad de su fuerza, ocasionando tal vez una venganza horrible. Cuando una marquesa mandaba azotar y pelar á sus criadas por una leve falta; cuando un marqués abofeteaba á la mujer de un lacayo, y el lacayo mataba al marqués; cuando jueces á quienes la ley vedaba condenar á muerte á una muchachuela ladrona, la mandaban desorejar despues de azotada, y colgarla de la horca por los cabellos, castigo aun mas cruel que la

muerte, y que se la daba en efecto; por último, cuando hasta el enteco y apocado Cárlos II sacaba la daga contra un criado que le impedia realizar una burla: natural era que en medio de tanto abuso y de tanta sangre, fuese aplaudida la crueldad de un esposo, que iba escudada con la respetable egida del honor, aunque exagerado ya y pervertido.»

Así como entre los dramas en que domina el resorte religioso y filosófico deben elegirse *La vida es sueño* y la *Devocion á la cruz* como prototipos, así, el *Médico de su honra* debe figurar en primera línea entre la brillante série de composiciones basadas en el honor como resorte dramático.

El Médico de su honra, escrito en Italia, durante las campañas de Don Pedro, fué impreso en Barcelona, en 1633, en la parte veinte y siete extravagante de Lope, á quien allí se atribuye, como consta en el *Indice* de Don Juan Isidro Fajardo.

EL MÉDICO DE SU HONRA

PERSONAS

EL REY DON PEDRO.
EL INFANTE DON ENRIQUE.
DON GUTIERRE ALFONSO.
DON ARIAS.
DON DIEGO.
COQUIN, lacayo.
DOÑA MENCIA DE ACUÑA.
DOÑA LEONOR.
INES, criada.
TEODORA, criada.
JACINTA, esclava herrada.
LUDOVICO, sangrador.
UN SOLDADO. — UN VIEJO. — PRETENDIENTES: — ACOMPAÑAMIENTO. — MÚSICA. — CRIADOS, CRIADAS.

JORNADA PRIMERA

Vista exterior de una quinta de Don Gutierre, inmediata á Sevilla.

ESCENA PRIMERA.

Suena ruido de caza, y sale cayendo el INFANTE DON ENRIQUE, *y algo despues salen* DON ARIAS Y DON DIEGO, *y el último* EL REY DON PEDRO.

DON ENRIQUE.

¡ Jesus mil veces ! (*Cae sin sentido.*)

DON ARIAS.

¡ El cielo
Te valga !

REY.

¿ Qué fué ?

DON ARIAS.

Cayó
El caballo, y arrojó
Desde él el Infante al suelo.

REY.

Si las torres de Sevilla
Saluda de esa manera,
¡ Nunca á Sevilla viniera,
Nunca dejara á Castilla ! —
¡ Enrique, hermano !

DON DIEGO.

¡ Señor !

REY.

¿ No vuelve ?

DON ARIAS.

A un tiempo ha perdido
Pulso, color y sentido.
¡ Qué desdicha !

DON DIEGO.

¡ Qué dolor !

REY.

Llegad á esa quinta bella
Que está del camino al paso,
Don Arias, á ver si acaso,
Recogido un poco en ella,
Cobra salud el Infante.
Todos os quedad aquí,
Y dadme un caballo á mí,
Que he de pasar adelante ;
Que aunque este horror y mancilla
Mi rémora pudo ser,
No me quiero detener
Hasta llegar á Sevilla,
Allá llegará la nueva
Del suceso. (*Vase.*)

ESCENA II.

DON ENRIQUE, *desmayado* ; DON ARIAS, DON DIEGO.

DON ARIAS.

Esta ocasion
De su fiera condicion
Ha sido bastante prueba.
¿ Quién á un hermano dejara,
Tropezando desta suerte

En los brazos de la muerte?
¡Vive Dios!...

DON DIEGO.

Calla, y repara
En que, si oyen las paredes,
Los troncos, Don Arias, ven,
Y nada nos está bien.

DON ARIAS.

Tú, Don Diego, llegar puedes
Á esa quinta: dí que aquí
El Infante mi señor
Cayó. — Pero no; mejor
Será que los dos así
Le llevemos donde pueda
Descansar.

DON DIEGO.

Has dicho bien.

DON ARIAS.

Viva Enrique, y otro bien
La suerte no me conceda.

(*Llevan al Infante.*)

ESCENA III.

Sala en la quinta de Don Gutierre.

DOÑA MENCÍA, JACINTA.

DOÑA MENCÍA.

Desde la torre le vi,
Y aunque quién son no podré
Distinguir, Jacinta, sé
Que una gran desdicha allí
Ha sucedido. Venía
Un bizarro caballero
En un bruto tan ligero,
Que en el viento parecia
Un pájaro que volaba;
Y es razon que lo presumas,
Porque un penacho de plumas
Matices al aire daba.
El campo y el sol en ellas

Compitieron resplandores;
Que el campo le dió sus flores,
Y el sol le dió sus estrellas;
Porque cambiaban de modo,
Y de modo relucian,
Que en todo al sol parecian,
Y á la primavera en todo.
Corrió pues y tropezó
El caballo, de manera
Que lo que ave entónces era,
Cuando en la tierra cayó
Fué rosa; y así en rigor
Imitó su lucimiento
En sol, cielo, tierra y viento,
Ave, bruto, estrella y flor.

JACINTA.

¡Ay señora! en casa ha entrado...

DOÑA MENCÍA.

¿Quién?

JACINTA.

Un confuso tropel
De gente.

DOÑA MENCÍA.

¿Mas que con él
Á nuestra quinta han llegado?

ESCENA IV.

DONARIAS Y DON DIEGO, *que sacan en brazos al* INFANTE, *y siéntanle en una silla.* — DOÑA MENCÍA, JACINTA.

DON DIEGO.

En las casas de los nobles
Tiene tan divino imperio
La sangre del Rey, que ha dado
En la vuestra atrevimiento
Para entrar desta manera.

DOÑA MENCÍA. (*Ap.*)

¡Qué es esto que miro, cielos!

DON DIEGO.

El infante Don Enrique,
Hermano del rey Don Pedro,

A vuestras puertas cayó,
Y llega aquí medio muerto.

DOÑA MENCÍA.

¡ Válgame Dios, qué desdicha !

DON ARIAS.

Decidnos á qué aposento
Podrá retirarse, en tanto
Que vuelva al primero aliento
Su vida. — Pero ¡ qué miro !
¡ Señora !

DOÑA MENCÍA.

¡ Don Arias !

DON ARIAS.

Creo
Que es sueño ó fingido cuanto
Estoy escuchando y viendo.
¿ Que el infante Don Enrique,
Mas amante que primero,
Vuelva á Sevilla, y te halle
Con tan infeliz encuentro,
Puede ser verdad ?

DOÑA MENCÍA.

Sí es :
¡ Ojalá que fuera sueño !

DON ARIAS.

Pues ¿ qué haces aquí ?

DOÑA MENCÍA.

Despacio
Lo sabrás ; que ahora no es tiempo
Sino solo de acudir
Á la vida de tu dueño.

DON ARIAS.

¡ Quién le dijera que así
Llegara á verte !

DOÑA MENCÍA.

Silencio,
Que importa mucho, Don Arias.

DON ARIAS.

¿ Por qué ?

DOÑA MENCÍA.

Va mi honor en ello. —
Entrad en ese retrete,

Donde está un catre cubierto
De un cuero turco y de flores;
Y en él, aunque humilde lecho,
Podrá descansar. — Jacinta,
Saca tú ropa al momento,
Aguas y olores que sean
Dignos de tan alto empleo.

(*Vase Jacinta.*)

DON ARIAS.

Los dos, miéntras se adereza,
Aquí al Infante dejemos,
Y á su remedio acudamos,
Si hay en desdichas remedio.

(*Vanse los dos.*)

ESCENA V.

DOÑA MENCÍA; DON ENRIQUE, *sin conocimiento en una silla.*

DOÑA MENCÍA.

Ya se fueron; ya he quedado
Sola. ¡Oh quién pudiera, cielos,
Con licencia de su honor
Hacer aquí sentimientos!
¡Oh quién pudiera dar voces,
Y romper con el silencio
Cárceles de nieve, donde
Está aprisionado el fuego,
Que ya, resuelto en cenizas,
Es ruina que está diciendo:
« ¡Aquí fué amor! » — Mas ¿qué digo?
¿Qué es esto, cielos, qué es esto?
Yo soy quien soy. Vuelva el aire
Los repetidos acentos
Que llevó; porque aun perdidos,
No es bien que publiquen ellos
Lo que yo debo callar;
Porque ya, con mas acuerdo,
Ni para sentir soy mia;
Y solamente me huelgo
De tener hoy que sentir,

Por tener en mis deseos
Que vencer; pues no hay virtud
Sin experiencia. Perfecto
Está el oro en el crisol,
El iman en el acero,
El diamante en el diamante,
Los metales en el fuego;
Y así mi honor en sí mismo
Se acrisola, cuando llego
A vencerme; pues no fuera
Sin experiencias perfecto.
¡ Piedad, divinos cielos !
¡ Viva callando, pues callando muero !
¡ Enrique ! Señor !

DON ENRIQUE. (*Volviendo en sí.*)
¿ Quién llama ?

DOÑA MENCÍA.
Albricias...

DON ENRIQUE.
¡ Válgame el cielo !

DOÑA MENCÍA.
Que vive tu Alteza.

DON ENRIQUE.
¿ Dónde
Estoy ?

DOÑA MENCÍA.
En parte, á lo ménos,
Donde de vuestra salud
Hay quien se huelgue.

DON ENRIQUE.
Lo creo,
Si esta dicha, por ser mia,
No se deshace en el viento;
Pues consultando conmigo
Estoy, si despierto sueño,
Ó si dormido discurro,
Pues á un tiempo duermo y velo.
¿ Pero para qué averiguo,
Poniendo á mayores riesgos
La verdad ? Nunca despierte,
Si es verdad que ahora duermo;
Y nunca duerma en mi vida,

Si es verdad que estoy despierto.

DOÑA MENCÍA.

Vuestra Alteza, gran señor,
Trate, prevenido y cuerdo,
De su salud, cuya vida
Dilate siglos eternos,
Fénix de su misma fama,
Imitando al que en el fuego
Ave, llama, ascua y gusano,
Urna, pira, voz é incendio,
Nace, vive, dura y muere,
Hijo y padre de sí mismo;
Que despues sabrá de mí
Dónde está.

DON ENRIQUE.

No lo deseo;
Que si estoy vivo y te miro,
Ya mayor dicha no espero;
Ni mayor dicha tampoco,
Si te miro estando muerto;
Pues es fuerza que sea gloria
Donde vive ángel tan bello.
Y así no quiero saber
Qué acasos ni qué sucesos
Aquí mi vida guiaron,
Ni aquí la tuya trajeron;
Pues con saber que estoy donde
Estás tú, vivo contento;
Y así ni tú que decirme,
Ni yo que escucharte tengo.

DOÑA MENCÍA.

(*Ap.* Presto de tantos favores
Será desengaño el tiempo.)
Dígame ahora, ¿cómo está
Vuestra Alteza?

DON ENRIQUE.

Estoy tan bueno,
Que nunca estuve mejor;
Solo en esta pierna siento
Un dolor.

DOÑA MENCÍA.

Fué gran caida;

Pero en descansando, pienso
Que cobraréis la salud;
Y ya os están previniendo
Cama donde descanséis,
Que me perdonéis, os ruego
La humildad de la posada;
Aunque disculpada quedo...

DON ENRIQUE.

Muy como señora habláis,
Mencía. ¿Sois vos el dueño
De esta casa?

DOÑA MENCÍA.

No, señor;
Pero de quien lo es, sospecho
Que lo soy.

DON ENRIQUE.

¿Y quién lo es?

DOÑA MENCÍA.

Un ilustre caballero,
Gutierre Alfonso Solis,
Mi esposo y esclavo vuestro,

DON ENRIQUE.

¡Vuestro esposo! (*Levántase.*)

DOÑA MENCÍA.

Sí, señor.
No os levantéis, deteneos;
Ved que no podéis estar
En pié.

DON ENRIQUE.

Sí puedo, sí puedo.

ESCENA VI.

DON ARIAS, DON DIEGO, — DICHOS.

DON ARIAS.

Dame, gran señor, las plantas
Que mil veces toco y beso,
Agradecido á la dicha
Que en tu salud nos ha vuelto
La vida á todos.

DON DIEGO.

Ya puede
Vuestra Alteza á este aposento
Retirarse, donde está
Prevenido todo aquello
Que pudo en la fantasía
Bosquejar el pensamiento.

DON ENRIQUE,

Don Arias, dadme un caballo,
Dadme un caballo, Don Diego,
Salgamos presto de aquí.

DON ARIAS,

¿Qué decís?

DON ENRIQUE.

Que me deis presto
Un caballo.

DON DIEGO.

Pues, señor...

DON ARIAS,

Mira...

DON ENRIQUE.

Estáse Troya ardiendo,
Y Enéas de mis sentidos,
He de librarlos del fuego.

(*Vase Don Diego.*)

ESCENA VII.

DON ENRIQUE, DOÑA MENCÍA, DON ARIAS.

DON ENRIQUE,

¡Ay, Don Arias, la caída
No fué acaso, sino agüero
De mi muerte! Y con razon,
Pues fué divino decreto
Que viniese á morir yo,
Con tan justo sentimiento,
Donde tú estabas casada,
Porque nos diesen á un tiempo
Pesames y parabienes
De tu boda y de mi entierro.
De verse el bruto á tu sombra,

Pensé que altivo y soberbio
Engendró con osadía
Bizarros atrevimientos,
Cuando presumiendo de ave,
Con relinchos cuerpo á cuerpo
Desafiaba los rayos,
Despues que venció los vientos.
Y no fué, sino que al ver
Tu casa, montes de celos
Se le pusieron delante
Porque tropezase en ellos;
Que aun un bruto se desboca
Con celos; y no hay tan diestro
Jinete, que allí no pierda
Los estribos al correrlos.
Milagro de tu hermosura
Presumí el feliz suceso
De mi vida; pero ya,
Mas desengañado, pienso
Que no fué sino venganza
De mi muerte; pues es cierto
Que muero, y que no hay milagros
Que se examinen muriendo.

DOÑA MENCÍA.

Quien oyere á vuestra Alteza
Quejas, agravios, desprecios,
Podrá formar de mi honor
Presunciones y conceptos
Indignos dél. Y yo ahora,
Por si acaso llevó el viento
Cabal alguna razon,
Sin que en partidos acentos
La troncase, responder
Á tantos agravios quiero,
Porque donde fueron quejas,
Vayan con el mismo aliento
Desengaños. Vuestra Alteza,
Liberal de sus deseos,
Generoso de sus gustos,
Pródigo de sus afectos,
Puso los ojos en mí:
Es verdad, yo lo confieso.

Bien sabe, de tantos años
De experiencias, el respeto
Con que constante mi honor
Fué una montaña de hielo,
Conquistada de las flores,
Escuadrones que arma el tiempo.
Si me casé, ¿de qué engaño
Se queja, siendo sugeto
Imposible á sus pasiones,
Reservado á sus intentos,
Pues soy para dama mas,
Lo que para esposa ménos?
Y así, en esta parte ya
Disculpada, en la que tengo
De mujer, á vuestros piés
Humilde, señor, os ruego
No os ausentéis desta casa,
Poniendo á tan claro riesgo
La salud.

DON ENRIQUE.

¿Cuánto mayor
En esta casa le tengo?

ESCENA VIII.

DON GUTIERRE, COQUIN. — Dichos.

DON GUTIERRE.

Déme los piés vuestra Alteza,
Si puedo de tanto sol
Tocar ¡oh rayo español!
La majestad y grandeza.
Con alegría y tristeza
Hoy á vuestras plantas llego,
Y mi aliento, lince y ciego,
Entre asombros y desmayos,
Es águila á tantos rayos,
Mariposa á tanto fuego.
Tristeza de la caida
Que puso con triste efeto
A Castilla en tanto aprieto,

Y alegría de la vida
Que vuelve restituida
Á su pompa, á su belleza,
Cuando en gusto vuestra Alteza
Trueca ya la pena mia:
¿Quién vió triste la alegría?
¿Quién vió alegre la tristeza?
Honrad por tan breve espacio
Esta esfera, aunque pequeña;
Porque el sol no se desdeña,
Despues que ilustró un palacio,
De iluminar el topacio
De algun pajizo arrebol.
Y pues sois rayo español,
Descansad aquí; que es ley
Hacer el palacio el rey
Tambien, si hace esfera el sol.

DON ENRIQUE.

El gusto y pesar estimo
Del modo que le sentís,
Gutierre Alfonso Solis;
Y así en el alma le imprimo,
Donde á tenerle me animo
Guardado.

DON GUTIERRE.

Sabe tu Alteza
Honrar.

DON ENRIQUE.

Y aunque la grandeza
Desta casa fuera aquí
Grande esfera para mí,
Pues lo fué de una belleza;
No me puedo detener;
Que pienso que esta caida
Ha de costarme la vida;
Y no solo por caer,
Sino tambien por hacer
Que no pasase adelante
Mi intento... Y es importante
Irme; que hasta un desengaño
Cada minuto es un año,
Es un siglo cada instante.

DON GUTIERRE.

Señor, ¿vuestra Alteza tiene
Causa tal, que su inquietud
Aventure la salud
De una vida que previene
Tantos aplausos?

DON ENRIQUE.

Conviene
Llegar á Sevilla hoy.

DON GUTIERRE.

Necio en apurar estoy
Vuestro intento; pero creo
Que mi lealtad y deseo...

DON ENRIQUE.

Y si yo la causa os doy,
¿Qué diréis?

DON GUTIERRE.

Yo no os la pido;
Que á vos, señor, no es bien hecho
Examinaros el pecho.

DON ENRIQUE.

Pues escuchad. Yo he tenido
Un amigo tal, que ha sido
Otro yo.

DON GUTIERRE.

Dichoso fué.

DON ENRIQUE.

Á este en ausencia fié
El alma, la vida, el gusto
En una mujer. ¿Fué justo
Que atropellando la fe
Que debió al respeto mio,
Faltase en ausencia?

DON GUTIERRE.

No.

DON ENRIQUE.

Pues á otro dueño le dió
Llaves de aquel albedrío.
Al pecho que yo le fío,
Introdujo otro señor:
Otro goza su favor:
¿Podrá un hombre enamorado

Sosegar con tal cuidado,
Descansar con tal dolor?

DON GUTIERRE.

No, señor.

DON ENRIQUE.

Cuando los cielos
Tanto me fatigan hoy,
Que en cualquier parte que estoy,
Estoy mirando mis celos,
Tan presentes mis desvelos
Están delante de mí,
Que aquí los miro, y así
De aquí ausentarme deseo;
Que aunque van conmigo, creo
Que se han de quedar aquí.

DOÑA MENCÍA.

Dicen que el primer consejo
Ha de ser de la mujer;
Y así, señor, quiero ser
(Perdonad si os aconsejo)
Quien os dé consuelo. Dejo
Aparte celos, y digo
Que aguardéis á vuestro amigo
Hasta ver si se disculpa;
Que hay calidades de culpa
Que no merecen castigo.
No os despeñe vuestro brío:
Mirad, aunque estéis celoso,
Que ninguno es poderoso
En el ajeno albedrío.
Cuanto al amigo, confío
Que os he respondido ya:
Cuanto á la dama, quizá
Fuerza, y no mudanza fué:
Oidla vos, que yo sé
Que ella se disculpará.

DON ENRIQUE.

No es posible.

ESCENA IX.

DON DIEGO. — DICHOS.

DON DIEGO.

Ya está allí
El caballo apercibido.

DON GUTIERRE.

Si es del que hoy habéis caido,
No subáis en él, y aquí
Recibid, señor, de mí
Una pia hermosa y bella,
Á quien una palma sella,
Signo que vuestra la hace;
Que tambien un bruto nace
Con mala ó con buena estrella.
Es este prodigio pues
Proporcionado y bien hecho,
Dilatado de anca y pecho,
De cabeza y cuello es
Corto, de brazos y piés
Fuerte, á uno y otro elemento
Les da en sí lugar y asiento,
Siendo el bruto de la palma
Tierra el cuerpo, fuego el alma,
Mar la espuma, y todo viento.

DON ENRIQUE.

El alma aquí no podria
Distinguir lo que procura,
La pia de la pintura,
Ó por mejor bizarría,
La pintura de la pia.

COQUIN.

Aquí entro yo. A mí me dé
Vuestra Alteza mano ó pié,
Lo que está (que esto es mas llano)
Ó mas á pié ó mas á mano.

DON GUTIERRE.

Aparta, necio.

DON ENRIQUE.

¿Por qué?

Dejadle, su humor le abona.

COQUIN.

En hablando de la pia,
Entra la persona mia,
Que es su segunda persona.

DON ENRIQUE.

Pues ¿quién sois?

COQUIN.

¿No lo pregona
Mi estilo? Yo soy, en fin,
Coquin, hijo de Coquin,
De aquesta casa escudero,
De la pia despensero,
Pues la siso al celemin
La mitad de la comida;
Y en efecto, señor, hoy,
Por ser vuestro dia, os doy
Norabuena muy cumplida.

DON ENRIQUE.

¿Mi dia?

COQUIN.

Es cosa sabida.

DON ENRIQUE.

Su dia llama uno aquel
Que es á sus gustos fiel;
Si lo fué á la pena mia,
¿Cómo pudo ser mi dia?

COQUIN.

Cayendo, señor, en él;
Y para que se publique
En cuantos lunarios hay,
Desde hoy diré: « Á tantos cay
» San Infante Don Enrique. »

DON GUTIERRE.

Tu Alteza, señor, aplique
La espuela al ijar; que el dia
Ya en la tumba helada y fria,
Huésped del undoso dios,
Hace noche.

DON ENRIQUE.

Guárdeos Dios,
Hermosísima Mencía.

Y porque veáis que estimo
El consejo, buscaré
Á esta dama, y della oiré
La disculpa. (*Ap.* Mal reprimo
El dolor, cuando me animo
Á no decir lo que callo.
Lo que en este lance hallo,
Ganar y perder se llama;
Pues él me ganó la dama,
Y yo le gané el caballo.)
(*Vanse el Infante, Don Arias, Don Diego y Coquin.*)

ESCENA X.

DON GUTIERRE, DOÑA MENCÍA.

DON GUTIERRE.

Bellísimo dueño mio,
Ya que vive tan unida
Á dos almas una vida,
Dos vidas á un albedrío,
De tu amor y ingenio fio
Hoy, que licencia me dés
Para ir á besar los piés
Al Rey mi señor, que viene
De Castilla; y le conviene
Á quien caballero es,
Irle á dar la bienvenida.
Y fuera desto, ir sirviendo
Al infante Enrique, entiendo
Que es accion justa y debida,
Ya que debí á su caida
El honor qué hoy ha ganado
Nuestra casa.

DOÑA MENCÍA.

¿Qué cuidado
Mas te lleva á darme enojos?

DON GUTIERRE.

No otra cosa, ¡por tus ojos!

DOÑA MENCÍA.

¿Quién duda que haya causado

Algun deseo Leonor?

DON GUTIERRE.

¿Eso dices? No la nombres.

DOÑA MENCÍA.

¡Oh qué tales sois los hombres!
¡Hoy olvido, ayer amor,
Ayer gusto, y hoy rigor!

DON GUTIERRE.

Ayer, como al sol no via,
Hermosa me parecia
La luna; mas hoy, que adoro
Al sol, ni dudo ni ignoro
Lo que hay de la noche al dia.
Escúchame un argumento.
Una llama en noche oscura
Arde hermosa, luce pura,
Cuyos rayos, cuyo aliento
Dulce ilumina del viento
La esfera; sale el farol
Del cielo, y á su arrebol
Todo á sombra se reduce,
Ni arde, ni alumbra, ni luce
Que es mar de rayos el sol.
Aplícolo ahora: yo amaba
Una luz, cuyo esplendor
Vivió planeta mayor,
Que sus rayos sepultaba:
Una llama me alumbraba;
Pero era una llama aquella,
Que eclipsas divina y bella,
Siendo de luces crisol;
Porque hasta que sale el sol,
Parece hermosa una estrella.

DOÑA MENCÍA.

¡Qué lisonjero os escucho!
Muy metafísico estáis.

DON GUTIERRE.

En fin, ¿licencia me dais?

DOÑA MENCÍA.

Pienso que la deseáis mucho,
Por eso cobarde lucho
Conmigo.

DON GUTIERRE.

¿Puede en los dos
Haber engaño, si en vos
Quedo yo, y vos vais en mí?

DOÑA MENCÍA.

Pues como os quedéis aquí,
Adios, Don Gutierre.

DON GUTIERRE.

Adios. (*Vase.*)

ESCENA XI.

JACINTA. — DOÑA MENCÍA.

JACINTA.

Triste, señora, has quedado.

DOÑA MENCÍA.

Sí, Jacinta, y con razon.

JACINTA.

No sé qué nueva ocasion
Te ha suspendido y turbado,
Que una inquietud, un cuidado
Te ha divertido.

DOÑA MENCÍA.

Es así.

JACINTA.

Bien puedes fiar de mí.

DOÑA MENCÍA.

¿Quieres ver si de ti fío
Mi vida y el honor mio?
Pues escucha atenta.

JACINTA.

Dí.

DOÑA MENCÍA.

Nací en Sevilla, y en ella
Me vió Enrique, festejó
Mis desdenes, celebró
Mi nombre... ¡felice estrella!
Fuése, y mi padre atropella
La libertad que hubo en mí;
La mano á Gutierre di,
Volvió Enrique, y en rigor,

Tuve amor, y tengo honor.
Esto es cuanto sé de mí. (*Vanse.*)

ESCENA XII.

Sala en el alcázar de Sevilla.

DOÑA LEONOR é INÉS, *con mantos.*

INÉS.

Ya sale para entrar en la capilla:
Aquí le espera, y á sus piés te humilla.

DOÑA LEONOR.

Lograré mi esperanza;
Si recibe mi agravio la venganza.

ESCENA XIII.

EL REY, CRIADOS, UN SOLDADO, UN VIEJO, PRETENDIENTES. — DICHAS.

Voces (*dentro.*)

¡Plaza!

PRETENDIENTE 1.°

Tu Majestad aqueste lea.

REY.

Yo le haré ver.

PRETENDIENTE 2.°

Tu Alteza, señor, vea
Este.

REY.

Está bien.

PRETENDIENTE 2° (*ap.*).

Pocas palabras gasta.

PRETENDIENTE 3.°

Yo soy...

REY.

El memorial solo me basta.

UN SOLDADO. (*ap.*).

¡Turbado estoy! Mal el temor resisto.

REY.

¿De qué os turbáis?

SOLDADO.

¿No basta haberos visto?

REY.

Sí basta. ¿Qué pedís?

SOLDADO.

Yo soy soldado.

Una ventaja.

REY.

Poco habéis pedido
Para haberos turbado.
Una gineta os doy.

SOLDADO.

¡Felice he sido!

UN VIEJO.

Un pobre viejo soy, limosna os pido.

REY.

Tomad este diamante.

VIEJO.

¿Para mí os le quitáis?

REY.

Y no os espante;
Que, para darle de una vez, quisiera,
Solo un diamante todo el mundo fuera.

DOÑA LEONOR.

Señor, á vuestras plantas
Mis piés turbados llegan.
De parte de mi honor vengo á pediros
Con voces que se anegan en suspiros,
Con suspiros que en lágrimas se anegan,
Justicia: para vos y Dios apelo.

REY.

Sosegaos, señora, alzad del suelo.

DOÑA LEONOR. (*Levantase.*)

Yo soy...

REY.

No prosigáis de esa manera.
Salíos todos afuera.
(*Vanse todos ménos la dama.*)

ESCENA XIV.

EL REY, DOÑA LEONOR.

REY.

Hablad ahora, porque si venísteis
De parte del honor, como dijísteis,
Indigna cosa fuera
Que en público el honor sus quejas diera,
Y que á tan bella cara
Vergüenza la justicia le costara.

DOÑA LEONOR.

Pedro, á quien llama el mundo Justiciero,
Planeta soberano de Castilla,
Á cuya luz se alumbra este hemisfero,
Júpiter español, cuya cuchilla
Rayos esgrime de templado acero,
Cuando blandida al aire alumbra y brilla,
Sangriento giro, que entre nubes de oro
Corta los cuellos de uno y otro moro:
Yo soy Leonor, á quien Andalucía
Llama (lisonja fué) Leonor la bella;
No porque fuese la hermosura mia
Quien el nombre adquirió, sino la estrella;
Que quien decia bella, ya decia
Infelice; que el nombre incluye y sella
Á la sombra no mas de la hermosura
Poca dicha, señor, poca ventura.
Puso los ojos, para darme enojos,
Un caballero en mí, que ¡ojalá fuera
Basilisco de amor á mis despojos,
Aspid de celos á mi primavera!
Luego el deseo sucedió á los ojos,
El amor al deseo, y de manera
Mi calle festejó, que en ella via
Morir la noche y espirar el dia.
¿Con qué razones, gran señor, herida
La voz, diré que á tanto amor postrada,
Aunque el desden me publicó ofendida,
La voluntad me confesó obligada?
De obligada pasé á agradecida,

Luego de agradecida á apasionada;
Que en la universidad de enamorados
Dignidades de amor se dan por grados.
Poca centella incita mucho fuego,
Poco viento movió mucha tormenta,
Poca nube al principio arroja luego
Mucho diluvio, poca luz alienta
Mucho rayo despues, poco amor ciego
Descubre mucho engaño; y así intenta,
Siendo centella, viento, nube, ensayo,
Ser tormenta, diluvio, incendio y rayo.
Dióme palabra que sería mi esposo;
Que ese de las mujeres es el cebo
Con que engaña al honor el cauteloso
Pescador, cuya pasta es el Erebo,
Que aduerme los sentidos temeroso.
El labio aquí fallece, y no me atrevo
Á decir que mintió. No es maravilla.
¿Qué palabra se dió para cumplilla?
Con esta libertad entró en mi casa;
Si bien siempre el honor fué reservado,
Porque yo, liberal de amor, y escasa
De honor, me atuve siempre á este sagrado.
Mas la publicidad á tanto pasa,
Y tanto esta opinion se ha dilatado,
Que en secreto quisiera mas perderla,
Que con público escándalo tenerla.
Pedí justicia; pero soy muy pobre:
Quejéme dél; pero es muy poderoso:
Y ya que es imposible que yo cobre,
Pues se casó, mi honor, Pedro famoso,
Si sobre tu piedad divina, sobre
Tu justicia me admites generoso,
Que me sustente en un convento pido.
Gutierre Alfonso de Solis ha sido.

REY.

Señora, vuestros enojos
Siento con razon, por ser
Un Atlante, en quien descansa
Todo el peso de la ley.
Si Gutierre está casado,
No podrá satisfacer,

Como decís, por entero
Vuestro honor; pero yo haré
Justicia como convenga
En esta parte; si bien
No os debe restituir
Honor que vos os tenéis,
Oigamos á la otra parte
Disculpas suyas; que es bien
Guardar el segundo oído
Para quien llegue despues;
Y fiad, Leonor, de mí,
Que vuestra causa veré
De suerte, que no os obligue
Á que digáis otra vez
Que sois pobre, él poderoso,
Siendo yo en Castilla rey,
Mas Gutierre viene allí,
Podrá, si conmigo os ve,
Conocer que me informásteis
Primero. Aquese cancel
Os encubra: aquí aguardad,
Hasta que salgáis despues.

DOÑA LEONOR.

En todo he de obedeceros.

(*Escóndese.*)

ESCENA XV.

COQUIN. — EL REY.

COQUIN (*para sí*).

De sala en sala, par diez,
Á la sombra de mi amo,
Que allí se quedó, llegué
Hasta aquí. ¡El cielo me valga!
¡Vive Dios, que está aquí el Rey!
El me ha visto, y se mesura.
Plegue al cielo, que no esté
Muy alto aqueste balcon,
Por si me arroja por él.

REY.

¿Quién sois?

COQUIN.

¿Yo, señor?

REY.

Vos,

COQUIN.

Yo

(¡Válgame el cielo!) soy quien
Vuestra Majestad quisiere,
Sin quitar y sin poner;
Porque un hombre muy discreto
Me dió por consejo ayer,
No fuese quien en mi vida
Vos no quisieseis; y fué
De manera la licion,
Que ántes, ahora y despues,
Quien vos quisiéredes solo
Fuí, quien gustareis seré,
Quien os place soy; y en esto,
¡Mirad con quién y sin quien!
Y así, con vuestra licencia,
Por donde vine me iré
Hoy con mis piés de compas,
Si no con compas de piés.

REY.

Aunque me habéis respondido
Cuanto pudiera saber,
Quién sois os he preguntado,

COQUIN.

Y yo os hubiera tambien,
Al tenor de la pregunta
Respondido, á no temer
Que en diciéndôs quién soy, luego
Por un balcon me arrojeis,
Por haberme entrado aquí
Tan sin qué ni para qué,
Teniendo un oficio yo
Que vos no habéis menester.

REY.

¿Qué oficio tenéis?

COQUIN.

Yo soy
Cierto correo de á pié,

Portador de todas nuevas,
Huron de todo interés,
Sin que se me haya escapado
Señor profeso ó novel;
Y del que me ha dado mas,
Digo mas, digo mas bien.
Todas las casas son mias,
Y aunque lo son, esta vez
La de Don Gutierre Alfonso
Es mi accesoria, en quien fué
Mi pasto meridiano
Un andaluz cordobes.
Soy cofrade del contento;
El pesar no sé quién es,
Ni aun para servirle. En fin,
Soy, aquí donde me veis,
Mayordomo de la risa,
Gentilhombre del placer
Y camarero del gusto,
Pues que me visto con él.
Y por ser esto, he temido
El darme aquí á conocer;
Porque un Rey que no se rie,
Temo que me libre cien
Esportillas batanadas,
Con pespuntes al enves,
Por vagamundo.

REY.

¿En fin, sois
Hombre que á cargo tenéis
La risa?

COQUIN.

Sí, mi señor;
Y porque lo echeis de ver,
Esto es jugar de gracioso
En palacio. (*Cúbrese.*)

REY.

Está muy bien;
Y pues sé quién sois, hagamos
Los dos un concierto.

COQUIN.

¿Y es?

REY.

¿Hacer reir profesáis?

COQUIN.

Es verdad.

REY.

Pues cada vez
Que me hiciéredes reir,
Cien escudos os daré;
Y si no me hubiéreis hecho
Reir en término de un mes,
Os han de sacar los dientes.

COQUIN.

Testigo falso me hacéis,
Y es ilícito contrato
De enorme lesion.

REY.

¿Por qué?

COQUIN.

Porque quedaré lisiado
Si le acepto, ¿no se ve?
Dicen, cuando uno se rie,
Que enseña los dientes; pues
Enseñarlos yo llorando,
Será reirme al revés.
Dicen que sois tan severo,
Que á todos dientes hacéis;
¿Qué os hice yo, que á mí solo
Deshacérmelos queréis?
Pero vengo en el partido;
Que porque ahora me dejéis
Ir libre, no lo rehuso;
Pues por lo ménos un mes
Me hallo aquí, como en la calle,
De vida; y al cabo dél,
No es mucho que tome postas
En mi boca la vejez.
Y así voy á examinarme
De cosquillas. Voto á diez,
Que os habéis de reir. Adios,
Y veámonos despues. (*Vase.*)

ESCENA XVI.

DON ENRIQUE, DON GUTIERRE, DON DIEGO, DON ARIAS, CRIADOS, — EL REY.

DON ENRIQUE.

Déme vuestra Majestad
La mano.

REY.

Vengáis con bien,
Enrique. ¿Cómo os sentís?

DON ENRIQUE.

Mas, señor, el susto fué
Que el golpe: estoy bueno.

DON GUTIERRE.

Á mí
Vuestra Majestad me dé
La mano, si mi humildad
Merece tan alto bien;
Porque el suelo que pisáis,
Es soberano dosel,
Que ilumina de los vientos
Uno y otro rosicler.
Y vengáis con la salud
Que este reino ha menester,
Para que os adore España
Coronado de laurel.

REY.

De vos, Don Gutierre Alfonso,..

DON GUTIERRE.

¿Las espaldas me volvéis?

REY.

Grandes querellas me dan,

DON GUTIERRE.

Injustas deben de ser.

REY.

¿Quién es, decidme, Leonor,
Una principal mujer
De Sevilla?

DON GUTIERRE.

Una señora

Bella, ilustre y noble es,
De lo mejor de esta tierra.

REY.

¿Qué obligacion la tenéis,
Á que habéis correspondido
Necio, ingrato y descortés?

DON GUTIERRE.

No os he de mentir en nada;
Que el hombre, señor, de bien
No sabe mentir jamas,
Y mas delante del Rey.
Servíla, y mi intento entónces
Casarme con ella fué,
Si no mudara las cosas
De los tiempos el vaiven.
Visitéla, entré en su casa
Públicamente; si bien
No le debo á su opinion
De una mano el interés.
Viéndome desobligado,
Pude mudarme despues,
Y así, libre de este amor,
En Sevilla me casé
Con Doña Mencía de Acuña,
Dama principal, con quien
Vivo, fuera de Sevilla,
Una casa de placer.
Leonor, mal aconsejada
(Que no la aconseja bien
Quien destruye su opinion),
Pleitos intentó poner
Á mi desposorio donde,
El mas riguroso juez
No halló causa contra mí,
Áunque ella dice que fué
Diligencia del favor.
¡Mirad vos si á una mujer
Hermosa favor faltara,
Si le hubiera menester!
Con este engaño pretende,
Puesto que vos lo sabéis,
Valerse de vos; y así

Yo me pongo á vuestros piés,
Donde á la justicia vuestra
Dará la espada mi fe,
Y mi lealtad la cabeza.

REY.

¿Qué causa tuvísteis pues
Para tan grande mudanza?

DON GUTIERRE.

¿Novedad tan grande es
Mudarse un hombre? ¿No es cosa
Que cada dia se ve?

REY.

Sí, pero de extremo á extremo
Pasar el que quiso bien,
No fué sin grande ocasion.

DON GUTIERRE.

Suplicôs no me apretéis;
Que soy hombre, que, en ausencia
De las mujeres, daré
La vida por no decir
Cosa indigna de su ser.

REY.

¿Luego vos causa tuvísteis?

DON GUTIERRE.

Sí, señor; pero creed
Que si para mi descargo
Hoy hubiera menester
Decirlo, cuando importara
Vida y alma, amante fiel
De su honor, no lo dijera.

REY.

Pues yo lo quiero saber.

DON GUTIERRE.

Señor...

REY.

Es curiosidad.

DON GUTIERRE.

Mirad...

REY.

No me repliquéis;
Que me enojaré, por vida...

DON GUTIERRE.

Señor, señor, no juréis;
Que mucho ménos importa
Que yo deje aquí de ser
Quien soy, que veros airado.

REY.

(*Ap.* Que dijese, le apuré,
El suceso en alta voz,
Porque pueda responder
Leonor, si aqueste me engaña
Y si habla verdad, porqué
Convencida con su culpa,
Sepa Leonor que lo sé.)
Decid pues.

DON GUTIERRE.

A mi pesar
Lo digo. Una noche entré
En su casa, sentí ruido
En una cuadra, llegué,
Y al mismo tiempo que fuí
A entrar, pude el bulto ver
De un hombre, que se arrojó
Del balcon; bajé tras él,
Y sin conocerle, al fin
Pudo escaparse por piés.

DON ARIAS (*ap.*).

¡Válgame el cielo! ¿qué es esto
Que miro?

DON GUTIERRE.

Y aunque escuché
Satisfacciones, y nunca
Di á mi agravio entera fe,
Fué bastante esta aprension
Á no casarme; porque
Si amor y honor son pasiones
Del ánimo, á mi entender,
Quien hizo al amor ofensa,
Se le hace al honór en él;
Porque el agravio del gusto
Al alma toca tambien.

ESCENA XVII.

DOÑA LEONOR. — DICHOS.

DOÑA LEONOR.
Vuestra Majestad perdone;
Que no puedo detener
El golpe á tantas desdichas
Que han llegado de tropel.
REY. (*ap*).
¡ Vive Dios, que me engañaba !
La prueba sucedió bien.
DOÑA LEONOR.
Y oyendo contra mi honor
Presunciones, fuera ley
Injusta que yo cobarde
Dejara de responder;
Que ménos perder importa
La vida, cuando me dé
Este atrevimiento muerte,
Que vida y honor perder.
Don Arias entró en mi casa...
DON ARIAS.
Señora, espera, detén
La voz. Vuestra Majestad
Licencia, señor, me dé,
Porque el honor desta dama
Me toca á mí defender.
Esa noche estaba en casa
De Leonor una mujer
Con quien me hubiera casado,
Si de la parca el cruel
Golpe no cortara fiero
Su vida. Yo, amante fiel
De su hermosura, seguí
Sus pasos, y en casa entré
De Leonor (atrevimiento
De enamorado), sin ser
Parte á estorbalo Leonor.
Llegó Don Gutierre pues;

Temerosa Leonor dijo
Que me retirase á aquel
Aposento, yo lo hice,
¡ Mil veces mal haya, amen,
Quien de una mujer se rinde
Á admitir el parecer !
Sintióme, entró, y á la voz
De marido, me arrojé
Por el balcon. Y si entónces
Volví el rostro á su poder
Porque era marido, hoy
Que dice que no lo es,
Vuelvo á ponerme delante.
Vuestra Majestad me dé
Campo, en quien defienda altivo
Que no ha faltado á quien es
Leonor, pues á un caballero
Se le condece la ley.

DON GUTIERRE.

Yo saldré donde... (*Empuñan.*)

REY.

¿ Qué es esto ?
¿ Cómo las manos tenéis
En las espadas, delante
De mí ? ¿ No tembláis de ver
Mi semblante ? Donde estoy,
¿ Hay soberbia ni altivez ? —
Presos los llevad al punto :
En dos torres los poned ;
Y agradeced que no os pongo
Las cabezas á los piés. (*Vase.*)

DON ARIAS.

Si perdió Leonor por mí
Su opinion, por mí tambien
La tendrá ; que esto se debe
Al honor de una mujer.

DON GUTIERRE (*ap.*).

No siento en desdicha tal
Ver riguroso y cruel
Al Rey ; solo siento que hoy,
Mencía, no te he de ver.

(*Llévanlos presos.*)

DON ENRIQUE.

(*Ap.* Con ocasion de la caza,
Preso Gutierre, podré
Ver esta tarde á Mencía.)
Don Diego, conmigo ven;
Que tengo de porfiar
Hasta morir, ó vencer. (*Vanse.*

DOÑA LEONOR.

¡ Muerta quedo ! ¡ Plegue á Dios,
Ingrato, aleve y cruel,
Falso, engañador, fingido,
Sin fe, sin Dios y sin ley,
Que como inocente pierdo
Mi honor, venganza me dé
El cielo ! ¡ El mismo dolor
Sientas, que siento, y á ver
Llegues, bañado en tu sangre,
Deshonras tuyas, porqué
Mueras con las mismas armas
Que matas, amen, amen !
¡ Ay de mí ! mi honor perdí.
¡ Ay de mí ! mi muerte hallé.

JORNADA SEGUNDA.

Jardin de la quinta.

ESCENA PRIMERA.

JACINTA Y DON ENRIQUE, *á oscuras.*

JACINTA.

Llega con silencio.

DON ENRIQUE.

Apénas
Los piés en la tierra puse.

JACINTA.

Este es el jardin, y aquí

Pues de la noche te encubre
El manto, y pues Don Gutierre
Está preso, no hay que dudes,
Sino que conseguirás
Victorias de amor tan dulces.

DON ENRIQUE.

Si la libertad, Jacinta,
Que te prometí, presumes
Poco premio á bien tan grande,
Pide mas, y no te excuses
Por cortedad: vida y alma
Es bien que por tuyas juzgues.

JACINTA

Aquí mi señora siempre
Viene, y tiene por costumbre
Pasar un poco la noche.

DON ENRIQUE.

Calla, calla, no pronuncies
Otra razon, porque temo
Que los vientos nos escuchen.

JACINTA.

Yo, para que tanta ausencia
No me indicie ó no me culpe
Deste delito, no quiero
Faltar de allí. (*Vase.*)

DON ENRIQUE,

Amor ayude
Mi intento. Estas verdes hojas
Me escondan y disimulen;
Que no seré yo el primero
Que á vuestras espaldas hurte
Rayos al sol. Acteon
Con Diana me disculpe. (*Vase.*)

ESCENA II.

DOÑA MENCÍA, JACINTA, TEODORA, CRIADAS.

DOÑA MENCÍA.

¡ Silvia, Teodora, Jacinta!

JACINTA.

¿ Qué mandas ?

DOÑA MENCÍA.

Que traigas luces,
Y venid todas conmigo
Á divertir pesadumbres
De la ausencia de Gutierre,
Donde el natural presume
Vencer hermosos países
Que el arte dibuja y pule. —
Teodora.

TEODORA.

Señora mia.

DOÑA MENCÍA.

Divierte con voces dulces
Esta tristeza.

TEODORA.

Holgaréme
Que de letra y tono gustes.

(*Han puesto luz sobre un bufetillo, y siéntase Doña Mencía en unas almohadas. Canta Teodora.*)

Ruiseñor, que con tu canto
Alegras este recinto,
No te ausentes tan aprisa,
Que me das pena y martirio.

(*Se queda dormida Doña Mencía.*)

JACINTA.

No cantes mas; que parece
Que ya el sueño al alma infunde
Sosiego y descanso. Y pues
Hallaron sus inquietudes
En él sagrado, nosotras
No la despertemos.

TEODORA.

Huye
Con silencio la ocasion.

JACINTA (*ap.*).

Yo lo haré, porque la busque
Quien la deseó. ¡ O criadas,
Y cuántas honras ilustres
Se han perdido por vosotras !

(*Vanse todas las criadas.*)

ESCENA III.

DON ENRIQUE. — DOÑA MENCÍA, *dormida.*

DON ENRIQUE.

Sola se quedó. No duden
Mis sentidos tanta dicha.
Y ya que á esto me dispuse,
Pues la ventura me falta,
Tiempo y lugar me aseguren. —
¡ Hermosísima Mencía !

DOÑA MENCÍA (*despierta*).

¡ Válgame Dios !

DON ENRIQUE.

No te asustes.

DOÑA MENCÍA.

¿ Qué es esto ?

DON ENRIQUE.

Un atrevimiento,
Á quien es bien que disculpen
Tantos años de esperanza.

DOÑA MENCÍA.

¿ Pues, señor, vos...

DON ENRIQUE.

No te turbes.

DOÑA MENCÍA.

Desta suerte...

DON ENRIQUE.

No te alteres.

DOÑA MENCÍA.

Entrásteis...

DON ENRIQUE.

No te disgustes.

DOÑA MENCÍA.

En mi casa, sin temer
Que así á una mujer destruye,
Y que así ofende á un vasallo
Tan generoso y ilustre ?

DON ENRIQUE.

Esto es tomar tu consejo.
Tú me aconsejas que escuche

Disculpas de aquella dama,
Y vengo á que te disculpes
Conmigo de mis agravios.

DOÑA MENCÍA.

Es verdad, la culpa tuve;
Pero si he de disculparme,
Tu Alteza, señor, no dude
Que es en órden á mi honor.

DON ENRIQUE.

¿Que ignoro, acaso presumes,
El respeto que les debo
Á tu sangre y tus costumbres?
El achaque de la caza,
Que en estos campos dispuse,
No fué fatigar la caza,
Estorbando que salude
Á la venida del dia,
Sino á ti, garza, que subes
Tan remontada, que tocas
Por las campañas azules
De los palacios del sol
Los dorados balaustres.

DOÑA MENCÍA.

Muy bien, señor, vuestra Alteza
Á las garzas atribuye
Esta lucha; pues la garza
De tal instinto presume,
Que volando hasta los cielos,
Rayo de pluma sin lumbre,
Ave de fuego con alma,
Con instinto alada nube,
Pardo cometa sin fuego,
Quieren que su intento burlen
Azores reales; y aun dicen
Que, cuando de todos huye,
Conoce al que ha de matarla;
Y así ántes que con él luche,
El temor la hace que tiemble,
Se estremezca y se espeluce.
Así yo, viendo á tu Alteza,
Quedé muda, absorta estuve,
Conocí el riesgo, y temblé,

Tuve miedo y horror tuve;
Porque mi temor no ignore,
Porque mi espanto no dude
Que es quien me ha de dar la muerte.

DON ENRIQUE.

Ya llegué á hablarte, ya tuve
Ocasion, no he de perderla.

DOÑA MENCÍA.

¿ Cómo esto los cielos sufren?
Daré voces.

DON ENRIQUE.

A ti misma
Te infamas.

DOÑA MENCÍA.

¿ Cómo no acuden
Á darme favor las fieras?

DON ENRIQUE.

Porque de enojarme huyen.

ESCENA IV.

DON GUTIERRE. — DICHOS.

DON GUTIERRE (*dentro*).

Ten ese estribo, Coquin,
Y llama á esa puerta.

DOÑA MENCÍA.

¡ Cielos!
No mintieron mis recelos,
Llegó de mi vida el fin.
Don Gutierre es este, ¡ ay Dios!

DON ENRIQUE.

¡ Oh qué infelice nací!

DOÑA MENCÍA.

¿ Qué ha de ser, señor, de mí,
Si os halla conmigo á vos?

DON ENRIQUE.

¿ Pues qué he de hacer?

DOÑA MENCÍA.

Retiraros.

DON ENRIQUE.

¿ Yo me tengo de esconder?

DOÑA MENCÍA.

El honor de una mujer
A mas que esto ha de obligaros.
No podéis salir (¡ soy muerta !);
Que como allá no sabian
Mis criadas lo que hacian,
Abrieron luego la puerta.
Aun salir no podéis ya.

DON ENRIQUE.

¿ Qué haré en tanta confusion ?

DOÑA MENCÍA.

Detrás de ese pabellon,
Que en mi misma cuadra está,
Os esconded.

DON ENRIQUE.

No he sabido,
Hasta la ocasion presente,
Qué es temor. ¡ Oh qué valiente
Debe de ser un marido ! (*Vase.*)

DOÑA MENCÍA.

Si inocente una mujer,
No hay desdicha que no aguarde,
¡ Válgame Dios, qué cobarde
La culpa debe de ser !

ESCENA V.

DON GUTIERRE, COQUIN, JACINTA. — DOÑA MENCÍA.

DON GUTIERRE.

Mi bien, señora, los brazos
Darme una y mil veces puedes.

DOÑA MENCÍA.

Con envidia de estas redes,
Que en tan amorosos lazos
Están inventando abrazos.

DON GUTIERRE.

No dirás que no he venido
Á verte.

DOÑA MENCÍA.

Fineza ha sido
De amante firme y constante.

DON GUTIERRE.

No dejo de ser amante
Yo, mi bien, por ser marido;
Que por propia la hermosura
No desmerece jamas
Las finezas; ántes mas
Las alienta y asegura,
Y así á su riesgo procura
Los medios, las ocasiones.

DOÑA MENCÍA.

En obligacion me pones.

DON GUTIERRE.

El alcaide que conmigo
Está, es mi deudo y amigo,
Y quitándome prisiones
Al cuerpo, me las echó
Al alma, porque me ha dado
Ocasion de haber llegado
Á tan grande dicha yo,
Como es á verte.

DOÑA MENCÍA.

¿Quién vió
Mayor gloria...

DON GUTIERRE.

Que la mia;
Aunque, si bien advertia,
Hizo muy poco por mí
En dejarme que hasta aquí
Viniese; pues si vivia
Yo sin alma en la prision
Por estar en ti, mi bien,
Darme libertad fué bien,
Para que en esta ocasion
Alma y vida con razon
Otra vez se viese unida;
Porque estaba dividida,
Teniendo prolija calma,
En una prision el alma
Y en otra prision la vida.

DOÑA MENCÍA.

Dicen que dos instrumentos
Conformemente templados,

Por los ecos dilatados
Comunican los acentos:
Tocan el uno, y los vientos
Hiere el otro, sin que allí
Nadie le toque; y en mí
Esta experiencia se viera;
Pues si el golpe allá te hiriera,
Muriera yo desde aquí.

COQUIN.

¿Y no le darás, señora,
Tu mano por un momento
Á un preso de cumplimiento,
Pues llora, siente y ignora
Por qué siente y por qué llora,
Y está su muerte esperando
Sin saber por qué ni cuándo?
Pero...

DOÑA MENCÍA.

Coquin, ¿qué hay en fin?

COQUIN.

Fin al principio en Coquin
Hay, que eso estoy contando:
Mucho el Rey me quiere; pero
Si el rigor pasa adelante,
Mi amo será muerto andante,
Pues ira con escudero.

DOÑA MENCÍA (*á Don Gutierre*).

Poco regalarte espero,
Porque como no aguardaba
Huésped, descuidada estaba.
Cena os quiero apercibir.

DON GUTIERRE.

Una esclava puede ir.

DOÑA MENCÍA.

Ya, señor, ¿no va una esclava?
Yo lo soy, y lo he de ser.
Jacinta, venme á ayudar.
(*Ap.* En salud me he de curar:
Ved, honor, cómo ha de ser,
Porque me he de resolver
Á una temeraria accion.)

(*Vanse las dos.*)

ESCENA VI.

DON GUTIERRE, COQUIN.

DON GUTIERRE.

Tú, Coquin, á esta ocasion
Aquí te queda, y extremos
Olvida, y mira que habemos
De volver á la prision
Ántes del dia, y ya falta
Poco : aquí puedes quedarte.

COQUIN.

Yo quisiera aconsejarte
Una industria, la mas alta
Que el ingenio humano esmalta :
En ella tu vida está.
¡ Oh qué industria !...

DON GUTIERRE.

Díla ya.

COQUIN.

Para salir sin lesion
Sano y bueno de prision !

DON GUTIERRE.

¿ Cuál es?

COQUIN.

No volver allá.
¿ No estás bueno? No estás sano?
Con no volver, claro ha sido
Que sano y bueno has salido.

DON GUTIERRE.

¡ Vive Dios, necio, villano,
Que te mate por mi mano !
¿ Pues tú me has de aconsejar
Tan vil accion, sin mirar
La confianza que aquí
Hizo el alcaide de mí ?

COQUIN.

Señor, yo llego á dudar
(Que soy mas desconfiado)
De la condicion del Rey ;
Y así el honor de esa ley

No se entiende en el criado,
Y hoy estoy determinado
Á dejarte y no volver.

DON GUTIERRE.

¿ Dejarme tú?

COQUIN.

¿ Qué he de hacer?

DON GUTIERRE.

Y de ti, ¿ qué han de decir?

COQUIN.

¿ Y heme de dejar morir,
Por solo bien parecer?
Si el morir, señor, tuviera
Descarte ó enmienda alguna,
Cosa, que de dos la una,
Un hombre hacerla pudiera,
Yo probara la primera
Por servirte; mas ¿ no ves
Que rifa la vida es?
Entro en ella, vengo y tomo
Cartas, y piérdola : ¿ cómo
Me desquitaré despues?
Perdida se quedará,
Si la pierdo por tu engaño,
Desde aquí á ciento y un año.

ESCENA VII.

DOÑA MENCÍA, *muy alborotada.* — DICHOS.

DOÑA MENCÍA.

Señor, tu favor me da.

DON GUTIERRE.

¡ Válgame Dios! ¿ qué será?
¿ Qué puede haber sucedido?

DOÑA MENCÍA.

Un hombre...

DON GUTIERRE.

¡ Presto!

DOÑA MENCÍA.

Escondido
En mi aposento he encontrado,

Encubierto y rebozado.
Favor, Gutierre, te pido.

DON GUTIERRE.

¿ Qué dices? ¡ Válgame el cielo !
Ya es forzoso que me asombre.
¿ Embozado en casa un hombre ?

DOÑA MENCÍA.

Yo le vi.

DON GUTIERRE.

Todo soy hielo.
Toma esa luz.

COQUIN.

¿ Yo ?

DON GUTIERRE.

El recelo
Pierde, pues conmigo vas.

DOÑA MENCÍA.

Villano, ¿ cobarde estás ?
Saca tú la espada, y yo
Iré. — La luz se cayó.
(*Al tomar la luz, la mata disimuladamente.*)

ESCENA VIII.

JACINTA Y DON ENRIQUE, *siguiéndola.* — DICHOS.

DON GUTIERRE.

Esto me faltaba mas ;
Pero á obscuras entraré. (*Vase.*)

JACINTA (*ap. á Don Enrique*).

Síguete, señor, por mí.
Seguro vas por aquí,
Que toda la casa sé.

(*Miéntras Don Gutierre ha entrado dentro por una puerta, lleva Jacinta á Don Enrique por otro lado. Vuelve á salir Don Gutierre, y encuentra á Coquin.*)

COQUIN.

¿ Dónde iré yo?

DON GUTIERRE (*ap.*).

Ya encontré
El hombre.

COQUIN.

Señor, advierte...

DON GUTIERRE (*ap.*).

¡ Vive Dios, que desta suerte,
Hasta que sepa quién es,
Le he de tener! Que despues
Le darán mis manos muerte.

COQUIN.

Mira que yo...

DOÑA MENCÍA (*ap.*).

¡ Qué rigor!
Si es que con él ha encontrado,
¡ Ay de mí!

(*Vuelve Jacinta con luz.*)

DON GUTIERRE.

Luz han sacado. —
¿ Quién eres, hombre?

COQUIN.

Señor,
Yo soy.

DON GUTIERRE.

¡ Qué engaño! ¡ qué error!

COQUIN.

Pues yo¿ no te lo decia?

DON GUTIERRE.

Que me hablabas presumia,
Pero no que eras el mismo
Que tenia. ¡ Oh ciego abismo
Del alma y paciencia mia!

DOÑA MENCÍA.

¿ Salió ya, Jacinta? (*Ap. á ella.*)

JACINTA.

Sí.

DOÑA MENCÍA.

¿ Cómo esto en tu ausencia pasa?
Mira bien toda la casa;
Que como saben que aquí
No estás, se atreven así
Ladrones.

DON GUTIERRE.

Á verla voy.
Suspiros al cielo doy

Que mis sentimientos lleven,
Si es que á mi casa se atreven,
Por ver que en ella no estoy.
(*Vanse él y Coquin*)

ESCENA IX.

DOÑA MENCÍA, JACINTA.

JACINTA.

Grande atrevimiento fué
Determinarse, señora,
Á tan grande accion ahora.

DOÑA MENCÍA.

En ella mi vida hallé.

JACINTA.

¿ Por qué lo hiciste ?

DOÑA MENCÍA.

Porque
Si yo no se lo dijera,
Y Gutierre lo sintiera,
La presuncion era clara,
Pues no se desengañara
De que yo cómplice era ;
Y no fué dificultad
En ocasion tan cruel,
Haciendo del ladron fiel,
Engañar con la verdad.

ESCENA X.

DON GUTIERRE, *que debajo de la capa trae una daga.* —
DOÑA MENCÍA, JACINTA.

DON GUTIERRE (*á Doña Mencía*).

¿ Qué ilusion, qué vanidad
Desta suerte te burló ?
Toda la casa vi yo ;
Pero en ella no encontré
Sombra de que verdad fué
Lo que á ti te pareció.
(*Ap.* Mas engáñome ¡ay de mí!

Que esta daga que hallé ¡ cielos!
Con sospechas y recelos
Previene mi muerte en sí.
Mas no es esto para aquí.)
Mi bien, mi esposa, Mencía,
Ya la noche en sombra fria
Su manto va recogiendo,
Y cobardemente huyendo
De la hermosa luz del dia.
Mucho siento, claro está,
El dejarte en esta parte,
Por dejarte, y por dejarte
Con este temor; mas ya
Es hora.

DOÑA MENCÍA.

Los brazos da
Á quien te adora.

DON GUTIERRE.

El favor
Estimo.
(*Al ir á abrazarle Doña Mencía, ve la daga.*)

DOÑA MENCÍA.

Tente, señor!
¿ Tú la daga para mí?
En mi vida te ofendí,
Deten la mano al rigor,
[1] Deten...

DON GUTIERRE.

¿ De qué estás turbada,
Mi bien, mi esposa, Mencía?

DOÑA MENCÍA.

Al verte así, presumia
Que ya en mi sangre bañada,
Hoy moria desangrada.

DON GUTIERRE.

Como á ver la casa entré,
Así esta daga saqué.

1. Esta escena x y las cinco anteriores están escritas en décimas regulares; pero aquí, entre dos de ellas, hay una combinacion particular que consta de doce versos.

DOÑA MENCÍA.

Toda soy una ilusion.

DON GUTIERRE.

¡ Jesus, qué imaginacion!

DOÑA MENCÍA.

En mi vida te he ofendido.

DON GUTIERRE.

¡ Qué necia disculpa ha sido!
Pero suele una aprension
[1] Tales miedos prevenir.

DOÑA MENCÍA.

Mis tristezas, mis enojos,
Vanas quimeras y antojos,
Suelen mi engaño fingir.

DON GUTIERRE.

Si yo pudiere venir,
Vendré á la noche, y adios.

DOÑA MENCÍA.

Él vaya, señor, con vos. —
(*Ap.* ¡ Oh qué asombros! oh qué extremos!)

DON GUTIERRE (*ap.*).

¡ Ay honor, mucho tenemos
Que hablar á solas los dos! (*Vanse.*)

ESCENA XI.

Cámara real en el Alcázar.

DON DIEGO, Y EL REY *con broquel y capa de color, y mientras habla, se muda en traje de negro.*

REY.

Ten, Don Diego, esa rodela.

DON DIEGO.

Tarde vienes á acostarté.

REY.

Toda la noche rondé
De aquesta ciudad las calles,
Que quiero saber así
Sucesos y novedades

1. Véase la nota precedente.

De Sevilla, que es lugar
Donde cada noche salen
Cuentos nuevos; y deseo
Desta manera informarme
De todo, para saber
Lo que convenga.

DON DIEGO.

Bien haces,
Que el rey debe ser un Argos
En su reino, vigilante:
El emblema de aquel cetro
Con dos ojos lo declare.
Mas ¿qué vió tu Majestad?

REY.

Vi recatados galanes,
Damas desveladas vi,
Músicas, fiestas y bailes,
Muchos garitos, de quien
Eran siempre voces grandes
La tablilla, que decia:
« Aquí hay juego, caminante. »
Vi valientes infinitos:
Y no hay cosa que me canse
Tanto como ver valientes,
Y que por oficio pase
Ser uno valiente aquí.
Mas porque no se me alaben
Que no doy exámen yo
Á oficio tan importante,
Á una tropa de valientes
Probé solo en una calle.

DON DIEGO.

Mal hizo tu Majestad.

REY.

Ántes bien, pues con su sangre
Llevaron iluminada...

DON DIEGO.

¿Qué?

REY.

La carta del exámen.

ESCENA XII.

COQUIN. — DICHOS.

COQUIN (*ap.*).
No quise entrar en la torre
Con mi amo, por quedarme
Á saber lo que se dice
De su prision. Pero¡ tate!
(Que es un pero muy honrado
Del celebrado linaje
De los tates de Castilla),
Porque el Rey está delante.

REY.
Coquin.

COQUIN.
Señor.

REY.
¿ Cómo va?

COQUIN.
Responderé á lo estudiante.

REY.
¿ Cómo?

COQUIN.
De corpore bene,
Pero *de pecuniis male.*

REY.
Decid algo, pues sabéis,
Coquin, que como me agrade,
Tenéis aquí cien escudos.

COQUIN.
Fuera hacer tú aquesta tarde
El papel de una comedia
Que se intitula : *El Rey Ángel.*
Pero con todo eso traigo
Hoy un cuento que contarle,
Que remata en epigrama.

REY.
Si es vuestra, será elegante.
Vaya el cuento.

COQUIN.

Yo vi ayer
De la cama levantarse
Un capon con bigotera.
¿ No te ries de pensarle
Curándose sobre sano
Con tan vagamundo parche ?
Á esto un epigrama hice.
(No te pido, Pedro el Grande,
Casas ni viñas ; que solo
Risa pido : en este guante
Dad vuestra bendita risa
Á un gracioso vergonzante.)
« Floro, casa muy desierta
La tuya debe de ser,
Porque eso nos da á entender
La cédula de la puerta :
Donde no hay carta, ¿ hay cubierta?
¿ Cáscara sin fruta? No,
No pierdas tiempo; que yo,
Esperando los provechos,
He visto labrar barbechos,
Mas barbi-deshechos no. »

REY.

¡ Qué frialdad !

COQUIN.

No es mas caliente.

ESCENA XIII.

DON ENRIQUE. — DICHOS.

DON ENRIQUE.

Dadme vuestra mano.

REY.

Infante,
¿ Cómo estáis?

DON ENRIQUE.

Tengo salud,
Contento de que se halle
Vuestra Majestad con ella ;
Y esto, señor, á una parte :

Don Arias...

REY.

Don Arias es
Vuestra privanza : sacadle
De la prision, y haced vos,
Enrique, esas amistades,
Que á vos os deben las vidas.

DON ENRIQUE.

La tuya los cielos guarden,
Y heredero de ti mismo,
Apuestes eternidades
Con el tiempo. (*Vase el Rey.*)

ESCENA XIV.

DON ENRIQUE, DON DIEGO, COQUIN.

DON ENRIQUE.

Iréis, Don Diego,
Á la torre, y al Alcaide
Le diréis que traiga aquí
Los dos presos. (*Ap.* ¡ Cielos ! Dadme
(*Vase Don Diego.*)
Paciencia en tales desdichas
Y prudencia en tantos males.)
Coquin, ¿ tú estabas aquí ?

COQUIN.

Y mas me valiera en Flándes.

DON ENRIQUE.

¿ Cómo ?

COQUIN.

Es el Rey un prodigio
De todos los animales.

DON ENRIQUE.

¿ Por qué ?

COQUIN.

La naturaleza
Permite que el toro brame,
Ruja el leon, muja el buey,
El asno rebuzne, el ave
Cante, el caballo relinche,
Ladre el perro, el gato maye,

Aulle el lobo, el lechon gruña,
Y solo permitió darle
Risa al hombre, y Aristóteles
Risible animal le hace
Por difinicion perfecta ;
Y el Rey, contra el órden y arte,
No quiere reirse. Déme
El cielo para sacarle
Risa, todas las tenazas
Del buen gusto y del donaire. (*Vase.*)

ESCENA XV.

DON GUTIERRE, DON ARIAS, DON DIEGO. — DON ENRIQUE.

DON DIEGO.

Ya, señor, están aquí
Los presos.

DON GUTIERRE.

Danos tus plantas.

DON ARIAS.

Hoy al cielo nos levantas.

DON ENRIQUE.

El Rey mi señor de mí
(Porque humilde le pedí
Vuestras vidas este dia)
Estas amistades fía.

DON GUTIERRE.

El honrar es dado á vos. —
(*Coteja la daga que se halló con la espada del Infante.*)
(*Ap.* ¿ Qué es esto que miro ?¡ Ay Dios !)

DON ENRIQUE.

Las manos os dad.

DON ARIAS.

La mia
Es esta.

DON GUTIERRE.

Y estos mis brazos,
Cuyo lazo y nudo fuerte
No desatará la muerte,
Sin que los haga pedazos.

DON ARIAS.

Confirmen estos abrazos
Firme amistad desde aquí.

DON ENRIQUE.

Esto queda bien así.
Entrambos sois caballeros,
En acudir los primeros
Á su obligacion ; y así
Está bien el ser amigo
Uno y otro ; y quien pensare
Que no queda bien, repare
En que ha de reñir conmigo.

DON GUTIERRE.

Á cumplir, señor, me obligo
Las amistades que juro :
Obedeceros procuro,
Y pienso que me honéraris
Tanto, que de mí creréis
Lo que de mí estáis seguro.
Sois fuerte enemigo vos,
Y cuando lealtad no fuera,
Por temor no me atreviera
Á romperlas, vive Dios.
Vos y yo para otros dos :
Me estuviera á mí muy bien
Mostrar entónces tambien
Que sé cumplir lo que digo ;
Mas con vos por enemigo,
¿ Quién ha de atreverse ? ¿ quién ?
Tanto enojaros temiera
El alma cuerda y prudente,
Que á miraros solamente
Tal vez aun no me atreviera ;
Y si en ocasion me viera
De probar vuestros aceros,
Cuando yo sin conoceros
Á tal extremo llegara,
Que se muriera estimara
La luz del sol por no veros.

DON ENRIQUE.

(*Ap.* De sus quejas y suspiros
Grandes sospechas prevengo.)

Venid conmigo, que tengo
Muchas cosas que deciros,
Don Arias.

DON ARIAS.

Iré á serviros.

(*Vanse Don Enrique, Don Diego y Don Arias.*)

ESCENA XVI.

DON GUTIERRE.

Nada Enrique respondió,
Sin duda se convenció
De mi razon. ¡ Ay de mí !
¿ Podré ya quejarme ? Sí ;
Pero consolarme, nó.
Ya estoy solo, ya bien puedo
Hablar. ¡ Ay Dios ! quién pudiera
Reducir solo á un discurso,
Medir con sola una idea
Tantos géneros de agravios,
Tantos linajes de penas
Como cobardes me asaltan,
Como atrevidos me cercan !
¡ Ahora, ahora, valor,
Salga repetido en quejas,
Salga en lágrimas envuelto
El corazon á las puertas
Del alma, que son los ojos !
Y en ocasion como esta,
Bien podéis, ojos, llorar :
No lo dejéis de vergüenza.
¡ Ahora, valor, ahora
Es tiempo de que se vea
Que sabéis medir iguales
El valor y la prudencia !
Pero cese el sentimiento,
Y á fuerza de honor, y á fuerza
De valor, aun no me dé
Para quejarme licencia ;
Porque adula sus penas
El que pide á la voz justicia dellas.

Pero vengamos al caso,
Quizá hallarémos respuesta.
¡ Oh ! ruego á Dios que la haya !
¡ Oh ! plegue á Dios que la tenga ! —
Anoche llegué á mi casa,
Es verdad ; pero las puertas
Me abrieron luego, y mi esposa
Estaba segura y quieta.
En cuanto á que me avisaron
De que estaba un hombre en ella,
Tengo disculpa en que fué
La que me avisó ella mesma.
En cuanto á que se mató
La luz, ¿ qué testigo prueba
Aquí que no pudo ser
Un caso de contingencia ?
En cuanto á que hallé esta daga,
Hay criados de quien pueda
Ser. En cuanto (¡ ay dolor mio !)
Que con la espada convenga
Del Infante, puede ser
Otra espada como ella ;
Que no es labor tan extraña,
Que no hay mil que la parezcan.
Y apurando mas el caso,
Confieso (¡ ay de mí !) que sea
Del Infante, y mas confieso,
Que estaba allí, aunque no fuera
Posible dejar de verle ;
Mas siéndolo, ¿ no pudiera
No estar culpada Mencía ?
Que el oro es llave maestra,
Que las guardas de criadas
Por instantes nos falsea.
¡ Oh ! ¡ cuánto me estimo haber
Hallado esta sutileza !
Y así acortemos discursos,
Pues todos juntos se cierran
En que Mencía es quien es,
Y soy quien soy. No hay quien pueda
Borrar de tanto esplendor
La hermosura y la pureza.

— Pero si puede, mal digo ;
Que al sol una nube negra,
Si no le mancha, le turba,
Si no lo eclipsa, le hiela.
¿ Qué injusta ley condena,
Que muera el inocente y que padezca ?
Á peligro estáis, honor,
No hay hora en vos que no sea
Crítica, en vuestro sepulcro
Vivís, puesto que os alienta
La mujer, en ella estáis
Pisando siempre la huesa.
Yo os he de curar, honor,
Y pues al principio muestra
Este primero accidente
Tan grave peligro, sea
La primera medicina
Cerrar al daño las puertas,
Atajar al mal los pasos.
Y así os receta y ordena
El médico de su honra
Primeramente la dieta
Del silencio, que es guardar
La boca, tener paciencia :
Luego dice que apliquéis
Á vuestra mujer finezas,
Agrados, gustos, amores,
Lisonjas, que son las fuerzas
Defensibles, porque el mal
Con el despego no crezca ;
Que sentimientos, disgustos,
Celos, agravios, sospechas
Con la mujer, y mas propia,
Aun mas que sanan, enferman.
Esta noche iré á mi casa,
De secreto entraré en ella
Por ver qué malicia tiene
El mal ; y hasta apurar esta,
Disimularé, si puedo,
Esta desdicha, esta pena
Este rigor, este agravio,
Este dolor, esta ofensa,

Este asombro, este delirio,
Este cuidado, esta afrenta,
Estos celos... ¿Celos dije?
¡Qué mal hice! Vuelva
Al pecho la voz. Mas no,
Que si es ponzoña que engendra
Mi pecho, si no me dió
La muerte (¡ay de mí!) al verterla,
Al volverla á mí podrá;
Que de la víbora cuentan,
Que la mata su ponzoña,
Si fuera de sí la encuentra.
¿Celos dije? ¿Celos dije?
Pues basta; que cuando llega
Un marido á saber que hay
Celos, faltará la ciencia;
Y es la cura postrera
Que el médico de honor hacer intenta. (*Vase.*)

ESCENA XVII.

DON ARIAS, DOÑA LEONOR.

DON ARIAS.

No penséis, bella Leonor,
Que el no haberos visto fué
Porque negar intenté
Las deudas que á vuestro honor
Tengo; y acrêdor á quien
Tanta deuda se previene,
El deudor buscando viene,
No á pagar, porque no es bien
Que necio y loco presuma
Que pueda jamas llegar
A satisfacer y dar
Cantidad que fué tan suma;
Pero en fin, ya que no pago,
Que soy el deudor confieso:
No os vuelvo el rostro, y con eso
La obligacion satisfago.

DOÑA LEONOR.

Señor Don Arias, yo he sido

La que obligada de vos,
En las cuentas de los dos
Mas interés ha tenido.
Confieso que me quitásteis
Un esposo á quien queria ;
Mas quizá la suerte mia
Por ventura mejorásteis ;
Pues es mejor que sin vida,
Sin opinion, sin honor
Viva, que no sin amor,
De un marido aborrecida.
Yo tuve la culpa, yo
La pena siento, y así
Solo me quejo de mí
Y de mi estrella.

DON ARIAS.

Eso no :
Quitarme, Leonor hermosa,
La culpa, es querer negar
Á mis deseos lugar ;
Pues si mi pena amorosa
Os significo, ella diga
En cifra sucinta y breve
Que es vuestro amor quien me mueve,
Mi deseo quien me obliga
Á deciros, que pues fuí
Causa de penas tan tristes,
Si esposo por mí perdistes,
Tengáis esposo por mí.

DOÑA LEONOR.

Señor Don Arias, estimo,
Como es razon, la eleccion ;
Y aunque con tanta razon
Dentro del alma la imprimo,
Licencia me habéis de dar
De responderos tambien
Que no puede estarme bien,
No, señor, porque á ganar
No llegaba yo infinito ;
Sino porque si vos fuísteis
Quien á Gutierre le dísteis
De un mal formado delito

La ocasion, y ahora viera
Que me casaba con vos,
Fácilmente entre los dos
De aquella sospecha hiciera
Evidencia ; y disculpado,
Con demostracion tan clara,
Con todo el mundo quedara
De haberme á mí despreciado.
Y yo estimo de manera
El quejarme con razon,
Que no he de darle ocasion
Á la disculpa primera ;
Porque, si en un lance tal
Le culpan cuantos le ven,
No han de pensar que hizo bien
Quien yo pienso que hizo mal.

DON ARIAS.

Frívola respuesta ha sido
La vuestra, bella Leonor;
Pues cuando de antiguo amor
Os hubiera convencido
La experiencia, ella tambien
Disculpa en la enmienda os da.
¿ Cuánto peor os estará
Que tenga por cierto, quien
Le imaginó, vuestro agravio,
Y no le constó despues
La satisfaccion ?

DOÑA LEONOR.

No es
Amante prudente y sabio,
Don Arias, quien aconseja
Lo que en mi daño se ve.
Pues si agravio entónces fué,
No por eso ahora deja
De ser agravio tambien;
Y peor, cuanto haber sido
De imaginado á creido :
Y á vos no os estará bien
Tampoco.

DON ARIAS.

Como yo sé

La inocencia de ese pecho
En la ocasion, satisfecho
Siempre de vos estaré.
En mi vida he conocido
Galan necio, escrupuloso
Y con extremo celoso,
Que en llegando á ser marido,
No le castiguen los cielos.
Gutierre pudiera bien
Decirlo, Leonor; pues quien
Levantó tantos desvelos
De un hombre en la ajena casa,
Extremos pudiera hacer
Mayores, pues llega á ver
Lo que en la propia le pasa.

DOÑA LEONOR.

Señor Don Arias, no quiero
Escuchar lo que decís,
Que os engañáis, ó mentís.
Don Gutierre es caballero,
Que en todas las ocasiones
Con obrar y con decir
Sabrá, vive Dios, cumplir
Muy bien sus obligaciones;
Y es hombre cuya cuchilla,
Ó cuyo consejo sabio,
Sabrá no sufrir su agravio
Ni á un infante de Castilla.
Si pensáis vos que con eso
Mis enojos aduláis,
Muy mal, Don Arias, pensáis:
Y si la verdad confieso,
Mucho perdísteis conmigo;
Pues si fuérais noble vos,
No hablárades, vive Dios,
Así de vuestro enemigo.
Y yo, aunque ofendida estoy,
Y aunque la muerte le diera
Con mis manos si pudiera,
No le murmurara hoy
En el honor, desleal.
Sabed, Don Arias, que quien

Una vez le quiso bien,
No se vengará en su mal. (*Vase.*)

DON ARIAS.

No supe qué responder,
Muy grande ha sido mi error,
Pues en escuelas de honor
Arguyendo una mujer
Me convence. Iré al Infante,
Y humilde le rogaré
Que de estos cuidado dé
Parte ya de aquí adelante
Á otro; y porque no lo yerre,
Ya que el dia va á morir,
Me ha de matar, ó no he de ir
En casa de Don Gutierre. (*Vase.*)

ESCENA XVIII.

Jardin.

DON GUTIERRE, *que sale como saltando unas tapias.* — DOÑA MENCÍA, *durmiendo.*

DON GUTIERRE.

En el mudo silencio
De la noche, que adoro y reverencio,
Por sombra aborrecida [1],
Como sepulcro de la humana vida,
De secreto he venido
Hasta mi casa, sin haber querido
Avisar á Mencía
De que ya libertad del Rey tenia,
Para que descuidada
Estuviese (¡ay de mí!) desta jornada.
Médico de mi honra
Me llamo, pues procuro mi deshonra

1. Querrá decir *aunque aborrecida de otros*; porque si Gutierre *la adora y reverencia*, no cabe que *la aborrezca* tambien. Acaso esté errado el verso, y deba leerse, *puesto que aborrecida*. Mas abajo, en vez de *es en el mundo no querer su daño*, yo sustituiria *es en el mundo el de querer su daño*.

(Nota de D. Eugenio Hartzenbusch.)

Curar : y así he venido
Á visitar mi enfermo á hora que ha sido
De ayer la misma (¡ cielos !),
Á ver si el accidente de mis celos
Á su tiempo repite :
El dolor mis intentos facilite.
Las tapias de la huerta
Salté, porque no quise por la puerta
Entrar. ¡ Ay Dios ! qué introducido engaño
Es en el mundo, no querer su daño
Examinar un hombre,
Sin que el recelo ni el temor le asombre !
Dice mal quien lo dice ;
Que no es posible, no, que un infelice
No llore sus desvelos :
Mintió quien dijo que calló con celos,
O confiéseme aquí que no los siente
Mas ¡ sentir y callar ! otra vez miente.
Este es el sitio donde
Suele de noche estar ; aun no responde
El eco entre estos ramos.
Vamos pasito, honor, que ya llegamos;
Que en estas ocasiones
Tienen los celos pasos de ladrones. —
(Ve á Doña Mencía.)
¡ Ay, hermosa Mencía,
Qué mal tratas mi amor y la fe mia !
Volverme otra vez quiero.
Bueno he hallado mi honor, hacer no quiero
Por ahora otra cura,
Pues la salud en él está segura.
Pero ¿ ni una criada
La acompaña ? ¿ Si acaso retirada
Aguarda ?... — ¡ Oh pensamiento
Injusto ! oh vil temor ! oh infame aliento !
Ya con esta sospecha
No he de volverme ; y pues que no aprovecha
Tan grave desengaño,
Apuremos de todo en todo el daño.
Mato la luz, y llego, *(Apaga la luz.)*
Sin luz y sin razon, dos veces ciego;
Pues bien encubrir puedo

El metal de la voz, hablando quedo. —
¡ Mencía ! (*Despiértala.*)

DOÑA MENCÍA.

¡ Ay Dios ! ¿ qué es esto ?

DON GUTIERRE.

No dés voces.

DOÑA MENCÍA.

¿ Quién es ?

DON GUTIERRE.

Mi bien, yo soy: ¿ no me conoces ?

DOÑA MENCÍA.

Sí, señor; que no fuera
Otro tan atrevido...

DON GUTIERRE (*ap.*).

Ella me ha conocido.

DOÑA MENCÍA.

Que así hasta aquí viniera.
¿ Quién hasta aquí llegara,
Que no fuérades vos, que no dejara
En mis manos la vida,
Con valor y con honra defendida ?

DON GUTIERRE.

(*Ap.* ¡ Qué dulce desengaño !
¡ Bien haya, amen, el que apuró su daño !)
Mencía, no te espantes de haber visto
Tal extremo.

DOÑA MENCÍA.

¡ Qué mal, temor, resisto
El sentimiento !

DON GUTIERRE.

Mucha razon tiene
Tu valor.

DOÑA MENCÍA.

¿ Qué disculpa me previene...

DON GUTIERRE.

Ninguna.

DOÑA MENCÍA.

De venir así tu Alteza ?

DON GUTIERRE (*ap.*).

¡ Tu Alteza ! No es conmigo. ¡ Ay Dios ! ¡ qué escucho !
Con nuevas dudas lucho.
¡ Qué pesar ! ¡ qué desdicha ! ¡ qué tristeza !

DOÑA MENCÍA.

¿Segunda vez pretende ver mi muerte?
¿Piensa que cada noche...

DON GUTIERRE (*ap.*).

¡Oh trance fuerte!

DOÑA MENCÍA.

Puede esconderse...

DON GUTIERRE (*ap.*).

¡Cielos!

DOÑA MENCÍA.

Y matando la luz...

DON GUTIERRE (*ap.*).

¡Matadme, celos!

DOÑA MENCÍA.

Salir á riesgo mio
Delante de Gutierre?

DON GUTIERRE (*ap.*).

Desconfío
De mí, pues que dilato
Morir, y con mi aliento no la mato.
El venir no ha extrañado
El Infante, ni dél se ha recatado;
Sino solo ha sentido
Que en ocasion se ponga (¡estoy perdido!)
De que otra vez se esconda.
¡Mi venganza á mi agravio corresponda!

DOÑA MENCÍA.

Señor, vuélvase luego.

DON GUTIERRE (*ap.*).

¡Ay Dios! todo soy rabia, todo fuego.

DOÑA MENCÍA.

Tu Alteza así otra vez no llegue á verse.

DON GUTIERRE.

¿Quién por eso no mas ha de volverse?

DOÑA MENCÍA.

Mirad que es hora que Gutierre venga.

DON GUTIERRE.

(*Ap.* Habrá en el mundo quien paciencïa tenga?
Sí, si prudente alcanza
Oportuna ocasion á su venganza.)
No vendrá, yo le dejo
Entretenido; y guárdame un amigo

Las espaldas el tiempo que conmigo
Estáis: él no vendrá, yo estoy seguro.

ESCENA XIX.

JACINTA. — DICHOS.

JACINTA (*ap.*).

Temerosa procuro
Ver quién hablaba aquí.

DOÑA MENCÍA.

Gente he sentido.

DON GUTIERRE.

¿Qué haré?

DOÑA MENCÍA.

¿Qué? Retirarte,
No á mi aposento, sino á otra parte.
(*Retírase Don Gutierre al paño.*)
¡Hola!

JACINTA.

Señora...

DOÑA MENCÍA.

El aire que corria
Entre esos ramos, miéntras yo dormia,
La luz ha muerto: luego
Traed luces. (*Vase Jacinta.*)

DON GUTIERRE.

(*Ap.* Encendidas en mi fuego.
Si aquí estoy escondido,
Han de verme, y de todos conocido,
Podrá saber Mencía
Que he llegado á entender la pena mia.
Y porque no lo entienda,
Y dos veces ofenda,
Una con tal intento,
Y otra pensando que lo sé y consiento,
Dilatando su muerte,
He de hacer la deshecha desta suerte.)
(*Entrase, y dice en voz alta:*)
¡Hola! ¿Cómo está aquí desta manera?

DOÑA MENCÍA.

Este es Gutierre: otra desdicha espera

Mi espíritu cobarde.

DON GUTIERRE.

¡ No han encendido luces, y es tan tarde !

(*Sale Jacinta con luz, y Don Gutierre por otra puerta de donde se escondió.*)

JACINTA.

Ya la luz está aquí.

DON GUTIERRE.

¡ Bella Mencía !

DOÑA MENCÍA.

¡ Oh mi esposo, mi bien y gloria mia !

DON GUTIERRE (*ap.*).

¡ Qué fingidos extremos !
Mas, alma y corazon, disimulemos.

DOÑA MENCÍA.

Señor, ¿ por dónde entrásteis ?

DON GUTIERRE.

De esa huerta,
Con la llave que tengo, abrí la puerta.
Mi esposa, mi señora,
¿ En qué te entretenias?

DOÑA MENCÍA.

Vine ahora
Á este jardin, y entre estas fuentes puras
Me dejó al aire á obscuras.

DON GUTIERRE.

No me espanto, bien mio ;
Que el aire que mató la luz, tan frio
Corre, que es un aliento
Respirado del céfiro violento,
Y que no solo advierte
Muerte á las luces, á las vidas muerte,
Y pudieras dormida
Á sus soplos perder tambien la vida.

DOÑA MENCÍA.

Entenderte pretendo,
Y aunque mas lo procuro, no te entiendo.

DON GUTIERRE.

¿ No has visto ardiente llama
Perder la luz al aire que la hiere,
Y pue á este tiempo de otra luz inflama
Le pavesa ? Una vive y otra muere

Á solo un soplo. Así, desta manera,
La lengua de los vientos lisonjera
Matarte la luz pudo,
Y darme luz á mí.

DOÑA MENCÍA.

(*Ap.* El sentido dudo.)
Parece que celoso
Hablas en dos sentidos.

DON GUTIERRE.

(*Ap.* Riguroso
Es el dolor de agravios;
Mas con celos ningunos fueron sabios.)
¡ Celoso ! ¿ Sabes tú lo que son celos ?
Que yo no sé qué son ¡ viven los cielos !
Porque si lo supiera,
Y celos...

DOÑA MENCÍA (*ap.*).

¡ Ay de mí !

DON GUTIERRE.

Llegar pudiera
Á tener... ¿ qué son celos ?
Átomos, ilusiones y desvelos,
No mas que de una esclava, una criada,
Por sombra imaginada,
Con hechos inhumanos
Á pedazos sacara con mis manos
El corazon, y luego
Envuelto en sangre, desatado en fuego,
El corazon comiera
Á bocados, la sangre me bebiera,
El alma le sacara,
Y el alma ¡ vive Dios ! despedazara,
Si capaz de dolor el alma fuera.
— Pero ¿ cómo hablo yo desta manera ?

DOÑA MENCÍA.

Temor al alma ofreces.

DON GUTIERRE.

¡ Jesus, Jesus mil veces !
Mi bien, mi esposa, cielo, gloria mia,
Ah mi dueño, ah Mencía,
Perdona, por tus ojos,
Esta descompostura, estôs enojos ;

Que tanto un fingimiento
Fuera de mí llevó mi pensamiento:
Y vete por tu vida; que prometo
Que te miro con miedo y con respeto,
Corrido deste exceso.
¡Jesus! No estuve en mí, no tuve seso.

DOÑA MENCÍA (*ap.*).

Miedo, espanto, temor y horror tan fuerte
Parasismos han sido de mi muerte.

DON GUTIERRE (*ap.*).

Pues médico me llamo de mi honra,
Yo cubriré con tierra mi deshonra.

JORNADA TERCERA

Alcázar de Sevilla.

ESCENA PRIMERA

EL REY, DON GUTIERRE, Y TODO EL ACOMPAÑAMIENTO.

DON GUTIERRE.

Pedro, á quien el indio polo
Coronar de luz espera,
Hablarte á solas quisiera.

REY.

Idos todos. — Ya estoy solo.

(*Vase el acompañamiento.*)

DON GUTIERRE.

Pues á ti, español Apolo,
A ti, castellano Atlante,
En cuyos hombros constante
Se ve durar y vivir
Todo un orbe de zafir,
Todo un globo de diamante:
A ti pues rindo en despojos
La vida, mal defendida
De tantas penas, si es vida

Vida con tantos enojos.
No te espantes que los ojos
Tambien se quejen, señor;
Que dicen que amor y honor
Pueden, sin que á nadie asombre,
Permitir que llore un hombre;
Y yo tengo honor y amor.
Honor, que siempre he guardado
Como noble y bien nacido,
Y amor, que siempre he tenido
Como esposo enamorado:
Adquirido y heredado
Uno y otro en mí se ve,
Hasta que tirana fué
La nube que turbar osa
Tanto esplendor en mi esposa,
Y tanto lustre en mi fe.
No sé cómo signifique
Mi pena... Turbado estoy...
Y mas cuando á decir voy
Que fué vuestro hermano Enrique
Contra quien pido se aplique
Desta justicia el rigor:
No porque sepa, señor,
Que el poder mi honor contrasta;
Pero imaginarlo basta
Quien sabe que tiene honor.
La vida de vos espero
De mi honra: así la curo
Con prevencion, y procuro
Que esta la sane primero;
Porque si en rigor tan fiero
Malicia en el mal hubiera,
Junta de agravios hiciera,
Á mi honor desahuciara,
Con la sangre le lavara,
Con la tierra le cubriera. —
No os turbéis: con sangre digo
Solamente de mi pecho;
Que Enrique, estad satisfecho,
Está seguro conmigo.
Y para esto hable un testigo:

Esta daga, esta brillante
Lengua de acero elegante,
Suya fué; ved este dia
Si está seguro, pues fia
De mí su daga el Infante.

REY.

Don Gutierre, bien está;
Y quien de tan invencible
Honor corona las sienes,
Que con los rayos compiten
Del sol, satisfecho viva
De que su honor...

DON GUTIERRE.

No me obligue
Vuestra Majestad, señor,
Á que piense que imagine
Que yo he menester consuelos
Que mi opinion acrediten.
¡Vive Dios, que tengo esposa
Tan honesta, casta y firme,
Que deja atras las romanas
Lucrecia y Porcia, y Tomíris!
Esta ha sido prevencion
Solamente.

REY.

Pues decidme:
Para tantas prevenciones,
Gutierre, ¿qué es lo que visteis?

DON GUTIÉRRE.

Nada: que hombres como yo
No ven; basta que imaginen,
Que sospechen, que prevengan,
Que recelen, que adivinen,
Que... No sé cómo lo diga;
Que no hay voz que signifique
Una cosa, que aun no sea
Un átomo indivisible.
Solo á Vuestra Majestad
Di parte, para que evite
El daño que no hay; porqué
Si le hubiera, de mí fíe
Que yo le diera el remedio

En vez, señor, de pedirle.

REY.

Pues ya que de vuestro honor
Médico os llamáis, decidme,
Don Gutierre, ¿qué remedios
Ántes del último hicísteis?

DON GUTIERRE.

No pedí á mi mujer celos,
Y desde entónces la quise
Mas: vivia en una quinta
Deleitosa y apacible;
Y para que no estuviera
En las soledades triste,
Traje á Sevilla mi casa,
Y á vivir en ella vine,
Adonde todo lo goza
Sin que nada á nadie envidie;
Porque malos tratamientos
Son para maridos viles
Que pierden á sus agravios
El miedo, cuando los dicen.

REY.

El Infante viene allí,
Y si aquí os ve, no es posible
Que deje de conocer
Las quejas que dél me dísteis.
Mas acuérdome que un dia
Me dieron con voces tristes
Quejas de vos, y yo entónces
Detras de aquellos tapices
Escondí á quien se quejaba;
Y en el mismo caso pide
El daño el propio remedio,
Pues al revés lo repite.
Y así quiero hacer con vos
Lo mismo que entónces hice;
Pero con un órden mas,
Y es que nada aquí os obligue
Á descubriros. Callad
Á cuanto viéreis.

DON GUTIERRE.

Humilde

Estoy, señor, á tus piés.
Seré el pájaro que fingen
Con una piedra en la boca.
(*Escóndese.*)

ESCENA II.

DON ENRIQUE. — EL REY; DON GUTIERRE, *oculto*.

REY.

Vengáis norabuena, Enrique,
Aunque mala habrá de ser,
Pues me halláis...

DON ENRIQUE.

¡ Ay de mí triste !

REY.

Enojado.

DON ENRIQUE.

¿ Pues, señor,
Con quien lo estáis, que os obligue ?

REY.

Con vos, Infante, con vos.

DON ENRIQUE.

Será mi vida infelice.
Si enojado tengo al sol,
Veré mi mortal eclipse.

REY.

¿ Vos, Enrique, no sabéis
Que mas de un acero tiñe
El agravio en sangre real ?

DON ENRIQUE.

¿ Pues por quién, señor, lo dice
Vuestra Majestad ?

REY.

Por vos
Lo digo, por vos, Enrique.
El honor es reservado
Lugar, donde el alma asiste.
Yo no soy Rey de las almas :
Harto en esto solo os dije.

DON ENRIQUE.

No os entiendo.

REY.

Si á la enmienda
Vuestro amor no se apercibe,
Dejando vanos intentos
De bellezas imposibles,
Donde el alma de un vasallo
Con ley soberana vive,
Podrá ser de mi justicia
Que aun mi sangre no se libre.

DON ENRIQUE.

Señor, aunque tu precepto
Es ley que tu lengua imprime
En mi corazon, y en él
Como en el bronce se escribe,
Escucha disculpas mias;
Que no será bien que olvides
Que con iguales orejas
Ambas partes han de oirse.
Yo, señor, quise á una dama
(Que ya sé por quién lo dices,
Si bien, con poca ocasion):
En efecto, yo la quise
Tanto...

REY.

¿Qué importa, si ella
Es beldad tan imposible...?

DON ENRIQUE.

Es verdad, pero...

REY.

Callad.

DON ENRIQUE.

Pues, señor, ¿no me permites
Disculparme?

REY.

No hay disculpa;
Que es belleza que no admite
Objecion.

DON ENRIQUE.

Es cierto, pero
El tiempo todo lo rinde,
El amor todo lo puede.

REY.

(*Ap.* ¡Válgame Dios! qué mal hice
En esconder á Gutierre!)
Callad, callad.

DON ENRIQUE.

No te incites
Tanto contra mí, ignorando
La causa que á esto me obligue.

REY.

Yo lo sé todo muy bien.
(*Ap.* ¡Oh qué lance tan terrible!)

DON ENRIQUE.

Pues yo, señor, he de hablar:
En fin, doncella la quise.
¿Quién, decid, agravia á quién?
¿Yo á un vasallo...

DON GUTIERRE (*ap.*).

¡Ay infelice!

DON ENRIQUE.

Que ántes que fuese su esposa,
Fué?...

REY.

No tenéis qué decirme
Callad, callad, que ya sé
Que por disculpa fingísteis
Tal quimera. Infante, infante,
Vamos mediando los fines.
¿Conocéis aquesta daga?

DON ENRIQUE.

Sin ella á palacio vine
Una noche.

REY.

¿Y no sabéis
Dónde la daga perdísteis?

DON ENRIQUE.

No, señor.

REY.

Yo sí, pues fué
Adonde fuera posible
Mancharse con sangre vuestra,
A no ser el que la rige
Tan notable y leal vasallo.

¿No veis que venganza pide
El hombre que aun ofendido,
El pecho y las armas rinde?
¿Veis este puñal dorado?
Geroglífico es que dice
Vuestro delito: á quejarse
Viene de vos, y he de oirle.
Tomad su acero, y en él
Os mirad: veréis Enrique,
Vuestros defectos.

DON ENRIQUE.

Señor,
Considera que me riñes
Tan severo, que turbado...

REY.

Toma la daga. — ¿Qué hiciste,
(*Dale la daga, y al tomarla, turbado el Infante corta al Rey en la mano.*)
Traidor?

DON ENRIQUE.

¿Yo?

REY.

¿Desta manera
Tu acero en mi sangre tiñes?
¿Tú la daga que te di,
Hoy contra mi pecho esgrimes?
¿Tú me quieres dar la muerte?

DON ENRIQUE.

Mira, señor, lo que dices;
Que yo turbado...

REY.

¿Tú á mí
Te atreves? ¡Enrique, Enrique!
Deten el puñal, ya muero.

DON ENRIQUE.

¡Hay confusiones mas tristes!
Mejor es volver la espalda,
Y aun ausentarme y partirme
Donde en mi vida te vea,
(*Cáesele la daga.*)
Porque de mí no imagines
Que puedo verter tu sangre

Yo ¡ mil veces infelice! (*Vase.*)

REY.

¡ Válgame el cielo ! ¿ qué es esto ?
¡ Oh qué aprension insufrible !
Bañado me vi en mi sangre,
Muerto estuve. ¿ Qué infelice
Imaginacion me cerca,
Que con espantos horribles
Y con helados temores
El pecho y el alma oprime ?
Ruego á Dios que estos principios
No lleguen á tales fines,
Que con diluvios de sangre
El mundo se escandalice. (*Vase.*)

ESCENA III.

DON GUTIERRE.

¡ Todo es prodigios el dia !
Con asombros tan terribles,
De que yo estaba escondido
No es mucho que el Rey se olvide.
¡ Válgame Dios ! ¿ qué escuché?
Mas ¿ para qué lo repite
La lengua, cuando mi agravio
Con mi desdicha se mide?
Arranquemos de una vez
De tanto mal las raíces.
Muera Mencía, su sangre
Bañe el pecho donde asiste;
Y pues aqueste puñal
Hoy segunda vez me rinde
El Infante, con él muera.
(*Levanta la daga.*)
Mas no es bien que lo publique ;
Porque si sé que el secreto
Altas victorias consigue,
Y que agravio que es oculto
Oculta venganza pide,
Muera Mencía de suerte
Que ninguno lo imagine.

Pero ántes que llegue á esto,
La vida el cielo me quite,
Porque no vea tragedias
De un amor tan infelice.
¿Para cuándo, para cuándo
Esos azules viriles
Guardan un rayo? ¿No es tiempo
De que sus puntas se vibren,
Preciando de tan piadosos?
¿No hay, claros cielos, decidme,
Para un desdichado muerte?
¿No hay un rayo para un triste? (*Vase.*)

ESCENA IV.

Sala en casa de Don Gutierre.

DOÑA MENCÍA, JACINTA.

JACINTA.

Señora, ¿qué tristeza
Turba la admiracion á tu belleza,
Que la noche y el dia
No haces sino llorar?

DOÑA MENCÍA.

La pena mia
No se rinde á razones.
En una confusion de confusiones,
Ni medidas, ni cuerdas,
Desde la noche triste, si te acuerdas,
Que viviendo en la quinta,
Te dije que conmigo habia, Jacinta,
Hablado Don Enrique
(No sé cómo mi mal te signifiqué),
Y tú despues dijiste que no era
Posible, porque afuera
Á aquella misma hora que yo digo,
El Infante tambien habló contigo,
Estoy triste y dudosa,
Confusa, divertida y temerosa,
Pensando que no fuese
Gutierre quien conmigo habló.

JACINTA.

¿Pues ese
Es engaño que pudo
Suceder?

DOÑA MENCÍA.

Sí, Jacinta, que no dudo
Que de noche, y hablando
Quedo, y yo tan turbada, imaginando
En él mismo, vendria,
Bien tal engaño suceder podria.
Con esto el verle agora
Conmigo alegre, y que consigo llora
(Porque al fin los enojos,
Que son grandes amigos de los ojos,
No les encubren nada),
Me tiene en tantas penas anegada.

ESCENA V.

COQUIN. — DICHAS.

COQUIN.

Señora.

DOÑA MENCÍA.

¿Qué hay de nuevo?

COQUIN.

Apénas á contártelo me atrevo.
Don Enrique, el Infante...

DOÑA MENCÍA.

Tente, Coquin, no pases adelante.
Que su nombre no mas me causa espanto.
Tanto le temo, ó le aborrezco tanto.

COQUIN.

No es de amor el suceso,
Y por eso lo digo.

DOÑA MENCÍA.

Y yo por eso
Lo escucharé.

COQUIN.

El Infante
Que fué, señora, tu imposible amante,
Con Don Pedro su hermano

Hoy un lance ha tenido. Pero en vano
Contártele pretendo,
Por no saberle bien, ó porque entiendo
Que no son justas leyes
Que hombres de burlas hablen de los reyes.
Esto aparte, en efeto
Enrique me llamó, y con gran secreto
Dijo : « Á Doña Mencía
Este recado da de parte mia.
Que su desden tirano
Me ha quitado la gracia de mi hermano,
Y huyendo desta tierra,
Hoy á la ajena patria me destierra,
Donde vivir no espero,
Pues de Mencía aborrecido muero. »

DOÑA MENCÍA.

¿Por mí el Infante ausente,
Sin la gracia del Rey? ¡ Cosa que intente,
Con novedad tan grande,
Que mi opinion en voz del vulgo ande!
¿Qué haré? ¡cielos!

JACINTA.

Ahora
El remedio mejor será, señora,
Prevenir este daño.

COQUIN.

¿Cómo puede?

JACINTA.

Rogándole al Infante que se quede ;
Pues si una vez se ausenta,
Como dicen, por ti, será tu afrenta
Pública ; que no es cosa
La ausencia de un infante tan dudosa,
Que no se diga luego
Cómo y por qué.

COQUIN.

¿Pues cuándo oirá ese ruego,
Si, calzada la espuela,
Ya en su imaginacion Enrique vuela?

JACINTA.

Escribiéndole ahora
Un papel en que diga mi señora

Que á su opinion conviene
Que no se ausente ; pues para eso tiene
Lugar, si tú le llevas.

DOÑA MENCÍA.

Pruebas de honor son peligrosas pruebas ;
Pero con todo quiero
Escribir el papel, pues considero,
Y no con necio engaño,
Que es de dos daños este el menor daño,
Si hay menor en los daños que recibo.
Quedaos aquí los dos, miéntras yo escribo.
(*Vase.*)

ESCENA VI.

COQUIN, JACINTA.

JACINTA.

¿Qué tienes estos dias,
Coquin, que andas tan triste? ¿No solias
Ser alegre? ¿Qué efeto
Te tiene así?

COQUIN.

Metíme á ser discreto
Por mi mal, y hame dado
Tan grande hipocondría en este lado,
Que me muero.

JACINTA.

¿Y qué es hipocondría?

COQUIN.

Es una enfermedad que no la habia
Habrá dos años, ni en el mundo era.
Úsase poco há, y de manera
Lo que se usa, amiga, no se excusa,
Que una dama, sabiendo que se usa,
Le dijo á su galan muy triste un dia :
« Tráigame un poco uced de hipocondría. »

JACINTA.

¡Ay Dios! Voy á avisar á mi señora.

ESCENA VII.

DON GUTIERRE. — COQUIN, JACINTA.

DON GUTIERRE.

Tente, Jacinta, espera.
¿Dónde corriendo vas de esa manera?

JACINTA.

Avisar pretendia
Á mi señora de que ya venia
Tu persona.

DON GUTIERRE.

(*Ap.*) ¡ Oh criados,
En efecto, enemigos no excusados!
Turbados de temor los dos se han puesto.
Ven acá, díme tú lo que hay en esto :
Díme por qué corrias. (*A Jacinta.*)

JACINTA.

Solo por avisar de que venias,
Señor, á mi señora.

DON GUTIERRE.

El labio sella.
(*Ap.* Mas deste lo sabré mejor que della.)
Coquin, tú me has servido
Noble siempre, en mi casa te has criado :
A ti vuelvo rendido,
Díme, díme por Dios lo que ha pasado.

COQUIN.

Señor, si algo supiera,
De lástima no mas te lo dijera.
¡ Plegue á Dios ! mi señor...

DON GUTIERRE.

¡No, no dés voces!
¿ De qué aquí te turbaste?

COQUIN.

Somos de buen turbar; mas esto baste.

DON GUTIERRE.

(*Ap.* Señas los dos se han hecho.
Ya no son cobardías de provecho.)
Idos de aquí los dos. — Solos estamos,
(*Vanse los dos.*)

Honor, lleguemos ya, desdicha, vamos.
¿Quién vió en tantos enojos
Matar las manos y llorar los ojos?
(*Alza una cortina, y descubre á Doña Mencía escribiendo.*)

ESCENA VIII.

DONA MENCÍA. — DON GUTIERRE.

DON GUTIERRE (*ap.*).
Escribiendo Mencía
Está; ya es fuerza ver lo que escribia.
(*Llega á ella y quítale el papel.*)
DOÑA MENCÍA.
¡Ay Dios! ¡Válgame el cielo!
(*Se desmaya.*)
DON GUTIERRE.
Estatua viva se quedó de hielo.
(*Lee.*) *Vuestra Alteza, señor...* ¡Que por Alteza
Vino mi honor á dar á tal bajeza!
No se ausente... Detente,
Voz; pues le ruega aquí que no se ausente,
Á tanto mal me ofrezco,
Que casi las desdichas me agradezco. —
¿Si aquí la doy la muerte...?
Mas esto ha de pensarse desta suerte.
Despediré criadas y criados:
Solos han de quedarse mis cuidados
Conmigo; y ya que ha sido
Mencía la mujer que yo he querido
Mas en mi vida, quiero
Que en el último vale, en el postrero
Parasismo, me deba
La mas nueva piedad, la accion mas nueva.
Ya que la cura he de aplicar postrera,
No muera el alma, aunque la vida muera.
(*Escribe y vase. — Vuelve en sí Doña Mencía.*)

ESCENA IX.

DOÑA MENCÍA.

¡Señor, deten la espada,
No me juzgues culpada:
El cielo sabe que inocente muero!
¿Qué fiera mano, qué sangriento acero
En mi pecho ejecutas? ¡Tente, tente!
¡Una mujer no mates inocente! —
Mas ¿qué es esto? ¡ay de mí! ¿no estaba agora
Gutierre aquí? ¿No via (¿quién lo ignora?)
Que en mi sangre bañada,
Moria en rubias ondas anegada?
¡Ay Dios, este desmayo
Fué de mi vida aquí mortal ensayo!
¡Qué ilusion! Por verdad lo dudo y creo.
El papel romperé. — ¡Pero qué veo!
De mi esposo es la letra, y desta suerte
La sentencia me intima de mi muerte:
(*Lee.*) *El amor te adora, el honor te aborrece; y así el uno te mata y el otro te avisa. Dos horas tienes de vida: cristiana eres, salva el alma, que la vida es imposible.*
¡Válgame Dios! ¡Jacinta, hola! ¿Qué es esto?
Nadie responde? ¡Otro temor funesto!
¿No hay alguna criada?
Mas ¡ay de mí! la puerta está cerrada,
¿Nadie en casa me escucha.
Mucha es mi turbacion, mi pena es mucha.
Destas ventanas son los hierros rejas,
Y en vano á nadie le diré mis quejas,
Que caen á unos jardines, donde apénas
Habrá quien oiga repetidas penas.
¿Dónde iré desta suerte,
Tropezando en la sombra de mi muerte?
(*Vase.*)

ESCENA X.

Calle.

EL REY, DON DIEGO.

REY.

En fin, ¿Enrique se fué?

DON DIEGO.

Sí, señor : aquesta tarde
Salió de Sevilla.

REY.

Creo
Que ha presumido arrogante
Que él solamente de mí
Podrá en el mundo librarse.
¿Y dónde va?

DON DIEGO.

Yo presumo
Que á Consuegra.

REY.

Está el Infante
Maestre allí, y querrán los dos
Á mis espaldas vengarse
De mí.

DON DIEGO.

Tus hermanos son,
Y es forzoso que te amen
Como hermano, y como á rey
Te adoren : dos naturales
Obediencias son.

REY.

Y Enrique
¿Quién lleva que le acompañe?

DON DIEGO.

Don Arias.

REY.

Es su privanza.

DON DIEGO.

Música hay en esta calle.

REY.

Vámonos llegando á ellos:
Quizá con lo que cantaren,
Me templaré.

DON DIEGO.

La armonía
Es antídoto á los males.

CANTAN DENTRO.

El infante don Enrique
Hoy se despidió del Rey;
Su pesadumbre y su ausencia
Quiera Dios que pare en bien.

REY.

¡Qué triste voz! Vos, Don Diego,
Echad por aquesa calle,
No se nos escape quien
Canta desatinos tales.

(*Vase cada uno por su parte.*)

ESCENA XI.

Sala en la casa de Don Gutierre, en Sevilla.

DON GUTIERRE; LUDOVICO, *cubierto el rostro.*

DON GUTIERRE.

Entra, no tengas temor;
Que ya es tiempo que destape
Tu rostro y encubra el mio. (*Tápase.*)

LUDOVICO.

Válgame Dios!

DON GUTIERRE.

No te espante
Nada que vieres.

LUDOVICO.

Señor,
De mi casa me sacásteis
Esta noche; pero apénas
Me tuvísteis en la calle,
Cuando un puñal me pusísteis
Al pecho, sin que cobarde
Vuestro intento resistiese,

Que fué cubrirme y vendarme
El rostro, y darme mil vueltas
Luego á mis propios umbrales.
Dijísteisme que mi vida
Estaba en no destaparme;
Una hora he andado con vos,
Sin saber por dónde ande.
Y con ser la admiracion
De aqueste caso tan grave,
Mas me turba y me suspende
Impensadamente hallarme
En una casa tan rica,
Sin ver que la habite nadie
Sino vos, habiéndôs visto
Siempre ese embozo delante.
¿Qué me queréis?

DON GUTIERRE.

Que te esperes
Aquí solo un breve instante. (*Vase.*)

LUDOVICO.

¡Qué confusiones son estas
Que á tal extremo me traen!
¡Válgame Dios!

(*Vuelve Don Gutierre.*)

DON GUTIERRE.

Tiempo es ya
De que entres aquí; mas ántes
Escúchame: aqueste acero
Será de tu pecho esmalte,
Si resistes lo que yo
Tengo ahora de mandarte.
Asómate á ese aposento.
¿Qué ves en él?

LUDOVICO.

Una imágen
De la muerte, un bulto veo
Que sobre una cama yace:
Dos velas tiene á los lados,
Y un crucifijo delante.
Quién es, no puedo decir;
Que con unos tafetanes
El rostro tiene cubierto.

DON GUTIERRE.

Pues á ese vivo cadáver
Que ves, has de dar la muerte.

LUDOVICO.

Pues ¿ qué quieres?

DON GUTIERRE.

Que la sangres,
Y la dejes que rendida
Á su violencia, desmaye
La fuerza, y que en tanto horror
Tú atrevido la acompañes,
Hasta que por breve herida
Ella espire y se desangre.
No tienes que replicar,
Si buscas en mi piedades;
Sino obedecer, si quieres
Vivir.

LUDOVICO.

Señor, tan cobarde
Te escucho, que no podré
Obedecerte.

DON GUTIERRE.

Quien hace
Por consejos rigurosos
Mayores temeridades,
Darte la muerte sabrá.

LUDOVICO.

Fuerza es que mi vida guarde.

DON GUTIERRE.

Haces bien; que ya en el mundo
Hay quien viva porque mate.
Desde aquí te estoy mirando,
Ludovico: entra adelante.

(*Entrase Ludovico.*)

ESCENA XII.

DON GUTIERRE.

Este fué el mas sutil medio
Para que mi afrenta acabe
Disimulada, supuesto

Que el veneno fuera fácil
De averiguar, las heridas
Imposibles de ocultarse.
Y así, contando la muerte,
Y diciendo que fué lance
Forzoso hacer la sangría,
Ninguno podrá probarme
Lo contrario, si es posible
Que una venda se desate.
Haber traido á este hombre
Con recato semejante,
Fué bien; pues si descubierto
Viniera, y viera sangrarse
Una mujer, y por fuerza,
Fuera presuncion notable.
Este no podrá decir,
Cuando refiera este trance,
Quién fué la mujer; demas,
Que cuando de aquí le saque,
Muy léjos ya de mi casa
Estoy dispuesto á matarle.
Médico soy de mi honor:
La vida pretendo darle
Con una sangría; que todos
Curan á costa de sangre. (*Vase.*)

ESCENA XIII.

Calle.

EL REY Y DON DIEGO, *que vuelven á salir cada uno por su parte;* MÚSICA, *dentro.*

CANTAN DENTRO.

Para Consuegra camina,
Donde piensa que han de ser
Teatros de mil tragedias
Las montañas de Montiel.

REY.

¡Don Diego!

DON DIEGO.

Señor...

REY.

Supuesto
Que cantan en esta calle,
¿No hemos de saber quién es?
¿Habla por ventura el aire?

DON DIEGO.

No te desvele, señor,
Oir estas necedades;
Porque á vuestro enojo ya
Versos en Sevilla se hacen.

REY.

Dos hombres vienen aquí.

DON DIEGO.

Es verdad: no hay que esperarles
Respuesta. Hoy el conocerlos
Importa.

ESCENA XIV.

DON GUTIERRE, *que trae á* LUDOVICO *con los ojos vendados.* — DICHOS.

DON GUTIERRE (*ap.*).

¡Que así me ataje
El cielo, que con la muerte
Deste hombre eche otra llave
Al secreto! — Ya me es fuerza
De aquestos dos retirarme;
Que nada me está peor
Que conocerme en tal parte.
Dejaréle en este puesto. (*Vase.*)

ESCENA XV.

EL REY, DON DIEGO, LUDOVICO, *con los ojos vendados.*

DON DIEGO.

De los dos, señor, que ántes
Venian, se volvió el uno,
Y el otro se quedó.

REY.

Á darme

Confusion; que si le veo
Á la poca luz que esparce
La luna, no tiene forma
Su rostro: confusa imágen
El bulto, mal acabado,
Parece de un blanco jaspe.

DON DIEGO.

Téngase tu Majestad,
Que yo llegaré.

REY.

Dejadme,
Don Diego. — ¿Quién eres, hombre?

LUDOVICO.

Dos confusiones son parte,
Señor, á no responderos: (*Descúbrese.*)
La una, la humildad que trae
Consigo un pobre oficial,
Para que con reyes hable
(Que ya os conocí en la voz,
Luz que tan notorio os hace),
La otra, la novedad
Del suceso mas notable,
Que el vulgo, archivo confuso,
Califica en sus anales.

REY.

¿Qué os ha sucedido?

LUDOVICO.

Á vos
Lo diré, escuchadme aparte.

REY.

Retiraos allí, Don Diego.

DON DIEGO (*ap.*).

Sucesos son admirables
Cuantos esta noche veo:
Dios con bien della me saque.

LUDOVICO.

No la vi el rostro, mas solo
Entre repetidos ayes
Escuché: « Inocente muero
El cielo no te demande
Mi muerte. » Esto dijo, y luego
Espiró; y en este instante

El hombre mató la luz,
Y por los pasos, que ántes
Entré, salí. Sintió ruido
Al llegar á aquesta calle,
Y dejóme en ella solo.
Fáltame ahora de avisarte,
Señor, que saqué bañadas
Las manos en roja sangre,
Y que fuí por las paredes,
Como que quise arrimarme,
Manchando todas las puertas,
Por si pueden las señales
Descubrir la casa.

REY.

¡Bien
Hicistes! Venid á hablarme
Con lo que hubiereis sabido,
Y tomad este diamante,
Y decid que por las señas
Dél os permitan hablarme
A cualquier hora que vais.

LUDOVICO.

El cielo, señor, os guarde. (*Vase.*)

REY.

Vamos, Don Diego.

DON DIEGO.

¿Qué es eso?

REY.

El suceso mas notable
Del mundo.

DON DIEGO.

Triste has quedado.

REY.

Forzoso ha sido asombrarme.

DON DIEGO.

Vente á acostar, que ya el dia
Entre dorados celajes
Asoma.

REY.

No he de poder
Sosegar, hasta que halle
Una cosa cosa que deseo.

DON DIEGO.

¿No miras que ya el sol sale,
Y que podrán conocerte
Desta suerte?

ESCENA XVI.

COQUIN. — EL REY, DON DIEGO.

COQUIN.

Aunque me mates,
Habiéndote conocido,
¡Oh señor! tengo de hablarte:
Escúchame.

REY.

Pues, Coquin,
¿De qué los extremos son?

COQUIN.

Esta es una honrada accion,
De hombre bien nacido en fin;
Que aunque hombre me consideras
De burlas con loco humor,
Llegando á véras, señor,
Soy hombre de muchas véras.
Oye lo que he de decir,
Pues de véras vengo á hablar;
Que quiero hacerte llorar,
Ya que no puedo reir.
Gutierre, mal informado
Por aparentes recelos,
Llegó á tener viles celos
De su honor; y hoy obligado
Á tal sospecha, que halló
Escribiendo (¡error cruel!)
Para el Infante un papel
Á su esposa, que intentó
Con él que no se ausentase,
Porque ella causa no fuese
De que en Sevilla se viese
La novedad que causase
Pensar que ello le ausentaba...
Con esta inocencia pues

(Que á mí me consta), con piés
Cobardes, adonde estaba
Llegó, y el papel tomó,
Y, sus celos declarados,
Despidiendo á los criados,
Todas las puertas cerró,
Solo se quedó con ella.
Yo enternecido de ver
Una infelice mujer
Perseguida de su estrella,
Vengo, señor, á avisarte
Que tu brazo altivo y fuerte
Hoy la libre de la muerte.

REY.

¿Con qué he de poder pagarte
Tal piedad?

COQUIN.

Con darme aprisa
Libre, sin mas accidentes,
De la accion contra mis dientes.

REY.

No es ahora tiempo de risa.

COQUIN.

¿Cuándo lo fué?

REY.

Y pues el dia
Aun no se muestra, lleguemos,
Don Diego. (*Vanse.*)

ESCENA XVII.

Otra calle, y en ella la casa de Don Gutierre. En la puerta se ve la señal de una mano sangrienta.

Los mismos.

REY.

Así pues darémos
Color á una industria mia,
De entrar en casa mejor.
Diciendo que me ha cogido
Cerca el dia, y he querido

Disimular el color
Del vestido; y una vez
Allá, el estado verémos
Del suceso; y así harémos
Como Rey, supremo juez.

DON DIEGO.

No hubiera industria mejor.

COQUIN.

De su casa lo has tratado
Tan cerca, que ya has llegado;
Que esta es su casa, señor.

REY.

Don Diego, espera.

DON DIEGO.

¿Qué ves?

REY.

¿No ves sangrienta una mano
Impresa en la puerta?

DON DIEGO.

Es llano.

REY (*ap.*).

Gutierre sin duda es
El cruel que anoche hizo
Una accion tan inclemente.
No sé qué hacer. Cuerdamente
Sus agravios satisfizo.

ESCENA XVIII.

DOÑA LEONOR, INÉS, *con mantos.* — DICHOS.

DOÑA LEONOR.

Salgo á misa ántes del dia,
Porque ninguno me vea
En Sevilla, donde crea
Que olvido la pena mia.
Mas gente hay aquí. ¡Ay Inés!
¿El Rey qué hará en esta casa?

INÉS.

Tápate en tanto que pasa.

REY.

Accion excusada es,

Porque ya estáis conocida.

DOÑA LEONOR.

No fué encubrirme, señor,
Por excusar el honor
De dar á tus piés la vida.

REY.

Esa accion es para mí,
De recatarme de vos,
Pues sois acrédor, por Dios,
De mis honras; que yo os di
Palabra, y con gran razon,
De que he de satisfacer
Vuestro honor; y lo he de hacer
En la primera ocasion.

ESCENA XIX.

DON GUTIERRE. — DICHOS.

DON GUTIERRE (*dentro*).

¡ Hoy me he de desesperar,
Cielo airado, si no baja
Un rayo de esas esferas
Y en cenizas me desata!

REY.

¿ Qué es esto?

DON DIEGO.

Loco furioso
Don Gutierre de su casa
Sale.

REY.

¿ Dónde vais, Gutierre?

DON GUTIERRE (*sale*).

Á besar, señor, tus plantas;
Y de la mayor desdicha,
De la tragedia mas rara,
Escucha la admiracion,
Que eleva, admira y espanta.
Mencía, mi amada esposa,
Tan hermosa como casta,
Virtuosa como bella

(Dígalo á voces la fama);
Mencía, á quien adoré
Con la vida y con el alma,
Anoche á un grave accidente
Vió su perfeccion postrada,
Por desmentirla divina
Este accidente de humana.
Un médico, que lo es
El de mayor nombre y fama,
Y el que en el mundo merece
Inmortales alabanzas,
La recetó una sangría,
Porque con ella esperaba
Restituir la salud
Á un mal de tanta importancia.
Sangró en fin; que yo mismo,
Por estar sola la casa,
Llamé al sangrador, no habiendo
Ni criados ni criadas.
Á verla en su cuarto pues
Quise entrar esta mañana...
— Aquí la lengua enmudece.
Aquí el aliento me falta.
Veo de funesta sangre
Teñida toda la cama,
Toda la ropa cubierta,
Y que en ella ¡ ay Dios ! estaba
Mencía, que se habia muerto
Esta noche desangrada.
Ya se ve cuán fácilmente
Una venda se desata.
¿ Pero para qué presumo
Reducir hoy á palabras
Tan lastimosas desdichas ?
Vuelve á esta parte la cara,
Y verás sangriento el sol,
Verás la luna eclipsada,
Deslucidas las estrellas
Y las esferas borradas;
Y verás á la hermosura
Mas triste y mas desdichada,
Que por darme mayor muerte

No me ha dejado sin alma.
(*Descúbrese á Doña Mencía en la cama.*)

REY.

¡ Notable suceso ! (*Ap.* Aquí
La prudencia es de importancia.
Mucho en reportarme haré.
Tomó notable venganza.)
Cubrid ese horror que asombra,
Ese prodigio que espanta,
Espectáculo que admira,
Símbolo de la desgracia.
Gutierre, menester es
Consuelo; y porque le haya
En pérdida que es tan grande
Con otra tanta ganancia,
Dadle la mano á Leonor;
Que es tiempo que satisfaga
Vuestro valor lo que debe,
Y yo cumpla la palabra
De volver en la ocasion
Por su valor y su fama.

DON GUTIERRE.

Señor, si de tanto fuego
Aun las cenizas se hallan
Calientes, dadme lugar
Para que llore mis ansias.
¿ No queréis que escarmentado
Quede ?

REY.

Esto ha de ser, y basta.

DON GUTIERRE.

Señor, ¿ queréis que otra vez,
No libre de la borrasca,
Vuelva al mar ? Con qué disculpa ?

REY.

Con que vuestro Rey lo manda.

DON GUTIERRE.

Señor, escuchad aparte
Disculpas.

REY.

Son excusadas.
¿ Cuáles son ?

DON GUTIERRE.

Pues con esa condicion
Te la doy. Con esto acaba
El Médico de su honra
Perdonad sus muchas faltas.

Powerful, but most extraor. trag - or mel. - the whole study of char - in Mencia - etc - wholly subord. to tremendous viol. of incidents. Jan 11

FIN DE EL MÉDICO DE SU HONRA.

APUNTES SOBRE

AMAR DESPUES DE LA MUERTE

Si dudamos acerca de las fuentes de que manaron las principales comedias de CALDERON, no tenemos semejante duda con esta. El hecho no puede ser mas conocido y se encuentra contado con la mayor extension en la curiosa *Historia de las Guerras civiles de Granada*, de Don Gines Perez de Hita. Bueno será recorrerlo, aunque con brevedad, para que del cotejo de la historia y del drama, salga luminoso el genio de nuestro poeta.

Cuando el cerco de Galera, se hallaba en la plaza una hermana del capitan Maleh, de extremada belleza, que fué muerta en el asalto. Los que pudieron evadirse contaron la catástrofe al rey Aben-Abo y el capitan Maleh supo el hecho en Purchena. Un moro de pocos años, amado de Maleha, montó á caballo y partió para saber si su querida habia muerto ó estaba cautiva. El moro llega á Galera, va á casa de Maleha y la halla apuñalada en el patio, y tras una sentida explosion de dolor, jura vengarse, y vuelve á Purchena á informar al hermano de *su bien*. Tuzaní, que así se llamaba el moro, habia pasado la infancia en casa cristiana y hablaba el castellano con pureza suma. Se vistió de soldado español y fué al campo de Don Juan, donde se alistó en el tercio de Nápoles.

Durante años Tuzaní sigue con su idea fija de venganza, esperando descubrir al matador. Para ello, siempre que ve algunos soldados reunidos se junta con ellos, hace versar la conversacion sobre el saco de Galera, y se enorgullece de la matanza qué hizo de varias mujeres. Un dia, un soldado responde: No sé que corazon tenéis, si de eso os vanagloriáis: por mi parte una sola maté y el remordimiento es en mí eterno, mi dolor fué inmenso cuando vi á la hermosa á mis piés, bañada en

sangre, y mas aun cuando supe por otros cautivos que era la hermana del capitan Maleh de Purchena.

Tuzaní reconoce al instante al matador de su amada y le pregunta si no le queda nada de lo que la robó. El soldado ha conservado unas joyas que Tuzaní le compra. Le propone ir á pasearse por los alrededores de Andarax y á lo mejor le dice : « ¿ Conocerías la mora que mataste si vieses su retrato? — Sí — ¿ Sería esta? — Es ella misma. » Entónces Tuzaní se descubre, reta al soldado, luchan ambos con igual valor y Tuzaní queda victorioso. El soldado, que se llamaba Francisco Garces y era de Peal de Becerro, haciendo la guerra como voluntario, sin sueldo, falleció algunas horas despues del lance.

Vendido luego por un morisco, Tuzaní contó su historia á Don Juan de Austria que le habia hecho prender, y Don Juan con general aplauso le perdonó, le devolvió sus armas y le mandó á la compañía de Don Lope de Figueroa, en la que sirvió con alto valor y abnegacion cumplida.

Tal es la relacion de Perez de Hita, ó por mejor decir, el esqueleto de su relacion. Veamos ahora lo que ha hecho CALDERON.

La primera jornada ocurre en Granada y vemos una conspiracion para sacudir el yugo español en la que figuran Tuzaní y el padre de Clara, Maloc. Tres años despues comienza la jornada segunda. Tuzaní está casado con Clara; un hecho de armas los separa; la hermosa morisca es asesinada por un soldado que codicia sus joyas y Tuzaní que llega á tiempo para verla morir, no llega bastante á tiempo para detener ó reconocer al asesino. Esta primera variante es ya un rasgo de genio, y la escena es mucho mas patética que la descrita por Perez de Hita.

Como en la historia, Tuzaní toma el disfraz de caballero cristiano y se pone en busca del matador, debiendo guiarle las joyas de Clara, que conoce muy bien. Al fin llega á conocerle. Desde el principio de esta escena entre Garces y Tuzaní, el alma llega al cúmulo de la emocion y los nervios se tienden con una fuerza casi dolorosa. Hasta el sonsoniche de Alcuzcuz : « Ley ¡ser morir el mas feo! » repetido en varios modos, os da frio á lo largo de la espina dorsal. Y, cuando Garces, llega al fin y dice : « La atravesé el pecho, » y Tuzaní, arrojándose sobre él y hiriéndole, exclama : « ¿ Fué como esta la puñalada? » la admiracion es infinita, el efecto tragico sublime.

El duelo de la historia entre Tuzaní y Garces, puesto en es-

cena, habria sido ridículo y sin efecto alguno. La expresion: « ¿ Fué como esta la puñalada ? » es una de las más hermosas que conocemos en el teatro y sólo en Shakespeare se la puede hallar alguna equivalente como efecto dramático.

En cuanto al personaje de Tuzaní, magnífico desde el principio hasta el fin, no puede merecer más que una censura, y es la de atraer á él toda la atencion, toda la vida, cuando entre los personajes figura Don Juan de Austria; no se crea por esto que Don Juan haya sido descuidado del todo; tanto este carácter, como el de Garces y como el dulcísimo de Clara Malec están delineados con una maestría sorprendente.

Amar despues de la muerte no tiene época fija y sólo podemos decir que ya estaba escrito en 1651, pues desde ese año CALDERON escribió sólo fiestas reales ó autos sacramentales. Don Pedro CALDERON señala esta comedia en la lista del duque de Veragua con el título de *el Tuzaní de la Alpujarra*, más claro que el primero, que presta á la anfibología; sin embargo, no cabe duda que *Amar despues de la muerte* es un título calderoniano y no estamos léjos de considerarlo como el segundo de la obra.

AMAR DESPUES DE LA MUERTE

PERSONAS

DON ALVARO TUZANÍ.
DON JUAN MALEC, *viejo.*
DON FERNANDO DE VALOR.
ALCUZCUZ, *morisco.*
CADI, *morisco viejo.*
DON JUAN DE MENDOZA.
EL SEÑOR DON JUAN DE AUSTRIA.
DON LOPE DE FIGUEROA.
DON ALONSO DE ZUÑIGA, *corregidor.*
GARCES, *soldado.*
DOÑA ISABEL TUZANI.
DOÑA CLARA MALEC.
BEATRIZ, *criada.*
INES, *criada.*
UN CRIADO. — MORISCOS Y MORISCAS. — SOLDADOS CRISTIANOS. — SOLDADOS MORISCOS.

La escena es en Granada y en varios puntos de la Alpujarra.

JORNADA PRIMERA

Sala en casa de Cadí, en Granada.

ESCENA PRIMERA.

MORISCOS, *con casaquillas y calzoncillos, y* MORISCAS *con jubones blancos é instrumentos;* CADÍ Y ALCUZCUZ.

CADÍ.

¿ Están cerradas las puertas?

ALCUZCUZ.

Ya el portas estar cerradas.

CADÍ.

No entre nadie sin la seña
Y prosígase la zambra.
Celebremos nuestro dia,
Que es el viérnes, á la usanza
De nuestra nacion, sin que

Pueda esta gente cristiana,
Entre quien vivimos hoy
Presos en miseria tanta,
Calumniar ni reprender
Nuestras ceremonias.

TODOS.

Vaya.

ALCUZCUZ.

Mé pensar hacer astilias,
Sé tambien entrar en danza.

UNO. (*Canta.*)

Aunque en triste cautiverio,
De Alá por justo misterio,
Llore el africano imperio
Su mísera ley esquiva...

TODOS (*cantando*).

¡ Su ley viva !

UNO.

Viva la memoria extraña
De aquella gloriosa hazaña
Que en la libertad de España
A España tuvo cautiva.

TODOS.

¡ Su ley viva !

ALCUZCUZ (*cantando*).

Viva aquel escaramuza
Que hacer el jarife Muza,
Cuando darle en caperuza
Al españolilio antigua.

TODOS.

¡ Su ley viva !

(*Llaman dentro muy recio.*

CADÍ.

¿ Qué es esto ?

UNO.

Las puertas rompen.

CADÍ.

Sin duda cogernos tratan
En nuestras juntas ; que como
El Rey por edictos manda
Que se veden, la justicia,
Viendo entrar en esta casa

A tantos moriscos, viene
Siguiéndonos.
(*Llaman.*)

ALCUZCUZ.

Pues ya escampa.

ESCENA II.

DON JUAN MALEC. — DICHOS.

MALEC (*dentro*).

¿ Cómo os tardais en abrir
A quien desta suerte llama ?

ALCUZCUZ.

En vano llama á la puerta
Quien no ha llamado en el alma.

UNO.

¿ Qué harémos?

CADÍ.

Esconder todos
Los instrumentos, y abran
Diciendo que solo á verme
Venisteis.

OTRO.

Muy bien lo trazas.

CADÍ.

Pues todos disimulemos. —
Alcuzcuz, corre : ¿ qué aguardas ?

ALCUZCUZ.

Al abrir del porta, temo
Que ha de darme con la estaca
Cien palos el alguacil
En barriga, é ser desgracia
Que en barriga de Alcuzcuz
El leña, y no alcuzcuz haya.
(*Abre Alcuzcuz, y sale Don Juan Malec.*)

MALEC.

No os receleis.

CADÍ.

Pues, señor
Don Juan, cuya sangre clara
De Malec os pudo hacer

Veinticuatro de Granada,
Aunque de africano orígen,
¡ Vos desta suerte en mi casa!

MALEC.

Y no con poca ocasion
Hoy vengo buscándôs : basta
Deciros que á ella me traen
Arrastrando mis desgracias.

CADÍ (*ap. á los moriscos*).

El sin duda á reprendernos
Viene.

ALCUZCUZ.

Eso no perder nada.
¿ Prender no fuera peor
Que reprender?

CADÍ.

¿ Qué nos mandas?

MALEC.

Reportaos todos, amigos,
Del susto que el verme os causa.
Hoy entrando en el cabildo,
Envió desde la sala
Del rey Felipe Segundo
El presidente una carta,
Para que la ejecucion
De lo que por ella manda,
De la ciudad quede á cuenta.
Abrióse, empezó en voz alta
A leerla el secretario
Del cabildo ; y todas cuantas
Instrucciones contenia,
Todas eran ordenadas
En vuestro agravio. ¡ Qué bien
Pareja del tiempo llaman
A la fortuna, pues ambos
Sobre una rueda y dos alas,
Para el bien ó para el mal
Corren siempre y nunca paran!
Las condiciones pues eran
Algunas de las pasadas
Y otras nuevas que venian
Escritas con mas instancia,

En razon de que ninguno
De la nacion africana,
Que hoy es caduca ceniza
De aquella invencible llama
En que ardió España, pudiese
Tener fiestas, hacer zambras,
Vestir sedas, verse en baños,
Ni oirse en alguna casa
Hablar en su algarabía,
Sino en lengua castellana.
Yo, que por el mas antiguo,
El primero me tocaba
Hablar, dije que aunque era
Ley justa y prevencion santa
Ir haciendo poco á poco
De la costumbre africana
Olvido, no era razon
Que fuese con furia tanta;
Y así, que se procediese
En el caso con templanza,
Porque la violencia sobra
Donde la costumbre falta.
Don Juan, Don Juan de Mendoza,
Deudo de la ilustre casa
Del gran marqués de Mondéjar,
Dijo entónces: « Don Juan habla
Apasionado, porque
Naturaleza le llama
A que mire por los suyos,
Y así, remite y dilata
El castigo á los moriscos,
Gente vil, humilde y baja. —
Señor Don Juan de Mendoza
(Dije) cuando estuvo España
En la opresion de los moros
Cautiva en su propia patria,
Los cristianos, que mezclados
Con los árabes estaban,
Que hoy mozárabes se dicen,
No se ofenden, ni se infaman
De haberlo estado, porque
Mas engrandece y ensalza

La fortuna al padecerla
A veces, que al dominarla.
Y en cuanto á que son humildes,
Gente abatida y esclava,
Los que fuéron caballeros
Moros no debieron nada
A caballeros cristianos
El dia que con el agua
Del bautismo recibieron
Su fe católica y santa;
Mayormente los que tienen,
Como yo, de reyes tanta. —
Sí; pero de reyes moros,
Dijo. — Como si dejara
De ser real, le respondí,
Por mora, siendo cristiana
La de Válores, Cegríes,
De Venegas y Granadas. »
De una palabra á otra, en fin,
Como entramos sin espadas,
Unos y otros se empeñaron...
¡ Mal haya ocasion, mal haya,
Sin espadas y con lenguas,
Que son las peores armas,
Pues una herida mejor
Se cura que una palabra!
Alguna acaso le dije
Que obligase á su arrogancia
A que (aquí tiemblo al decirlo)
Tomándome (¡ pena extraña!)
El báculo de las manos,
Con él... Pero hasta esto basta;
Que hay cosas que cuesta mas
El decirlas que el pasarlas.
Este agravio que en defensa,
Esta ofensa que en demanda
Vuestra á mí me ha sucedido,
A todos juntos alcanza,
Pues no tengo un hijo yo
Que desagravie mis canas,
Sino una hija, consuelo
Que aflige mas que descansa.

Ea, valientes moriscos,
Noble reliquia africana,
Los cristianos solamente
Haceros esclavos tratan;
La Alpujarra (aquesa sierra
Que al sol la cerviz levanta,
Y que poblada de villas,
Es mar de peñas y plantas,
Adonde sus poblaciones
Ondas navegan de plata,
Por quien nombres las pusieron
De Galera, Berja y Gavia)
Toda es nuestra: retiremos
A ella bastimentos y armas.
Elegid una cabeza
De la antigua estirpe clara
De vuestros Abenhumeyas,
Pues hay en Castilla tantas,
Y haceos señores, de esclavos;
Que yo, á costa de mis ansias,
Iré persuadiendo á todos
Que es bajeza, que es infamia
Que á todos toque mi agravio,
Y no á todos mi venganza.

CADÍ.

Yo para el hecho que intentas...

OTRO.

Yo para la accion que trazas...

CADÍ.

Mi vida y mi hacienda ofrezco.

OTRO.

Ofrezco mi vida y alma.

UNO.

Todos decimos lo mismo.

UNA MORISCA.

Y yo en el nombre de cuantas
Moriscas Granada tiene,
Ofrezco joyas y galas.

(*Vanse Malec y varios moriscos.*)

ALCUZCUZ.

Mé, que solo tener una
Tendecilia en Vevarambla

De aceite, vinagre é higos,
Nueces, almendras é pasas,
Cebolias, ajos, pimentos,
Cintas, escobas de palma,
Hilo, agujas, faldriqueras
Con papel blanco é de estraza,
Alcamonios, agujetas
De perro, tabaco, varas,
Caniones para hacer plumas,
Hostios para cerrar cartas,
Ofrecer lievarla á cuestas
Con todas sus zarandajas,
Porque me he de ver, si llegan
A colmo mis esperanzas,
De todos los Alcuzcuzes
Marqués, conde ó duque.

UNO.

Calla,
Que estás loco.

ALCUZCUZ.

No estar loco.

OTRO.

Si no loco, es cosa clara
Que estás borracho.

ALCUZCUZ.

No estar,
Que jonior Mahoma manda
En su alacran no beber
Vino, y en mi vida nada
Lo he bebido... por los ojos;
Que si alguna vez me agrada,
Por no quebrar el costumbre,
Me lo bebo por la barba.

(*Vanse.*)

ESCENA III.

Sala en casa de Malec.

DOÑA CLARA, BEATRIZ.

DOÑA CLARA.

Déjame, Beatriz, llorar

En tantas penas y enojos;
Débanles algo á mis ojos
Mi desdicha y mi pesar.
Ya que no puedo matar
A quien llegó á deslucir
Mi honor, déjame sentir
Las afrentas que le heredo,
Pues ya que matar no puedo,
Pueda á lo ménos morir.
¡ Qué baja naturaleza
Con nosotras se mostró,
Pues cuando mucho, nos dió
Un ingenio, una belleza
Adonde el honor tropieza,
Mas no donde pueda estar
Seguro ! ¿ Qué mas pesar,
Si á padre y marido vemos
Que quitar su honor podemos,
Y no le podemos dar?
Si hubiera varon nacido,
Granada y el mundo viera
Hoy, si con un jóven era
Tan soberbio y atrevido
El Mendoza, como ha sido
Con un viejo... Y por hacer
Estoy que llegue á entender
Que no por mujer le dejo;
Pues quien riñó con un viejo,
Podrá con una mujer.
Pero es loca mi esperanza.
Esto es solamente hablar.
¡ Oh si pudiera llegar
A mis manos mi venganza !
Y mayor pena me alcanza
Verme ¡ ay infelice ! así,
Porque en un dia perdí
Padre y esposo, pues ya
Por mujer no me querrá
Don Alvaro Tuzaní.

ESCENA IV.

DON ALVARO. — DOÑA CLARA, BEATRIZ.

DON ÁLVARO.

Por mal agüero he tenido,
Cuando ya en nada repara
Mi amor, haber, bella Clara,
Mi nombre en tu boca oido;
Porque si la voz ha sido
Eco del pecho, sospecho
Que él, que en lágrimas deshecho
Está, sus penas dirá:
Luego soy tu pena ya,
Pues que me arrojas del pecho.

DOÑA CLARA.

No puedo negar que llena
De penas el alma esté,
Y andas tú en ellas, porqué
No eres tú mi menor pena.
De ti el cielo me enajena:
¡ Mira si eres la mayor!
Porque es tan grande mi amor,
Que tu mujer no he de ser,
Porque no tengas mujer
Tú, de un padre sin honor.

DON ÁLVARO.

Clara, no quiero acordarte
Cuánto respeto he tenido
A tu amor, y cuánto ha sido
Mi respeto en adorarte;
Sólo quiero en esta parte
Disculparme de que así
Haya entrado hoy hasta aquí,
Antes de haberte vengado;
Porque haberlo dilatado
Es lo mas que hago por ti.
Que aunque en las leyes del duelo
Con mujer no se ha de hablar,
Y aunque puedo consolar
Tu pena y tu desconsuelo

Con decir á tu desvelo
Que no llore y que no sienta;
Porque la accion que se intenta
Sin espada (mayormente
Cuando hay justicia presente)
Ni agravia, ofende ni afrenta;
De uno ni otro me aprovecho,
Mas de otra disculpa sí,
Y es decir que entrarme aquí
Antes de haber satisfecho
(Pasando al Mendoza el pecho)
A tu padre, accion ha sido
Cuerda; porque recibido
Está que no se vengó
Bien del ofensor, si no
Le dió muerte el ofendido,
Si no es que su hijo sea
Ó sea su hermano menor:
Y así, para que su honor
Hoy imposible no vea
La venganza que desea,
Una fineza he de hacer,
Que es pedirte por mujer
A Don Juan: y así, colijo
Que en siendo una vez su hijo,
Le podré satisfacer.
Solo á esto, Clara, he venido;
Y si me tuvo hasta aquí
Cobarde en pedirte así,
Haber tan pobre nacido;
Hoy que esto le ha sucedido,
Sólo le pida mi labio
Su agravio en dote: y es sabio
Acuerdo dármele, pues
Ya sabe el mundo que es
Dote de un pobre un agravio.

DOÑA CLARA.

Ni yo, Don Álvaro, espero
Acordarte, cuando lloro,
La verdad con que te adoro
Y la fe con que te quiero.
No intento decir que muero

Hoy, dos veces ofendida,
No que á tu aficion rendida,
No que en amorosa calma
Eres vida de mi alma
Y eres alma de mi vida;
Que sólo dar á entender
Quiero en confusion tan brava,
Que quien fuera ayer tu esclava,
Hoy no será tu mujer;
Porque si cobarde ayer
No me pediste, y hoy sí,
No quiero yo que de ti,
Murmurando el mundo, arguya
Que para ser mujer tuya,
Hubo que suplir en mí.
Rica y honrada pensé
Yo que áun no te merecia;
Mas como era dicha mia,
Solamente lo dudé:
Mira como hoy te daré
En vez de favor castigo,
Haciendo al mundo testigo
Que fué menester, señor,
Que me hallases sin honor
Para casarte conmigo.

DON ÁLVARO.

Yo lo intento por vengarte.

DOÑA CLARA.

Yo lo excuso por temerte.

DON ÁLVARO.

Esto, Clara, ¿no es quererte?

DOÑA CLARA.

¿No es esto, Álvaro, estimarte?

DON ÁLVARO.

No has de poder excusarte...

DOÑA CLARA.

Darme la muerte podré.

DON ÁLVARO.

Que yo á Don Juan le diré
Mi amor.

DOÑA CLARA.

Diré que es error.

DON ÁLVARO.

Y eso ¿es lealtad?

DOÑA CLARA.

Es honor.

DON ÁLVARO.

Y eso ¿es fineza?

DOÑA CLARA.

Esto es fe;
Pues á los cielos les juro
De no ser de otro mujer,
Como mi honor llegue á ver
De toda excepcion seguro.
Solo esto lograr procuro.

DON ÁLVARO.

¿Qué importa si?...

BEATRIZ.

Mi señor
Sube por el corredor
Con mucho acompañamiento.

DOÑA CLARA.

Retírate á este aposento.

DON ÁLVARO.

¡Qué desdicha!

DOÑA CLARA.

¡Qué rigor!
(*Vanse Don Álvaro y Beatriz.*)

ESCENA V.

DON ALONSO DE ZUÑIGA, DON FERNANDO VALOR Y DON JUAN MALEC. — DONA CLARA; DON ÁLVARO, *oculto*.

MALEC.

Clara...

DOÑA CLARA.

Señor...

MALEC.

(*Ap.* ¡Ay de mí!
¡Con cuánta pena te encuentro!)
Entrate, Clara, allá dentro.

DOÑA CLARA (*ap. á su padre.*).

¿Qué es esto?

MALEC.

Oye desde ahí.

(*Vase Doña Clara al cuarto donde está Don Alvaro, quedándose tras la puerta entreabierta.*)

DON ALONSO.

Don Juan de Mendoza preso
Queda en el Alhambra ya;
Y así preciso será,
En tanto que este suceso
Se compone, que lo estéis
Vos en vuestra casa.

MALEC.

Aceto
La carcelería, y prometo
Guardarla.

VÁLOR.

No lo estaréis
Mucho; que pues me ha dejado
El señor Corregidor
(Porque en el duelo de honor
Nunca la justicia ha entrado)
A mí hacer las amistades,
Yo las haré, procurando
El fin.

DON ALONSO.

Señor Don Fernando
De Válor, con dos verdades
Se sanea una malicia;
Pues que no hay agravio, es ley,
Ni en el palacio del Rey
Ni en tribunal de justicia.
Todos lo somos allí,
Y allí no le puede haber.

VÁLOR.

El medio pues ha de ser
Este...

DON ÁLVARO (*ap. á Doña Clara*).

¿Oyeslo todo?

DOÑA CLARA.

Sí.

VÁLOR.

Que en este caso no hay medio

Que le sanee mejor.
Escuchadme.

MALEC.

¡Ay del honor
Que se cura con remedio!

VÁLOR.

Don Juan de Mendoza es
Tan bizarro caballero
Como ilustre, está soltero,
Y Don Juan de Malec, pues,
En quien sangre ilustre dura
De los reyes de Granada,
Tiene una hija celebrada
Por su ingenio y su hermosura.
A nadie toca tomar,
Si satisfacion desea,
La causa, sino á quien sea
Su yerno. Pues con casar
A Don Juan con Doña Clara,
Estará cierto...

DON ÁLVARO (*ap.*)

¡Ay de mí!

VÁLOR.

Que no pudiendo por sí
Vengarse la ofensa rara,
Pues habiendo á un tiempo sido
Interesado en su honor,
Como tercero ofensor,
Y como su hijo ofendido;
En no teniendo de quién
Estar ofendido pueda,
Por la misma razon queda
Seguro. Don Juan tambien,
No habiendo de darse muerte
A sí mismo en tanto abismo,
Vendrá á tener en sí mismo
Su mismo agravio : de suerte
Que no pudiendo agraviarse
Un hombre á sí, haciendo sabio
Dueño á Don Juan del agravio,
No tiene de quién vengarse,
Y queda limpio el honor

De los dos, pues en efeto
No caben en un sujeto
Ofendido y ofensor.

DON ÁLVARO (*ap. á Doña Clara*).

Yo responderé.

DOÑA CLARA.

Detente,
No me destruyas, por Dios.

DON ALONSO.

Eso está bien á los dos.

MALEC.

Hay mayor inconveniente,
Pues toda nuestra esperanza
Que Clara deshaga entiendo...

DOÑA CLARA (*ap*).

El cielo me va trayendo
A las manos la venganza.

MALEC.

Que mi hija, no sabré
Si hombre que aborreció ya
Con tanta ocasion, querrá
Por marido.

(*Sale Doña Clara.*)

DOÑA CLARA.

Si querré;
Que importa ménos, señor,
Si aquí tu opinion estriba,
Que yo sin contento viva,
Que vivir tú sin honor.
Porque si fuera tu hijo,
La ira me estaba llamando,
Bien muriendo ó bien matando;
Y siendo tu hija, colijo
Que en el modo que pudiere
Te debo satisfacer,
Y así, seré su mujer:
De cuyo efecto se infiere
Que estoy tu honor defendiendo,
Que estoy tu fama buscando.
(*Ap.* Y pues no puedo matando,
Quiero vengarte muriendo.)

DON ALONSO.

Vuestro ingenio solo pudo
En un concepto cifrar
Conclusion tan singular.

VÁLOR.

Y ya el efecto no dudo.
Escríbase en un papel
Esto que aquí se trató,
Para que le lleve yo.

DON ALONSO.

Ambos irémos con él.

MALEC (*ap*).

Quiero usar de aqueste medio,
Miéntras empieza el motin.

VÁLOR.

Todo esto tendrá buen fin,
Pues estoy yo de por medio.

(*Vanse los tres.*)

DOÑA CLARA.

Ahora que á un aposento
Se han retirado á escribir,
Podrás Álvaro, salir.

ESCENA VI.

DON ÁLVARO. — DOÑA CLARA.

DON ÁLVARO.

Sí haré, sí haré, y con intento
De no volver á ver mas
Alma tan mudable en pecho
Tan noble; y el no haber hecho,
Cuando la muerte me das,
Un notable extremo aquí,
No fué respeto, no fué
Temor, gusto sí, porqué
Mujer tan baja...

DOÑA CLARA.

¡Ay de mí!

DON ÁLVARO.

Que á un tiempo, con vil intento,
Fe injusta, estilo liviano,

Ofrece á un hombre la mano
Y á otro tiene en su aposento,
No me está bien que se diga
Que nunca la quise bien.

DOÑA CLARA.

La voz, Álvaro, deten,
A que un engaño te obliga;
Que yo te satisfaré
Con el tiempo.

DON ÁLVARO.

Estas no son
Cosas de satisfaccion.

DOÑA CLARA.

Podrán serlo.

DON ÁLVARO.

¿No escuché
Yo que la mano darias
Hoy al de Mendoza?

DOÑA CLARA.

Sí;
Pero no sabes de mí
El fin de las ansias mias.

DON ÁLVARO.

¿Qué fin? Darme muerte. Advierte
Si hay disculpa que te cuadre,
Pues el agravió á tu padre
Y á mí me ha dado la muerte.

DOÑA CLARA.

El tiempo, Álvaro, podrá
Desengañarte algun dia
Que es constante la fe mia,
Y que esta mudanza está
Tan de tu parte...

DON ÁLVARO.

¿Quién vió
Tan sutil engaño? Di,
¿No le das la mano?

DOÑA CLARA.

Sí.

DON ÁLVARO.

¿No has de ser su mujer?

DOÑA CLARA.

No.

DON ÁLVARO.

Pues ¿qué medio puede haber...

DOÑA CLARA.

No me preguntes en vano.

DON ÁLVARO.

Clara, entre darle la mano
Y entre no ser su mujer?

DOÑA CLARA.

Darle la mano, quizá
Será traerle á mis brazos,
Con que le he de hacer pedazos.
¿Estás satisfecho ya?

DON ÁLVARO.

No; que si él muere en tus lazos,
Dejará ¡ay Dios! al morir
Muy desvalido el vivir,
Porque son, Clara, tus brazos
Para verdugos muy bellos.
Pero ántes que (ya que sea
Ese tu intento) él se vea
Ni aún para morir en ellos,
Curaré de mis desvelos
Yo con su muerte el rigor.

DOÑA CLARA.

Eso ¿es amor?

DON ÁLVARO.

Es honor.

DOÑA CLARA.

Esa ¿es fineza?

DON ÁLVARO.

Son celos.

DOÑA CLARA.

Mira, mi padre escribió.
¡Quién detenerte pudiera!

DON ÁLVARO.

¡Qué poco menester fuera
Para detenerme yo!

(*Vanse.*)

ESCENA VII.

Sala en la Alhambra.

DON JUAN DE MENDOZA, GARCES.

MENDOZA.

Nunca en razon la cólera consiste.

GARCES.

No te disculpes. ¡Qué! Muy bien hiciste
En ponerle la mano;
Que no por viejo el que es nuevo cristiano
Piense que inmunidad el serlo goza
De atreverse á un González de Mendoza.

MENDOZA.

Hay mil hombres que en fe de sus estados
Son soberbios, altivos y arrojados.

GARCES.

Para aquestos traia el condestable
Don Iñigo (el acuerdo era admirable)
En la cinta una espada,
Y otra que le servia de cayada.
Preguntándole un dia,
Que dos espadas á qué fin traía,
Dijo: « La de la cinta se prefiere
« Para aquel que en la cinta la trajere;
« Estotra, que de palo me ha servido,
« Para quien no la trae y es atrevido. »

MENDOZA.

Muy bien mostró deber los caballeros
Traer para dos acciones dos aceros.
Ya que el triunfo ha salido
De espadas, dame aquesa que has traido,
Porque á cualquier suceso
No me halle sin espada, aunque esté preso.

GARCES.

Yo me agradezco haber la vuelta dado
Hoy á tu casa en tiempo que á tu lado
Puedo servirte, si enemigos tienes.

MENDOZA.

Y ¿cómo de Lepanto, Garces, vienes?

GARCES.

Como quien ha tenido
Fortuna de haber sido
En ocasion soldado,
Que haya en faccion tan grande militado
Debajo de la mano y disciplina
Del hijo de aquel águila divina,
Que en vuelo infatigable y sin segundo
Debajo de sus alas tuvo al mundo.

MENDOZA.

¿Cómo el señor Don Juan llegó?

GARCES.

Contento
De la empresa.

MENDOZA.

¿Fué grande?

GARCES.

Escucha atento.
Con la liga...

MENDOZA.

Detente, porque ha entrado
Tapada una mujer.

GARCES.

Soy desdichado,
Pues á quínola puesto de romance,
Me entra figura con que pierdo el lance.

ESCENA VIII.

DOÑA ISABEL TUZANÍ, *tapada*. — DICHOS.

DONA ISABEL.

Señor Don Juan de Mendoza,
¿Podrá una mujer que viene
A veros en la prision,
Saber de vos solamente
Cómo en la prision os va?

MENDOZA.

Pues ¿por qué no? — Garces, vete.

GARCES.

Mira, señor, que no sea...

MENDOZA.

En vano dudas y temes;
Que ya el habla he conocido.

GARCE.

Por eso me voy.

MENDOZA.

Bien puedes.

(*Vase Garces.*)

ESCENA IX.

DOÑA ISABEL, DON JUAN DE MENDOZA.

MENDOZA.

En igual duda los ojos
Y los oídos me tienen,
Porque de los dos no sé
Cuál dijo verdad ó miente:
Porque si á los ojos creo,
No pareces tú lo que eres;
Y si creo á los oídos,
No eres tú lo que pareces.
Merezca pues ver corrida
La sutil nube aparente
Del negro cendal, porqué
Si una vez la luz la vence,
Digan mis ojos y oídos
Que hoy amaneció dos veces.

DOÑA ISABEL.

Por no obligaros, Don Juan,
A que dudéis mas quién puede
Ser quien os busca, es razon
Descubrirme; que no quieren
Mis celos que adivineis
A quién la fineza deben.
Yo soy...

MENDOZA.

¡Isabel, señora!
Pues ¡tú en mi casa, y tú en este
Traje, fuera de la tuya!
¡Tú á buscarme desta suerte
¿Cómo era posible, cómo

Que vanas dichas creyese ?
Luégo fué fuerza dudarlas.

DOÑA ISABEL.

Apénas cuanto sucede
Supe, y que aquí estabas preso,
Cuando mi amor no consiente
Más dilacion en buscarte ;
Y ántes que á casa volviese
Don Alvaro Tuzaní
Mi hermano, he venido á verte
Con una criada sola
(Mira ya lo que me debes)
Que á la puerta dejo.

MENDOZA.

Pueden
Hoy con aquesta fineza,
Isabel, desvanecerse
Las desdichas, pues por ellas...

ESCENA X.

INES, *con manto asustada.* — DICHOS.

INES.

Ay señora !

DOÑA ISABEL.

Ines, ¿ qué tienes ?

INES.

Don Alvaro mi señor
Viene aquí.

DOÑA ISABEL.

¿ Si conocerme
Pudo, aunque tan disfrazada
Vine ?

MENDOZA.

¡ Qué lance tan fuerte !

DOÑA ISABEL.

Si me siguió, yo soy muerta.

MENDOZA.

Si estás conmigo, ¿ qué temes ?
Entrate en aquesa sala
Y cierra ; que aunque él intente

Hallarte, no te hallará,
Si ántes no me da la muerte.

DOÑA ISABEL.

En grande peligro estoy.
¡ Valedme, cielos, valedme !
(*Eccóndense las dos.*)

ESCENA XI.

DON ALVARO. — DON JUAN DE MENDOZA ; DOÑA ISABEL, *escondida*.

DON ÁLVARO.

Señor Don Juan de Mendoza,
Hablar con vos me conviene
A solas.

MENDOZA.

Pues solo estoy.

DOÑA ISABEL (*ap. al paño*).

¡ Qué descolorido viene !

DON ÁLVARO. (*ap*).

Pues cerraré aquesa puerta.

MENDOZA.

Cerradla. (*Ap.* ¡ Buen lance es este !)

DON ÁLVARO.

Ya pues que cerrada está,
Escuchadme atentamente.
En una conversacion
Supe ahora cómo vienen
A buscaros...

MENDOZA.

Es verdad.

DON ÁLVARO.

A esta prision...

MENDOZA.

Y no os mienten.

DON ÁLVARO.

Quien con el alma y la vida
En aquesta accion me ofende.

DOÑA ISABEL. (*ap. al paño*).

¿ Qué mas se ha de declarar ?

MENDOZA (*ap.*).

¡Cielos! ya no hay quien espere.

DON ÁLVARO.

Y así, he querido llegar
(Antes que los otros lleguen,
Queriendo efectuar con esto
Amistades indecentes)
En defensa de mi honor.

MENDOZA.

Eso mi ingenio no entiende.

DON ÁLVARO.

Pues yo me declararé.

DOÑA ISABEL. (*ap. al paño*).

Otra vez mi pecho aliente;
Que no soy yo la que busca.

DON ÁLVARO.

El Corregidor pretende,
Con Don Fernando de Válor,
De Don Juan Malec pariente,
Hacer estas amistades,
Y á mí solo me compete
Estorbarlas. La razon,
Aunque muchas darse pueden,
Yo dárosla á vos no quiero;
Y en fin, sea lo que fuere,
Yo vengo á saber de vos,
Por capricho solamente,
Si es valiente con un jóven
Quien con un viejo es valiente,
Y en efecto, vengo solo
A darme con vos la muerte.

MENDOZA.

Merced me hubiérades hecho
En decirme brevemente
Lo que pretendeis, porqué
Juzgué, confuso mil veces,
Que era otra la ocasion
De mas cuidado, porque ese
No es cuidado para mí.
Y puesto que no se debe
Rehusar reñir con cualquiera
Que reñir conmigo quiere

Antes que esas amistades
Que decís que tratan, lleguen,
Y que os importa estorbarlas
Por la ocasion que quisiereis,
Sacad la espada.

DON ÁLVARO.

A eso vengo ;
Que me importa daros muerte
Mas presto que vos pensais.

MENDOZA.

Pues campo bien solo es este.

(*Riñen.*)

DOÑA ISABEL (*ap. al paño*).

De una confusion en otra,
Mas desdichas me suceden.
¿ Quién á su amante y su hermano
Vió reñir, sin que pudiese
Estorbarlo ?

MENDOZA (*ap.*).

¡ Qué valor !

DON ÁLVARO (*ap.*).

¡ Qué destreza !

DOÑA ISABEL (*ap. al paño*).

¿ Qué he de hacerme
Que veo jugar á dos,
Y deseo entrambas suertes,
Porque van ambos por mí,
Si me ganan ó me pierden...

(*Tropezando en una silla, cae Don Álvaro : sale Doña Isabel tapada y detiene á Don Juan.*)

DON ÁLVARO.

Tropezando en esta silla,
He caido.

DOÑA ISABEL.

¡ Don Juan, tente !
(*Ap.* Pero ¿ qué hago ? El afecto
Me arrebató desta suerte.) (*Retírase.*)

DON ÁLVARO.

Mal hicisteis en callarme
Que estaba aquí dentro gente.

MENDOZA.

Si á daros la vida estaba,

No os quejeis ; que más parece
Que estar conmigo, reñir
Con dos, si á ampararos viene.
Aunque hizo mal, porque yo
De caballero las leyes
Sé tambien ; que habiendo visto
Que el caer es accidente,
Os dejara levantar.

DON ÁLVARO.

Ya tengo que agradecerle
Dos cosas á aquesa dama :
Que á darme la vida llegue,
Y llegue ántes que de vos
La reciba, porque quede,
Sin aquesta obligacion,
Capaz mi enojo valiente
Para volver á reñir.

MENDOZA.

¿ Quién, Don Alvaro, os detiene ?
(*Riñen.*)

DOÑA ISABEL (*ap al paño*).

¡ Oh quién pudiera dar voces !
(*Llaman dentro á la puerta.*)

DON ÁLVARO.

A la puerta llama gente.

MENDOZA.

¿ Qué harémos ?

DON ÁLVARO.

Que muera el uno
Y abra luégo el que viviere.

MENDOZA.

Decís bien.

DOÑA ISABEL (*saliendo*).

Primero yo
Abriré, porque ellos entren.

DON ÁLVARO.

No abrais.

MENDOZA.

No abrais.
(*Abre Doñn Isabel.*)

ESCENA XII.

DON FERNANDO DE VALOR, DON ALONSO: *despues*, INES. — DOÑA ISABEL, *tapada*; DON ALVARO, DON JUAN DE MENDOZA.

DOÑA ISABEL.

Caballeros,
Los dos que mirais presentes
Se quieren matar.

DON ALONSO.

Teneos,
Porque hallándôs desta suerte
Riñendo á ellos y aquí á vos,
Se dice bien claramente
Que sois la causa.

DOÑA ISABEL (*ap.*)

¡ Ay de mí!
Que me he entregado á perderme,
Por donde entendí librarme.

DON ÁLVARO.

Porque en ningun tiempo llegue
A peligrar una dama
A quien mi vida le debe
El sér, diré la verdad
Y la causa que me mueve
A este duelo. No es de amor,
Sino que como pariente
De Don Juan Malec, así,
Pretendí satisfacerle.

MENDOZA.

Y es verdad, porque esa dama
Acaso ha venido á verme.

DON ALONSO.

Pues que con las amistades
Que ya concertadas tienen,
Todo cesa, mejor es
Que todo acabado quede
Sin sangre, pues vence mas
Aquel que sin sangre vence. —
(*Sale Ines.*)

Idos, señoras, con Dios.

DOÑA ISABEL (*ap*).

Solo esto bien me sucede.

(*Vanse las dos*).

ESCENA XIII.

DON ALONSO, DON ALVARO, DON JUAN DE MENDOZA, DON FERNADO DE VALOR.

VÁLOR.

Señor Don Juan de Mendoza,
A vuestros deudos parece,
Y á los nuestros, que este caso
Dentro de puertas se quede
(Como dicen en Castilla),
Y que con deudo se suelde,
Pues dando la mano vos
A Doña Clara, la fénix
De Granada, como parte
Entónces...

MENDOZA.

La lengua cese,
Señor Don Fernando Valor
Que hay muchos inconvenientes.
Si es el fénix Doña Clara,
Estarse en Arabia puede;
Que en montañas de Castilla
No hemos menester al fénix,
Y los hombres como yo
No es bien que deudos concierten
Por soldar ajenas honras,
Ni sé que fuera decente
Mezclar Mendozas con sangre
De Malec, pues no convienen
Ni hacen buena consonancia
Los Mendozas y Maleques.

VÁLOR.

Don Juan de Malec es hombre...

MENDOZA.

Como vos.

VÁLOB.

Sí, pues desciende
De los reyes de Granada ;
Que todos sus ascendientes
Y los mios reyes fuéron.

MENDOZA.

Pues los mios, sin ser reyes,
Fuéron mas que reyes moros,
Porque fuéron montañeses.

DON ÁLVARO.

Cuanto el señor Don Fernando
En esta parte dijere,
Defenderé yo en campaña.

DON ALONSO.

Aquí de ministro cese
El cargo ; que caballero
Sabré ser cuando conviene ;
Que soy Zúñiga en Castilla
Antes que Justicia fuese.
Y así, arrimando esta vara,
Adónde y cómo quisiereis,
Al lado de Don Juan, yo
Haré..

ESCENA XIV.

UN CRIADO. — DICHOS.

CRIADO.

En casa se entra gente.

DON ALONSO.

Pues todos disimulad ;
Que al cargo mi valor vuelve.
Vos, Don Juan, aquí os quedad
Preso.

MENDOZA.

A todo os obedece
Mi valor.

DON ALONSO.

Los dos os id.

MENDOZA.

Y si desto os pareciere

Satisfaceros...

DON ALONSO.

A mí
Y á Don Juan, donde eligiereis...

MENDOZA.

Nos hallaréis con la espada...

DON ALONSO.

Y la capa solamente.
(*Vase Don Alonso, y Don Juan de Mendoza va acompañándole.*)

VÁLOR.

¡ Esto consiente mi honor !

DON ÁLVARO.

¡ Esto mi valor consiente !

VÁLOR.

Porque me volvi cristiano,
¿ Este baldon me sucede ?

DON ÁLVARO.

Porque su ley recibí,
¿ Ya no hay quién de mí se acuerde ?

VÁLOR.

¡ Vive Dios, que es cobardía
Que mi venganza no intente !

DON ÁLVARO.

¡ Vive el cielo, que es infamia
Que yo de vengarme deje !

VÁLOR.

¡ El cielo me dé ocasion...

DON ÁLVARO.

¡ Ocasion me dé la suerte...

VÁLOR.

Que si me la dan los cielos...

DON VÁLOR.

Si el hado me la concede...

VÁLOR.

Yo haré que veais muy presto.,.

DON ÁLVARO.

Llorar á España mil veces...

VÁLOR.

El valor...

DON ÁLVARO.

El ardimiento

Deste brazo altivo y fuerte...

VÁLOR.

De los Válores altivos!

DON ÁLVARO.

De los Tuzanis valientes!

VÁLOR.

¿Habéisme escuchado?

DON ÁLVARO.

Sí.

VÁLOR.

Pues de hablar la lengua cese
Y empiecen á hablar las manos.

DON ÁLVARO.

Pues ¿quién dice que no empiecen?

JORNADA SEGUNDA.

Sierra de la Alpujarra. — Cercanías de Galera.

ESCENA PRIMERA.

Tocan cajas y trompetas, y salen SOLDADOS, DON JUAN DE MENDOZA Y EL SEÑOR DON JUAN DE AUSTRIA.

DON JUAN.

Rebelada montaña,
Cuya inculta aspereza, cuya extraña
Altura, cuya fábrica eminente,
Con el peso, la máquina y la frente
Fatiga todo el suelo,
Estrecha el aire y embaraza el cielo:
Infame ladronera,
Que de abortados rayos de tu esfera
Das, preñados de escándalos tu senos,
Aquí la voz y en Africa los truenos.
Hoy es, hoy es el dia
Fatal de tu pasada alevosía.
Porque vienen conmigo

Juntos hoy mi venganza y tu castigo ;
Si bien corridos vienen
De ver el poco aplauso que previenen
Los cielos á mi fama ;
Que esto matar, y no vencer se llama,
Porque no son blasones
A mi honor merecidos
Postrar una canalla de ladrones
Ni sujetar un bando de bandidos :
Y así, encargue á los tiempos mi memoria
Que la llamo castigo, y no vitoria.
Saber deseo el orígen deste ardiente
Fiero motin.

MENDOZA.

Pues oye atentamente.
Esta, austral águila heroica,
Es el Alpujarra, esta
Es la rústica muralla,
Es la bárbara defensa
De los moriscos, que hoy,
Mal amparados en ella,
Africanos montañeses,
Restaurar á España intentan.
Es por su altura difícil,
Fragosa por su aspereza,
Por su sitio inexpugnable
E invencible por sus fuerzas.
Catorce leguas en torno
Tiene, y en catorce leguas
Mas de cincuenta que añade
La distancia de las quiebras,
Porque entre puntas y puntas
Hay valles que la hermosean,
Campos que la fertilizan,
Jardines que la deleitan.
Toda ella está poblada
De villajes y de aldeas ;
Tal, que cuando el sol se pone,
A las vislumbres que deja,
Parecen riscos nacidos
Cóncavos entre las breñas,
Que rodaron de la cumbre,

Aunque á la falda no llegan.
De todas las tres mejores
Son Berja, Gavia y Galera,
Plazas de armas de los tres
Que hoy á los demas gobiernan.
Es capaz de treinta mil
Moriscos que están en ella,
Sin las mujeres y niños,
Y tienen donde apacientan
Gran cantidad de ganados;
Si bien los mas se sustentan
Más que de carnes, de frutas
Ya silvestres ó ya secas,
O de plantas que cultivan;
Porque no sólo á la tierra,
Pero á los peñascos hacen
Tributarios de la yerba;
Que en la agricultura tienen
Del estudio, tal destreza,
Que á preñeces de su azada
Hacen fecundas las piedras.
La causa del rebelion,
Por si tuve parte en ella,
Te suplico que en silencio
La permitas á mi lengua.
Aunque mejor es decir
Que fuí la causa primera,
Que no decir que lo fuéron
Las pragmáticas severas
Que tanto los apretaron,
Que decir esto me es fuerza:
Si uno ha de tener la culpa,
Más vale que yo la tenga.
En fin, sea aquel desaire
La ocasion, señor, ó sea
Que á Válor al otro dia
Que sucedió mi pendencia,
Llegó el alguacil mayor
Dél, y le quitó á la puerta
Del ayuntamiento una
Daga que traía encubierta;
O sea que ya oprimidos

De ver cuánto los aprietan
Ordenes que cada dia
Aquí de la corte llegan,
Los desesperó de suerte,
Que amotinarse conciertan :
Para cuyo efecto fuéron,
Sin que ninguno lo entienda,
Retirando á la Alpujarra
Bastimento, armas y hacienda.
Tres años tuvo en silencio
Esta traicion encubierta
Tanto número de gentes :
Cosa que admira y eleva,
Que en mas de treinta mil hombres
Convocados para hacerla,
No hubiera uno que jamas
Revelara ni dijera
Secreto de tantos dias.
¡ Cuánto ignora, cuánto yerra
El que dice que un secreto
Peligra en tres que le sepan !
Que en treinta mil no peligra,
Como á todos les convenga.
El primer trueno que dió
Este rayo que en la esfera
Desos peñascos forjaban
La traicion y la soberbia,
Fuéron hurtos, fuéron muertes,
Robos de muchas iglesias,
Insultos y sacrilegios
Y traiciones, de manera
Que Granada, dando al cielo
Bañada en sangre las quejas,
Fué miserable teatro
De desdichas y tragedias.
Preciso acudió al remedio
La justicia ; pero apénas
Se vió atropellada, cuando
Toda se puso en defensa ;
Trocó la vara en acero,
Trocó el respeto en la fuerza,
Y acabó en civil batalla

Lo que empezó en resistencia.
Al Corregidor mataron :
La ciudad, al daño atenta,
Tocó al arma, convocando
La milicia de la tierra.
No bastó ; que siempre estuvo
(Tanto novedades precia)
De su parte la fortuna :
De suerte, que todo era
Desdichas para nosotros.
¡ Qué pesadas y qué necias
Son, pues en cuanto porfían,
Nunca ha quedado por ellas !
Creció el cuidado en nosotros,
Creció en ellos la soberbia
Y creció en todos el daño,
Porque se sabe que esperan
Socorro de Africa, y ya
Se ve si el socorro llega,
Que el defenderle la entrada
Es divertirnos la fuerza :
Ademas, que si una vez
Pujantes se consideran,
Haran los demas moriscos
Del acaso consecuencia ;
Pues los de la Extremadura,
Los de Castilla y Valencia,
Para declararse aguardan
Cualquier victoria que tengan.
Y para que veais que son
Gente, aunque osada y resuelta,
De políticos estudios,
Oid cómo se gobiernan ;
Que esto lo habemos sabido
De algunas espías presas.
Lo primero que trataron
Fué elegir una cabeza ;
Y aunque sobre esta eleccion
Hubo algunas competencias
Entre Don Fernando Válor
Y otro hombre de igual nobleza,
Don Alvaro Tuzaní ;

Don Juan Malec los concierta
Con que Don Fernando reine,
Casándose con la bella
Doña Isabel Tuzaní,
Su hermana. (*Ap.* ¡ Oh cuánto me pesa
De traer á la memoria
El Tuzaní, á quien respetan,
Ya que á él no le hicieron rey,
Haciendo á su hermana reina !)
Coronado pues el Válor,
La primer cosa que ordena,
Fué, por oponerse en todo
A las pragmáticas nuestras,
O por tener por las suyas
A su gente mas contenta,
Que ninguno se llamara
Nombre cristiano, ni hiciera
Ceremonia de cristiano :
Y porque su ejemplo fuera
El primero, se firmó
El nombre de Abenhumeya,
Apellido de los reyes
De Córdoba, á quien hereda.
Que ninguno hablar pudiese,
Sino en arábiga lengua ;
Vestir sino traje moro,
Ni guardar sino la secta
De Mahoma : despues desto,
Fué repartiendo las fuerzas.
Galera, que es esa villa
Que estás mirando primera,
Cuyas murallas y fosos
Labró la naturaleza,
Tan singularmente docta,
Que no es posible que pueda
Ganarse sin mucha sangre,
La dió á Malec en tenencia ;
A Malec, padre de Clara,
Que ya se llama Maleca.
Al Tuzaní le dió á Gavia
La Alta, y él se quédo en Berja,
Corazon que vivifica

Ese gigante de piedra.
Esa es la disposicion
Que desde aquí se penetra ;
Y esa, señor, la Alpujarra,
Cuya bárbara eminencia,
Para postrarse á tus piés,
Parece que se despeña.

DON JUAN.

Don Juan, vuestras prevenciones
Son de Mendoza y son vuestras,
Que es ser dos veces leales. —
(*Tocan dentro.*)
Pero ¿ qué cajas son estas ?

MENDOZA.

La gente que va llegando,
Pasando, señor, la muestra.

DON JUAN.

¿ Qué tropa es esa ?

MENDOZA.

Esta es
De Granada, y cuanto riega
El Genil.

DON JUAN.

¿ Y quién la trae ?

MENDOZA.

Tráela el marques de Mondéjar,
Que es el conde de Tendilla,
De su Alhambra y de su tierra
Perpetuo alcaide.

DON JUAN.

Su nombre
El moro en Africa tiembla.—
(*Tocan.*)
¿ Cuál es esta ?

MENDOZA.

La de Murcia.

DON JUAN.

¿ Y quién es quien la gobierna ?

MENDOZA.

El gran marqués de los Vélez.

DON JUAN.

Su fama y sus hechos sean

Corónicas de su nombre.

(*Tocan.*)

MENDOZA.

Estos son los de Baeza,
Y viene por cabo suyo
Un soldado, á quien debiera
Hacer estatuas la fama,
Como su memoria eterna:
Sancho de Avila, señor.

DON JUAN.

Por mucho que se encarezca,
Será poco, si no dice
La voz que alabarle intenta,
Que es discípulo del duque
De Alba, enseñado en su escuela
A vencer, no á ser vencido.

(*Tocan.*)

MENDOZA.

Aqueste que ahora llega,
El tercio viejo de Flándes
Es, que ha bajado á esta empresa
Desde el Mosa hasta el Genil,
Trocando perlas á perlas.

DON JUAN.

¿ Quién viene con él ?

MENDOZA.

Un monstruo
Del valor y la nobleza,
Don Lope de Figueroa.

DON JUAN.

Notables cosas me cuentan
De su gran resolucion
Y de su poca paciencia.

MENDOZA.

Impedido de la gota,
Impacientemente lleva
El no poder acudir
Al servicio de la guerra.

DON JUAN.

Yo deseo conocerle.

ESCENA II.

DON LOPE DE FIGUEROA. — DICHOS.

DON LOPE.

Voto á Dios, que no me lleva
En aqueso de ventaja
Un átomo vuestra Alteza,
Porque hasta verme á sus piés,
Solo he sufrido á mis piernas.

DON JUAN.

¿ Cómo llegais ?

DON LOPE.

Como quien,
Señor, á serviros llega
De Flándes á Andalucía ;
Y no es mala diligencia,
Pues vos á Flándes no vais,
Que Flándes á vos se venga.

DON JUAN.

Cúmplame el cielo esa dicha.
¿ Traeis buena gente ?

DON LOPE.

Y tan buena,
Que si fuera el Alpujarra
El infierno, y estuviera
Mahoma por alcaide suyo,
Entraran, señor, en ella...
Si no es los que tienen gota,
Que no trepan por las peñas,
Porque vienen...

ESCENA III.

UN SOLDADO, GARCES, ALCUZCUZ. — DICHOS.

UN SOLDADO (*dentro.*)

Detenéos.

GARCES (*dentro.*)

Tengo de llegar : afuera.
(*Sale Garces con Alcuzcuz á cuestas.*)

DON JUAN.

¿ Qué es esto ?

GARCES.

De posta estaba
A la falda desa sierra,
Sentí ruido entre unas ramas,
Paréme hasta ver quién era,
Y vi este galgo que estaba
Acechando detras dellas,
Que sin duda era su espía.
Maniatéle con la cuerda
Del mosquete, y porque ladre
Qué hay allá, le traigo á cuestas.

DON LOPE.

¡ Buen soldado, vive Dios !
¿ Esto hay acá ?

GARCES.

¡ Pues ! ¿ qué piensa
Vueseñoría que todo
Está en Flándes ?

ALCUZCUZ, (*ap.*)

¡ Malo es esta !
Alcuzcuz, á esparto olelde
El nuez del gaznato vuestra.

DON JUAN.

Ya os conozco : no me cogen
Estas hazañas de nuevas.

GARCES.

¡ Oh cómo premian sin costa
Príncipes que honrando premian !

DON JUAN.

Venid acá.

ALCUZCUZ.

¿ A mé decilde ?

DON JUAN.

Sí.

ALCUZCUZ.

Ser gran favor tan cerca.
Bien estalde aquí.

DON JUAN.

¿ Quién sois ?

ALCUZCUZ.

(*Ap.* Aquí importar el cautela.)
Alcuzcuz, un morisquilio,
A quien lievaron por fuerza
Al Alpujarro ; que mé
Ser crestiano en me conciencia,
Saber la trina crestiana,
El Credo, la Salve Reina,
El pan nostro, y el catorce
Mandamientos de la Iglesia.
Por decir que ser crestiano,
Darme otros el muerte intentan ;
Yo correr, é hoyendo, dalde
En manos de quien me prenda.
Si me dar el vida, yo
Decilde cuanto allá piensan,
Y lievaros donde entreis
Sin alguna resistencia.

DON JUAN, (*ap. á Mendoza*).

Como presumo que miente,
Tambien puede ser que sea
Verdad.

MENDOZA.

¿ Quién duda que hay muchos
Que ser cristianos profesan ?
Yo sé una dama que está
Retirada allá por fuerza.

DON JUAN.

Pues ni todo lo creamos
Ni dudemos.— Garces, tenga
Ese morisco por preso...

GARCES.

Yo, yo tendré con él cuenta.

DON JUAN.

Que en lo que luego dijere,
Verémos si acierta ó yerra.
Y ahora vamos, Don Lope,
Dando á los cuarteles vuelta,
Y á consultar por qué sitio
Se ha de empezar.

MENDOZA.

Vuestra Alteza

Lo mire bien, porque aunque
Parece poca la empresa,
Importa mucho ; que hay cosas,
Mayormente como estas,
Que no dan honor ganadas,
Y perdidas dan afrenta :
Y así, se debe poner
Mayor atencion en ellas,
No tanto para ganarlas,
Cuanto para no perderlas.
(*Vanse Don Juan de Austria, Don Juan de Mendoza, Don Lope y soldados.*)

ESCENA IV.

GARCES, ALCUZCUZ.

GARCES.

Vos ¿ cómo os llamais ?

ALCUZCUZ.

Arroz ;
Que si entre moriscos era
Alcuzcuz, entre crestianos
Seré arroz, porque se entienda
Que menestra mora pasa
A ser crestiana menestra.

GARCES.

Alcuzcuz, ya sois mi esclavo :
Decid verdad.

ALCUZCUZ.

Norabuena.

GARCES.

Vos dijisteis al señor
Don Juan de Austria...

ALCUZCUZ.

¿ Que aquel era ?

GARCES.

Que le llevariais por donde
Entrada tiene esa sierra.

ALCUZCUZ.

Sí, mi amo.

GARCES.

Aunque es verdad
Que él á sujetaros venga
Con el marqués de los Vélez,
Con el marqués de Mondéjar,
Sancho de Avilla y Don Lope
De Figueroa, quisiera
Yo que la entrada á estos montes
Solo á mí se me debiera:
Llévame allá, porque quiero
Mirarla y reconocerla.

ALCUZCUZ.

(*Ap.* Engañifa á este cristiano
He de hacerle, é dar la vuelta
Al Alpujarra.) Venilde
Conmigo.

GARCES.

Detente, espera;
Que en ese cuerpo de guardia
Dejé mi comida puesta
Cuando salí á hacer la posta,
Y quiero volver por ella;
Que en una alforja podré
(Porque el tiempo no se pierda)
Llevarla, para ir comiendo
Por el camino.

ALCUZCUZ.

Así sea.

GARCES.

Vamos pues.

ALCUZCUZ (*ap.*).

Santo Mahoma,
Pues tú selde mi profeta,
Llévarme, é á Meca iré.
Aunque ande de ceca en meca.
(*Vanse.*)

ESCENA V.

Jardin en Berja.

MORISCOS Y MÚSICOS; *y detras*, DON FERÑANDO Y DOÑA ISABEL TUZANÍ.

VÁLOR.

Á la falda lisonjera
Dese risco coronado,
Donde sin duda ha llamado
Á cortes la primavera,
Porque entre tantos colores
De su república hermosa
Quede jurada la rosa
Por la reina de las flores,
Puedes, bella esposa mia,
Sentarte. Cantad, á ver
Si la música vencer
Sabe la melancolía.

DOÑA ISABEL.

Abenhumeya valiente,
Á cuya altivez bizarra,
No el roble del Alpujarra
Dé corona solamente,
Sino el sagrado laurel,
Árbol ingrato del sol
Cuando llore el español
Su cautiverio cruel:
No es desprecio de la dicha
Deste amor, desta grandeza,
Mi repetida tristeza,
Sino pension ó desdicha
De la suerte; porque es tal
De la fortuna el desden,
Que apénas nos hace un bien,
Cuando le desquita un mal.
No nace de causa alguna
Esta pena. (*Ap.* ¡ Á Dios pluguiera !)
Sino solo desta tiera
Condicion de la fortuna.

Y si ella es tan envidiosa,
¿Cómo puedo yo este miedo
Perder al mal, si no puedo
Dejar de ser tan dichosa?

VALOR.

Si la causa de mirarte
Triste tu dicha ha de ser,
Pésame de no poder,
Mi Lidora, consolarte;
Que habrá tu melancolía
De ser cada dia mayor,
Pues que tu imperio y mi amor
Son mayores cada dia.
Cantad, cantad, su belleza
Celebrad, pues bien halladas,
Siempre traen paces juradas
La música y la tristeza.

MÚSICA.

No es menester que digáis
Cuyas sois, mis alegrías:
Que bien se ve que sois mias
En lo poco que durais.

ESCENA VI.

MALEC, *que llega á hablar á* DON FERNANDO, *hincada la rodilla; y á los lados,* DON ALVARO Y DOÑA CLARA, *que salen en traje de moros, y se quedan á las puertas;* BEATRIZ. — DICHOS.

DOÑA CLARA (*ap.*).

« No es menester que digais
« Cúyas sois, mis alegrías... »

DON ÁLVARO (*ap.*).

« Que bien se ve que sois mias
« En lo poco que durais. »

(*Siempre suenan los instrumentos, aunque se represente.*)

DOÑA CLARA (*ap.*).

¡Cuánto siento haber oido
Ahora aquesta cancion!

DON ÁLVARO (*ap.*).

¡Qué notable confusion

La voz en mí ha introducido!

DOÑA CLARA (*ap.*).

Pues cuando mi casamiento
Á tratar mi padre viene...

DON ÁLVARO (*ap.*).

Pues cuando dichas previene
Amor, á mi amor atento...

DOÑA CLARA (*ap.*).

Glorias mias, escuchais...

DON ÁLVARO (*ap.*).

Escuchais, mis fantasías...

MUSICA; Y ELLOS, *aparte.*

Que bien se ve que sois mias
En lo poco que durais.

MALEC.

Señor, pues entre el estruendo
De Marte el amor se ve
Tan hallado, bien podré
Decirte cómo pretendo
Dar á Maleca marido.

VÁLOR.

Quién fué tan feliz, me di.

MALEC.

Tu cuñado Tuzaní.

VÁLOR.

Muy cuerda eleccion ha sido
Pues, uno y otro fiel
Á preceptos de su estrella,
El no viviera sin ella,
Y ella muriera sin él.
¿ Adónde están?

(*Llegan Don Álvaro y Doña Clara.*)

DOÑA CLARA.

A tus piés
Alegre llego.

DON ÁLVARO.

Y yo ufano,
Para que nos des tu mano.

VÁLOR.

Mil brazos tomad, y pues
En nuestro docto alcoran,
Ley que ya todos guardamos,

Mas ceremonias no usamos
Que las prendas que se dan
Dos, déle á Maleca divina
Sus árras el Tuzaní

DON ÁLVARO.

Todo es poco para ti,
Á cuya luz peregrina
Se rinde el mayor farol;
Y así temo, porque arguyo
Que es darle al sol lo que es suyo,
Darle diamantes al sol.
Aqueste un Cupido es,
De sus flechas guarnecido;
Que aún de diamantes Cupido,
Viene á postrarse á tus piés.
Esta una sarta de perlas,
De quien duda quien ignora
Que las llorara el aurora,
Si tú habias de cogerlas.
Esta es un águila bella,
Del color de mi esperanza;
Que solo un águila alcanza
Ver el sol que mira ella.
Un clavo para el tocado
Es este hermoso rubí,
Que ya no me sirve á mí,
Pues mi fortuna ha parado.
Estas memorias [1]... Mas no
Las tomes; que en tales glorias,
Quiero que tengas memorias
Tú, sin traértelas yo.

DOÑA CLARA.

Las árras, Tuzaní, aceto,
Y á tu amor agradecida,
Traerlas toda mi vida
En tu nombre te prometo.

DOÑA ISABEL.

Y yo os doy el parabien
De aqueste lazo inmortal

1. Eran dos ó varios anillos que se llevaban juntos; para recordar algo que hacerse debia, se dejaba colgar uno.

(*Ap.* Qué ha de ser para mi mal.)

MALEC.

Ea pues, las manos dén
Albricias al alma.

DON ÁLVARO.

Puesto
Á tus piés estoy.

DOÑA CLARA.

Los brazos
Conformen eternos lazos.

LOS DOS.

Yo soy feliz...
(*Al darse las manos, tocan cajas dentro.*)

TODOS.

Mas ¿ qué es esto ?

MALEC.

Cajas españolas son
Las que atruenan estos riscos,
Que no tambores moriscos.

DON ÁLVARO.

¿ Quién vió mayor confusion ?

VÁLOR.

Cese la boda, hasta ver
Qué novedad causa ha sido...

DON ÁLVARO.

¿ Ya, señor, no lo has sabido ?
¿ Que mas novedad que ser
Dichoso yo ? Pues el sol
Mira apénas mi ventura,
Cuando eclipsan su luz pura
Las armas del español.
(*Vuelven á tocar.*)

ESCENA VII.

ALCUZCUZ, *con unas alforjas al hombro.* — DICHOS.

ALCUZCUZ.

¡ Gracias á Mahoma y Alá,
Que á tus piés haber llegado !

DON ÁLVARO.

Alcuzcuz, ¿ dónde has estado ?

ALCUZCUZ.

Ya todos estar acá.

VÁLOR.

¿ Qué te ha sucedido ?

ALCUZCUZ.

Yo
Hoy de posta estar, é aposta
Liégo aquí, aunque por la posta,
Quien por detras me cogió,
Lievóme con otros dos
Á un Don Juan, que ahora es venido ;
E crestianilio fingido,
Decirle que crêr en Dios.
No me dió muerte; cativo
Ser del soldado crestiano,
Que no se labará en vano:
Á este apénas le apercibo
Que senda saber por donde
Poder la Alpojarra entrar,
Cuando la querer mirar.
De camaradas se esconde,
E aquesta forja me dando
Donde venir su comida,
Por una parte escondida
Entrar los dos camenando.
Apénas solo le ver,
Cuando, sin que seguir pueda,
Füí por monte, é se queda
Sin cativo ó sin comer ;
Porque aunque me seguir quiso,
Una trompa que salir
De moros, le hacer huir:
E yo venir con aviso
De que ya muy cerca dejo
Don Juan de Andustria en campaña,
Á quien decir que acompaña
El gran marqués de Mondejo
Con el marqués de Luzbel,
Y el que fremáticos doma,
Don Lope Figura-roma,
Y Sancho Débil con él:
Todos hoy á la Alpojarra

Venir contra tí.

VÁLOR.

No digas
Más, porque á cólera obligas
Mi altivez siempre bizarra.

DOÑA ISABEL.

Ya desde esa excelsa cumbre
Donde tropezando el sol,
O teme ajar su arrebol
Ó teme apagar su lumbre,
Ni bien ni mal se divisan
Entre varias confusiones
Los armados escuadrones
Que nuestros términos pisan.

DOÑA CLARA.

Grande gente ha conducido
Granada á aquesta faccion.

VÁLOR.

Pocos muchos mundos son,
Sí á vencerme á mí han venido,
Aunque fuera el que sujeta
Ese hermoso laberinto,
Como hijo de Cárlos Quinto,
Hijo del quinto planeta;
Porque aunque estos horizontes
Cubran de marciales señas,
Serán su pira estas peñas,
Serán su tumba estos montes.
Y pues se viene acercando
Ya la ocasion, advertidos,
No ya desapercibidos
Nos hallen, sino esperando
Todo su poder; y así,
Su puesto ocupe cualquiera.
Malec se vaya á Galera,
Vaya á Gavia Tuzaní,
Que yo en Berja me estaré,
Y á quien Alá deparare
La suerte, que Alá le ampare,
Pues suya la causa fué.
Id á Gavia; que la gloria
Que hoy es de amor interes,

Celebrarémos despues
Que quedemos con victoria.
(*Vanse Don Fernando Válor, Doña Isabel, Malec, moriscos y músicos.*)

ESCENA VIII.

DON ÁLVARO, DOÑA CLARA; ALCUZCUZ Y BEATRIZ, *retirados.*

DOÑA CLARA (*para sí.*).
« No es menester que digais
» Cúyas sois, mis alegrías... »
DON ÁLVARO (*para sí*).
« Que bien se ve que sois mias
» En lo poco que durais. »
DOÑA CLARA (*para sí*).
Alegrías mal logradas,
Ántes muertas que nacidas...
DON ÁLVARO. (*para sí*).
Rosas sin tiempo cogidas,
Flores sin sazon cortadas...
DOÑA CLARA (*para sí*).
Si rendidas, si postradas
A un ligero soplo estáis...
DON ÁLVARO (*para sí*).
No digáis que el bien gozais...
DOÑA CLARA (*para sí*).
Pues siendo para perder,
Que sintáis es menester...
DON ÁLVARO (*para sí*).
No es menester que digáis.
DOÑA CLARA (*para sí*).
Alegrías de un perdido,
Aborto sois de un cuidado,
Puesto que habeis espirado
Primero que habeis nacido.
Si acaso, si yerro ha sido
Hallarme vuestras porfías
Por otra, no estéis baldías
Conmigo un rato pequeño:
Déjadme, y buscad el dueño.

Cúyas sois, mis alegrías.

DON ÁLVARO (*para sí*).

Por gran maravilla os toco,
Dichas: luego bien moristeis;
Que si maravillas fuisteis,
Fuerza fué vivir tan poco.
De contento estuve loco,
Y ya de melancolías:
¡Qué bien, qué bien, alegrías,
Se ve que sois de otro á quien
Buscais! Y ¡ay, penas, qué bien,
Qué bien se ve que sois mias!

DOÑA CLARA (*para sí*).

Aunque si ser pretendeis
Alegrías, bien hicisteis...

DON ÁLVARO (*para sí.*)

Pues que dos veces lo fuisteis,
En una que os deshaceis.

DOÑA CLARA (*para sí.*)

Dos veces desde hoy seréis
Venturosas.

LOS DOS (*para sí*).

Lo mostrais
En la prisa con que os vais
Cuando á mi alivio acudis...

DON ÁLVARO (*para sí*).

En lo tarde que venis...

DOÑA CLARA (*para sí*).

En lo poco que durais.

DON ÁLVARO.

Hablando estaba conmigo
A solas, porque no sé
Si en tantas penas podré
Hablar, Maleca, contigo.
Cuando era mi amor testigo
Desta victoriosa palma,
Vuelve á suspenderse en calma;
Y así calla, porque es mengua
Que quiera alzarse la lengua
Con los afectos del alma.

DOÑA CLARA.

El hablar es libre accion,

Pues puede un hombre callar;
El oir no, porque ha de estar
Eso en ajena razon;
Y es tanta mi suspension,
Que ocupada del sentir,
No oiré lo que has de decir:
¿Qué mucho en tanto pesar
Que tú no estés para hablar,
Si yo no estoy para oir?

DON ÁLVARO.

El Rey á Gavia me envía,
Tú á Galera vas, y amor,
Luchando con el honor,
Se rinde á su tiranía:
Quédate ahí, esposa mia,
Y piadoso el cielo quiera
Que el cerco que nos espera,
Que el poder que nos agravia,
Me vaya á buscar á Gavia,
Porque tê deje en Galera.

DOÑA CLARA.

¿De suerte, que no podré
Verte, hasta ver acabada
Esta guerra de Granada?

DON ÁLVARO.

Sí podrás; que yo vendré
Todas las noches, porqué
Dos leguas que hay en rigor
De allí á Gavia, será error
No volarlas mi deseo.

DOÑA CLARA.

Mayores distancias creo
Que sabe medir amor.
Yo en el postigo estaré
Esperándote del muro.

DON ÁLVARO.

Y yo, dese amor seguro,
Cada noche al muro iré.
Dame los brazos, en fe.

(*Cajas.*)

DOÑA CLARA.

Cajas vuelven á tocar.

DON ÁLVARO.

¡ Qué desdicha !

DOÑA CLARA.

¡ Qué pesar !

DON ALVARO.

¡ Qué padecer !

DOÑA CLARA.

¡ Qué sentir !

¿ Esto es amar ?

DON ALVARO.

Es morir.

DONA CLARA.

Pues ¿ qué mas morir que amar ?

(*Vanse los dos.*)

ESCENA IX.

BEATRIZ, ALCUZCUZ.

BEATRIZ.

Alcuzcuz, llégate aquí,
Pues solos hemos quedado.

ALCUZCUZ.

Zarilia, aquese recado
¿ Ser al alforja, ó á mí ?

BEATRIZ.

¡ Que siempre has de estar de gorja,
Aunque todo sea tristeza !
Escúchame.

ALCUZCUZ.

Esa fineza
¿ Ser á mí, ó ser al alforja ?

BEATRIZ.

A ti es ; pero ya que así
Ella mi amor atropella,
Tengo de ver qué hay en ella.

ALCUZCUZ.

Luego ser á elia, é no á mí.

BEATRIZ.

Esto es tocino... y condeno
(*Va sacando lo que dicen los versos*).
Traerlo tú deste modo.

Este es vino. ¡ Ay de mí ! Todo
Cuanto traes aquí es veneno.
Yo no lo quiero tocar
Ni ver, Alcuzcuz : advierte
Que puede darte la muerte
Si lo llegas á probar. (*Vase.*)

ESCENA X.

ALCUZCUZ.

¿ Todos de veneno llenos
Estar ? Sí : ya lo creer,
Pues Zara decir, que ser
Sierpe é saber de venenos.
Y áun otra razon más clara
Es de que el veneno vió
Zara, que no le probó,
Con ser tan golosa Zara.
El crestianilio sin duda
Matar á Alcuzcuz queria.
Ay tan gran beliaquería !
Mahoma librarme pudo,
Porque á Meca le ofrecer
Ir á ver el zancarron.
(*Cajas.*)
Más cerca escochar el son,
Y ya de divisos ver
En trompas el monte lleno.
Seguir quiero al Tozaní.
¿ Haber álguien por ahí
Que querer deste veneno? (*Vase.*)

ESCENA XI.

Cercanías de Galera.

DON JUAN DE AUSTRIA, DON LOPE DE FIGUEROA, DON JUAN DE MENDOZA, SOLDADOS.

MENDOZA.

Desde aquí se dejan ver

Mejor las señas, al tiempo
Que ya declinando el sol,
Está pendiente del cielo.
Aquella villa que á mano
Derecha, sobre el cimiento
De una dura roca há tantos
Siglos que se está cayendo,
Es Gavia la alta : y aquella
Que tiene á su lado izquierdo,
De quien las torres y riscos
Están siempre compitiendo,
Es Berja ; y Galera es esta,
A quien este nombre dieron
Ó porque su fundacion
Es así, ó ya porque vemos
Que á piélagos de peñascos
Ondas de flores batiendo,
Sujeta al viento, parece
Que se mueve con el viento.

DON JUAN.

Destas dos fuerzas la una
Se ha de sitiar.

DON LOPE.

Pues miremos
Cuál tiene disposicion
Mas al propósito nuestro,
Y manos á la labor ;
Que piés no están para eso.

DON JUAN.

Aquel morisco rendido
Me traed, y dél sabrémos
Si trata verdad ó no,
En lo que fuere diciendo.
¿ Dónde está Garces, á quien
Se le di por prisionero ?

MENDOZA.

No le he visto desde entónces.

ESCENA XII.

GARCES. — DICHOS.

GARCES (*dentro*).

¡ Ay de mí !

DON JUAN.

Mirad qué es eso.

Sale Garces herido, cayendo.)

GARCES.

Yo soy ; que á tus plantas no
Llegara ménos que muerto.

MENDOZA.

Garces es.

DON JUAN.

¿ Qué ha sucedido ?

GARCES.

Tu Alteza perdone un yerro
Por un aviso.

DON JUAN.

Decid.

GARCES.

Aquel morisco, aquel preso
Que me entregaste, te dijo
Que venía con intento
De entregarte el Alpujarra :
Yo, señor, con el deseo
De saber el paso. y ser
El que la entrase el primero
(Que aún la ambicion del honor
No es ambicion de provecho),
Dije que me la enseñara.
Seguíle á solas por esos
Laberintos donde el sol
Aún se pierde por momentos,
Con andarlos cada dia.
Apénas entre dos cerros
El se vió conmigo, cuando
Por los peñascos subiendo,
Dió voces, y ya á sus voces
Ó á las que le hurtaba el eco,

Respondieron unas tropas
De moros, que descendiendo,
A la presa se avanzaban
Como quien son, como perros.
Inútil fué la defensa,
Y en fin, en mi sangre envuelto,
Discurrí el monte á ampararme
De las hojas, cuando veo
Debajo de las murallas
De Galera, donde llego,
Abierta una boca, un
Melancólico bostezo
Del peñasco sobre quien
Estriba, que con el peso
Del edificio, sin duda
Gimió, y por quedar gimiendo
Siempre, no volvió á cerrarle,
Y se le dejó entreabierto.
Aquí pues me eché, y aquí,
Ó bien porque no me vieron,
Ó porque ya sepultado
Me dejaron como muerto,
De aquesta manera estuve
El sitio reconociendo;
Y en fin, Galera minada
De los ardides del tiempo
(Que para sitios de peñas
Es el mejor ingeniero)
Está; y como tú sobre ella
Te pongas, podrás con fuego
Volarla, como esta boca,
Que es muy posible, ganemos,
Sin esperar lo prolijo
De sitiarla; y yo te ofrezco
Hoy por una vida, cuantas
Galera contiene dentro;
Sin que pueda con mi rabia,
Sin que valgan con mi acero,
Ni en los niños la piedad,
Ni la clemencia en los viejos,
Ni el respeto en las mujeres,
Que con esto lo encarezco.

DON JUAN.

Retirad ese soldado.

(*Llévanle.*)

Ya tomo por buen agüero,
Don Lope de Figueroa,
Saber de Galera esto;
Que desde que oí que habia
En el Alpujarra pueblo
Que Galera se llamaba,
La quise poner el cerco,
Por ver si, como en el mar,
Dicha en las galeras tengo
En la tierra.

DON LOPE.

Pues ¿ qué aguardas?
Vamos á ocupar los puestos;
Que esta es la hora mejor,
Pues de noche, sin estruendo
Podrémos llegarnos más. —
A Galera marche el tercio.

UN SOLDADO.

Pase la palabra.

OTRO.

Pase.

SOLDADOS.

A Galera.

DON JUAN.

Dadme, cielos,
Fortuna, como en el agua,
En la tierra, porque opuestos
Aquella naval batalla
Y este cerco campal, luego
Pueda decir que en la tierra
Y en la mar, tuve en un tiempo
Dos victorias, que confusas,
Aún no distinga yo mesmo.
De un cerco y una naval,
Cuál fué la naval ó el cerco.

(*Vanse.*)

ESCENA XIII.

Muros de Galera.

DON ALVARO, ALUZCUZ; *despues*, DONA CLARA.

DON ÁLVARO.

Vida y honor, Alcuzcuz,
Hoy á tu cuidado dejo;
Pues ya ves que si se sabe
Que falto de Gavia y vengo
A Galera, honor y vida
En solo un instante pierdo.
Con esa yegua te queda,
Miéntras yo en el jardin entro;
Que luego salgo, y es fuerza
Que hemos de volvernos luégo
A entrar en Gavia ántes que
En Gavia nos echen ménos.

ALCUZCUZ.

Sempre á te servir me obligo;
Y aunque con tal prisa vengo
Que aún no me diste lugar
De dejalde en mi aposento
Este alforja, sin menear
Aquí haliar en este puesto.

DON ÁLVARO.

Si de aqui faltas, la vida
Te he de quitar, vive el cielo.
(*Sale Doña Clara por un postigo.*)

DOÑA CLARA.

¿Eres tú?

DON ÁLVARO.

Pues ¿quién pudiera
Ser tan fiel?

DOÑA CLARA.

Entra presto;
No acierten á conocerte,
Si en el muro te detengo.
(*Vanse.*)

ESCENA XIV.

ALCUZCUZ; *despues*, SOLDADOS.

ALCUZCUZ.

¡ Vive Alá, que me dormir !
Pesado estar, sonior suenio.
No haber oficio tan malo
Como el de ser alcahuetos,
Porque todos los oficios
Trabajar para sí mesmos,
E alcahueto para el otros. —
Jó, yegua. — A mi cuento vuelvo;
Que vencer el suenio así,
Tal vez se hacer zapatero
Zapatos, tal vez se hacer
El sastre el vestido nuevo,
El cocinero probar
Si estar el guisado bueno,
Hacer el pastel hechizo
É comerle el pastelero :
En fin, alcahueto solo
No es para sí de provecho,
Pues ni calzar lo que cose
Ni probar lo que está haciendo.
Jô... ! — Que se tomó ¡ ay de mé !
El yegua, é se me ir corriendo!
(*Entrase corriendo, y dice dentro.*)
Jó, yegua, detente é hacer
Esto que te estar pidiendo :
Que yo hacer por ti otra cosa
Que me pedir tú. No puedo
Alcanzar... — ¡ Ay, Alcuzcuz ! (*Sale.*)
¡ Muy buena hacienda haber hecho !
¿ En qué volverse mi amo ?
Que él me ha de matar, ser cierto,
Pues ser forzoso que á Gavia
No poder llegar á tiempo.
Hé aquí que sale é decir :
« Dar el yegua. — No le tengo.
¿ Qué le hacer ? — Fuéseme el yegua. —

¿ Por dónde ? — Por esos cerros. —
Mataréte. » ¡ Zas !... é dame
Con el daga por el pecho.
Pues si habemos de morer,
Alcuzcuz, con el acero,
Y hay mortes en que escoger,
Murámonos de voneno ;
Que es morte mas dolce. Vaya,
Pus que ya el vida aborrezco.
(*Saca una bota de la alforja, y bebe.*)
Mejor ser morer así,
Pues no morer por el ménos
Bañado un hombre en su sangre.
¿ Cómo estar ? Bueno me siento.
No ser el voneno fuerte;
E si es que morer pretendo,
Más voneno es menester. (*Bebe*
No ser frio, á lo que bebo,
El voneno, ser caliente :
Sí, pues arder acá dentro.
Más voneno es menester ; *ebe.*)
Que muy poco á poco muero
Ya parece que se enoja,
Pues que ya va haciendo efecto ;
Que los ojos se me turbian
E se me traba el cerebro,
El lengua ponerse gorda
E saber el boca á herro.
Ya que muero, no dejar (*Bebe.*)
Para otro matar voneno,
Será piedad. ¿ Dónde estar
Me boca, que no la encuentro ?
(*Cajas dentro.*)
SOLDADOS (*dentro*),
Centinelas de Galera,
Al arma.
ALCUZCUZ.
¿ Qué ser aquesto ?
Mas si relámpagos hay,
¿ Quién duda que ha de haber truenos ?

ESCENA XV.

DON ALVARO Y DOÑA CLARA, *asustados.* — ALCUZCUZ.

DOÑA CLARA.

Las centinelas, señor,
Hacen de las torres fuego.

DON ÁLVARO.

Sin duda el campo cristiano
En el nocturno silencio
Amparado de las sombras,
Sobre Galera se ha puesto.

DOÑA CLARA.

Vete, señor; que ya ves
Todo el castillo revuelto.

DON ÁLVARO.

¿Y será gloriosa accion
Que digan de mí que dejo
Sitiada á mi dama...

DOÑA CLARA.

¡Ay triste!

DON ÁLVARO.

Y que las espaldas vuelvo?

DOÑA CLARA.

Sí; que en defender á Gavia
Está tu honor de por medio,
Y quizá han ido sobre ella.
Tambien es de advertir esto.

DON ÁLVARO.

¿Quién vió mayor confusion
Que yo en un punto padezco?
Mi honor y mi amor están
Dándome voces á un tiempo.

DOÑA CLARA.

Responde á las de tu honor.

DON ÁLVARO.

Antes responder pretendo
A las dos.

DOÑA CLARA.

¿De qué manera?

DON ÁLVARO.

En llevarte me resuelvo
Conmigo ; que si en dejarte
Y en no dejarte me pierdo,
Corra mi honor y mi amor
Una fortuna y un riesgo.
Vente conmigo : una yegua,
Veloz injuria del viento,
Nos llevará.

DOÑA CLARA.

Con mi esposo.
Voy : nada aventuro en esto.
Tuya soy.

DON ÁLVARO.

¡ Hola, Alcuzcuz !

ALCUZCUZ.

¿ Quién llama ?

DON ÁLVARO.

Yo soy, trae presto
La yegua.

ALCUZCUZ.

¿ El yegua ?

DON ÁLVARO.

¿ Qué aguardas ?

ALCUZCUZ.

Aguardo el yegua, que luégo
Me decir que volveria.

DON ÁLVARO.

Pues ¿ dónde está ?

ALCUZCUZ.

Fuése huyendo :
Mas yegua es de su palabra,
É volver luégo al momento.

DON ÁLVARO.

¡ Viven los cielos, traidor !...

ALCUZCUZ.

No tocar á mé, teneros,
Porque estar avonenado,
É matar con el aliento.

DON ÁLVARO.

Que tengo de darte muerte.

DOÑA CLARA.

Detente. ¡ Ay de mí !
(*Va á detenerle, y se hiere la mano.*)

DON ÁLVARO.

¿ Qué es eso ?

DOÑA CLARA.

Por detenerte, la mano
Me corté con el acero.

DON ÁLVARO.

Cueste esa sangre una vida.

DOÑA CLARA.

Pues por la mia te ruego
Que no le mates.

DON ÁLVARO.

¿ Qué en mí
No podrá ese juramento ?
¿ Es mucha la sangre ?

DOÑA CLARA.

No.

DON ÁLVARO.

Apriétate á ella ese lienzo.

DOÑA CLARA.

Y pues ves que no es posible
Seguirte ya, vete presto :
Que no siéndolo en un dia
Ganar la villa, yo ofrezco
Irme mañana contigo,
Pues nos queda el paso abierto
Siempre por aquesta parte.

DON ÁLVARO.

Con esa esperanza acepto
El partido.

DOÑA CLARA.

Alá te guarde.

DON ÁLVARO.

¿ Para qué, si yo aborrezco
Vivir ya ?

ALCUZCUZ.

Pues aquí haber
Para la perder remedio :
Que á mí me sobrar un poco
De dolcísimo voneno.

DOÑA CLARA.

Vete pues.

DON ÁLVARO.

¡Qué triste voy!

DOÑA CLARA.

Y yo ¡qué afligida quedo!

DON ÁLVARO.

Por saber qué opuesta estrella...

DOÑA CLARA.

Por saber qué hado severo...

DON ÁLVARO.

Es este que entre mi amor...

DOÑA CLARA.

Es el que entre mis deseos...

DON ÁLVARO.

Siempre se pone...

DOÑA CLARA.

Está siempre...

DON ÁLVARO.

A mis desdichas atento.

DOÑA CLARA.

Puesto que un arma cristiana
Nos estorba por momentos.

ALCUZCUZ.

¿Esto es dormer ó morer?
Mas todo diz que es el mesmo,
Y ser verdad, pues no sé
Si me muero ó si me duermo.

JORNADA TERCERA

Cercanias de Galera.

ESCENA PRIMERA.

DON ALVARO, *sin ver á* ALCUZCUZ, *que está durmiendo en el suelo.*

DON ÁLVARO.

Noche pálida y fria,

A tu silencio dignamente fia
Mi esperanza su empleo,
Mi amor su dicha, mi alma su trofeo;
Pues en ti (aunque á pesar de tanta estrella)
Dará mas noble luz Maleca bella,
Cuando redes y lazos
Robada finja entre mis dulces brazos.
En alas del cuidado,
Como á un cuarto de legua ya he llegado
De Galera. Esta parte
Donde naturaleza obró sin arte
Cerrados laberintos
De hojas, ni bien confusos ni distintos,
Nocturno albergue sea
Del caballo; y pues nadie hay que me vea,
Quede á ese tronco atado,
Mas seguro á las riendas hoy fiado
Un bruto, que al cuidado ayer de un hombre,
(*Tropieza en Alcuzcuz.*)
Que... Mas no hay accidente que no asombre
Un pecho enamorado.
Si bien este accidente
Con justa causa mi valor le siente,
Pues cuando al muro ya á acercarme empiezo,
En un cadáver mísero tropiezo.
Todo cuanto hoy he visto, todo cuanto
He hallado, es asombro, horror y espanto.
¡Ay infelice, ay triste,
Oh tú, que monumento el monte hiciste!
Mas no... ¡Ay dichoso, oh tú, que con la muerte
Mejoraste las ansias de tu suerte!
¡Con qué de sombras lucho!
(*Despierta Alcuzcuz.*)

ALCUZCUZ.

¿Quién es que me pisar?

DON ÁLVARO.

¡Qué veo! Qué escucho!
¿Quién va? Quién és?

ALCUZCUZ.

Alcuzcuz,
Que aquí esperar le mandaste
Con el yegua, y aquí estar,

Sin que me haber visto nadie,
Si haber de volver á Gavio
Hoy, ¿cómo salir tan tarde?
Mas siempre haber al partirse
Gran perecilia entre amantes.

DON ÁLVARO.

Alcuzcuz, ¿qué haces aquí?

ALCUZCUZ.

¿Cómo preguntar qué haces
A Alcuzcuz, si te esperar
Desde que por porta entraste
Del muro á ver á Maleca?

DON ÁLVARO.

¿Quién vió cosa semejante?
Pues ¿desde anoche, que fué
Eso, estás aquí?

ALCUZCUZ.

¿Qué hablalde
Desde anoche, si no haber
Que me dormir un instante
Con un mal voneno que
Tomar porque me matase,
De miedo de que la yegua
Ir por esos andurriales?
Mas pues ya es el yegua vuelta
Y voneno no matarme
(Que Alá mejorar el horas),
Vamos pues.

DON ÁLVARO.

¡Qué disparates!
Tú estabas borracho anoche.

ALCUZCUZ.

Si hay vonenos que emborrachen,
Sí estar... y creerlo ahora
En que el boca á hierro sabe,
Estar el lengua é los labios
Secos como pedernales,
Ser de yesca el paladar,
Saberme todo á venagre.

DON ÁLVARO.

Vete de aquí; que no es bien
Que ya otra vez me embaraces

La dicha, pues por ti anoche
Perdí la ocasion mas grande;
Y no quiero que por ti
Aquesta tambien me falte.

ALCUZCUZ.

No tener el culpa, Zara
Sí, porque ella asegorarme
Que era veneno, é beberle
Por morirme.

(*Ruido dentro.*)

DON ALVARO.

Hácia esta parte
Siento gente. Entre estas ramas
Esperemos á que pasen.

(*Vanse.*)

ESCENA II.

GARCES, SOLDADOS.

GARCES.

Esta de la mina es
La boca que al muro sale:
Llegad, llegad con silencio,
Pues no nos ha visto nadie.
Ya está dada fuego, y ya
Esperamos por instantes
Que reviente el monte, dando
Nubes de pólvora al aire.
En volándose la mina,
Ninguno un minuto aguarde,
Sino ir á ocupar el puesto
Que ella nos desocupare,
Procurando mantenerle
Hasta llegard lo restante
De la gente que emboscada
En esa espesura yace

(*Vanse.*)

ESCENA III.

DON ÁLVARO, ALCUZCUZ; *despues*, MORISCOS Y DON LOPE.

DON ÁLVARO.

¿Oiste algo?

ALCUZCUZ.

Nada oir.

DON ÁLVARO.

¿Quién duda que es ronda que ande
Corriendo el monte? Por eso
Puse cuidado en guardarme.
¿Fuéronse?

ALCUZCUZ.

¿Ya no lo ves?

DON ÁLVARO.

Ya es bien al muro acercarme.
(*Disparan dentro.*)
Mas ¿qué es esto?

ALCUZCUZ.

No haber boca
Que más claramente hable
Que la boca de una pieza,
Aunque se ignora el lenguaje.
(*Explosion de una mina.*)

MORISCOS (*dentro*).

¡Valedme, cielos!

ALCUZCUZ.

¡Valedme,
Mahoma! así Alá te guarde.

DON ÁLVARO.

Parece que se desquicia
De sus ejes inmortales
Todo el orbe de cristal,
Todo el globo de diamante.

DON LOPE (*dentro*).

Ya voló la mina; todos
A la batería que hace.
(*Cajas.*)

DON ÁLVARO.

Qué Etnas, qué Mongibelos,
Qué Vesubios, qué volcanes
En su vientre concibieron
Los móntes, que así los paren?

ALCUZCUZ.

¿ Qué monjiles, qué besugos,
Qué leznas ni qué alacranes?
Que todo ser humo y fuego.

DON ÁLVARO.

¿ Quién vió mas terrible trance ?
En confusos laberintos
De armas ya la villa arde,
Y para abortar horrores,
Víbora de alquitran y áspid
De pólvora, hecha pedazos,
Todas las entrañas abre.
Estrago de España en este.
Ni soy noble pues ni amante
Si á socorrer á mi dama
Al fuego no me arrojare,
Trepando al muro y rompiendo
Sus almenas de diamante;
Que como yo entre mis brazos
A Maleca hermosa saque,
Galera y el mundo todo,
Más que se queme y se abrase. (*Vase.*)

ALCUZCUZ.

Ni ser amante ni noble,
Si en confusion tan notable
Quedar Zara. Mas ¿ qué importa
No ser yo noble ni amante ?
Hartos amantes y nobles
Haber : y como escaparme
Yo, que Zara y que Galera
Mas que se queme y se abrase. (*Vase.*)

ESCENA IV.

Ruinas de Galera.

DON JUAN DE MENDOZA, DON LOPE DE FIGUEROA, GARCES, SOLDADOS; *despues*, MALEC, MORISCOS Y DOÑA CLARA.

DON LOPE.

No quede persona á vida:
Llévese á fuego y á sangre
La villa.

GARCES.

A pegarla fuego
Entraré. (*Vase.*)

SOLDADO 1.°

Yo á aprovecharme
Del saco.

(*Salen Malec y moriscos.*)

MALEC.

Yo basto solo,
Puesto por muro delante,
A defenderla.

(*Batalla.*)

MENDOZA.

Señor,
Este es Ladin el alcaide.

DON LOPE.

Ríndete ya.

MALEC.

¿ Qué es rendirme?

DOÑA CLARA (*dentro*).

¡ Ladin, señor, dueño, padre !

MALEC. (*Ap.*)

Maleca es: ¡ oh quién pudiera
Hoy dividirse en dos partes !

DOÑA CLARA (*dentro*).

Que me da un cristiano muerte.

MALEC.

Pues á mí estotros me maten
Sin defenderme, y á un tiempo
Tu vida y mi vida acaben.

DON LOPE.

Muere, perro, y á Mahoma
Da un recado de mi parte.
(*Entranse los cristianos, retirando á los moriscos.*)

ESCENA V.

Despues de haberse concluido la batalla dentro, salen SOLDADOS, GARCES, DON LOPE Y DON JUAN DE MENDOZA.

SOLDADO 1.°

No se ha hecho presa tal
De joyas y de diamantes.

SOLDADO 2.°

Rico quedo desta vez.

GARCES.

Ninguna vida hoy se guarde
Que á mi acero, por hermosa
O por caduca se escape:
Sólo me falta de hallar
Aquel morisquillo infame,
Para volver bien vengado.

DON LOPE.

Pues toda Galera arde,
Manda retirar la gente
Antes que su incendio llame
El socorro.

MENDOZA.

A retirar.
Pase la palabra.

SOLDADOS.

Pase.
(*Vanse.*)

ESCENA VI.

DON ÁLVARO; *despues*, DONA CLARA.

DON ÁLVARO.

Por entre montes de llamas,
Entre piélagos de sangre,
Tropezando en cuerpos muertos,

Quiso mi amor que llegase,
A la casa de Maleca,
Estrago ya miserable,
Pues del acero y del fuego
Pavesa dos veces yace.
¡ Ay esposa ! presto yo
Moriré, si llego tarde.
Dónde Maleca estará ?
Que ya no se mira á nadie.

DOÑA CLARA (*dentro*).

Ay de mí !

DON ÁLVARO.

Esta voz que el viento
Lastimosamente esparce
De mal pronunciadas quejas,
De bien repetidos ayes,
Es rayo que me penetra.
¿ Quién vió desdicha más grande ?
A las luces que confusas
Ya cebado el fuego hace,
Miro una mujer que está
Apagándolas con sangre...
¡ Y es Maleca ! ¡ Oh santos cielos !
O dadla vida ó matadme.

(*Entra, y saca á Dona Clara, suelto el cabello, sangriento el rostro, y medio vestida.*)

DOÑA CLARA.

Soldado español, en quien
Ni piedad ni rigor cabe :
Piedad pues que ya me heriste,
Rigor pues no me acabaste,
Vuelve á mi pecho el acero :
Mira que es rigor notable
Que tus acciones no sean
Ni rigores ni piedades.

DON ÁLVARO.

Deidad infeliz (que ya
Hay infelices deidades,
Pues de ti lo aprenden cuantas
De humanas fortunas saben),
El que en sus brazos te tiene,
No solicita matarte ;

Que ántes quisiera su vida
Dividir en dos mitades.

DOÑA CLARA.

Bien dicen esas razones
Que eres africano alarbe;
Y si por mujer y triste,
Dos veces puedo obligarte,
Una fineza te deba.
En Gavia está por alcaide
El Tuzaní, esposo mio:
Pártete luego á buscarle,
Y este estrecho último abrazo
Le llevarás de mi parte;
Y dirásle que su esposa,
Bañada en su propia sangre,
A manos de un español,
De sus joyas y diamantes
Más que de honor ambicioso,
Hoy muerta en Galera yace.

DON ÁLVARO.

El abrazo que me das,
No, no es menester llevarle
A tu esposo; que por ser
Fin de sus felicidades,
El le sale á recibir;
Que no hay desdicha que tarde.

DOÑA CLARA.

Sola una voz ¡ay bien mio!
Pudo nuevo aliento darme,
Pudo hacer feliz mi muerte.
Deja, deja que te abrace.
Muera en tus brazos y muera... (*Espira.*)

DON ÁLVARO.

¡Oh cuánto, oh cuánto ignorante
Es quien dice que el amor
Hacer de dos vidas sabe
Una vida! pues si fueran
Esos milagros verdades,
Ni tú murieras, ni yo
Viviera; que en este instante,
Muriendo yo y tú viviendo,
Estuviéramos iguales.

Cielos, que visteis mis penas,
Móntes, que mirais mis males,
Vientos, que ois mis rigores,
Llamas, que veis mis pesares,
¿ Cómo todos permitis,
Que la mejor luz se apague,
Que la mejor flor se os muera,
Que el mejor suspiro os falte ?
Hombres que sabeis de amor,
Advertidme en este lance,
Decidme en esta desdicha,
¿ Qué debe hacer un amante
Que viniendo á ver su dama
La noche que ha de lograrse
Un amor de tantos dias,
Bañada la halla en su sangre,
Azucena guarnecida
De más peligroso esmalte,
Oro acrisolado al fuego
Del más riguroso exámen ?
¿ Qué debe aquí hacer un triste,
Que el tálamo que esperarle
Pudo, halla túmulo, donde
La más adorada imágen,
Que iba siguiendo deidad,
Vino á conseguir cadáver ?
Mas no, no me respondais,
No teneis que aconsejarme;
Que si no obra por dolor
Un hombre en sucesos tales,
Mal obrará por consejo.
Oh montaña inexpugnable
De la Alpujarra, oh teatro
De la hazaña más cobarde,
De la victoria más torpe,
De la gloria más infame !
¡ Oh nunca; oh nunca tus móntes,
Oh nunca, oh nunca tus valles
Hubieran visto en su cumbre
Hubieran visto en su márgen
La más infelíz belleza !
Mas ¿ de qué sirve quejarme,

Si las quejas, con ser quejas,
Aún no son prendas del aire?

ESCENA VII.

DON FERNANDO VALOR, DOÑA ISABEL TUZANÍ, moriscos. — DON ALVARO; DOÑA CLARA, *muerta*.

VÁLOR.

Aunque con lenguas de fuego
Galera en su ayuda llame,
Tarde hemos llegado.

DOÑA ISABEL.

Y tanto,
Que ya sus plazas y calles
Son abrasadas cenizas,
Que en llamas piramidales
Se oponen á las estrellas.

DON ÁLVARO.

No os admire, no os espante
Venir tan tarde vosotros,
Si yo tambien vine tarde.

VÁLOR.

¡ Oh qué presagio tan triste!

DOÑA ISABEL.

¡ Qué asombro tan miserable!

VÁLOR.

¿ Qué es esto?

DON ÁLVARO.

Esta es la mayor
Pena, este el dolor más grande,
La desdicha más cruel,
La desventura más grave;
Que ver morir y morir
Tan triste y tan lamentable-
Mente lo que se ama, es
La cifra de los pesares,
El colmo de las desdichas
Y el mayor mal de los males.
Maleca ¡ ay triste! mi esposa,
Es (¡ qué pena tan notable!)
La que (¡ qué dolor tan triste!)

Pálida (¡ qué duro trance !)
Y sangrienta (¡ qué cruel !)
Estáis mirando delante.
Aleve mano en su pecho
Hizo herida penetrante
Entre el fuego. ¿ A quién no admira,
A quién no asombra que apague
Fuego á fuego, y que al acero
Se dé á partido un diamante ?
Todos sois testigos, todos,
Del más sacrílego ultraje,
La más fiera accion, el más
Triste horror, costoso exámen
Del amor y la fortuna ;
Y así, desde aqueste instante
Todos lo habeis de ser, todos,
De la mayor, la más grande
Y la más noble venganza
Que en sus corónicas guarde
La eternidad de los bronces,
La duracion de los jaspes ;
Pues á esta beldad difunta,
Flor truncada, rosa fácil,
Que al fin maravilla muere
Como maravilla nace,
Hago juramento, hago
Firme amoroso homenaje
De vengar su muerte ; y puesto
Que Galera, á quien no en balde
Dieron este nombre, ya
Zozobrando sobre mares
De púrpura que la anegan,
De llamas que la combaten,
Se va á pique despeñada
Desde esta cumbre á ese valle
Pues ya de los españoles
Apénas se escucha el parche,
Y pues se van retirando,
Yo iré siguiendo el alcance,
Hasta que al mismo entre todos
Homicida suyo halle :
Vengaré, si no su muerte,

A lo ménos mi coraje ;
Porque el fuego que o ve,
Porque el mundo que lo sabe,
Porque el viento que lo escucha,
La fortuna que lo hace,
El cielo que lo permite,
Hombres, fieras, peces, aves,
Sol, luna, estrellas y flores,
Agua, tierra, fuego, aire
Sepan, conozcan, publiquen,
Vean, adviertan, alcancen
Que hay en un alarbe pecho,
En un corazon alarbe
Amor despues de la muerte,
Porque aún ella no se alabe
Que dividió su poder
Los dos mas firmes amantes. (*Vase.*)

VÁLOR.

Detente, espera.

DOÑA ISABEL.

Primero
Harás que un rayo se pare.

VÁLOR.

Retirad esa belleza
Infeliz. — No os acobarde
Ver que esa bárbara Troya
Ese rústico homenaje
Caiga en horror á la tierra,
Vuele en cenizas al aire,
Moriscos de la Alpujarra,
Si para venganzas tales,
Vuestro rey Abenhumeya
No ciñe este acero en balde. (*Vase.*)

DOÑA ISABEL (*ap*).

¡Pluguiera al cielo sus móntes,
Que son soberbios Atlantes
Del fuego que los consume,
Del viento que los combate,
Ya titubear se viesen,
Ya caducar se mirasen,
Porque dieran fin en ellos
Tantas infelicidades ! (*Vanse.*

ESCENA VIII.

Campo inmediato á Berja.

DON JUAN DE AUSTRIA, DON LOPE, DON JUAN DE MENDOZA, SOLDADOS.

DON JUAN.

Ya que rendida Galera
En rüinas se eterniza,
Y que en su propia ceniza
Es el fénix y la hoguera;
Ya que del ardiente ésfera,
Entre el escándalo sumo,
Un fragmento la presumo
Adonde voraz y ciego
Es el Minotauro el fuego
Y es el laberinto el humo;
No tenemos que esperar,
Sino ántes que la aurora
Cuaje las perlas que llora
Sobre la espuma del mar,
Empiece el campo á marchar
A Berja; que mi atrevido
Corazon, nunca vencido,
Descanso no ha de tener
Hasta á Abenhumeya ver
A mis piés muerto ó vencido.

DON LOPE.

Si quieres, señor, que hagamos
De Berja lo que hemos hecho
De Galera, satisfecho
Estás de tus armas: vamos.
Pero si el órden miramos
Del Rey, no fué su intencion
Destruir gentes que son
Sus vasallos, sino dar
Escarmientos, y templar
El castigo y el perdon.

MENDOZA.

Yo lo que Don Lope digo:

Piadoso y cruel te crean,
Y la cara al perdon vean,
Pues vieron la del castigo
Sea su perdon testigo
De tus piedades, señor:
Témplese ya tu rigor,
Pues más se suele mostrar
El valor en perdonar,
Porque el matar no es valor.

DON JUAN.

Mi hermano (es verdad) me envía
A que esto apacigüe yo;
Mas rogar sin armas, no
Sabe la cólera mia.
Pero ya que de mí fia
Castigo y perdon, me obligo
A que el mundo sea testigo
Que uso en cualquiera ocasion
Con las armas del perdon,
Con los ruegos del castigo. —
Don Juan...

MENDOZA.

Señor...

DON JUAN.

Vos iréis
A Berja, donde está hoy
Válor, y que á Berja voy,
De mi parte le diréis.
Público el perdon le haréis
Y el castigo, y con igual
Providencia al bien y al mal,
Le diréis que si rendido
Se quiere dar á partido,
Daré perdon general
A todos los rebelados,
Con que vuelvan á vivir
Con nosotros y asistir
En sus oficios y estados;
Que de los daños pasados
Hoy mi justicia severa
Mas satisfaccion no espera;
Que se rinda al fin, porqué

Si no, á Berja soplaré
Las cenizas de Galera.

MENDOZA.

A servirte voy. (*Vase.*)

ESCENA IX.

DON JUAN DE AUSTRIA, DON LOPE, SOLDADOS.

DON LOPE.

No ha habido
Saco jamas que haya dado
Más provecho : no hay soldado
Que rico no haya venido.

DON JUAN.

¿ Tanto tesoro escondido
Dentro de Galera habia ?

DON LOPE.

Dígatelo la alegria
De tus soldados.

DON JUAN.

Yo quiero,
Porque presentar espero
A mi hermana y reina mia
Desta guerra los trofeos,
A los sodados feriar
Cuanto fuere de enviar.

DON LOPE.

Con esos mismos deseos
Hice yo algunos empleos,
Y esta sarta que he comprado
A un hombre que la ha ganado,
Te ofrezco por la mejor
Joya para dar, señor.

DON JUAN.

Buena es ; y no es excusado
Tomarla, por no excusar
Lo que me habeis de pedir.
Enseñeos yo á recibir,
Pues vos me enseñais á dar.

DON LOPE.

El precio es más singular
Que os sirvais della y de mí.

ESCENA X.

DON ALVARO, ALCUZCUZ. — DICHOS.

DON ÁLVARO (*sin ver á Don Juan*).
Hoy, Alcuzcuz, solo á ti
Quiero en la empresa que sigo
Por compañero y amigo.

ALCUZCUZ.
Muy bien te fiar de mí;
Aunque tu esfuerzo, no sé
Qué ser lo que acá procura.
(*Ap. á Don Alvaro.* Mas quedo; que este [es su Altura.]

DON ÁLVARO.
¿ Aqueste es Don Juan ?

ALCUZCUZ.
Si á fe.

DON ÁLVARO.
Con atencion le veré,
Por su fama y su opinion.

DON JUAN.
¡ Qué iguales las perlas son !

DON ÁLVARO (*ap.*).
Y ya, aunque yo no quisiera
Con atencion verle, fuera
Precisa en mí la atencion.
Aquella sarta ¡ ay de mí !
Que en su mano ¡ ay alma ! ves,
Bien la he conocido, es
La que yo á Maleca di.

DON JUAN.
Vamos, Don Lope, de aquí.
¡ Qué admirado este soldado
De mirarme se ha quedado

DON LOPE.
Pues ¿ quién, señor, no se admira,
Cada vez que el rostro os mira ?
(*Vanse Don Juan, Don Lope y soldados.*)

ESCENA XI.

DON ALVARO, ALCUZCUZ.

DON ÁLVARO.

Suspenso y mudo he quedado.

ALCUZCUZ.

Ya, señor, que solo estás,
¿ Porqué has bajado, decir,
De la Alpujarra, venir
Aquí?

DON ÁLVARO.

Presto la sabrás.

ALCUZCUZ.

Mé no querer saber mas
De que hasta aquí haber venido,
Para ser arrepentido
De seguirte.

DON ÁLVARO.

Pues ¿ por qué?

ALCUZCUZ.

Escuchar, é lo diré.
Mé, sonior, cativo he sido
De un cristianilio soldado,
Que si en el campo me ver,
Matar.

DON ÁLVARO.

¿ Cómo puede ser,
Si vienes tan disfrazado,
Conocerte? Y pues mudado
El traje los dos traemos,
Pasar entre ellos podemos,
Sin sospecha averiguada,
Por cristianos, pues en nada
Ya moriscos parecemos.

ALCUZCUZ.

Tú, que bien el lengua hablar,
Tú, que cativo no ser,
Tú, que español parecer,
Seguro poder pasar;
Mé, que no sé pernunciar,
Mé, que preso haber estado,

Mé, que este traje no he usado,
¿ Cómo excusar el castigo ?

DON ÁLVARO.

Hablando solo conmigo,
Pues en fin, en un criado
Ninguno reparará.

ALCUZCUZ.

¿ E si álguien quiere saber
De mé algo ?

DON ÁLVARO.

No responder.

ALCUZCUZ.

¿ Quién no responder podrá ?

DON ÁLVARO.

Quien mire cuánto le va.

ALCUZCUZ.

Mahoma solamente pudo
Hacerme por fuerza mudo,
Siendo tan grande hablador.

DON ÁLVARO.

Necios extremos de amor,
No dudo ¡ ay de mí ! no dudo
Que acuseis mi atrevimiento,
Pues idólatra gentil
De un sol puesto, en treinta mil
Un soldado hallar intento
A quien sigo por el viento,
Pues ni señas ni razon
Traigo dél ; más confusion
Por admiracion me das :
¿ Qué importa un prodigio más,
Adonde tantos lo son ?
Bien sé, bien, que no es posible
Hallar mi venganza, no ;
Mas ¿ qué hiciera yo, si yo
No intentara lo imposible ?
Pero aunque bien infalible
Vi la primer seña, en vano
La creo, porque está llano
Que es quién es, y es cosa clara
Que un noble no ensangrentara
En una mujer la mano ;

Porque valor no asegura,
Porque no arguye nobleza,
Quien no admira una belleza,
Quien no adora una hermosura
Que en sí misma está segura :
Luégo no es suyo el rigor.
Mienten sus señas, amor,
Tus indicios han mentido ;
Que otro ha sido, que otro ha sido
El vil, el fiero, el traidor.

ALCUZCUZ.

¿ Ser eso á que haber venido ?

DON ÁLVARO.

Sí.

ALCUZCUZ.

Pues presto nos volver,
Porque ¿ cómo puede ser,
Sin haberle conocido,
. . . . . [1]
Hallarle ?

DON ÁLVARO.

Cuando el efeto
No alcance, me lo prometo.

ALCUZCUZ.

Esas el cartas serán
De « En la corte á mi hijo Juan,
Que andar vestido de prieto. »

DON ÁLVARO.

A ti no te toca más...

ALCUZCUZ.

Ya saber, que hablar por señas
En álguien viniendo.

DON ÁLVARO.

Sí.

ALCUZCUZ.

Ponga Alá tiento en mi lengua.

1. Desde la escena VIII hasta el verso *El vil, el fiero, el traidor*, está el diálogo escrito en décimas ; desde dicho verso hasta el de *A ti no te toca más*, hay nueve, que parecen de una décima incompleta, á no ser que CALDERON hubiese querido terminar este trozo de versificacion aconsonantada con una redondilla y una quintilla. Para el sentido nada se echa ménos.

ESCENA XII.

SOLDADOS. — DICHOS.

SOLDADO 1.°
La ganancia está partida
Bien así, pues el que juega,
Aunque vaya por dos, siempre
Algo de ribete lleva.
SOLDADO 2.°
¿ Por qué no ha de ser igual
La ganancia, si lo fuera
La pérdida ?
SOLDADO 3.°
Eso sí que es justo.
SOLDADO 1.°
Mirad ; yo nunca quisiera
Tener con mis camaradas
Por intereses pendencias:
Haya solamente un hombre
Que diga que es razon esa.
Y yo no hablaré palabra.
SOLDADO 2.°
¿ Mas que lo dice cualquiera ?
¡ Ah soldado !...
ALCUZCUZ (*ap.*).
¡ A mé decir,
É no responder ! ¡ Paciencia!
SOLDADO. 2°.
¿ No respondéis ?
ALCUZCUZ.
Ha, ha, ha.
SOLDADO 3°.
Mudo es.
ALCUZCUZ. (*ap.*)
¡ Si bien lo supieran !
DON ÁLVARO.
(Ap. Este ha de echarme á perder,
Si yo no salgo á la enmienda.
Divertirlo importa.) Hidalgos,
Perdonad por vida vuestra,

Si no entiende ese criado
Lo que le mandais, pues muestra
Bien que es mudo.

ALCUZCUZ. (*ap.*)

No ser mudo;
Mas ser en casion como esta
Pique, repique y capote,
Pues que no tiene respuesta.

SOLDADO 2.°

Lo que decirle queria,
Ha sido suerte que pueda
Mejorarse en vos, que es duda.

DON ALVARO

Yo holgara satisfacerla.

SOLDADO 1.°

Yo he ganado por los dos
Entre el dinero una prenda,
Que es este Cupido...

DON ALVARO. (*ap.*)

¡Ay triste!

SOLDADO 1.°

De diamantes.

DON ALVARO. (*ap.*)

¡Ay Maleca!
Las joyas son de tus bodas
Despojos de tus exequias.
¿Cómo he de vengarla, cómo,
Si van tomando las señas
Los extremos, pues alcanza
Desde un soldado á una Alteza?

SOLDADO 1.°

Al partir pues la ganancia,
Le doy el Cupido en cuenta
En lo que yo le gané;
Dice él que no quiere prendas:
Mirad si habiendo ganado
Yo, no es justo que prefiera
En la particion.

DON ALVARO.

Yo quiero
Componer la diferencia,
Ya que he llegado á ocasion,

Dando el dinero por ella
En que estuviere jugada;
Pero con una advertencia,
Que he de saber yo primero
Quién la trajo, porque sea
Segura.

SOLDADO 2.°

Seguras son
Todas cuantas hoy se juegan;
Porque todo se ha ganado
En el saco de Galera
A esos perros.

DON ALVARO (*ap.*)

¡ Que yo, cielos,
Tal escuche y tal consienta!

ALCUZCUZ. (*ap.*)

¡ Qué mé, ya que no matar,
No poderle hablar siquiera!

SOLDADO 1.°

Yo os pondré con quien la trajo;
Que él me contó aquí, por señas,
Que entre sus joyas quitado
La habia á una morisca bella,
A quien dió muerte.

DON ALVARO. (*ap.*)

¡ Ay de mí!

SOLDADO 1.°

Venid: de su boca mesma
Lo oiréis.

DON ALVARO.

(*Ap.* No oiré; que primero,
Como una vez quién es sepa,
Le mataré á puñaladas.)
Vamos. (*Vanse.*)

ESCENA XIII.

Vista exterior de un cuerpo de guardia.

SOLDADOS; *y luégo,* GARCES, DON ALVARO Y ALCUZCUZ.

SOLDADOS (*dentro*).

Deténganse.

OTROS (*dentro.*)
Afuera.
(*Riñen dentro.*)
UN SOLDADO (*dentro.*)
Tengo de darle la muerte,
Aunque el mundo lo defienda.
OTRO SOLDADO.
Con nuestro enemigo es.
OTRO.
Pues, amigo, muera, muera.
GARCES. (*Dentro.*)
Si yo estoy solo, ¿ qué importa
Que todos contra mi sean?
(*Salen riñendo Garces y soldados, y deteniéndolos Don Alvaro; detras Alcuzcuz.*)
DON ÁLVARO.
Tantos á uno, soldados,
Es infamia y es bajeza.
Deténganse, ó haré yo,
Vive Dios, que se detengan.
ALCUZCUZ. (*Ap.*)
¡ A bonas cosas venir,
A no hablar, é á ver pendencias!
UN SOLDADO.
Muerto soy. (*Cae dentro.*)

ESCENA XIV.

DON LOPE, SOLDADOS. — DICHOS.

DON LOPE.
¿ Qué es esto?
UN SOLDADO.
Muerto.
Está : huyamos, no nos prendan.
(*Huyen todos los que reñian.*)
GARCES. (*A Don Álvaro*).
La vida os debo, soldado :
Yo, yo os pagaré la deuda. (*Vase.*)
DON LOPE.
Deteneos.

DON ÁLVARO.

Ya lo estoy.

DON LOPE.

De los dos las armas vengan :
Quitadle la espada.

DON ÁLVARO.

(*Ap.* ¡ Ay cielo!)
Mire Usiría y advierta
Que á poner paz la saqué,
Sin ser mia la pendencia.

DON LOPE.

Yo solo sé que en el cuerpo
De guardia os hallo, con ella
Desnuda y un hombre muerto.

DON ÁLVARO. (*Ap.*)

Imposible es mi defensa.
¿ A quién habrá sucedido
Que á matar á un hombre venga,
Y por darle vida á otro,
En tal peligro se vea?

DON LOPE.

Y vos, ¿ no dais esa espada?
¡ Bueno ! ¿ hablador sois de señas?
Pues yo os he visto otra vez
Hablar, si bien se me acuerda.
En ese cuerpo de guardia
Presos aquestos dos tengan,
Miéntras sigo á los demas.

ALCUZCUZ. (*ap.*)

Dos cosas me daban pena,
Pendencia, é caliar ; ya ser
Tres, si bien hacer el cuenta.
Una, dos, tres : sí, tres ser,
Prision, caliar é pendencia.
(*Llévanlos.*)

ESCENA XV.

DON JUAN DE AUSTRIA. — DON LOPE ; *despues,* DON JUAN DE MENDOZA.

DON JUAN.

Qué ha sido aquesto, Don Lope?

DON LOPE.

Fué, señor, una pendencia
En que un hombre muerto ha habido.

DON JUAN.

Pues si cosas como esas
No se castigan, habrá
Cada dia mil tragedias:
Mas usarse ha con templanza
De la justicia.

(*Sale Don Juan de Mendoza.*)

MENDOZA.

Tu Alteza
Me dé sus piés.

DON JUAN.

¿ Qué hay, Mendoza?
¿ Qué responde Abenhumeya?

MENDOZA.

Sorda trompeta de paz
Toqué á la vista de Berja,
Y muda bandera blanca
Me respondió á la trompeta.
Entré con seguro dentro,
Llegué al dosel ó á la esfera
De Abenhumeya... Bien dije,
Si estaba con él la bella
Doña Isabel Tuzaní,
Que hoy es Lidora, y su reina.
A la usanza de su ley
En una almohada me sienta,
Gozando de embajador
En todo la preminencia,
(Ap. ¡ Ay, amor, qué neciamente
Dormidos gustos despiertas !)
Y él de rey la autoridad,
Dí tu embajada; y apénas
Se divulgó que hoy á todos
Dabas perdon, cuando empiezan
Por las plazas y las calles
A hacer alegrías y fiestas.
Pero Abenhumeya, hijo
Del valor y la soberbia,
Encendido en saña, viendo

Cuánto alborota y altera
A sus gentes el perdon,
Esto me dió por respuesta :
« Yo soy rey de la Alpujarra;
» Y aunque es provincia pequeña,
» A mi valor, presto España
» Se verá á mis plantas puesta.
» Si no quieres ver su muerte,
» Dile á Don Juan que se vuelva,
» Y si algun bahari morisco
» Gozar dese indulto piensa,
» Llevátele tú contigo
» A que sirva en esa guerra
» Á Felipe, porque así
» Haya ese más á quien venza. »
Con esto me despidió,
Dejando ya en arma puesta
La Alpujarra, porque toda,
Ya civiles bandos hecha,
Unos « España » apellidan,
Otros « Africa » vocean;
De suerte que su mayor
Ruina, que su mayor guerra
Hoy, parciales y divisos,
Tienen dentro de sus puertas.

DON JUAN.

Nunca tiene mas asiento,
Más duracion ni más fuerza
Un rey tirano, porqué
Los primeros que le alientan
Al principio, son al fin
Los primeros que le dejan,
Quizá bañado en su sangre.
Y pues hoy desa manera
La Alpujarra está, ántes que ellos
Víboras humanas sean
Que se dén muerte á sí mismos,
Marche el campo todo á Berja,
Y venzámoslos nosotros
Primero que ellos se venzan :
No hagamos suya la hazaña,
Si hacerla podemos nuestra. (*Vanse.*)

ESCENA XVI.

Prision en el cuerpo de guardia.

ALCUZCUZ Y DON ALVARO, *con las manos atadas.*

ALCUZCUZ.

El rato que estar aquí
Solos los dos é poder
Hablar, quijera saber,
Sonior Tozani, de tí,
Ya que Alpojarra dejar
É á aquesta terra venir,
Si fué á matar, ó á morir.

DON ÁLVARO.

A morir, y no á matar.

ALCUZCUZ.

Quien poner en paz pendencia,
El peor parte ha lievado.

DON ÁLVARO.

Como yo no era culpado,
No me puse en resistencia;
Que este corazon gentil
Puesto en defensa, mil presto
Me dejaran.

ALCUZCUZ.

Con todo esto,
Yo me atener á los mil.

DON ÁLVARO.

En fin, ¿ yo dejé de ver
Al que infame se alabó
De que las joyas quitó,
Dando muerte á una mujer?

ALCUZCUZ.

No ser eso lo peor,
Si no estar mandados ya
Confesar. Mas ¿ qué será
Ver venir al confesor,
Creyendo crestianos ser?

DON ÁLVARO.

Ya que todo lo he perdido,
Me he de vender bien vendido.

ALCUZCUZ.

Pues ¿ qué pensar ahora hacer?

DON ÁLVARO.

Con un puñal que escondido
En la cinta me quedó,
Que siempre debajo yo
De la casaca he traido,
Dar á esa posta la muerte.

ALCUZCUZ.

¿ Con qué manos ?

DON ÁLVARO.

¿ No podrás
Con los dientes por detras
Romper ese lazo fuerte?

ALCUZCUZ.

Por detras... y dientes... no
Estar muy limpia la traza.

DON ÁLVARO.

Llega, rompe ó desenlaza
El cordel...

ALCUZCUZ.

Sí haré.

DON ÁLVARO.

Que yo
Veré si te ven.

ALCUZCUZ. (*Desátale.*)

Ya estar :
Romper tú el mio.

DON ÁLVARO.

No puedo :
Que entra gente.

ALCUZCUZ.

Así me quedo
Con cordel y sin hablar.
(*Retíranse.*)

ESCENA XVII.

UN SOLDADO, *que hace la posta;* GARCES, *con prisiones.* — DICHOS.

SOLDADO. (*A Garces.*)

Aquel vuestro camarada

Y un criado suyo mudo,
Que animoso sacar pudo
A vuestro lado la espada,
Son los que veis.

GARCES.

Aunque es fuerza
Sentir que me hayan prendido
Tantos como me han seguido,
En una parte me esfuerza
A no sentirlo el librar
A quien la vida me dió,
Pues en su descargo yo
Me tengo de declarar.
Vos á Don Juan mi señor
De Mendoza le decí
Cómo preso quedo aquí:
Que merced me haga y favor
De verme, para que pida
Mi vida al señor Don Juan,
Pues mis servicios serán
Los méritos de mi vida.

SOLDADO.

Yo le diré que aquí os vea,
En acabando de hacer
La posta.

DON ÁLVARO (*ap. á Alcuzcuz*).

Tú puedes ver,
Como al descuido, quién sea
El que con la posta ha entrado
En la prision.

ALCUZCUZ.

Sí veré. —
¡Ay de mí! (*Repara en Garces.*)

DON ÁLVARO.

¿Qué tienes?

ALCUZCUZ.

¿Qué?
El haber aquí llegado...

DON ÁLVARO.

Prosigue.

ALCUZCUZ.

Estar de horror lleno.

DON ÁLVARO.

Habla.

ALCUZCUZ.

De temor no vivo.

DON ÁLVARO.

Di.

ALCUZCUZ.

Ser de quien fuí cautivo,
Ser á quien corrí el veneno.
Sin duda saber que aquí
Estar... Mas por si ó por no,
El cara guardaré yo,
Para que no me vea, así.
(*Échase como que quiere dormir.*)

GARCES. (Á *Don Alvaro.*)

Puesto que sin conoceros
Ni haberos servido en nada,
Me dió vida vuestra espada,
Bien crêréis que siento el veros
Desa suerte. Si pudiera
Tener mi prision consuelo,
El libraros, vive el cielo,
Solo mi consuelo fuera.

DON ÁLVARO.

Guárdeos Dios.

ALCUZCUZ (*ap.*).

¿ Preso venir,
Y el de la pendencia ser?
Sí; que entónces no le ver
Con la prisa del reñir.

GARCES.

En fin, hidalgo, no os dé
Cuidado vuestra prision;
Que yo, por la obligacion
En que entónces os quedé,
La vida pondré, primero
Que vos, siendo mia, pagueis
La culpa que no teneis.

DON ÁLVARO.

De vuestro valor lo espero;
Si bien mi prision no ha sido
Lo que mas siento, por Dios,

Sino que perdí por vos
La ocasion que me ha traido
A esta tierra.

SOLDADO.

No teneis
Que temer los dos morir,
Pues siempre he oido decir,
Y aún vosotros lo sabeis,
Que si de una muerte son
Dos los cómplices, no habiendo
Mas de una herida, y no siendo
Caso pensado ó traicion,
Uno muera solamente,
Y que este que muere sea
El de la cara mas fea.

ALCUZCUZ. (*Ap.*)

El que tal decir revente.

SOLDADO.

Y así, el tal mudo este dia,
De todos tres, morirá. (*Vase.*)

ESCENA XVIII.

DON ALVARO, GARCES, ALCUZCUZ.

ALCUZCUZ (*ap.*).

Claro estar, porque no habrá
Cara peor que la mia
En el mundo.

GARCES.

De vos creo
Que aquesta merced me haréis,
Ya que obligado me habeis.

ALCUZCUZ (*ap.*).

¡ Ley ser morir el mas feo!

GARCES.

Sepa á quién debo el vivir.

DON ÁLVARO.

Yo no soy mas que un soldado,
Que aventurero he llegado...

ALCUZCUZ (*ap.*).

¡ Ley el mas feo morir!

DON ÁLVARO.

Solamente con deseo
De hallar á un hombre : esta ha sido
La ocasion que me ha traido.

ALCUZCUZ (*ap.*).

¡ Ley ser morir el mas feo!

GARCES.

Quizá yo os podré decir
Dél. ¿ Cómo se llama ?

DON ÁLVARO.

No
Lo sé.

GARCES.

¿ En qué tercio llegó
A esta ocasion á servir ?

DON ÁLVARO.

No lo sé.

GARCES.

¿ Qué señas tiene ?

DON ÁLVARO.

No sé.

GARCES.

Pues bien le hallaréis,
Si su nombre no sabeis
Ni señas, ni con quién viene.

DON ÁLVARO.

Pues sin saberle las señas,
Nombre, ni con quién está,
Le he tenido hallado ya.

GARCES.

No son enigmas pequeñas
Las vuestras ; pero no os dé
Cuidado, pues en sabiendo
Su Alteza este caso, entiendo
Que me dé vida, porqué
Me tiene á mí obligacion
Tan grande, que si no fuera
Por mí, no entrara en Galera ;
Y esa perdida ocasion
Hallar podrémos los dos ;
Que de quien sois obligado,
He de estar á vuestro lado

Al bien y al mal, vive Dios.

DON ÁLVARO.

En efecto, ¿ que vos fuisteis
El que entrasteis en Galera ?

GARCES.

¡ Pluguiera á Dios no lo fuera !

DON ÁLVARO.

¿ Por qué, si esa hazaña hicisteis ?

GARCES.

Porque desde que yo en ella
El primero puse el pié,
No sé qué influjo, no sé
Qué hado, qué rigor, qué estrella
Me persigue, que no ha habido
Cosa que á la suerte mia,
Desde aquel infausto dia
Mal no me haya sucedido.

DON ÁLVARO.

¿ De qué os nace ese recelo ?

GARCES.

No sé, sino es de que allí
Muerte á una morisca dí,
Y se ofendió todo el cielo,
Porque su hermosura era
Su traslado.

DON ÁLVARO.

¿ Tan hermosa
Era ?

GARCES.

Sí.

DON ÁLVARO.

(*Ap.* ¡ Ay perdida esposa !)
¿ Cómo fué ?

GARCES.

Desta manera.
Estando de posta un dia,
Entre unas espesas ramas,
Que á los lutos de la noche
Iban pisando las faldas,
Prendí á un morisco. No quiero
(Que estas son cosas muy largas)
Deciros que me engañó,

I levándome entre unas altas
Peñas, adonde sus voces
Convocaron la Alpujarra ;
Que huyendo dél, me escondí
En una gruta ; pues basta
Decir que esta fué la mina,
Que en una peña cavada,
Monstruo fué que concibió
Tanto fuego en sus entrañas.
Yo fuí quien noticia della
Traje al señor Don Juan de Austria,
Y yo fuí quien al ingenio
La noche estuve de guardia,
Yo quien de la batería
Mantuve siempre la entrada
A la otra gente, y yo en fin
Quien por medio de las llamas
Penetré la villa, siendo
Su racional salamandra,
Hasta que llegué, pasando
Globos de fuego, á una casa
Fuerte, que sin duda era
De la gente plaza de armas,
Pues allí se avanzó toda. —
Pero parece que os cansa
Mi relacion, y que no
Teneis gusto en escucharla.

DON ÁLVARO.

No es sino que divertido
Acá en mis penas estaba.
Proseguid.

GARCES.

Llegué, en efecto,
Lleno de cólera y rabia,
A la casa de Malec
(Que era en fin toda mi ansia
El palacio ó casa fuerte),
Al tiempo que ya su alcázar
Don Lope de Figueroa,
Lustre y honor de su patria,
Rendido tenía y sitiado
Del fuego por partes varias,

Y muerto al alcaide. Yo
Que entre el aplauso buscaba
El provecho, aunque mal juntos
Provecho y honor se hallan,
Ambiciosamente osado
Discurrí todas las salas,
Penetré todas las piezas,
Hasta que llegué á una cuadra
Pequeña, último retrete
De la más bella africana
Que vieron jamas mis ojos.
¡Ah! ¡quién supiera pintarla!
Mas no es tiempo de pinturas.
Confusa, al fin, y turbada
De verme, como si fueran
Las cortinas de una cama
De una muralla cortinas,
Detras se esconde y ampara. —
Pero con llanto en los ojos,
Y sin color en la cara
Os habeis quedado.

DON ÁLVARO.

Son
Memorias de mis desgracias,
Muy parecidas á esas.

GARCES.

Tened, tened confianza,
Si es por la ocasion perdida:
Quien no la busca, la halla.

DON ÁLVARO.

Decís verdad. Proseguid.

GARCES.

Entré tras ella, y estaba
Tan alhajada de joyas,
Tan guarnecida de galas,
Que más parecia que amante
Prevenia y esperaba
Bodas que exequias. Yo viendo
Tal belleza, quise darla
La vida, como al rescate
Saliese fiadora el alma.
Apénas pues me atreví

A asirla una mano blanca,
Cuando me dijo: « Cristiano,
Si es más ambicion que fama
Mi muerte, pues con la sangre
De una mujer más se mancha
Que se acicala el acero,
Estas joyas satisfagan
Tu hidrópica sed, y deja
Limpio el lecho, la fe intacta
De un pecho, donde se encierran
Misterios que áun él no alcanza. »
— Llegué á los brazos...

DON ÁLVARO.

Espera:
Escucha, detente, aguarda,
No llegues á ellos. — ¿ Qué digo ?
Mis discursos me arrebatan
La voz. Proseguid ; que á mí
Eso no me importa nada.
(*Ap.* ¡ Pluguiera á amor, pues más siento
Ya el quererla que el matarla !)

GARCES.

Dió voces en la defensa
De su vida y de su fama:
Yo, viendo que ya acudia
Otra gente, y que ya estaba
Perdida la una victoria,
No quise perderlas ambas,
Ni que los otros soldados
Conmigo á la parte entraran ;
Y así, trocando el amor
Entónces en la venganza
(Que fácilmente el afecto
De un extremo al otro pasa),
Arrebatado no sé
De qué furia, de qué saña
Que me movió el brazo entónces
(Aún repetido es infamia),
O por quitarla una joya
De diamantes y una sarta
De perlas, dejando todo
Un cielo de nieve y grana,

La atravesé el pecho.

DON ÁLVARO.

¿ Fué
Como esta la puñalada ?
(*Saca un puñal y hiérele.*)

GARCES.

¡ Ay de mí !

ALCUZCUZ.

Aquesto estar hecho.

DON ÁLVARO.

Muere, traidor.

GARCES.

¿ Tú me matas ?

DON ÁLVARO.

Sí, porque esa beldad muerta,
Esa rosa deshojada,
El alma fué de mi vida,
Y hoy es vida de mi alma.
Tú eres el que busco, tú
Tras quien me trae mi esperanza
A vengar á su hermosura.

GARCES.

¡ Ah, que me coges sin armas
Y con traicion !

DON ÁLVARO.

Nunca consta
De términos la venganza.
Don Alvaro Tuzaní,
Su esposo, es el que te mata.

ALCUZCUZ.

Y yo ser, perro cristiano,
Alcuzcuz, que en el pasada
Ocasion llevar alforja.

GARCES.

¿ Para qué vida me dabas
Si me habias de dar muerte ? —
¡ Ah posta, posta de guardia !
(*Muere.*)

ESCENA XIX.

DON JUAN DE MENDOZA, SOLDADOS. — DON ALVARO ALCUZCUZ; GARCES, *muerto*.

MENDOZA (*dentro*).

¿Qué voces son estas? Abre
La puerta; que Garces llama,
A quien yo vengo á buscar.
(*Salen Don Juan de Mendoza y soldados.*)
¿Qué es esto?
(*Quita Don Alvaro la espada á un soldado.*)

DON ÁLVARO.

Suelta esa espada.
Señor Don Juan de Mendoza,
Yo soy, si el verme os espanta,
Tuzaní, á quien apellidan
El rayo de la Alpujarra.
A vengar vine la muerte
De una beldad soberana;
Que no ama quien no venga
Injurias de lo que ama.
Yo en otra prision á vos
Os busqué, donde las armas
Iguales los dos medimos,
Cuerpo á cuerpo y cara á cara.
Si en esta prision venis
A buscarme vos, bastaba
Venir solo, pues que sois
Quien sois; que esto solo basta.
Pero si es que habeis venido
Acaso, nobles desgracias
Defiendan los hombres nobles:
Hacedme esa puerta franca.

MENDOZA.

Yo me olgara, Tuzaní,
Que en ocasion tan extraña
Con reputacion pudiera
Guardaros yo las espaldas;
Mas ya veis que hacer no puedo
Al servicio del Rey falta,

Y es su servicio mataros
Cuando en su ejército os hallan:
Y así, he de ser el primero
Que os mate.

DON ÁLVARO.

No importa nada
Que la puerta me cerreis,
Que yo la haré á chuchilladas...
(*Acuchíllanse.*)

UN SOLDADO.

Muerto soy.
(*Huye y cae dentro.*)

OTRO.

De los abismos
Es furia que se desata.

DON ÁLVARO.

Ahora veréis que soy
El Tuzaní, á quien la fama
Apellidará en sus triunfos
El vengador de su dama.
(*Huyen los soldados.*)

MENDOZA.

Primero verás tu muerte.

ALCUZCUZ.

Pregunto: el de mala cara
¿Es ley morir?

ESCENA XX.

DON JUAN DE AUSTRIA, DON LOPE, Y SOLDADOS. — DON ALVARO, DON JUAN DE MENDOZA, ALCUZCUZ; GARCES, *muerto.*

DON LOPE.

¿Qué es aquesto?
¿Quién este alboroto causa?

DON JUAN.

Don Juan, ¿qué es esto?

MENDOZA.

Es, señor,
Una cosa bien estraña.
Es un morisco que viene

Solo desde la Alpujarra
A matar un hombre, que
Dice que mató á su dama
En el saco de Galera,
Y le ha muerto á puñaladas.

DON LOPE.

¿Tu dama habia muerto?

DON ALVARO.

Sí.

DON LOPE.

Bien hiciste. — Señor, manda
Dejarle; que este delito
Más es digno de alabanza
Que de castigo; que tú
Mataras á quien matara
A tu dama, vive Dios,
O no fueras Don Juan de Austria.

MENDOZA.

Mira que es el Tuzani,
Y que será de importancia
Prenderle.

DON JUAN.

Date á prision.

DON ALVARO.

Aunque tu valor lo manda,
No estoy deste parecer;
Y por tu respeto basta
Que la defensa que intento
Sea volverte la espalda. (*Vase.*)

DON JUAN.

Seguidle todos, seguidle.
(*Entranse todos siguiendo á Don Alvaro.*)

ESCENA XXI.

Vista exterior de los muros de Berja.

DOÑA ISABEL y SOLDADOS MORISCOS *en el muro; despues,* DON ALVARO, DON JUAN DE AUSTRIA y SOLDADOS.

DOÑA ISABEL.

Haz con esa seña blanca

Llamada al campo cristiano.

(*Sale Don Alvaro.*)

DON ALVARO.

Entre picas y alabardas
He rompido, hasta llegar
A los piés desta montaña.

UN SOLDADO. (*Dentro.*)

Antes que entre en la espesura,
Un mosquete le dispara.

DON ALVARO.

Todos sois pocos: cercadme.

UN MORISCO.

A Berja subid.

DOÑA ISABEL.

Aguarda.
¡Tuzaní, señor!

DON ALVARO.

Lidora,
Toda esa gente, esas armas
Tras mí vienen.

DOÑA ISABEL.

Pues no temas.

(*Vanse del muro ella y los moriscos.*)

DON JUAN. (*Dentro.*)

Tronco á tronco y rama á rama
Talad el campo hasta hallarle.

(*Salen Don Juan de Austria y soldados, y por otro Doña Isabel y moriscos.*)

DOÑA ISABEL.

Generoso Don Juan de Austria,
Hijo del águila hermosa
Que al sol mira cara á cara,
Todo ese monte que ves
Rebelde á tus esperanzas,
Una mujer, si la escuchas,
Viene á ponerle á tus plantas.
Doña Isabel Tuzaní,
Soy, que aquí tiranizada,
Viví morisca en la voz
Y católica en el alma.
Mujer soy de Abenhumeya,
Cuya muerte desdichada

Ensangrentó su corona
Con su sangre y con sus armas;
Porque viendo los moriscos
Que general perdon dabas,
Trataron rendirse: tal
Es de un vulgo la inconstancia,
Que los designios de hoy
Intentan borrar mañana.
Y viendo que Abenhumeya
Con valor les afeaba
Su cobardía, al entrar
La compañía de guardia,
Su capitan le tomó
Las puertas, y hasta la sala
Del dosel, entró diciendo:
«Date por el rey de España.
— ¿Prenderme á mí? » dijo entónces,
Y al ir á empuñar la espada,
Diciendo á voces la gente:
« ¡Viva el sacro nombre de Austria! »
Un soldado en la cabeza
Empleó la partesana;
Que como de la corona
Juzgó vivir adornada,
Fué capaz sujeto á un tiempo
De la dicha y la desgracia.
Cayó en la tierra, y cayeron
Con él tantas esperanzas
Como suspenso tenian
El mundo con sus hazañas;
Que al amago ántes que al golpe,
Pudo titubear España.
Si el venir, señor, adonde,
Puesta á tus heroicas plantas
Del valiente Abenhumeya
La corona ensangrentada,
Te merece un perdon, puesto
Que hoy á los demas alcanza;
Goce de su indulto el noble
Tuzaní; que yo postrada
A tus piés, más que el ser reina
Estimara ser tu esclava.

DON JUAN.

Poco has pedido en albricias :
Hermosa Isabel, levanta.
Viva el Tuzaní, quedando
La más amorosa hazaña
Del mundo escrita en los bronces
Del olvido y de la fama.

DON ALVARO.

Dame tus piés.

ALCUZCUZ.

Y mé ¿ estar
Perdonado ?

DON JUAN.

Sí.

DON ALVARO.

Aquí acaba
Amar despues de la muerte
Y el sitio de la Alpujarra.

FIN DE AMAR DESPUES DE LA MUERTE.

APUNTES SOBRE

A SECRETO AGRAVIO SECRETA VENGANZA

Hablando del *Médico de su honra* con el que A *secreto agravio secreta venganza* tiene más de una semejanza, se dijo que era brutal; el drama que va á leerse es justo. Los dos se basan en el honor más que en los celos; los dos son trágicos en el desenlace; pero aquí se pára la igualdad. Don Gutierre es ménos simpático que Don Lope de Almeida. Aquel mata á su esposa Mencía porque esta ha amado á Don Enrique y deja vivo á este porque es infante. Don Lope tiene más que una duda; es seguro que su mujer Doña Leonor ama á Don Luis, es evidente que, si no ha sucumbido todavía sucumbirá irremediablemente, y si se conserva áun de cuerpo á Don Lope, de alma pertenece á Don Luis. Cuando Don Lope mata á Don Luis, ya su accion es más grande que la de Gutierre; cuando asesina á su mujer, por más que la compadezcamos, la pena nos parece justa y proporcionada. Se siente á Doña Leonor como se siente á todo culpable, pero el ejemplo es saludable, miéntras que se siente á Doña Mencía como una mártir sacrificada en aras de la religion del honor. Don Gutierre asombra y horroriza, Don Lope causa admiracion y no pierde la simpatía que desde un principio ha sabido inspirarnos. En fin, para expresar de una vez lo que más nos parece determinar la diferencia de estos dos dramas, idénticos en el fondo como móvil dramático, es que, Don Gutierre es una excepcion aún en España miéntras que Don Lope está más en la vida real; y, si es posible áun hoy dar con un hombre como el primero, sería largo buscarlo, miéntras que en número crecido hallaríamos séres capaces de seguir la conducta del segundo.

En contra á la costumbre de CALDERON, este drama posee una trama en extremo sencilla, y la aparicion de Don Sebastian le presta la suma de realidad necesaria para que la emocion y la

ilusion sean más completas. Entre los preparativos de la partida, y la marcha al Africa del heroico infante, pasa la accion; en la primera escena, Don Lope pide permiso á Don Sebastian para dejar la espada y casarse; en la última, no teniendo ya esposa, se la ofrece de nuevo para seguirle en su gloriosa cuan temeraria empresa.

El carácter de Don Lope, que ilumina la obra, « es uno de los caractéres que trazó CALDERON con mas grandeza y tino; — dice Hartzembusch; — dulce, expansivo, generoso, amantísimo desde la primera escena, tiernamente celoso despues, terrible en su venganza luégo, nunca la dignidad del esposo, del hombre, se ha pintado más alta; celoso imponente achica todo lo que le rodea. Muy pequeños aparecen á su lado Leonor y Don Luis; pero así debe ser; realzándolos algo más, ó serían mejores ó peores: en el primer caso interesarian con perjuicio de Lope; en el segundo repugnarían. »

Ademas del carácter de Don Lope hay uno de primer órden en el drama, y es el de Don Juan de Silva, el tipo más acabado del amigo que nos ha presentado CALDERON, hasta el punto de no darle amores, de hacer de él un galan sin dama, « cosa bien rara en el teatro de CALDERON, » para que simbolice bien la amistad, para que sólo resalte en él el amigo.

Se ha dicho hace tiempo que nuestra poeta imitó en *A secreto agravio, secreta venganza*, un monólogo completo del *Celoso prudente* de Tirso de Molina. Lo que ménos se ha dicho y no es ménos cierto es que, de dos relaciones contadas por el anciano Don Sancho á su moza consorte Doña Diana, tomó tambien CALDERON la idea de su doble y tremendo desenlace; pero, esto no significa nada, y si lo notamos aquí es para hacer observar á los que lo notasen, que el genio calderoniano descuella aquí como en *Amar despues de la muerte*, en la exposicion, preparacion y ejecucion de dicho desenlace.

Este drama escrito cuatro años despues de el *Médico de su honra*, en 1637 y representado en el salon del real Palacio, se imprimió por primera vez en la *Segunda parte de comedias de Calderon*, en Madrid. La licencia del Ordinario es de 2 de Marzo; la aprobacion de 22 de Abril. El ejemplar de la Biblioteca Nacional es un tomo en 4° sin principio, ni fin.

A SECRETO AGRAVIO SECRETA VENGANZA

PERSONAS

EL REY DON SEBASTIAN.
DON LOPE DE ALMEIDA.
DON JUAN DE SILVA.
DON LUIS DE BENAVIDES.
DON BERNARDINO, viejo.
EL DUQUE DE BERGANZA.
DOÑA LEONOR, dama.
SIRENA, criada.
MANRIQUE, criado.
CELIO, criado.
UN BARQUERO.
ACOMPAÑAMIENTO.
SOLDADOS.

La escena es en Lisboa, en las cercanías de Aldea Gallega y en otros puntos.

JORNADA PRIMERA

Vista exterior de una quinta del Rey.

ESCENA PRIMERA.

EL REY DON SEBASTIAN, DON LOPE DE ALMEIDA, MANRIQUE, ACOMPAÑAMIENTO.

DON LOPE.

Otra vez, gran señor, os he pedido
Esta licencia, y otra habéis tenido
Por bien mi casamiento;
Mas yo que siempre, á tanta luz atento,
Vivo en vuestro semblante, vengo á daros
Cuenta de mi eleccion, y á suplicaros
Que en vuestra gracia pueda
Colgar las armas, y que Marte ceda
A Amor la gloria, cuando en paz reciba,
En vez de alto laurel, sagrada oliva.
Yo os he servido, y solamente espero

Esta merced por galardon postrero,
Pues con esta licencia venturosa
Hoy saldré á recibir mi amada esposa.

REY.

Yo estimo vuestro gusto y vuestro aumento,
Y me alegro de vuestro casamiento;
Y á no estar ocupado
En la guerra que en Africa he intentado,
Fuera vuestro padrino.

DON LOPE.

Eterno dure ese laurel divino
Que tus sienes corona.

REY.

Estimo en mucho yo vuestra persona.
(*Vase el Rey y acompañamiento.*)

ESCENA II.

DON LOPE, MANRIQUE.

MANRIQUE.

Contento estás.

DON LOPE.

Mal supiera
La dicha y la gloria mia
Disimular su alegría.
¡Felice yo, si pudiera
Volar hoy!

MANRIQUE.

Al viento igualas.

DON LOPE.

Poco aprovecha; que el viento
Es perezoso elemento.
Diérame el amor sus alas,
Volara abrasado y ciego;
Pues quien al viento se entrega,
Olas de viento navega,
Y las de amor son de fuego.

MANRIQUE.

Para que desengañarme
Pueda, creyendo que tienes
Causa, dime á lo que vienes

Con tanta prisa.

DON LOPE.

A casarme.

MANRIQUE.

Y no miras que es error,
Digno de que al mundo asombre,
Que vaya á casarse un hombre
Con tanta prisa, señor?
Si hoy, que te vas á casar,
Del mismo viento te quejas,
¿Qué dejas que hacer, qué dejas
Cuando vayas á enviudar?

ESCENA III.

DON JUAN DE SILVA, *en traje pobre.* — DON LOPE, MANRIQUE.

DON JUAN. (*Para sí.*)

¡Cuán diferente pensé
Volver á ti, patria mia,
Aquel infelice dia
Que tus umbrales dejé!
¡Quién no te hubiera pisado!
Pues siempre mejor ha sido,
Adonde no es conocido,
Vivir el que es desdichado.
Gente hay aquí, no es razon
Verme en el mal que me veo.

DON LOPE.

Aguárdate. No lo creo.
Si es verdad? ¿Si es ilusion?
Don Juan!

DON JUAN.

¡Don Lope!

DON LOPE.

Dudoso
De tanta dicha, mis brazos
Han suspendido sus lazos.

DON JUAN.

Deteneos, que es forzoso
Que me defienda de quien

Tanto honor y valor tiene;
Que hombre que tan pobre viene,
Don Lope amigo, no es bien
Que toque (¡oh suerte importuna!)
Pecho de riquezas lleno.

DON LOPE.

Vuestras razones condeno,
Porque si da la fortuna
Humanos bienes del suelo,
El cielo un amigo da
Como vos: ¡ved lo que va
Desde la fortuna al cielo!

DON JUAN.

Aunque haceis que aliento cobre,
En mí mayor mal está:
¡Mirad cuán grande será
Mal que es mayor que ser pobre!
Y porque mi sentimiento
Algun alivio prevenga,
Si es posible que le tenga,
Escuchad, Don Lope, atento.
A la conquista famosa
De la India, que eligió
Para su tumba la noche
Y para su cuna el sol,
Amigos, y tan amigos,
Pasámos juntos los dos,
Que asistieron en dos cuerpos
Un alma y un corazon.
No codicia de riqueza,
Sino codicia de honor
Obligó nuestros deseos
A tan atrevida accion,
Como tocar con bajeles
La provincia que ignoró
Por tantos años la ciencia,
Nunca creida hasta hoy.
La nobleza lusitana
De su fortuna fió
Naves, que ciertas exceden
Las fingidas de Jason.
Dejo esta alabanza á quien

Pueda con mas dulce voz
Contar los famosos hechos
Desta invencible nacion;
Porque el gran Luis de Camoens,
Escribiendo lo que obró,
Con pluma y espada muestra
Ya el ingenio y ya el valor
En esta parte. Despues,
Don Lope invicto, que vos,
Por muerte de vuestro padre,
Volvisteis, me quedé yo,
Bien sabéis con cuánta fama
De amigos y de opinion,
Que ahora perdidos hacen
El sentimiento mayor.
Pero en efecto es consuelo:
¡Ved si desgraciado soy,
Que nunca le dí, malquisto,
A la fortuna ocasion!
Había en Goa una señora,
Hija de un hombre á quien dió
Grande cantidad de hacienda
Codicia y contratacion.
Era hermosa, era discreta;
Que, aunque enemigas las dos,
En ella hicieron las paces
Hermosura y discrecion.
Servíla tan venturoso,
Que merecí algun favor;
Pero ¿quién ganó al principio,
Que á la postre no perdió?
¿Quién fué ántes tan felice,
Que despues no declinó?
Porque son muy parecidos
Juego, fortuna y amor.
Don Manuel de Sosa, un hombre
(Hijo del gobernador
Manuel de Sosa) por sí
De mucha resolucion,
Muy valiente, muy cortés,
Bizarro y cuerdo (que yo,
Aunque le quité la vida,

No he de quitarle el honor),
De Violante enamorado,
(Que este es el nombre que dió
Ocasion á mi ventura
Y á mi desdicha ocasion)
En Goa públicamente
Era mi competidor.
Poco cuidado me daba
Su amorosa pretension;
Porque siendo, como era,
El favorecido yo,
La pena del despreciado
Hizo mi dicha mayor.
Un dia, que el sol hermoso
Saliera (¡ pluguiera á Dios,
Sepultara eterna noche
Su continuo resplandor !),
Salió con el sol Violante:
Bastaba pedirle yo
Que áun el uno no saliera,
Para que salieran dos.
De criados rodeada
A la marina llegó,
Donde estaba mucha gente,
Porque en aquella ocasion
Había llegado una nave
Al puerto, y su admiracion
Dió causa á aqueste concurso,
Y á mi desdicha la dió.
Estábamos en un corro
De mucha gente los dos,
Todos soldados y amigos,
Cuando á la vista pasó
Violante. Iba tan airosa,
Que allí ninguno dejó
De poner el alma en ella,
Porque su planta veloz
Era el móvil que llevaba
Tras sí la imaginacion.
Dijo un capitan: — ¡ Qué bella
Mujer ! — A quien respondió
Don Manuel: — Y como tal

Ha sido la condicion.
— Será cruel. — No por eso
Lo digo (le replicó),
Sino por ver que ha escogido,
Como hermosa, lo peor. —
Yo entónces dije: Ninguno
Sus favores mereció,
Porque no hay quien los merezca;
Y si hay alguno, soy yo.
— Mentís, dijo. Aquí no puedo
Proseguir, porque la voz
Muda, la lengua turbada,
Frio el cuerpo, el corazon
Palpitante, los sentidos
Muertos y vivo el dolor,
Quedan repitiendo aquella
Afrenta. ¡Oh tirano error
De los hombres! ¡Oh vil ley
Del mundo¡! Que una razon,
O que una sinrazon pueda
Manchar el altivo honor
Tantos años adquirido,
Y que la antigua opinion
De honrado quede postrada
A lo fácil de una voz!
¡Que el honor, siendo un diamante,
Pueda un frágil soplo (¡ay Dios!)
Abrasarle y consumirle,
Y que siendo su esplendor
Más que el sol puro, un aliento
Sirva de nube á este sol!
Mucho del caso me aparto,
Llevado de la pasion.
Perdonad, vuelvo al suceso.
Apénas él pronunció
Tales razones, Don Lope,
Cuando mi espada veloz
Pasó de la vaina al pecho,
Tal que á todos pareció
Que imitaron trueno y rayo
Juntas mi espada y su voz.
Bañado en su misma sangre,

Muerto en la arena cayó,
Cuando para mi defensa
Tome una iglesia, á quien dió
En aquel sitio lugar
La sagrada religion
De Francisco; que por ser
Su padre el gobernador,
Me fué forzoso esconderme
Con tanto asombro y temor,
Que tres dias un sepulcro
Habité vivo. ¿Quién vió
Que siendo el contrario el muerto,
Fuese el sepultado yo?
Al cabo de los tres dias,
Por amistad y favor,
El capitan de la nave
Que á nuestro puerto llegó,
Y que á Lisboa venía,
En ella me recibió
Una noche, cuyo manto
Fué de mi vida ocasion.
En esta nave escondido
Estuve, hasta que el veloz
Monstruo del viento y del agua
Los piélagos dividió
De Neptuno. ¡Injusto engaño
De la vida! O su pasion
No dé por infame al hombre
Que sufre su deshonor,
O le dé por disculpado
Si se venga; que es error
Dar á la afrenta castigo,
Y no al castigo perdon.
Hoy he llegado á Lisboa,
Adonde tan pobre estoy,
Que no osaba entrar en ella.
Estas mis fortunas son,
Ya no tristes, sino alegres,
Pues me dieron ocasion
De llegar á vuestros brazos.
Estos mil veces os doy,
Si un hombre tan infelice

Puede merecer de vos,
O gran Don Lope de Almeida,
Tal merced, honra y favor.

DON LOPE.

Atentamente escuché,
Don Juan de Silva, las quejas,
Que en lágrimas anegadas
Dáis desde el pecho á la lengua,
Y atentamente he pensado
Que no hay opinion que pueda,
Por más sutil que discurra,
Tener dudosa la vuestra.
¿Quién, en naciendo, no vive
Sujeto á las inclemencias
Del tiempo y de la fortuna?
Quién se libra, quién se excepta
De una intencion mal segura,
De un pecho doble, que alienta
La ponzoña de una mano
Y el veneno de una lengua?
Ninguno. Solo dichoso
Puede llamarse el que deja,
Como vos, limpio su honor
Y castigada su ofensa.
Honrado estáis: negras sombras
No deslustren, no oscurezcan
Vuestro honor antiguo, y hoy
En nuestra amistad se vea
La virtud de aquellas plantas,
Tan conformemente opuestas,
Que una con calor consume,
Y otra con frialdad penetra,
Siendo veneno las dos,
Y estando juntas, se templan
De suerte, que son entónces
Salud más segura y cierta.
Vos estáis triste, yo alegre
Partamos la diferencia
Entre los dos, y templando
El contento y la tristeza,
Queden en igual balanza
Mi alegría y vuestra pena,

Mi gusto y vuestro dolor,
Mi ventura y vuestra queja,
Porque el pesar ó el placer
Matar á ninguno pueda.
Yo me he casado en Castilla,
Por poder, con la más bella
Mujer... (Mas para ser propia
Es lo ménos la belleza.)
Con la más noble, más rica,
Más virtuosa y más cuerda
Que pudo en el pensamiento
Hacer dibujos la idea.
Doña Leonor de Mendoza
Es su nombre, y hoy con ella
Don Bernardino mi tio
Llegará á Aldea Gallega,
Donde salgo á recibirla
Con tan venturosas muestras
Como veis; y un bello barco
Tan venturoso la espera,
Que juzga por perezosas
Hoy del tiempo las lijeras
Alas; porque el bien que tarda,
No llega bien cuando llega.
Esta es mi dicha, mayor
Por ver cuánto la acrecienta
Vuestra venida, Don Juan.
No os dé temor, no os dé pena
Venir pobre; rico soy:
Mi casa, amigo, mi mesa,
Mis caballos, mis criados,
Mi honor, mi vida, mi hacienda,
Todo es vuestro. Consolaos
De que la fortuna os deja
Un amigo verdadero,
Y que no ha tenido fuerza
Contra vos quien no os quitó
Ese valor que os alienta,
Esa alma que os anima,
Y este brazo que os defienda.
No me respondais, dejad
Las cortesanas finezas,

Entre amigos excusadas,
Y venid adonde sea
Testigo vuestra persona
De la dicha que me espera;
Que hoy en Lisboa ha de entrar
Mi esposa, y estas tres leguas
De mar (para mí de fuego)
Hemos de venir con ella;
Que de esotra parte está
Sin duda.

DON JUAN.

Pues no pretenda
Con mi humildad deslucirse,
Don Lope, vuestra nobleza,
Porque el mundo, no la sangre,
Sino el vestido, respeta.

DON LOPE.

Ese es engaño del mundo,
Que no ve ni considera
Que al cuerpo le viste el oro,
Pero al alma la nobleza.
Venid conmigo. (*Ap.* Suspiros,
Ofreced viento á las velas,
Si es que en los mares del fuego
Bajeles de amor navegan.)

(*Vanse los dos.*)

MANRIQUE.

Yo me quiero adelantar
En alguna barca destas,
Que llaman muletes, y hoy
Siendo cojo con muletas,
Pediré á mi nueva ama
Las albricias de que llega
Su esposo; que el primer dia
Da las albricias cualquiera,
Porque sale de forzada,
Si es lo mismo que doncella. (*Vase.*)

ESCENA IV.

Campo cercano á Aldea Gallega.

DON BERNARDINO, DOÑA LEONOR, SIRENA.

DON BERNARDINO.

En la falda lisonjera
Deste monte coronado
De flores, donde ha llamado
A cortes la primaverá,
Puedes descansar, en tanto,
Bella Leonor, que dichoso
Llega Don Lope tu esposo.
Y perdona al dulce llanto,
Aunque no es gran maravilla
Que con sentimiento igual,
A vista de Portugal
Te despidas de Castilla.

DOÑA LEONOR.

Ilustre Don Bernardino
De Almeida, mi tierno llanto
No es ingratitud á tanto
Honor como me previno
La suerte y la dicha mia.
Viendo tan cercano el bien,
Gusto ha sido; que tambien
Hay lágrimas de alegría.

DON BERNARDINO.

Cuerdamente te disculpa
La discrecion lisonjera;
Y aunque por disculpa fuera,
Te agradeciera la culpa.
Yo quiero dar mas lugar
A divertir la porfía
De aquesta melancolía.
Aquí puedes descansar,
Venciendo el rigor aquí
Del sol, que en sus rayos arde.
El cielo tu vida guarde. (*Vase.*)

ESCENA V.

DOÑA LEONOR, SIRENA.

DOÑA LEONOR.

¿ Fuése ya, Sirena ?

SIRENA.

Sí.

DOÑA LEONOR.

¿ Óyenos álguien ?

SIRENA.

Sospecho
Que estamos solas las dos.

DOÑA LEONOR.

Pues salga mi pena (¡ ay Dios!)
De mi vida y de mi pecho.
Salga en lágrimas deshecho
El dolor que me provoca,
El fuego que al alma toca,
Remitiendo sus enojos
En lágrimas á los ojos,
Y en suspiros á la boca.
Y sin paz y sin sosiego
Todo lo abrasen veloces,
Pues son de fuego mis voces
Y mis lágrimas de fuego.
Abrasen, cuando navego
Tanto mar y viento tanto,
Mi vida y mi fuego cuanto
Consume el fuego violento,
Pues mi voz es fuego y viento,
Mis lágrimas fuego y llanto.

SIRENA.

¿ Qué dices, señora ? Advierte
En tu peligro y tu honor.

DOÑA LEONOR.

¿ Tú que sabes mi dolor,
Tú que conoces mi muerte,
Me reportas desta suerte ?
¿ Tú de mi llanto me alejas ?
¿ Tú que calle me aconsejas ?

SIRENA.

Tu inútil queja escuchando
Estoy.

DOÑA LEONOR.

¡ Ay Sirena ! ¿ cuándo
Son inútiles las quejas ?
Quéjase una flor constante
Si el aura sus hojas hiere,
Cuando el sol caduco muere
En túmulos de diamante ;
Quéjase un monte arrogante
De las injurias del viento,
Cuando le ofende violento ;
Y el eco, ninfa vocal,
Quejándose de su mal,
Responde el último acento.
Quéjase, porque amar sabe,
Una hiedra, si perdió
El duro escollo que amó ;
Y con acento süave
Se queja una simple ave
Del que la cogió á traicion [1],
Y en la dorada prision
Así aliviarse pretende,
Que al fin la queja se entiende,
Si se ignora la cancion.
Quéjase el mar á la tierra,
Cuando en lenguas de agua toca
Los labios de opuesta roca.
Quéjase el fuego, si encierra
Rayos, que al mundo hacen guerra :
¿ Qué mucho pues que mi aliento
Se rinda al dolor violento,
Si se quejan monte, piedra,
Ave, flor, eco, sol, hiedra,
Tronco, rayo, mar y viento ?

SIRENA.

Sí, mas ¿ qué remedio así
Consigues desesperada ?
Don Luis muerto y tú casada,

1. Suplido.

¿ Qué pretendes ?

DOÑA LEONOR.

¡ Ay de mí !
Di, Sirena amiga, di,
Don Luis muerto y muerta yo.
Pues si el cielo me forzó,
Me verás en esta calma,
Sin gusto, sin sér, sin alma,
Muerta sí, casada no.
Lo que yo una vez amé,
Lo que una vez aprendí,
Podré perderlo. ¡ ay de mí !
Olvidarlo no podré.
¿ Olvido donde hubo fe ?
Miente amor. ¿ Cómo se hallara
Burlada verdad tan clara ?
Pues la que constante fuera,
No olvidara, si quisiera,
No quisiera, si olvidara.
¡ Mira tú lo que sentí
Cuando su muerte escuché,
Pues forzada me casé
Sólo por vengarme en mí !
Ya la vez última aquí
Se despida mi dolor.
Hasta las aras, amor,
Te acompañé ; aquí te quedas,
Porque atreverte no puedas
A las aras del honor.

ESCENA VI.

MANRIQUE. — DOÑA LEONOR, SIRENA.

MANRIQUE.

¡ Dichoso yo que he llegado
Venturoso yo que he sido,
Felice yo que he venido,
Refelice yo que he dado
El primero labio mio
A la estampa dese pié,
Que, lleno de flores, fué

Primavera del estío !
Y pues he llegado á vos,
Beso y vuelvo á rebesar
Cuanto se puede besar,
Sin ofender á mi Dios.

DOÑA LEONOR.

¿ Quién sois ?

MANRIQUE.

El menor criado
De Don Lope, mi señor
(Mas no el hablador menor),
Que veloz me he adelantado
Por albriçias de que viene.

DOÑA LEONOR.

Descuido fué, bien decís[1],
Tomad. Y ¿ de qué servís
A Don Lope ?

MANRIQUE.

Hombre que tiene
Este humor, ¿ ya no os avisa
Que es gentil-hombre su nombre ?

DOÑA LEONOR.

¿ Y de qué sois gentil-hombre ?

MANRIQUE.

De la boca de la risa.
Criado, á quien le prefieren
A los mayores cuidados,
Y es pendanga de criados,
Hecha del palo que quieren :
Cuando guardo, mayordomo ;
Cuando algun vestido espero
De mi amo, camarero ;
Maestresala, cuando tomo
Para mí el mejor bocado ;
Secretario, poco amigo,
Cuando sus secretos digo ;
Caballerizo extremado,
Cuando por no andar á pié,
Con achaque de pasealle,

1. Manrique no ha hablado de *descuido* en su razonamiento. Es vidente que deben faltar algunos versos.

Salgo á caballo á la calle ;
Cuando alguna cosa fué
Tal que se guarda de mí,
Soy entónces su vêdor,
Y despues su contador ;
Pues á todos desde allí
Lo cuento, á todos lo aviso ;
Cuando hurto lo que quiero
De la plaza, repostero ;
Despensero, cuando siso ;
Soy valiente cuando huyo ;
Y soy su cochero el dia
Que sus amores me fia ;
Y así claramente arguyo
Que soy por tan varios modos,
Sirviéndole siempre así,
Cada oficio de por sí,
Y murmurándole, todos.
(*Hablan aparte Dona Leonor y Sirena.*)

ESCENA VII.

DON BERNARDINO, DON LUIS Y CELIO, *que se quedan léjos de* — DOÑA LEONOR, SIRENA. MANRIQUE.

DON LUIS.

Soy mercader, y trato en los diamantes,
Que hoy son piedras, y rayos fueron ántes
Del sol, que perficiona y ilumina
Rústico grano en la abrasada mina.
Pasó desde Lisboa hasta Castilla,
Y en esta aldea ví la maravilla
Del cielo, reducida en una dama
Que acompañais ; y luégo de la fama
Supe que va casada ó á casarse.
Y como suele en todas emplearse
Este caudal más bien, porque las bodas
En la gala y la joya empiezan todas,
Enseñaros quisiera algunas dellas,
Que no son más lucientes las estrellas,
Por ver si la ocasion con el deseo
Hacen en el camino algun empleo.

DON BERNARDINO.

La prevencion y la advertencia ha sido
Acertada. A buen tiempo habéis venido,
Pues yo, por divertirla y alegrarla
(Que está triste), una joya he de feriarla.
Aquí esperad, y llegaré primero
A prevenirla.

DON LUIS.

Pues ahora quiero
Que la llevéis, señor, para bastante
Prueba de mi verdad, este diamante ; (*Dásele.*)
Que visto su valor y su excelencia,
No dudo yo, señor, que os dé licencia
De llegar á sus piés.

DON BERNARDINO.

¡ Es piedra rara !
¡ Qué fondo ! qué caudal ! qué limpia y clara !
Aquí, divina Leonor (*Llégase a ella*).
Ha llegado un mercader,
En cuya mano has de ver
Joyas de grande valor,
Ricas, costosas y bellas.
Divierte un poco el pesar ;
Que yo te quiero feriar
Lo que te agradare dellas.
Este diamante, farol
Que con luz hermosa y nueva,
Para su limpieza prueba
Ser luciente hijo del sol,
Viene por testigo aquí.
Toma el diamante. (*Dásele.*)

DOÑA LEONOR. (*Ap.*)

¿ Qué veo ?
¡ Cielos !

DON BERNARDINO.

Dime...

DOÑA LEONOR. (*Ap.*)

Aún no lo creo.

DON BERNARDINO.

Si ha de llegar.

DOÑA LÉONOR.

(*Ap.*) ¡ Ay de mí !

Este diamante es el mismo...)
Dile que llegue. — ¡Sirena!
(*Apartase Don Bernardino.*)
(*Ap.* Sáqueme amor desta pena,
Deste encanto, deste abismo.)
Este diamante que ves,
Luz que con el sol la mides,
Di á Don Luis de Benavides.
Prenda mia y suya es.
O mis lágrimas me ciegan,
O es el mismo. Hoy sabré yo
Cómo á mis manos volvió.

SIRENA.

Disimula, que ya llegan.
(*Llega Don Luis.*)

DON LUIS.

Yo soy, hermosa señora...

DOÑA LEONOR. (*Ap.*)

Alma de la pena mia,
Cuerpo de mi fantasía.

SIRENA. (*Ap. á ella.*)

Disimula y calla ahora;
Que ya veo la razon
Que tienes para admirarte.

DON LUIS.

Yo soy quien en esta parte
Piensa lograr la ocasion,
Habiendo á tiempo llegado
En que pueda mi deseo
Hacer el feliz empleo
Tantos años esperado.
Traigo joyas que vender
De innumerable riqueza;
Y entre otras, una firmeza
Sé que os ha de parecer
Bien; porque della sospecho
Que adorne esa bizarría,
Si es que la firmeza mia
Llega á verse en vuestro pecho.
Un Cupido de diamantes
Traigo de grande valor;
Que quise hacer al amor

Yo de piedras semejantes,
Porque labrándole así,
Cuando alguno le culpase
De vario y fácil, le hallase
Firme solamente en mí.
Un corazon traigo, en quien
No hay piedra falsa ninguna :
Sortijas bellas, y en una
Unas memorias se ven.
Una esmeralda que habia
Me hurtaron en el camino,
Por el color, imagino,
Que perfecto le tenía.
Estaba con un zafiro ;
Mas la asmeralda llevaron
Solamente, y me dejaron
Esta azul piedra que miro ;
Y así dije en mis desvelos :
« ¿ Cómo con tanta venganza
Me llevasteis la esperanza
Para dejarme los celos ? »
Si gusta vuestra belleza,
Descubriré, por más glorias,
El corazon, las memorias,
l amor y la firmeza.

DON BERNARDINO.

El mercader es discreto.
¡ Qué bien á las joyas bellas,
Para dar gusto de vellas,
Las fué aplicando su efeto !

DOÑA LENNOR.

Aunque vuestras joyas son
Tales como encarecéis,
Para mostrarlas habéis
Llegado á mala ocasion.
Y yo, en ver su hermoso alarde,
Contento hubiera tenido,
Si ántes hubierais venido ;
Pero habéis venido tarde.
¿ Qué se dijera de mí,
Si cuando casada estoy,
Si cuando esperando estoy

A mi noble esposo, aquí
Pusiera, no mi tristeza,
Sino mi imaginacion
En ver ese corazon,
Ese amor y esa firmeza ?
No los mostréis ; que no es bien
Que, tan sin tiempo miradas
Agora, desestimadas
Memorias vuestras esten.
Y tomad vuestro diamante ;
Que ya sé que pierdo en él
Una luz hermosa y fiel,
Al mismo sol semejante.
No culpéis la condicion
Que en mí tan esquiva hallasteis ;
Culpaos á vos, que llegasteis
Sin tiempo y sin ocasion.

(*Ruido dentro.*)

MANRIQUE. (*Mirando dentro.*)

Ya Don Lope mi señor
Llega.

DON LUIS. (*Ap.*)

¿ Habrá en desdicha igual
Mal que compita á mi mal,
Ni dolor á mi dolor ?

DOÑA LEONOR. (*Ap.*)

¡ Qué veneno !

DON LUIS. (*Ap.*)

¡ Qué crueldad !

DON BERNARDINO.

A recibirle lleguemos. (*Vase.*)

MANRIQUE.

Callen todos, y escuchemos
La primera necedad ;
Porque un novio á quien le place
La dama y á verla llega,
Como necedades juega,
Es tahur que dice y hace. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

DOÑA LEONOR, DON LUIS, SIRENA, CELIO.

DON LUIS.

¿ Qué me podrás responder,
Mujer tan fácil, liviana,
Mudable, inconstante y vana,
Y mujer, en fin, mujer,
Que pueda satisfacer
A tu mudanza y tu olvido ?

DOÑA LEONOR.

Haber tu muerte creido,
Haber tu vida llorado
Causa á mi mudanza ha dado,
Que á mi olvido no ha podido ;
Pues cuando te llego á ver,
A no estar ya desposada,
Vieras hoy determinada
Si soy mudable ó mujer.
Desposéme por poder.

DON LUIS.

Y bien por poder se advierte :
Por poder borrar mi suerte,
or poder dejarme en calma [1],
Por poder quitarme el alma,
Por poder darme la muerte.
Esta dices que creiste,
Y no fué vana apariencia ;
Que si creiste mi ausencia,
Es lo mismo : bien dijiste.

DOÑA LEONOR.

No puedo, no puedo, ¡ay triste !
Responder ; que está conmigo,
No mi esposo, mi enemigo.
Mas porque me culpas fiel,
Lo que le dijere á él,
Tambien hablaré contigo.
(*Retírase Don Luis á un lado.*)

1. En postracion, en abatimiento.

ESCENA IX.

DON LOPE, DON BERNARDINO, MANRIQUE. — DONA LEONOR, SIRENA; DON LUIS Y CELIO, *retirados.*

DON LOPE.

Cuando la fama en lengua dilatada
Vuestra rara hermosura encarecia,
Por fe os amaba yo, por fe os tenía,
Leonor, dentro del alma idolatrada.
Cuando os mira, suspensa y elevada
El alma que os amaba y os queria,
Culpa la imágen de su fantasía,
Que sois vista mayor que imaginada.
Vos sola á vos podéis acreditaros:
¡Dichoso aquel que llega á mereceros,
Y más dichoso si acertó á estimaros!
Mas ¿cómo ha de olvidaros ni ofenderos?
Que quien ántes de veros pudo amaros,
Mal os podrá olvidar despues de veros.

DOÑA LEONOR.

Yo me firmé rendida ántes que os viese,
Y vivo y muerto sólo en vos estaba,
Porque sola una sombra vuestra amaba;
Pero bastó que sombra vuestra fuese.
¡Dichosa yo mil veces, si pudiese
Amaros como el alma imaginaba!
Que la deuda comun así pagaba
La vida, cuando humilde me rindiese.
Disculpa tengo, cuando temeroso
Y cobarde mi amor, llego á miraros,
Si no pago un amor tan generoso.
De vos, y no de mí, podéis quejaros,
Pues, aunque yo os estime como á esposo,
Es imposible, como sois, amaros.

DON LOPE.

Ahora, tio y señor,
Me dad los invictos brazos.

DON BERNARDINO.

Y serán eternos lazos
De deudo, amistad y amor.

Y porque no culpe ahora
La dilacion, á embarcar
Nos lleguemos.

DON LOPE.

Hoy el mar
Segunda Vénus adora.

MANRIQUE.

Y pues que con tanta gloria
Dama y galan se han casado,
Perdonad, noble Senado,
Que aquí se acaba la historia.

(*Vanse Don Lope, Doña Leonor, Don Bernardino, Manrique y Sirena.*)

ESCENA X.

DON LUIS, CELIO.

CELIO.

Señor, pues que desta suerte
Hallaste tu desengaño,
Vuelve en ti, repara el daño
De tu vida y de tu muerte.
Ya no hay estilo ni medio
Que tú debas elegir.

DON LUIS.

Sí hay, Celio.

CELIO.

¿Cuál es?

DON LUIS.

Morir,
Que es el último remedio.
Muera yo, pues vi casada
A Leonor, pues que Leonor
Dejó burlado mi amor
Y mi esperanza burlada.
Mas ¿qué me podrá matar,
Si los celos me han dejado
Con vida? Aunque mi cuidado
Me pretende consolar
Dándome alguna esperanza;
Pues cuando á su esposo habló,

Conmigo se disculpó
De su olvido y su mudanza.

CELIO.

¿Cómo disculpar contigo?
A mil locuras te pones.

DON LUIS.

Estas fueron sus razones,
Mira si hablaban conmigo;
Yo me firmé rendida ántes que os viese,
Y vivo y muerto sólo en vos estaba,
Porque sola una sombra vuestra amaba;
Pero bastó que sombra vuestra fuese.
¡Dichosa yo mil veces, si pudiese
Amaros como el alma imaginaba!
Que la deuda comun así pagaba
La vida, cuando humilde me rindiese.
Disculpa tengo, cuando temeroso
Y cobarde mi amor, llego á miraros,
Si no pago un amor tan generoso.
De vos, y no de mí, podéis quejaros,
Pues, aunque yo os estime como á esposo,
Es imposible, como sois, amaros.
Y puesto que así me ha dado
Disculpa de su mudanza,
Sea mi loca esperanza
Veneno y puñal dorado.
Si ha de matarme el dolor,
Mejor es el gusto ¡cielos!
Y si he de morir de celos,
Mejor es morir de amor.
Siga mi suerte atrevida
Su fin contra tanto honor,
Porque he de amar á Leonor,
Aunque me cueste la vida.

JORNADA SEGUNDA.

Sala en casa de Don Lope en Lisboa.

ESCENA PRIMERA.

SIRENA, MANRIQUE.

MANRIQUE.

Sirena de mis entrañas,
Que para aumentar mi pena
Eres la misma Sirena,
Pues enamoras y engañas:
Duélate ver el rigor
Con que tratas mis cuidados;
Que tambien á los criados
Hiere de barato amor.
Dame un favor de tu mano.

SIRENA.

Pues ¿qué puedo darte yo?

MANRIQUE.

Mucho puedes; pero no
Quiero bien más soberano
Que aquese verde liston,
Con que yaces declarada
Por dama de la lazada
O fregona del tuson.

SIRENA.

¿Una cinta quieres?

MANRIQUE.

Sí.

SIRENA.

Ya aquese tiempo pasó,
Que un galan se contentó
Con una cinta.

MANRIQUE.

Es así;
Pero si yo la tuviera,
Desparramando concetos,
Mil y ciento y un sonetos

Hoy en tu alabanza hiciera.

SIRENA.

Por verme tan soneteada
Te la doy; y vete ahora,
Porque viene mi señora.

(*Vase Manrique.*)

ESCENA II.

DOÑA LEONOR. — SIRENA.

DOÑA LEONOR.

Ya vuelvo determinada.
Esto, Sirena, es forzoso:
Declárese mi rigor,
Porque mi vida y mi honor
Ya no es mio, es de mi esposo.
Díle á Don Luis, que pues es
Principal, noble y honrado,
Por español y soldado
Obligado á ser cortés,
Que una mujer (no Leonor,
Porque le basta saber
A un noble que una mujer)
Le súplica que su amor
Olvide; que maravilla
Cuidado en la calle tal,
Y no sufre Portugal
Galanteos de Castilla:
Que con lágrimas bañada
Vuelvo á pedirle se vuelva
A Castilla, y se resuelva
A no hacerme mal casada;
Porque fiera y ofendida,
Si no lo hace, vive Dios,
Que podrá ser que á los dos:
Nos venga á costar la vida.

SIRENA.

Desa suerte lo diré,
Si puedo verle y hablalle.

DOÑA LEONOR.

¿Cuándo falta de la calle?

Mas no hables en ella, ve
A buscarle á la posada.

SIRENA.

Mucho, señora, te atreves. (*Vase.*)

ESCENA III.

DON LOPE, DON JUAN, MANRIQUE. — DOÑA LEONOR

DON LOPE. (*Ap.*)

¡Ay honor, mucho me debes!

DON JUAN.

Ya se acerca la jornada.

DON LOPE.

No queda en toda Lisboa
Fidalgo ni caballero,
Que ser no piense el primero
Que merezca eterna loa
Con su muerte.

MANRIQUE.

Justo es;
Mas no pienso desa suerte
Tener yo loa en mi muerte,
Ni comedia ni entremes.

DON LOPE.

¿Luégo tú no piensas ir
Al Africa?

MANRIQUE.

Podrá ser
Que vaya; más será á ver,
Por tener mas que decir;
No á matar, quebrando en vano
La ley en que vivo y creo;
Pues allí explicar no veo
Que sea moro ni cristiano.
No matar, dice. Y los dos
Esto me veréis guardar;
Que yo no he de interpretar
Los mandamientos de Dios.

DON LOPE.

¡Mi Leonor!

DOÑA LEONOR.

¡Esposo mio!
¿Vos tanto tiempo sin verme?
Quejoso vive el amor
De los instantes que pierde.

DON LOPE.

¡Qué castellana que estáis!
Cesen las lisonjas, cesen
Las repetidas finezas.
Mirad que los portugueses
Al sentimiento dejamos
La razon, porque el que quiere,
Todo lo que dice quita
De valor á lo que siente.
Si en vos es ciego el amor,
En mí es mudo.

MANRIQUE.

Y desa suerte
En mí endemoniado ha sido.

DON LOPE.

Siempre, Manrique, parece,
Que al paso que yo estoy triste,
Tú estás contento y alegre.

MANRIQUE.

Y dime, ¿cuál es mejor,
En pasiones diferentes,
La alegría ó la tristeza?

DON LOPE.

La alegría.

MANRIQUE.

Pues ¿qué quieres?
¿Que deje yo lo mejor
Por lo peor? Tú, que tienes
La tristeza, que es la mala,
Eres quien mudarte debes,
Y pasarte á la alegría;
Pues será más conveniente,
Que el ir yo de alegre á triste,
Venir tú de triste á alegre. (*Vase.*)

ESCENA IV.

DON LOPE, DOÑA LEONOR, DON JUAN.

DOÑA LEONOR.

¿Vos estáis triste, señor?
Muy poco mi pecho os debe
O yo le debo muy poco
Pues vuestro dolor no siente.

DON LOPE.

Forzosas obligaciones,
Heredadas dignamente
Con la sangre, á quien obligan
Divinas y humanas leyes,
Me dan voces y recuerdan
Desta blanda paz y deste
Olvido, en que yacen hoy
Mis heredados laureles.
El famoso Sebastian,
Nuestro rey, que viva siempre,
Heredero de los siglos
A la imitacion del fénix,
Hoy al Africa hace guerra.
No hay caballero que quede
En Portugal; que á las voces
De la fama nadie duerme.
Quisiérale accompañar
A la jornada; y por verme
Casado, no me he ofrecido
Hasta que liciencia lleve
De tu boca, Leonor mia.
Esta merced has de hacerme,
En este caso has de honrarme,
Y este gusto he de deberte.

DOÑA LEONOR.

Bien con esas prevenciones
Fué menester que me hicieseis
Oraciones que me animen,
Y discursos que me alienten.
Vos ausente, dueño mio,
Y por mi consejo ausente,
Fuera pronunciar yo misma

La sentencia de mi muerte.
Idos vos sin que lo diga
Mi lengua; pues que no puede
Negaros la voluntad
Lo que la vida os concede.
Mas porque veáis que estimo
Vuestra inclinacion valiente,
Ya no quiero que el amor
Sino el valor me aconseje.
Servid hoy á Sebastian,
Cuya vida el cielo aumente;
Que es la sangre de los nobles
Patrimonio de los reyes;
Que no quiero que se diga
Que las cobardes mujeres
Quitan el valor á un hombre,
Cuando es razon que le aumenten.
Esto el alma os aconseja,
Aunque como el alma os quiere;
Mas como ajena lo dice,
Si como propia lo siente. (*Vase.*)

ESCENA V.

DON LOPE, DON JUAN.

DON LOPE.

¿Habéis visto en vuestra vida
Igual valor?

DON JUAN.

Dignamente
Es bien que lenguas y plumas
De la fama la celebren.

DON LOPE.

Y vos ¿qué me aconsejáis?

DON JUAN.

Yo, Don Lope, de otra suerte
Os respondiera.

DON LOPE.

Decid.

DON JUAN.

Quien ya colgó los laureles

De Marte, y en blanda paz
Ciñe de palma las sienes,
¿Para qué otra vez, decidme,
Ha de limpiar los paveses
Tomados de orin y polvo
En que hora yacen y duermen?
Yo fuera justo que fuera,
A no estar por esta muerte
Retirado y escondido;
Y no es razon ofrecerme,
Porque á los ojos del rey
Llega mal un delincuente.
Si esto me disculpa á mí,
Bastante disculpa tiene
Quien soldado fué soldado.
No os vais, amigo (y creedme),
Aunque un hombre os acobarde,
Y una mujer os aliente. (*Vase.*)

ESCENA VI.

DON LOPE.

¡Válgame Dios! ¡quién pudiera
Aconsejarse prudente,
Si en la ocasion hay alguno
Que á sí mismo se aconseje!
¿Quién hiciera de sí otra
Mitad, con quien él pudiese
Descansar? Pero mal digo:
¿Quién hiciera cuerdamente
De sí mismo otra mitad,
Porque en partes diferentes,
Pudiera la voz quejarse
Sin que el pecho lo supiese?
¡Pudiera sentir el pecho
Sin que la voz lo dijese!
¡Pudiera yo, sin que yo
Llegara á oirme ni á verme,
Conmigo mismo culparme,
Y conmigo defenderme!
Porque unas veces cobarde,

Como atrevido otras veces,
Tengo vergüenza de mí.
¡Que tal diga! ¡que tal piense!
¡Que tenga el honor mil ojos
Para ver lo que le pese,
Mil oídos para oirlo,
Y una lengua solamente
Para quejarse de todo!
Fuera todo lenguas, fuese
Nada oídos, nada ojos,
Porque oprimido de verse
Guardado, no rompa el pecho,
Y como mina reviente.
Ahora bien, fuerza es quejarme;
Mas no sé por dónde empiece;
Que, como en guerra y en paz
Viví tan honrado siempre,
Para quejarme ofendido,
No es mucho que no aprendiese
Razones; porque ninguno
Previno lo que no teme.
¿Osará decir la lengua
Qué tengo?... Lengua, detente,
No pronuncies, no articules
Mi afrenta; que si me ofendes,
Podrá ser que castigada,
Con mi vida ó con mi muerte,
Siendo ofensor y ofendido,
Yo me agravie y yo me vengue.
No digas que tengo celos...
— Ya lo dije, ya no puede
Volverse al pecho la voz.
¿Posible es que tal dijese
Sin que, desde el corazon
Al labio, consuma y queme
El pecho este aliento, esta
Respiracion fácil, este
Veneno infame, de todos
Tan distinto y diferente,
Que otros desde el labio al pecho
Hacer sus efectos suelen,
Y este desde el pecho al labio?

¿ A qué áspid, á qué serpiente
Mató su propio veneno?
A mí ¡ cielos ! solamente,
Porque quiere mi dolor
Que él me mate y yo lo engendre.
Celos tengo, ya lo dije.
¡ Válgame Dios ! ¿ Quién es este
Caballero castellano,
Que á mis puertas, á mis redes
Y á mis umbrales clavado,
Estatua viva parece?
En la calle, en la visita,
En la iglesia atentamente
Es girasol de mi honor,
Bebiendo sus rayos siempre.
¡ Válgame Dios ! ¿ Qué será
Darme Leonor fácilmente
Licencia para ausentarme,
Y con un semblante alegre,
No sólo darme licencia,
Sino decirme y hacerme
Discursos tales, que aun ellos
Me obligaran á que fuese,
Cuando yo no lo intentara?
Y ¿ qué será, finalmente,
Decirme Don Juan de Silva
Que ni me vaya ni ausente?
¿ En más razon no estuviera
Que aquí mudados viniese
De mi amigo y de mi esposa
Consejos y pareceres?
¿ No fuera mejor, si fuera
Que se mudaran las suertes,
Y que Don Juan me animase
Y Leonor me detuviese?
Sí, mejor fuera, mejor.
Pero ya que el cargo es este,
Hablemos en el descargo:
Vaya, que el honor no quiere
Por tan sutiles discursos
Condenar injustamente.
¿ No puede ser que Leonor

Tales consejos me diese,
Por ser noble como es,
Varonil, sagaz, prudente,
Porque quedándome yo,
Mi opinion no padeciese?
Bien puede ser, pues que dice
Que da el consejo, y lo siente.
¿No puede ser que Don Juan,
Que me quedase dijese
Por parecerle que estaba
Excusado, y parecerle
Que es dar disgusto á Leonor?
Sí, puede ser. Y ¿no puede
Ser tambien que este galan
Mire á parte diferente?
Y apretando más el caso,
Cuando sirva, cuando espere,
Cuando mire, cuando quiera,
¿En qué me agravia ni ofende?
Leonor es quien es y yo
Soy quien soy, y nadie puede
Borrar fama tan segura
Ni opinion tan excelente.
Pero sí puede (¡ay de mí!);
Que al sol claro y limpio siempre,
Si una nube no le eclipsa,
Por lo ménos se le atreve,
Si no le mancha, le turba,
Y al fin, al fin le oscurece.
¿Hay, honor, más sutilezas
Que decirme y proponerme?
¿Más tormentos que me aflijan,
Más penas que me atormenten,
Más sospechas que me maten,
Más temores que me cerquen,
Más agravios que me ahoguen
Y mas celos que me afrenten?
Nó. Pues no podrás matarme,
Si mayor poder no tienes;
Que yo sabré proceder
Callado, cuerdo, prudente,
Advertido, cuidadoso,

Solícito y asistente,
Hasta tocar la ocasion
De mi vida y de mi muerte :
Y en tanto que esta se llega,
¡ Valedme, cielos, valedme ! (*Vase.*)

ESCENA VII.

Calle con puerta de casa de Don Lope.

SIRENA, *con manto ;* MANRIQUE, *tras ella.*

SIRENA. (*Ap.*)
Escaparme no he podido
De Manrique, para entrar
En casa ; todo el lugar
Hoy siguiéndome ha venido.
¿ Qué haré ?

MANRIQUE.
Tapada de azar,
Que mira, camina y calla,
Con el arte de batalla
Y el tallazo de picar,
La de entrecano picote,
Que con viento en popa vuelas,
Con el manto de tres suelas
Y chinelas de anascote,
Habla ó descúbrete, y sea
Desengaño tu fachada ;
Porque callando y tapada,
Dice boba sobre fea.
Aunque en tu brio, confieso
Que índicio de todo das.

SIRENA.
¿ No dice más ?

MANRIQUE.
No sé más.

SIRENA.
¿ Y á cuántas ha dicho eso ?

MANRIQUE.
Antes soy muy recatado.
No he hablado, á fe de quien soy,

Sino cinco en todo hoy;
Que ya estoy muy reformado.

SIRENA.

¡Gracias al cielo, que veo
Un hombre firme y constante!
Yo tampoco soy amante
De más que nueve.

MANRIQUE.

Sí creo;
Y porque me creas á mí,
De todas mostrarte quiero
Un favor. Sea el primero (*Sácalos.*)
El moño que sale aquí.
Este moño pecador
Su papel un tiempo hizo,
Y de rizado y postizo
Fué mártir y confesor.
No es de aljófar lo ensartado;
Liendres son con que me alegro,
Que desde léjos mirado,
Parece un penacho negro
De blancas moscas nevado.
Aquesta sutil varilla
Es barba de la ballena,
Sacada de una cotilla,
Que fué entregar á mi pena
Lo mismo que una costilla,
Vara es de virtudes llena,
Que hace bueno el pecho y buena
La espalda más eminente;
Que ya todo talle miente
Por la barba de ballena.
La zapatilla que estás
Mirando ahora en mis manos,
Casa fué, donde sabrás
Que vivieron dos enanos[1]
Sin encontrarse jamas.
Este es un guante, y no hay duda
De que, como ruiseñor,
Mucho tiempo estuvo en muda:

1. Dos juanetes.

Pregúntaselo al olor:
Sebo de cabrito suda.
Esta cinta es de una dama
De gran porte; pero yo
No la quiero.

SIRENA.

¿Por qué nó?

MANRIQUE.

Porque sé que ella me ama.
¿No es causa bastante?

SIRENA.

Sí.

MANRIQUE.

La que yo tengo de amar,
Me ha de mentir, engañar,
Y se ha de burlar de mí,
Dar celos cada momento,
Maltratarme, despedirme,
Y en efecto ha de pedirme,
Que es la cosa que más siento;
Porque si al fin es costumbre
En ellas, tengo por justo
Hacer desde luego gusto
Lo que ha de ser pesadumbre.

SIRENA.

¿Y es hermosa esa señora?

MANRIQUE.

No, pero es puerca.

SIRENA.

En verdad
Que es muy buena calidad.

MANRIQUE.

Arrope un ojo la llora,
Y otro aceite.

SIRENA.

¿Es entendida?

MANRIQUE.

Cuanto dice entiendo yo;
Mas cuanto la dicen, nó,
Que es entendida, entendida.

SIRENA.

Por muestra de que es verdad,

Que amarle á su gusto espero,
Este liston solo quiero.

MANRIQUE.

De muy buena voluntad.

SIRENA.

¡Ay triste de mí!

MANRIQUE.

¿Qué ha sido?

SIRENA.

Mi marido viene allí;
Váyase presto de aquí,
Que es un diablo mi marido.
Dé vuelta á la calle presto,
Que en tanto, señor, que él pasa,
Le esperaré en esta casa.

MANRIQUE.

En buen sagrado te has puesto;
Que aquí vivo yo, y vendré
En estando asegurada. (*Vase.*)

SIRENA.

A un bellaco, una taimada. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

Sala en casa de Don Lope.

SIRENA.

Bien dentro de casa entré
Sin que fuese conocida.
Lindamente le he engañado,
Aunque él más, pues me ha dejado
Tan afrentada y corrida.
¡Que dijera que era fea!
No importaba, aunque lo fuese,
Ni importaba que dijese
Que necia y que sucia sea:
Pero ¡aceite un ojo á mí,
Y otro arrope! Nó, por Dios.
Y áun si lloraran los dos
Una cosa, entónces sí
Que callara: ¿mas que tope

Un pícaron, un taimado,
Que mis ojos han llorado
Uno aceite y otro arrope?

ESCENA IX.

DOÑA LEONOR. — SIRENA.

DOÑA LEONOR.

Sirena.

SIRENA.

Señora mia.

DOÑA LEONOR.

Cuánto tu ausencia me cuesta!
Hablástele?

SIRENA.

Y la respuesta
En este papel te envía;
Y de palabra me dijo,
Que si él una vez te hablara,
El se fuera y te dejara.

DOÑA LEONOR.

Con mayor causa me aflijo.
¿Para qué el papel tomaste?

SIRENA.

Para traerte el papel.

DOÑA LEONOR. (*Ap.*)

¡Ay, pensamiento cruel,
Qué fácil entrada hallaste
En mi pecho!

SIRENA.

Pues ¿qué importa
Que le tomes y le leas?

DOÑA LEONOR.

¿Eso es bien que de mí creas?
La voz, Sirena, reporta,
Con abrasarle y romperle.
(*Ap.* Entiéndeme, necia, y sea
Rogándome que le vea;
Que estoy muerta por leerle.)

SIRENA.

¿Qué culpa tiene el papel

Que viene mandado aquí,
Señora, para que así
Vengues tu cólera en él?

DOÑA LEONOR.

Pues si le tomo, verás
Que es sólo para rompelle.

SIRENA.

Rómpele despues de lélle.

DOÑA LEONOR.

(*Ap.* Eso sí, ruégame más.)
Pesada estás, y por ti
Rompo la nema y le leo,
Por ti sola.

SIRENA.

Ya lo veo.
Abrele pues.

DOÑA LEONOR.

Dice así:
(*Abre el papel Dona Leonor, y lee.*)
« Leonor, si yo pudiera obedecerte,
» Y pudiera olvidar, vivir pudiera:
» Fuera contigo liberal, si fuera
» Bastante yo conmigo á no quererte.
» Mi muerte injusta tu rigor me advierte,
» Si mi vida en amarte persevera,
» ¡Pluguiera á Dios! y de una vez muriera
» Quien de tantas no acierta con su muerte.
» ¿Que te olvide pretendes? ¿Cómo puedo
» Despreciado olvidar y aborrecido?
» ¿No ha de quejarse del dolor el labio?
» Quiéreme tú; que si obligado quedo,
» Yo olvidaré despues, favorecido;
» Que el bien puede olvidarse, no el agravio. »

SIRENA.

¿Lloras, leyendo el papel?
Son, en fin, pasadas glorias.

DOÑA LEONOR.

Lloro unas tristes memorias
Que vienen vivas en él.

SIRENA.

Quien bien quiere, tarde olvida.

DOÑA LEONOR.

Como el que muerte me dió
Está presente, brotó
Reciente sangre la herida.
Este hombre ha de obligarme,
Con seguirme y ofenderme,
A matarme y á perderme
(Que áun fuera ménos matarme),
Si no se ausenta de aquí.

SIRENA.

Pues tú lo puedes hacer.

DOÑA LEONOR.

¿ Cómo ?

SIRENA.

Oyéndole, que él dice
Que en oyéndole una vez,
Se ausentará de Lisboa.

DOÑA LEONOR.

¿ Cómo, Sirena, podré ?
Que á trueco de que se vaya,
Imposibles sabré hacer.
¿ Cómo vendrá ?

SIRENA.

Escucha atenta :
Ahora es al anochecer,
Que es la hora más segura,
Porque ni temprano es
Para que á un hombre conozcan,
Ni tarde para temer
Que la vecindad lo note.
De mi señor, ya tú ves
Que nunca viene á esta hora.
Don Luis, no dudo que esté
En la calle : podrá entrar
A esta sala, donde habléis
Los dos, y entónces podrás
Decirle tu parecer.
Oyele lo que dijere,
Y obre fortuna despues.

DOÑA LEONOR.

Tan fácilmente lo dices,
Que no le dejas que hacer

Al temor, ni áun al honor
Que dudar ni que temer.
Ve ya por Don Luis. (*Vase Sirena.*)

ESCENA X.

DOÑA LEONOR.

Amor,
Aunque en la ocasion esté,
Soy quien soy, vencerme puedo.
No es liviandad, honra es
La que á esta ocasion me puso:
Ella me ha de defender;
Que cuando ella me faltara,
Quedara yo, que tambien
Supiera darme la muerte,
Si no supiera vencer. —
Temblando estoy; cada paso
Que siento, pienso que es
Don Lope, y el viento mismo
Se me figura que es él.
¿Si me escucha? ¿si me oye?
¡Qué propio del miedo fué!
¡Que á tales riesgos se ponga
Una principal mujer!

ESCENA XI.

SIRENA Y DON LUIS. — DOÑA LEONOR.

SIRENA.

Esta es Leonor.

DON LUIS.

¡Ay de mí!
¡Cuántas veces esperé
Esta ocasion! Ya quisiera
No haberla llegado á ver.

DOÑA LEONOR.

Ya, señor Don Luis, estáis
En mi casa, ya tenéis

La ocasion que habéis deseado.
Hablad aprisa, porqué
Os volváis; que temerosa
De mí misma, tengo al pié
Grillos de hielo, y el alma
De mi aliento puede hacer
Al corazon un cuchillo
Y á la garganta un cordel.

DON LUIS.

Ya sabéis, Leonor hermosa
(Si es que olvidado no habéis
Pasados gustos, y ya
Ignoráis los que sabéis)
Que en Toledo, nuestra patria
(Perdonadme) os quise bien,
Desde que en la Vega os vi
Un dia al amanecer,
Que aumentado nuevas flores
Al campo hermoso, tal vez
Lo que las manos robaron,
Restituyeron los piés.
Ya sabéis...

DOÑA LEONOR.

Esperad, yo
Seré más breve. Ya sé
Que muchos dias rondasteis
Mi calle, y á mi desden
Constante siempre, tuvisteis
Amor firme y firme fe,
Hasta que os favorecí.
¿Qué no han llegado á vencer
Lágrimas de amor, que lloran
Los hombres que quieren bien?
Y favorecido ya,
Siendo tercera fiel
La noche (¿qué no consiguen
Una reja y un papel?)
Tratábamos de casarnos,
Cuando os hicieron merced
De una gineta, y fué fuerza
Iros á servir al Rey.
Fuísteis á Flándes...

DON LUIS.

(Que aqueso yo lo diré),
Donde dimos un asalto,
Y murió valiente en él
Un Don Juan de Benavides,
Caballero aragones.
La equivocacion del nombre
Dió causa para entender
Que fuese yo el muerto: ¡cuánto
Una mentira se crê!
Llegó la nueva á Toledo...

DOÑA LEONOR.

Eso diré yo más bien,
Que sin vida la sentí,
Y con la vida lloré;
Pero callo aquí, aunque aquí
Os pudiera encarecer
Los sentimientos que hice,
Las tristezas que pasé.
En efecto, persuasiones
De muchos pudieron ser
Bastantes á que en Toledo
Me casase por poder.

DON LUIS.

Yo lo supe en el camino,
Y pensando deshacer
El casamiento, corrí
Hasta que os vi y os hablé,
Con equívocas razones,
En traje de mercader.

DOÑA LEONOR.

Estaba casada ya;
Y pues os desengañé,
¿A qué habéis venido aquí?

DON LUIS.

Soló he venido por ver
Si hay ocasion de quejarme;
Que si culpando tu fe
Descanso, iré luégo á Flándes,
Donde una bala me dé,
Porque la pólvora cumpla
Lo que me ofreció otra vez.

SIRENA.

Gente sube la escalera.

DOÑA LEONOR.

¡ Ay cielos ! ¿ qué puedo hacer ?
Oscura está aquesta sala :
Que aquí te quedes es bien,
Porque á ti solo te hallen ;
Y habiendo entrado quien es,
Podrás irte, no á Castilla ;
Que ocasion habrá despues
Para acabar de quejarte.

SIRENA.

Yo voy contigo tambien. (*Vanse las dos.*)

ESCENA XII.

DON LUIS.

¿ Qué confusion es esta,
Que á mi desdicha iguala ?
Oscura está la sala,
Y la noche funesta
Ya de sombra cubierta
Baja. No sé la casa ni la puerta ;
Que otra vez no he llegado
Aquí. ¡ Forzosa pena !
Temerosa Sirena
Y Leonor, me han dejado
Confuso y sin sentido.

ESCENA XIII.

DON JUAN, *que andando á oscuras, encuentra con* — DON LUIS.

DON JUAN.

¿ A estas horas, no hubieran encendido
Una luz ? — Mas ¿ qué es esto ?
¿ Quién es ? ¿ No me responde ?

DON LUIS. (*Ap.*)

¡ Halle puerta por donde
Salir !

DON JUAN.

Responda presto,
O ya desenvainada,
Lengua de acero, lo dirá mi espada.

(*Al entrarse Don Luis por la puerta que va al cuarto de Doña Leonor, alcanzado por Don Juan, saca la espada y la cruza con él, rétirandose luego.*)

ESCENA XIV.

DON LOPE Y MANRIQUE. — DON JUAN.

DON LOPE.

¡ Ruido de cuchilladas,
Y oscuro el aposento !

DON JUAN.

Aquí los pasos siento.

MANRIQUE.

Voy por luz. (*Vase.*)

DON LOPE.

¡ Aquí espadas!
Ya es fuerza que me asombre.

DON JUAN.

Ya le he dicho otra vez que diga el nombre.

DON LOPE.

¿ Quién mi nombre pregunta?

DON JUAN.

Quien, porque habléis, sospecho
Que abrirá en vuestro pecho
Mil bocas con la punta
Deste acero.

ESCENA XV.

DONA LEONOR, SIRENA Y MANRIQUE. — DON LOPE, DON JUAN.

DOÑA LEONOR. (*Dentro.*)

¡ Luz, presto !

(*Salen Doña Leonor y Sirena, y Manrique con luz.*)

DON LOPE.

¡ Don Juan!

DON JUAN.

¡ Don Lope !

DOÑA LEONOR.

¡ Ay cielos !

DON LOPE.

¿ Pues qué es esto ?

DON JUAN.

En esta cuadra entraba,
Cuando un hombre salía.

DOÑA LEONOR.

Algun hombre sería,
Que robarla intentaba.

DON LOPE.

¡ Hombre !

DON JUAN.

Sí, y preguntando
Quién era, la respuesta dió callando.

DON LOPE.

(*Ap.* Disimular conviene,
No crea que yo puedo
Tener tan bajo miedo,
Que mi valor condene.)
¡ Bueno fuera, á fe mia,
Mataros ! Yo era el mismo que salía ;
Que (tan desconocida
La voz) viendo que un hombre
Me preguntaba el nombre
En mi casa, ofendida
La paciencia y turbada,
Callando doy respuesta con la espada.

SIRENA.

¡ Por cuánto aquí se viera
Un infeliz suceso !

DON JUAN.

¿ Cómo puede ser eso,
Si el que yo digo que era
Dentro está, cosa es cierta,
Pues no pudo salir por esta puerta,
Que vos entrasteis ?

DON LOPE.

Digo
Que era yo.

DON JUAN.

Es cosa extraña.

DON LOPE.

(*Ap.* ¡ Oh cuánto á un hombre daña
Un ignorante amigo !
¡ Que no puedan los cuerdos, los más sabios,
Celar de un necio amigo los agravios!)
Pues si por cosa cierta
Tenéis que dentro ha entrado,
Fuerte y determinado
Guardadme aquella puerta,
En tanto, si eso pasa,
Que yo examino toda aquesta casa.

DON JUAN.

Pues no saldrá por ella,
Mirar seguro puedes.

DON LOPE.

Mira que en ella quedes,
Y no te apartes della. —
(*Vase Don Juan.*)
(*Ap.* Hoy seré cuerdamente,
Si es que ofendido soy, el más prudente,
Y en la venganza mia
Tendrá ejemplos el mundo,
Porque en callar la fundo.)
Ea, Manrique, guia
Con esa luz.

MANRIQUE.

No oso,
Que yo de duendes soy poco goloso.
(*Quiere Don Lope entrar en un aposento, y deliénele Doña Leonor.*)

DOÑA LEONOR.

No entreis, señor, aquí: yo soy testigo
Que aseguraros este cuarto puedo.

DON LOPE. (*A Manrique.*)

Pues ¿ de qué tienes miedo?

MANRIQUE.

De todo.

DON LOPE. (*A Doña Leonor.*)

Suelta, digo. — (*A Manrique.*)
Y tú véte de aquí... (*Ap.* Que ántes es dicha

Que falte otro testigo á mi desdicha.)
(*Toma la luz y éntrase, y Manrique se va por otra puerta.*)

ESCENA XVI.

DOÑA LEONOR, SIRENA.

DOÑA LEONOR.

¡ Ay Sirena! ¿ qué suerte
Es esta tan airada?
Estoy, desesperada,
Por darme aquí la muerte;
Pues ya es fuerza que tope
A Don Luis escondido ¡ ay Dios! Don Lope.
El pensó que salia
Por la puerta que entraba
A mi cuarto: allí estaba.
¿ Mas por qué mi porfía
Duda lo que ha pasado?
Ya le ha visto Don Lope, ya le ha hablado.
¿ Qué haré ? Irme no puedo;
Porque en desdichas tantas,
Oprimidas las plantas,
Cadenas pone el miedo
De cobardes prisiones.
Toda soy confusion de confusiones.

ESCENA XVII.

DON LUIS, *que sale con la espada desnuda y embozado, y tras él* DON LOPE, *con la espada desnuda y luz.* —DOÑA LEONOR, SIRENA.

DON LOPE.

No os encubráis, caballero.

DON LUIS.

Detened, señor, la espada;
Que en la sangre de un rendido
Más que se ilustra se mancha.
Yo soy de Castilla, donde
Por los celos de una dama,
Di á un caballero la muerte

Cuerpo á cuerpo en la campaña.
Vine á ampararme á Lisboa,
Donde estoy por esta causa
De Castilla desterrado.
He sabido esta mañana
Que aquí un hermano del muerto
Cautelosamente anda
Encubierto, por vengarse
Con traicion y con ventaja.
Con este cuidado, pues,
Por esta calle pasaba,
Cuando tres hombres me embisten
A las puertas desta casa.
Viendo que (aunque el corazon
Algunas veces engaña)
Era imposible defensa
Contra tres de mano armada,
Subíme por la escalera;
Y ellos, ó por ver que estaba
En sagrado, ó por no hacer
Tan dudosa la venganza,
No me siguieron, y estuve
En esa primera sala
Esperando á que se fuesen,
Y sintiendo sosegada
La calle, bajarme quise;
Pero al salir de la cuadra,
Hallé un hombre que me dijo:
«¿Quién va?» Yo, que imaginaba
Que eran mis propios contrarios,
No le respondo palabra.
De una sala en otra, entré
Hasta aquí. Esta es la causa
De haberme hallado, señor,
Escondido en vuestra casa.
Ahora dadme la muerte;
Que como yo dicho haya
La verdad, y no padezca
Alguna virtud sin causa,
Moriré alegre, rindiendo
El sér, la vida y el alma
A un honrado sentimiento,

Y no á una infame venganza.

DON LOPE.

(*Ap.* ¿ Pueden juntarse en un hombre
Confusiones más extrañas?
¿ Tantos asombros y miedos,
Penas y desdichas tantas?
Si en la calle este hombre¡ cielos !
Tantos pesares me daba,
¿ Qué vendrá á darme escondido
Dentro de mi misma casa?
Basta, basta, pensamiento;
Sufrimiento, basta, basta,
Que verdad puede ser todo;
Y cuando no, aquí no hay causa
Para mayores extremos:
Sufre, disimula y calla.)
Caballero castellano,
Yo me alegro de que haya
Sido contra una traicion
Sagrado vuestro mi casa.
En ella, á ser hoy soltero,
Os sirviera y hospedara;
Porque un caballero debe
Amparar nobles desgracias.
Lo que podré hacer por vos,
Será acudiros en cuantas
Ocasiones se os ofrezcan,
Porque á ese lado mi espada,
Contra tres mil, no os suceda
Otra vez volver la espalda.
Y ahora, porque salgáis
Más secreto de mi casa,
Podreis salir del jardin
Por aquella puerta falsa...
Yo la abriré... y tambien hago
Prevencion tan recatada,
Porque criados, que al fin
Son enemigos de casa,
No cuenten que os hallé en ella,
Y sea fuerza que vaya
A todos satisfaciendo
De cuál ha sido la causa.

Porque aunque es cierto que nadie
Dude una verdad tan clara,
Y yo de mí mismo tengo
La satisfaccion que basta,
¿ Quién de una malicia huye ?
¿ Quién de una sospecha escapa ?
¿ Quién de una lengua se libra ?
¿ Quién de una intencion se guarda ?
Y si llegara á creer...
¿ Qué es á creer ? si llegara
A imaginar, á pensar
Que álguien pudo poner mancha
En mi honor... ¿ qué es mi honor ?
En mi opinion y en mi fama,
Y en la voz tan solamente
De una criada, una esclava,
No tuviera, ¡ vive Dios !
Vida que no le quitara,
Sangre que no le vertiera,
Almas que no le sacara ;
Y estas rompiera despues,
A ser visibles las almas.
Venid, iréos alumbrando
Hasta que salgáis.

DON LUIS. (*Ap.*)

Helada
Tengo la voz en el pecho.
¡ Qué portuguesa arrogancia !

(*Vanse los dos.*)

ESCENA XVIII.

DOÑA LEONOR, SIRENA ; *despues* DON LOPE.

DOÑA LEONOR.

Aun mejor ha sucedido,
Sirena, que yo esperaba.
Sola una vez vino el mal
Menor que el que se esperaba.
Ya puedo hablar, y ya puedo
Mover las heladas plantas.
¡ Ay, Sirena, en qué me vi !

Vuelva á respirar el alma.

(*Vuelve Don Lope.*)

DON LOPE.

Leonor.

DOÑA LEONOR.

Señor, ¿ pues qué intentas?
¿ Ya no supiste la causa
Con que él entró? Ya supiste
Que yo no he sido culpada.

DON LOPE.

¿ Tal pudiera imaginar
Quien te estima y quien te ama?
Nó, Leonor, sólo te digo
Que ya que aquí se declara
Con nosotros...

DOÑA LEONOR.

¿ Ya él no dijo
Que aquí de Castilla estaba
Ausente por una muerte?
Pues yo, señor, no sé nada.

DON LOPE.

No te disculpes, Leonor.
Mira... mira que me matas.
Tú, Leonor, ¿ pues de qué habias
De saberlo? Pero basta
Que él se fie de nosotros,
Para que de aquí no salga.
Y tú, Sirena, no digas
Lo que entre los tres nos pasa
A ninguno, ni á Don Juan.

ESCENA XIX.

DON JUAN. — Dichos.

DON JUAN. (*Ap.*)

Tanto Don Lope se tarda,
Que me ha dado algun cuidado.

DON LOPE.

¡ Por Dios, Don Juan, linda gracia
Es hacerme andar así
Mirando toda la casa,

Siendo cierto que fuí yo!
Tomad otro poco el hacha,
Y andadla vos.

DON JUAN.

¿Para qué,
Si ya aquí me desengaña
El saber que fuisteis vos?
Ya conozco mi ignorancia.

DON LOPE.

Con todo habemos los dos
Segunda vez de mirarla.

DOÑA LEONOR. (*Ap.*)

¡Qué prudencia tan notable!

DON JUAN. (*Ap.*)

¡Qué valor y qué arrogancia!

SIRENA. (*Ap.*)

¡Qué temor!

DON LOPE. (*Ap.*)

Desta manera,
El que de vengarse trata,
Hasta mejor ocasion,
Sufre, disimula y calla.

JORNADA TERCERA

Atrio de un palacio del Rey en Lisboa.

ESCENA PRIMERA.

DON JUAN, MANRIQUE.

DON JUAN.

¿Dónde está Don Lope?

MANRIQUE.

Cuando
Entró en palacio, yo aquí
Me quedé.

DON JUAN.

Búscale, y di

Que yo le estoy esperando.
(*Vase Manrique.*)

ESCENA II.

DON JUAN.

Quedaréme imaginando
A solas, sin mí y conmigo,
El dudoso fin que sigo,
Y la obligacion tiene
Quien á hacer discursos viene
En la opinion de un amigo.
Yo de Don Lope lo soy
Tanto, que no ha celebrado
Amigo más obligado
La antigüedad hasta hoy.
Huésped en su casa estoy,
Su hacienda gasto, y es mia,
Su vida y alma me fía:
¿Pues cómo¡ cielos! podré
Ser ingrato á tanta fe,
Amistad y cortesía?
¿Podré yo ver y callar
Que su limpio honor padezca,
Sin que mi vida le ofrezca
Para ayudarle á vengar?
¿Podré yo ver murmurar
Que este castellano adore
A Leonor, que la enamore,
Y le dé lugar Leonor,
Y padeciendo su honor,
Yo lo sepa y él lo ignore?
No podré; pues si él quedara
Satisfecho, siendo mia
La venganza, en este dia
Al castellano matara.
A él sin él yo le vengara,
Prudente, advertido y sabio;
Mas de la intencion del labio
Satisfaccion no se alcanza,
Si el brazo de la venganza

No es del cuerpo del agravio.
Yo á Don Lope le diré
Clara y descubiertamente
Que no hable al rey ni se ausente.
Mas si me dice por qué,
¿Cómo le responderé
La causa? Duda mayor
Es esta; que al que el valor
Eterno honor le previene,
Quien dice que no le tiene
Es quien le quita el honor
¿Qué debe hacer un amigo
En tal caso, pues entiendo
Que si le callo, le ofendo
Y le ofendo si lo digo,
Oféndole si castigo
Su agravio? Yo fuí su espejo:
¿Por qué bien no le aconsejo? —
Mas él mismo viene allí.
No ha de quejarse de mí.
El me ha de dar el consejo.

ESCENA III.

DON LOPE, MANRIQUE. — DON JUAN.

DON LOPE.

Vuélvete, Manrique, y di
Que luégo á la quinta voy;
Que esperando á hablar estoy
Al rey.

MANRIQUE.

Don Juan está allí,
Y viene á hablarte. (*Vase*).

DON LOPE.

(*Ap.* Ay de mí!
¿Qué puede haber sucedido?
¿A qué puede haber venido?)
Don Juan, ¿pues qué hay por acá? —
(*Ap.* ¡Oh, cómo un cobarde está
Siempre á su temor rendido!)

DON JUAN.

Don Lope, amigo, yo vengo
(Si estamos solos los dos)
A aconsejarme con vos
En una duda que tengo.

DON LOPE.

(*Ap.* Ya para oir me prevengo
Alguna desdicha mia.)
Decid.

DON JUAN.

Un caso me envía
Un amigo á preguntar,
Y quiérole consultar
Con vos.

DON LOPE.

¿Y es?

DON JUAN.

Jugando un dia
Dos hidalgos, se ofreció
Una duda, en caso tal
Forzosa, sobre la cual
Uno á otro desmintió.
Con las voces, no lo oyó
Entónces el desmentido;
Un amigo lo ha sabido,
Y que se murmura dél;
Y por serlo tan fiel,
Esta duda se ha ofrecido:
¿Si este tendrá obligacion
De decirlo claramente
Al otro, que está inocente;
O si dejar es razon
Que padezca su opinion,
Pues él no basta á vengalle?
Si lo calla es agravialle,
Y si lo dice es error
De amigo. ¿Cuál es mejor,
Que lo diga, ó que lo calle?

DON LOPE.

Dejadme pensar un poco.
(*Ap.* Honor, mucho te adelantas;
Que una duda sobre tantas

Bastará á volverme loco.
En otro sugeto toco
Lo que ha pasado por mí.
Don Juan pregunta por sí :
Luégo alguna cosa vió.
¿Haré que la diga? nó;
Pero que la calle, sí.)
Don Juan, yo he considerado
Si es que mi voto he de dar,
Que no puede un hombre estar
Ignorante y agraviado.
Aquel que ha disimulado
Su ofensa por no vengalla,
Es quien culpado se halla;
Porque en un caso tan grave,
No yerra el que no lo sabe,
Sino el que lo sabe y calla.
Y yo de mí sé decir
Que si un amigo cual vos
(Siendo quien somos los dos)
Tal me llegara á decir,
Tal pudiera presumir
De mí, tal imaginara,
Que el primero en quien vengara
Mi desdicha, fuera en él;
Porque es cosa muy cruel
Para dicha cara á cara.
Y no sé que en tal rigor
Haya razon que no asombre,
Y que se le pueda á un hombre
Decir : « No tenéis honor. »
¡Darme el amigo mayor
El mayor pesar! — Testigo
Es Dios (otra vez lo digo),
Que si yo me lo dijera,
A mí la muerte me diera,
Y soy mi mayor amigo.

DON JUAN.

Ya quedo ahora de vos
Enseñado. Eso diré,
Y á este amigo avisaré
Que calle. Quedad con Dios. (*Vase.*)

ESCENA IV.

DON LOPE.

¿Quién duda que entre los dos
Pasa el caso que ponía
En tercero, y que sabía
Que Leonor matarme intenta?
— Pues el que supo mi afrenta,
Sabrá la venganza mia.
Y el mundo la ha de saber.
Basta, honor : no hay que esperar ;
Que quien llega á sospechar,
No ha de llegar á creer,
Ni esperar á suceder
El mal; y pues su mudanza
Logra tan baja esperanza,
Volveré donde contemplo
Que dé su traicion ejemplo,
Y escarmiento mi venganza.

ESCENA V.

EL REY, ACOMPAÑAMIENTO. — DON LOPE.

REY.

Aunque en la quinta, que *del Rey* la llama
El vulgo, aquesta noche duerma, digo
Que no me he de quedar hoy en Lisboa.
Esté la gente toda prevenida,
Que desde allí saldrá la más lucida
A competir con plumas y colores
Del sol los rayos, del abril las flores.

DON LOPE.

(*Ap.* Cobarde al Rey me llego ;
Que esta pena, esta rabia y este fuego
Tan cobarde me tiene, que sospecho,
Con vergüenza, dolor y cobardía,
Que todos saben la desdicha mia.)
Dame tus piés : será feliz mi boca,
Si con su aliento esas esferas toca.

REY.

¡Ah Don Lope de Almeida! Si tuviera
En Africa esa espada, yo venciera
La morisca arrogante bizarría.

DON LOPE.

¿Pues pudiera quedar la espada mia
En la paz, en la vaina que se os muestra,
Cuando vos, gran señor, sacáis la vuestra?
Con vos voy á morir. ¿Qué causa hubiera
Que en Portugal, señor, me detuviera
En aquesta ocasion?

REY.

¿No estáis casado?

DON LOPE.

Sí, señor; mas no el serlo me ha estorbado
El ser quien soy; porque ántes hoy me llama
Tener mayor honor á mayor fama.

REY.

¿Cómo, recien casada,
Quedará vuestra esposa?

DON LOPE.

Muy honrada
En ver que os ha ofrecido
A esta empresa un soldado en su marido;
Que es noble, es varonil, y más sintiera
Que á vuestro lado, gran señor, no fuera;
Pues si ántes por mi fama os acudia,
Ahora por la suya y por la mia.
Y no es inconveniente á mi deseo
El ausentarme della.

REY.

Así lo creo;
Que yo lo dije porque no era justo
Descasaros tan presto, y desto gusto;
Que en vuestra casa, aunque la empresa es alta,
Podréis hacer, Don Lope, mayor falta.

(*Vase el Rey y acompañamiento.*)

ESCENA VI.

DON LOPE.

¡ Válgame el cielo ! ¿qué es esto
Por que pasan mis sentidos ?
Alma, ¿qué habéis escuchado ?
Ojos, ¿qué es lo que habéis visto ?
¿ Tan pública es ya mi afrenta,
Que ha llegado á los oídos
Del Rey? ¿Qué mucho, si es fuerza
Ser los postreros los mios ?
¿ Hay hombre más infelice ?
¿ No fuera mejor castigo
¡ Cielos ! desatar un rayo,
Que con mortal precipicio
Me abrasara, viendo ántes
El incendio que el aviso,
Que la palabra del Rey,
Que grave y severo dijo
Que yo haré falta en mi casa ?
¿ Pero qué rayo más vivo,
Si fénix de las desdichas,
Fuí ceniza de mí mismo ?
Cayeran sobre mis hombros
Esos montes y obeliscos
De hiedra, fueran sepulcros
Que me sepultaran vivo.
Ménos peso fueran, ménos,
Que esta afrenta en que he caido,
A cuya gran pesadumbre
Ya desmayado me rindo.
¡ Ay honor, mucho me debes !
Júntate á cuentas conmigo.
¿ Qué quejas tienes de mí ?
¿ En qué, dime, te he ofendido ?
Al heredado valor,
¿No he juntado el adquirido,
Haciendo la vida en mí
Desprecio al mayor peligro ?
¿ Yo, por no ponerte á riesgo,

Toda mi vida no he sido
Con el humilde, cortés,
Con el caballero, amigo,
Con el pobre, liberal,
Con el soldado, bienquisto?
Casado (¡ay de mí!), casado,
¿En qué he faltado? ¿en qué he sido
Culpado? ¿No hice eleccion
De noble sangre, de antiguo
Valor? Y ahora á mi esposa,
¿No la quiero? ¿no la estimo?
Pues si yo en nada he faltado,
Si en mis costumbres no ha habido
Acciones que te ocasionen,
Con ignorancia ó con vicio,
¿Por qué me afrentas? ¿por qué?
¿En qué tribunal se ha visto
Condenar al inocente?
¿Sentencias hay sin delito?
¿Informaciones sin cargo?
Y sin culpas ¿hay castigo?
¡Oh locas leyes del mundo!
¡Que un hombre, que por sí hizo
Cuanto pudo para honrado,
No sepa si está ofendido!
¡Que de ajena causa ahora
Venga el efecto á ser mio
Para el mal, no para el bien,
Pues nunca el mundo ha tenido
Por las virtudes de aquel
A este en más! ¿Pues por qué (digo
Otra vez) han de tener
A este en ménos, por los vicios
De aquella que fácilmente
Rindió alcázar tan altivo
A las fáciles lisonjas
De su liviano apetito?
¿Quién puso el honor en vaso
Que es tan frágil? ¿Y quién hizo
Experiencias en redoma,
No habiendo experiencia en vidrio?
Pero acortemos discursos;

Porque será un ofendido
Culpar las costumbres necias,
Proceder en infinito.
Yo no basto á reducirlas
(Con tal condicion nacímos),
Yo vivo para vengarlas,
No para enmendarlas vivo.
Iré con el Rey, y luégo
Volviéndome del camino
(Que ocasion habrá) tambien
La tendré para el castigo.
La más pública venganza
Será, que el mundo haya visto.
Sabrá el Rey, sabrá Don Juan,
Sabrá el mundo, y aún los siglos
Futuros ¡ cielos ! quién es
Un portugues ofendido. (*Vase.*)

ESCENA VII.

Orillas del mar.

Óyese ruido de cuchilladas, y sale DON JUAN, *riñendo con unos* SOLDADOS ; *despues*, DON LOPE.

DON JUAN.

Cobardes, el satisfecho
Soy yo, que no el desmentido.

UN SOLDADO.

Huye, que es rayo su espada.
(*Entranse Don Juan y sus contrarios.*)

DON LOPE. (*Dentro.*)

¿No es Don Juan aquel que miro ?
A vuestro lado me halláis. (*Sale.*)

OTRO. (*Dentro.*)

¡ Muerto soy !

DON JUAN. (*Volviendo.*)

Si estáis conmigo,
Poco fuéra el mundo.

DON LOPE.

Ya
Huyeron. Decid qué ha sido,

Si la ocasion que tenéis
No nos obliga á seguirlos.

DON JUAN.

¡Ay Don Lope, muerto estoy
Hoy nuevamente recibo
La afrenta, que en la venganza
Pensé que estaba en su olvido.
Mas ¡ay de mí! ha sido engaño.
Porque bastante no ha sido
La venganza á sepultar
Un agravio recibido.
Cuando me aparté de vos,
Llegué hasta este propio sitio
Que bate el mar, con el fin
Que vos propio habéis venido,
Que es de volver á la quinta
Adonde habéis reducido
Vuestra casa, previniendo
Vuestra ausencia. Divertido
Llegué pues, y en esta parte
Estaban en un corrillo
Unos hombres, y al pasar
El uno á los otros dijo:
« Aqueste es Don Juan de Silva. »
Yo, oyendo mi nombre mismo,
Que es lo que se oye más fácil,
Apliqué entrambos oídos.
Otro preguntó: « ¿Y quién es
Este Don Juan? — ¿No has oido
(Le respondió) su suceso?
Pues este fué desmentido
De Manuel de Sosa. » — Yo,
Que ya no pude sufrirlo,
Saco la espada, y á un tiempo
Tales razones le digo:
« Yo soy aquel que maté
A Don Manuel, mi enemigo,
Tan presto, que de mi agravio
La última razon no dijo.
Yo soy el *desagraviado*,
Que no soy el *desmentido*;
Pues con su sangre quedó

Lavado mi honor y limpio. »
Dije, y cerrando con todos,
Siguiéndolos he venido
Hasta aquí, porque me huyeron
Luégo; que es usado estilo
Ser cobarde el maldiciente;
Y así ninguno se ha visto
Valiente, que todos hacen
A las espaldas su oficio.
Esta es mi pena, Don Lope,
Y ¡vive Dios! que atrevido,
Que loco y desesperado,
De aquí no me precipito
Al mar, ó con esta espada
Mi propia vida me quito,
Porque me mate el dolor.
« ¡Este es aquel desmentido, »
Dijo, no « aquel satisfecho! »
¿Quién en el mundo previno
Su desdicha? ¿No hizo harto
Aquel que la satisfizo?
¿Aquel que puso su vida
Desesperado al peligro,
Por quedar muerto y honrado
Ántes que afrentado y vivo?
Mas no es así; que mil veces,
Por vengarse uno atrevido,
Por satisfacerse honrado
Publicó su agravio mismo,
Porque dijo la venganza
Lo que la ofensa no dijo. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

DON LOPE.

« Porque dijo la vengenza
Lo que la ofensa no dijo. »
Luégo si me vengo yo
De aquella que me ofendió,
La publico: claro está
Que la venganza dirá

Lo que la desdicha no.
Y despues de haber vengado
Mis ofensas atrevido,
El vulgo dira engañado :
« Este es aquel ofendido, »
Y no « aquel desagraviado [1] ».
Y cuando la mano mia
Se bañe en sangre este dia,
Ella mi agravio dirá,
Pues la venganza sabrá
Quien la ofensa no sabía.
Pues ya no quiero buscalla
(¡ Ay cielos !) públicamente,
Sino encubrilla y celalla;
Que un ofendido prudente
Sufre, disimula y calla.
Que del secreto colijo
Mas honra, mas alabanza :
Callando mi intento rijo,
Porque dijo la venganza
Lo que el agravio no dijo.
Pues de Don Juan, que atrevido
Su honor ha restituido,
No dijo el otro soldado :
« Este es el desagraviado »,
Sino : « este es el desmentido ».
Pues tal mi venganza sea,
Obrando discreto y sabio,
Que apénas el sol la vea,
Porque el que creyó mi agravio,
Me bastará que la crea.
Y hasta que pueda logralla

1. En el *Celoso prudente* de Tirso, acto tercero, escena 1, se leen estos versos en una situacion igual :

El que me viere vengado,
No dirá cuando me vea :
« Este es Don Sancho de Urrea ; »
Sino : « Este es el afrentado. »

Calderon, que imitó á Tirso en el pensamiento y en muchos pasajes de esta comedia, aventajó en casi todos á su original.
(Nota de D. Eugenio Hartzenbusch.)

Con mas secreta ocasion,
Ofendido corazon,
Sufre, disimula y calla. — .
¡ Barquero !

ESCENA IX.

UN BARQUERO. — DON LOPE.

BARQUERO.

Señor.

DON LOPE.

¿ No tienes
Un barco aprestado ?

BARQUERO.

Sí,
No faltará para tí,
Aunque en una ocasion vienes,
Que siguiendo á Sebastian,
Nuestro rey, que el cielo guarde,
Hasta su quinta esta tarde
Los barcos vienen y van.

DON LOPE.

Pues prevenle, porque tengo
De ir hasta mi quinta yo.

BARQUERO.

¿ Ha de ser luego ?

DON LOPE.

¿ Pues no ?

BARQUERO.

Al momento le prevengo. (*Vase.*)

ESCENA X.

DON LUIS, *que sale leyendo un papel.* — DON LOPE.

DON LUIS. (*Para sí.*)

Otra vez quiero leer
Letras de mi vida jueces ;
Porque ya es placer dos veces
El repetido placer.

(*Lee.*) « Esta noche va el Rey á la quinta : entre la gente » podeis venir disimulado, donde habrá ocasion para » que acabemos, vos de quejaros, y yo de disculparme. » — Dios os guarde. — Leonor. »

¡ Que no haya un barco en que pueda
Pasar ! ¡ Oh suerte importuna !
¡ Plegue á Dios que la fortuna
Nunca un gusto me conceda !

DON LOPE. (*Ap.*)

Leyendo viene un papel
Quien mi venganza previene,
¿ Y quien dudará que viene
Leyendo mi afrenta en él ?
¡ Qué cobarde es el honor !
Nada escucho, nada veo
Que ser mi pena no creo.

DON LUIS. (*Ap.*)

Don Lope es este.

DON LOPE.

(*Ap.* Rigor,
Disimulemos, y dando
Rienda á toda la pasion,
Esperemos ocasion
Sufriendo y disimulando;
Y pues la serpiente halaga
Con pecho de ofensas lleno,
Yo, hasta verter mi veneno,
Es bien que lo mismo haga.)
En muy poco, caballero,
Mi ofrecimiento estimais,
Pues que nada me mandais,
Cuando serviros espero.
Yo quedé tan obligado
De vuestra gran cortesía,
Discrecion y valentía,
Que en Lisboa os he buscado
Para que á vuestro valor
Servir mi espada pudiera,
Cuando otra vez pretendiera
Vengarse el competidor,
Que aquí os busca aventajado,

Y tanto, que desta suerte
Pretende daros la muerte
Cuando esteis mas descuidado.

DON LUIS.

Yo, señor Don Lope, estimo
Merced que pagar espero;
Mas hoy, como forastero,
A pediros no me animo
Que en esta ocasion me honreis,
Por no empeñaros, señor,
Con ese competidor
De quien vos me defendeis:
Fuera de que ya los dos
Que estamos amigos creo;
Pues ya le hablo y le veo
Del modo que estoy con vos.

DON LOPE.

Créolo; pero mirad
Vuestro riesgo con cuidado;
Que amistad de hombre agraviado
No es muy segura amistad.

DON LUIS.

Yo, al contrario, siento y digo
Cuando su amistad procuro,
¿De quién no estaré seguro,
Si lo estoy de mi enemigo?

DON LOPE.

Aunque argüiros podia
Con razon ó sin razon,
Seguid vos vuestra opinion,
Que yo seguiré la mia.
Y decidme, ¿qué buscais
Por aquí?

DON LUIS.

Un barco quisiera;
En que hasta la quinta fuera
Del Rey.

DON LOPE.

A tiempo llegais:
Que os podré servir creed,
Que ya le tengo fletado.

DON LUIS.

Ocasion la gente ha dado
A recibir tal merced,
Que siendo tanta, no ha habido
En qué pasar; y yo quiero
Ver faccion que considero
Que otra vez no ha sucecido.

DON LOPE.

Pues conmigo iréis. (*Ap.* Llegó
La ocasion de mi venganza.)

DON LUIS. (*Ap.*)

¿ Cual hombre en el mundo alcanza
Mayor ventura que yo ?

DON LOPE. (*Ap.*)

A mis manos ha venido,
Y en ellas ha de morir.

DON LUIS. (*Ap.*)

¡ Que me viniese á servir
De tercero su marido !

ESCENA XI.

EL BARQUERO. — DON LOPE, DON LUIS.

BARQUERO.

Ya el barco ha llegado.

DON LOPE. (*Al Barquero.*)

Entrad
Vos en el barco primero,
Poque yo á un criado espero.
Pero no, vos le esperad,
Pues conoceis al criado;
Que al barco nos vamos ya.

BARQUERO.

No entreis en él, porque esta
Solo y á una cuerda atado,
Que no estará muy segura.

DON LOPE.

Buscad al criado vos,
Que allí esperamos los dos.

DON LUIS. (*Ap.*

¿ Quién ha visto igual ventura ?

El me lleva desta suerte
Adonde á su honor me atrevo.

DON LOPE. (*Ap.*)

Yo desta suerte le llevo
Donde le daré la muerte.

(*Vanse los dos.*)

BARQUERO.

El criado no vendrá
En mil horas, segun creo.
Mas ¿ qué es aquello que veo ?
¡ Desasido el barco está,
Rompida la cuerda ! Dios
Solo los puede librar;
Que sin duda que en el mar
Tendrán sepulcro los dos. (*Vase.*)

ESCENA XII.

Otro punto de la playa á vista de la quinta de Don Lope.

MANRIQUE, SIRENA.

MANRIQUE.

Sirena, cuyo mirar
Suspende, enamora, encanta,
¿ Vienes acaso á escuchar
A su orilla como canta
La sirena de la mar ?
Oye un soneto oportuno,
Heróico, grave y discreto :
No te parezca importuno,
Porque este es el un soneto
De los mil y ciento y uno.

(*Saca Manrique un papel y lee.*)

« Cinta verde, que en término sucinta,
Su cinta pudo hacerte aquel Dios tinto
En sangre, que gobierna el globo quinto,
Para que Vénus estuviese en cinta :
La primavera tus colores pinta,
Por quien yo traigo en este laberinto,
Tamaño como pasa de Corinto,
El corazon, mas negro que la tinta.

Hoy tu esperanza á mi temor se junte,
Porque en su verde y amarillo tinte
Amor flemas y cóleras barrunte;
Que como á mí de su color me pinte,
No podrá hacer, aunque en arpon me apunte,
Que mi esperanza no se encaraminte. »

SIRENA.

¡Qué lindo soneto has hecho!
Pero enseña á ver si es verde
La cinta.

MANRIQUE.

(*Ap.* En bien se me acuerde
Lo que la cinta se ha hecho.
¡Ah! si.) Estaba cierto dia
Junto al Tajo, en su frescura
Contemplando tu hermosura,
Sirena, y la dicha mia.
Saqué aquella cinta bella
Para aliviar mi esperanza,
Y culpando tu mudanza,
Empecé á llorar con ella.
Besábala con placer,
Y un águila que me vió
Llegarla al labio, pensó
Que era cosa de comer.
Bajó de una piedra viva,
Y con gran resolucion
Arrebatóme el liston,
Y volvió á subir arriba.
Yo, aunque con gran lijereza
Subir á su nido quiero,
No pude hallar un caldero
Que ponerme en la cabeza.
Con esta ocasion se pierde
De tu liston la memoria.
Esta es, Sirena, la historia
Llamada la cinta verde.

SIRENA.

Pues óyeme lo que á mí
Despues acá me pasó.
Estando en el campo yo,
Volar una águila ví,

Que era la misma; pues viendo
No ser cosa de comer,
La cinta dejó caer
Junto á mí; y yo, acudiendo
A ver lo que habia caido,
Hallé entre las flores puesta
La cinta : mira si es esta.

MANRIQUE.

¡Notable suceso ha sido!

SIRENA.

Mas notable será ahora
La venganza.

MANRIQUE.

Mejor es
Dejarlo para despues,
Que sale al campo señora. (*Vase.*)

ESCENA XIII.

DOÑA LEONOR. — SIRENA.

DOÑA LEONOR.

Sirena.

SIRENA.

Señora.

DOÑA LEONOR.

Mucha
Es mi tristeza.

SIRENA.

¿Pues no
Sabré qué es la causa yo?

DOÑA LEONOR.

Ya la sabes; pero escucha.
Desde la noche triste
Que en tantas confusiones, abrasada
Troya á mi casa viste,
Quedando yo de todos disculpada,
Don Juan mas engañado,
Libre Don Luis, Don Lope asegurado;
Despues que por la ausencia
Que quiere hacer, en esta hermosa quinta
Adonde la excelencia

De la naturaleza borda y pinta
Campaña y monte altivo,
Mas estimada de Don Lope vivo;
Perdí, Sirena, el miedo
Que á mi propio respeto le tenia;
Pues si escaparme puedo
De lance tan forzoso, la osadía
Ya sin freno me alienta;
Que peligro pasado no escarmienta.
A aquesto se ha llegado
Ver á Don Lope mas amante ahora;
Porque desengañado,
Si algo temió, su desengaño adora,
Y en amor le convierte.
¡Oh cuántos han amado desta suerte!
¡Oh cuántos han querido,
Recibiendo por gracias los agravios!
Deste error no han podido
Librarse los mas doctos, los mas sabios;
Que la mujer mas cuerda,
De haber amado, amada no se acuerda.
Cuando Don Luis me amaba,
Pareció que á Don Luis aborrecia;
Cuando sin culpa estaba,
Pareció que temia;
Y ya (¡qué loco extremo!)
Ni amo querida, ni culpada temo;
Antes amo olvidada y ofendida,
Antes me atrevo, cuando estoy culpada.
Y pues para mi vida
Hoy sigue al Rey Don Lope en la jornada,
Escribo que Don Luis á verme venga,
Y tenga fin mi amor, porque él le tenga.

ESCENA XIV.

DON JUAN. — DICHAS.

DON JUAN. (*Ap.*)
¡No sé cómo el corazon
Tan grandes rigores sufre,
Sin que se rinda á los golpes

De una y otra pesadumbre!

DOÑA LEONOR.

Señor Don Juan, ¿pues no viene
Con vos Don Lope?

DON JUAN.

No pude
Esperarle, aunque él me dijo
Que ántes que en el mar sepulte
El sol sus rayos, vendrá.

DOÑA LEONOR.

¿Cómo puede, si ya cubren
Al mundo pálidas sombras,
Y al cielo lóbregas nubes?

DON JUAN.

A mí me tuvo violento
Un gran disgusto que tuve,
Y esperar no puede á nadie
El que de sí mismo huye.

DON LUIS. (*Dentro.*)

¡Válgame el cielo!

DOÑA LEONOR.

¿Qué voz
Tan lastimosa discurre
El viento?

DON JUAN.

En tierra no hay nadie.

DOÑA LEONOR.

En las ondas se descubre
Del mar un bulto, que ya
Siendo trémulas las luces
Del dia, no se determina
Quién es.

DON JUAN.

Osado presume
Escaparse; pues parece
Que hácia nosotros le induce
Piedad del cielo. Lleguemos
Donde valientes le ayuden
Nuestros brazos. (*Vase.*)

ESCENA XV.

DON LOPE. — DICHOS.

DON LOPE. (*Dentro.*)
¡Ay de mí!
DON JUAN. (*Dentro.*)
¡Llega!
DON LOPE. (*Dentro.*)
¡Oh tierra, patria dulce
Del hombre!
(*Vuelve Don Juan y con él sale Don Lope, mojado y con una daga en la mano.*)
DON JUAN.
¡Qué es lo que veo!
¡Don Lope!
DOÑA LEONOR.
¡Esposo!
DON LOPE.
No pude
Hallar puerto mas piadoso,
Que el que en tal favor acude
A mi fatiga. ¡Oh Leonor!
¡Oh mi bien! no es bien que dude
Que el cielo me ha prevenido
Con sus favores comunes
Tan grande dicha, en descuento
De tan grande pesadumbre.
¡Amigo!
DON JUAN.
¿Qué ha sido esto?
DON LOPE.
La mayor lástima incluye
Aquesta ventura mia,
Que vió el mundo.
DOÑA LEONOR.
Como ayude
El cielo mis esperanzas,
Y vivo esteis, no hay quien culpe
A la fortuna, aunque usase
De su trágica costumbre.

DON LOPE.

Hablé al Rey, busquéos á vos,
Y como hallaros no pude,
Fleté un barco. Estando ya
Para hacer que el agua sulque,
A mí un galan caballero,
Cuyo nombre apénas supe,
(Que pienso que era un Don Luis
De Benavides) acude
Diciéndome que por ser
Forastero, á quien se suple
Un cortés atrevimiento,
Me ruega que no le culpe
El pedirme que en el barco
Le traiga ; que es bien procure
Ver en la quinta del Rey
La gente cuando se junte.
Obligóme á que le diese
Un lugar ; y apénas hube
Entrado con el, y el barco
De los dos el peso sufre
(Que el barquero aun no había entrado),
Cuando el cabo, á quien le pudren
Las mismas aguas del mar,
Falta, porque le recude
Una onda reciamente,
A cuyo golpe no pude
Resistír, aunque tomé
Los remos. Al fin no tuve
Fuerza, y los dos en el barco
Entrando por las azules
Ondas del mar, padecimos
Mil saladas inquietudes.
Ya de los montes de agua
Ocupé las altas cumbres,
Ya en bóveda de zafir
Sepulcro en sus arces tuve ;
Al fin guiado á esta parte,
A vista ya de las luces
De tierra, chocando el barco,
De arena y agua se cubre.
El gallardo caballero,

A quien yo librar no pude.
Por apartarnos la fuerza
Del golpe, sin que se ayude
A sí mismo, se rindió
Al mar, donde le sepulte
Su olvido.

DOÑA LEONOR.

¡ Ay de mí ! (*Cae desmayada.*)

DON LOPE.

¡ Leonor,
Mi bien, mi esposa, no turbes
Tu hermosura ! ¡ Ay cielo mio !
Un hielo manso discurre
Por el cristal de sus manos.
¡ Ay, Don Juan ! la pesadumbre
De verme así, no fué mucho
Que la rindiese : no sufren
Corazones de mujer
Que estas lástimas escuchen. —
Llevadla al lecho los dos.
(*Llevanla entre Don Juan y Sirena.*)

ESCENA XVI.

DON LOPE

¡ Qué bien en un hombre luce
Que callando sus agravios,
Aun las vengazas sepulte !
Desta suerte ha de vengarse
Quien espera, calla y sufre.
Bien habemos aplicado,
Honor, con cuerda esperanza,
Disimulada venganza
A agravio disimulado.
¡ Bien la ocasion advertí
Cuando la cuerda corté,
Cuando los remos tomé
Para apartarme de allí,
Haciendo que pretendia
Acercarme ! Y ¡ bien logré
Mi intento, pues que maté

Al que ofenderme queria,
(Testigo es este puñal)
Al agresor de mi afrenta,
A quien di en urna violenta
Monumento de cristal!
¡Bien en la tierra rompí
El barco, dando á entender
Que esto pudo suceder
Sin sospecharse de mí!
Pues ya que conforme á ley
De honrado, maté primero
Al galan, matar espero
A Leonor: no diga el Rey,
Viendo que su sangre esmalta
El lecho que aun no violó,
Que no vaya, porque yo
En mi casa no haga falta.
Pues esta noche ha de ver
El fin de mi desagravio,
Medio mas prudente y sabio
Para acabarlo de hacer.
Leonor (¡ay de mí!), Leonor,
Bella como licenciosa,
Tan infeliz como hermosa,
Ruina fatal de mi honor;
Leonor, que al dolor rendida,
Y al sentimiento postrada,
Dejó la muerte burlada
En las manos de la vida,
Ha de morir. Mis intentos
Solo los he de fiar,
Porque los sabrán callar,
De todos cuatro elementos.
Allí al agua y viento entrego
La media venganza mia;
Y aquí la otra midad fia
Mi dolor de tierra y fuego;
Pues esta noche ni casa
Pienso intrépido abrasar.
Fuego al cuarto he de pegar,
Y yo, en tanto que se abrasa,
Osado, atrevido y ciego

La muerte á Leonor daré,
Porque presuman que fué
Sangriento verdugo el fuego.
Sacaré acendrado dél
El honor que me ilustró,
Ya que la liga ensució
Una mancha tan cruel:
Y en una experiencia tal,
Por los crisoles no ignoro
Que salga acendrado lloro
Sin aquel bajo metal
De la liga que tenía
Y su valor deslustraba.
Así el mar las manchas lava
De la gran desdicha mia:
El viento la lleve luego
Donde no se sepa della:
La tierra ande por no vella,
Y cenizas la haga el fuego:
Porque así el mortal aliento,
Que á turbar el sol se atreve,
Consuma, lave, arda y lleve
Tierra, agua fuego y viento. (*Vase.*)

ESCENA XVII.

EL REY, EL DUQUE DE BERGANZA
ACOMPAÑAMIENTO.

DUQUE.

Pensando el mar que dormia
Segundo sol en su esfera,
Mansamente retrató
A sus ondas las estrellas.

REY.

Vine, Duque, por el mar:
Que aunque pude por la tierra,
Me pareció que tardaba,
Cuanto por aqui es mas cerca.
Y habiendo estado las aguas
Tan dulces y lisonjeras,
Que el cielo, Narciso azul,

Se vió contemplando en ellas,
Ha sido justo venir
Donde tantos barcos vea,
Cuyos fanales parecen
Mil abrasados cometas,
Mil alados cisnes, pues
Formando esta competencia,
Unos con las alas corren,
Y otros con los remos vuelan.

DUQUE.

A todo ofrece ocasion
La noche apacible y fresca.

REY.

Entre la tierra y el mar
Deleitosa vista es esta :
Porque mirar tantas quintas,
Cuyas plantas lisonjean
Ninfas del mar, que obedientes
Con tanta quietud las cercan,
Es ver un monte portátil,
Es ver una errante selva ;
Pues vistas dentro del mar,
Parece que se menean.
Adios, dulce patria mia,
Que en él espero que vuelva
(Puesto que es la causa suya),
Donde ceñido me veas
De laurel entrar triunfante
De mil victorias sangrientas,
Dando á mí honor nueva fama,
Nuevos triunfos á la Iglesia,
Que espero ver...

(*Voces dentro.*)

¡ Fuego, fuego !

REY.

¿ Qué voces, Duque, son esas ?

DUQUE.

Fuego, dicen : y hácia allí
La quinta, que está mas cerca,
Y si no me engaño, es
La de Don Lope de Almeida,
Se está abrasando.

REY.

Ya veo
En ímpetu salir della,
Hecha un volcan de humo y fuego,
Las nubes y las centellas.
Grande incendio, al parecer,
De todas partes la cerca:
Parece imposible cosa
Que nadie escarparse pueda.
Acerquémonos á ver
Si hay contra el fuego defensa.

DUQUE.

¡ Señor ! ¿ Tal temeridad ?

REY.

Duque, accion piadosa es esta,
No temeridad.

ESCENA XVIII.

DON JUAN. *medio desnudo*, — DICHOS.

DON JUAN.

Aunque
Cenizas mi vida sea,
He de sacar á Don Lope,
Que es su cuarto el que se quema.

REY.

Detened aquese hombre.

DUQUE.

Desesperado, ¿ qué intentas ?

DON JUAN.

Dejar en el mundo fama
De una amistad verdadera.
Y pues que presente estás,
Es bien que la causa sepas.
Apénas, o gran señor,
Nos recogimos, apénas,
Cuando en un punto, un instante,
Creció el fuego de manera,
Que parece que tomaba
Venganza de su violencia.
Don Lope de Almeida está

Con su esposa, yo quisiera
Librarlos.

ESCENA XIX.

MANRIQUE. — DICHOS.

MANRIQUE.

Echando chispas,
Como diablo de comedia,
Salgo huyendo de mi casa,
Que soy desta Troya Eneas.
Al mar me voy á arrojar,
Aunque menor daño fuera
Quemarme, que beber agua.

ESCENA XX.

DON LOPE, *medio desnudo que saca á* DOÑA LEONOR *muerta*. — DICHOS.

DON LOPE.

¡ Piadosos cielos, clemencia,
Porque, aunque arriesgue mi vida,
Escapar la suya pueda ! —
¡ Leonor !

REY.

¿ Es Don Lope ?

DON LOPE.

Yo
Soy, señor, si es que me deja
El sentimiento, no el fuego,
Alma y vida, con que pueda
Conoceros, para hablaros,
Cuando vida y alma atentas
A esta desdicha, á este asombro,
A este horror, á esta tragedia,
Yacen postradas y mudas.
Esta muerta beldad, esta
Flor en tanto fuego helada,
Que solo el fuego pudiera
Abrasarla, que de envidia

Quiso que no resplandezca,
Esta, señor, fué mi esposa,
Noble, altiva, honrada, honesta,
Que en los labios de la fama
Deja esta alabanza eterna.
Esta es mi esposa, á quien yo
Quise con tanta terneza
De amor, porque sienta mas
El no verla y el perderla
Con una tan gran desdicha,
Como en vivo fuego envuelta,
En humo denso anegada ;
Pues cuando librarla intenta
Mi valor, rindió la vida
En mis brazos. ¡ Dura pena !
¡ Triste horror ! ¡ fuerte suceso !
Aunque un consuelo me deja,
Y es, que ya podré serviros ;
Pues libre desta manera,
En mi casa no haré falta.
Con vos iré, donde pueda
Tener mi vida su fin,
Si hay desdicha que fin tenga. —
Y vos, valiente Don Juan, (*Ap. á él*).
Decid á quien se aconseja
Con vos, cómo ha de vengarse
Sin que ninguno lo sepa ;
Y no dirá la venganza
Lo que no dijo la afrenta.

REY.

¡ Notable desdicha ha sido !

DON JUAN.

Pues óigame vuestra Alteza
A parte : porque es razon
Que solo este caso sepa.
Don Lope sospecha tuvo,
Que pasaron de sospechas
Y llegaron á verdádes :
Y en resolucion tan cuerda,
Por dar *á secreto agravio*
Tambien *venganza secreta*
Al galan mató en el mar,

Porque en un barco se entra
Con él solo : así el secreto
Al agua y fuego le entrega,
Porque el que supo el agravio
Solo la venganza sepa.

REY.

Es el caso mas notable
Que la antiguedad celebra ;
Porque secreta venganza
Requiere secreta ofensa

DON JUAN.

Esta es verdadera historia
Del gran Don Lope de Almeida,
Dando con su admiracion
Fin á la tragicomedia.

FIN DE A SECRETO AGRAVIO SECRETA VENGANZA
Y DEL PRIMER TOMO.

ÍNDICE

Pags.

Estudio crítico-biográfico 1

La Vida es Sueño.

Apuntes..... 22
La Vida es sueño..... 26

La Devocion de la cruz.

Apuntes 129
La Devocion de la cruz..... 132

El Médico de su honra.

Apuntes 217
El Médico de su honra..... 220

Amar despues de la muerte.

Apuntes..... 323
Amar despues de la muerte..... 326

A secreto agravio, secreta venganza.

Apuntes..... 437
A secreto agravio, secreta venganza..... 439

3379-81. — CORBEIL TYP. ET STÉR. DE CRÉTÉ.

7195 3

THE BORROWER WILL BE CHARGED THE COST OF OVERDUE NOTIFICATION IF THIS BOOK IS NOT RETURNED TO THE LIBRARY ON OR BEFORE THE LAST DATE STAMPED BELOW.

BOOK DUE WID
FEB 10 1978
CANCELLED
JAN 4 1978
566339

WIDENER
BOOK DUE
CANCELLED
MAY 1 1984
1122566